



ASSILEON

ERMONES



BX1756

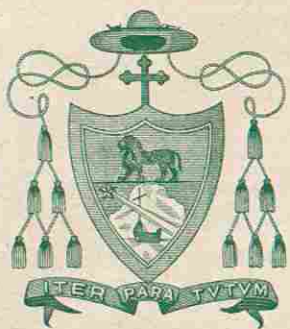
.M32

S4

v. 4

1854-55

003608



1080015990

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PBRO.
MANUEL M. LABASTIDA

SERMONES

DEL ILLMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

Presbitero de la congregacion del Oratorio,

UNO DE LOS CUARENTA DE LA ACADEMIA FRANCESA,

Y OBISPO DE CLERMONT.

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el D. D. Pedro Diaz de Guerrero.

PRIMERA EDICION MEJICANA.

TOMO IV.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,

Calle de Chiquis número 6.

1855.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telloz

VALENTIN
45222



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bx 1756

M 32

S4
v. 4

1954-55



FONDO FONETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON

PARA EL

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS PROSPERIDADES TEMPORALES.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse.

MATTH. 17. v. 4.

¿Por qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía cuando exhortaba á su divino Maestro á que fijase su mansion en el Tabor? Para enseñarnos que es no conocer al cristianismo el querer gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fué preciso que Cristo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar al-

008608

Bx 1756

M 32

S4
v. 4

1954-55



FONDO FONETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON

PARA EL

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS PROSPERIDADES TEMPORALES.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse.

MATTH. 17. v. 4.

¿Por qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía cuando exhortaba á su divino Maestro á que fijase su mansion en el Tabor? Para enseñarnos que es no conocer al cristianismo el querer gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fué preciso que Cristo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar al-

008608

gun día de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sino por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anatemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impíos, como su posesion y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aflicciones. Finalmente, que su reino no es de este mundo.

No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna del estado, y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belen del mismo modo que los pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César, *Qui de Caesaris domo sunt*,¹ como en la tienda de Simon el curtidor. En todos tiempos ha habido en la corte almas escogidas como en los claustros, y aun hoy vemos el trono mas respetable por la piedad, que por el poder y majestad del Soberano que le ocupa. Los favores temporales tambien son obra del Criador, y en el orden de la sabiduría deben servir de medios para la salvacion, y no de instrumentos de perdicion y de vicio.

Con todo eso, la corrupcion los ha sacado de su uso natural, ha hecho que los dones de Dios sirvan á la injusti-

¹ Philip. 4. v. 22.

cia; y así como la serpiente deja un peligroso veneno en las frutas que muerde, el primer pecador usando de los bienes de la tierra contra el orden de Dios, los inficionó é hizo de ellos, por decirlo así, un mortal veneno para toda su posteridad; y así los peligros de la abundancia no son efecto de la institucion de la naturaleza, sino del desorden del pecado: el hombre nació para ser feliz y la tierra solamente recibió su fecundidad para servir á sus inocentes delicias; pero el hombre abusó de los beneficios de Dios; desde entonces como que se le prohibieron todos los placeres en la tierra, porque la alegría solamente conviene á la inocencia; y por otra parte, la es mas fácil á la voluntad el abstenerse, que el usar de ellos sin exceso; y así como todo es puro para los que están puros, del mismo modo todo está corrompido para el que lo estaba ya con su transgresion.

Este es el fundamento de las severas máximas de Jesucristo contra los que son felices en el mundo; ¿pero cuál puede ser mi intento en proponeros el peligro de este estado? Sin duda debiera ser el consolar á los que la Providencia deja acá en este mundo en la necesidad y en la miseria; pero esta instruccion no seria aquí del caso, porque esta especie de infelices no habita en los palacios de los reyes, por lo que solamente se dirige á dar á conocer á los que se ven apartados de las gracias, á los que se tienen por infelices, á los que continuamente se quejan de la injusticia de sus jefes y miran con un amargo dolor la elevacion y felicidad de sus competidores, especie de mal contentos que nunca faltan en las cortes, para hacerlos ver, vuelvo á decir, que no conocen el don de Dios y las especiales muestras de misericordia que les da su bondad, y enseñar á los que todo les sale bien y parece que nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun

el mundo, es terrible á los ojos de la fe; primeramente, porque en él son casi inevitables las caidas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia; en este estado todo favorece á las pasiones y todo aparta las gracias, y en él no descubre la fe otra cosa mas que ocasiones de pecado y obstáculos para la conversion. Explicaré estas dos importantes verdades *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El mundo, dice San Agustin, es mas de temer cuando nos halaga que cuando nos maltrata, y los favores que nos le hacen amable son mas temibles que los reveses que hacen que le despreciemos: *Periculosior est blandus, quam molestus.*¹ Y á la verdad, ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazon para corromperle, ó de las felicidades que proporcionan á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido, es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, que el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

Dije ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazon para corromperle. Porque primeramente, una alma cristiana debe vivir como extranjería en la tierra; su origen, dice Tertuliano, su habitacion, su esperanza, su nobleza y su corona están en el cielo. Su corazon debe estar en donde está su tesoro; si deja de suspirar un instante por su patria, deja de pertenecer al siglo futuro y á la Iglesia de los primogénitos; si está contenta

¹ Epist. 144.

con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en sus deseos; su mérito en su inquietud, y no debe hallar mas consuelo que en su esperanza.

Pero esta disposicion, tan esencial á la fe, se borra por la primera impresion que hace en el corazon la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra. Y á la verdad, es fácil de comprender cuán bien puede una alma afligida vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como extranjera en un lugar en donde nada posee. Por el contrario, entonces son mas suaves los pensamientos de la fe; nada consuela con tanta solidez sus desgracias, como el poder decirse á sí misma que este mundo no es su patria, que solamente la han despojado de lo que no la era lícito amar, que los verdaderos bienes del alma fiel son interiores y no se los puede quitar el mundo si ella no quiere; que la única pérdida que puede padecer una alma cristiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó poseer lo que no se puede conservar siempre, y que estándonos prohibido el fijar nuestro corazon en la tierra, el estado que menos nos une á ella debe parecernos el mas digno de ser deseado.

Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la afliccion, nos los borran en el de prosperidad; porque, católicos, es muy difícil el que nos desagrade un lugar que en todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo cuando parece que él solamente fué hecho para nosotros, el no fijar nuestro tabernáculo en donde estamos tan bien hallados,

el gemir como el profeta por lo largo de nuestra peregrinacion cuando no experimentamos en ella trabajos ni amarguras, y caminar sin cesar hácia la patria, cuando en el camino hallamos tantos atractivos que nos detienen. Aquel necio del Evangelio, viéndose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea, requiesce.*¹ Descansa, alma mía; esta es la primera impresion que hizo en su corazon la prosperidad; le aficionó á la tierra y le hizo que buscasse un injusto sosiego en las criaturas.

Pero si me preguntais en qué consiste el delito de esta disposicion, pues en la corte, mas que en alguna otra parte, es donde solo se conoce la superficie de la religion, no parecen estas verdades mas que unas inútiles especulaciones; si me lo preguntais, vuelvo á decir que, como dice San Agustin, si vuestros deseos fueran la regla de vuestra felicidad, estaríais contentos con ser inmortales en la tierra, tendríais por una especial gracia el privilegio de poder vivir eternamente apartados de Dios, usando de los bienes y deleites de los sentidos; es decir, que si el mundo pudiera ser vuestro Dios, vuestra recompensa y vuestra eterna morada, nunca buscaríais otra; que si se os permitiera escoger entre la tierra y el cielo, entre el siglo futuro y el presente, entre Dios y la criatura, presto haríais la eleccion y preferiríais lo visible á lo que solamente veis con los ojos de la fe: en una palabra, que no sois cristianos, porque el cristiano es hijo de las promesas, hombre del futuro siglo, ciudadano del cielo, una porcion de Jesucristo, que espera continuamente su reunion con aquel cuerpo místico que de día en día se va formando y perfeccionando, y solo conse-

² Luc. 12. v. 19.

guirá su eterna perfeccion y plenitud en la eternidad; y no solamente se limitan á la tierra vuestros deseos, sino que la esperanza de los justos y el reino de Jesucristo os parece el pensamiento mas funesto y triste.

Bien sé que esta injusta disposicion está en lo íntimo del alma y que ni aun nosotros mismos la conocemos. Con todo eso, ella es la que forma todos nuestros deseos, la que regula todos nuestros pasos, la que decide de todas nuestras inclinaciones; es el principal móvil de todo el cuerpo de nuestras obras exteriores; ella establece en medio de nuestro corazon un estado de culpa y de aquel género de culpas que no siendo conocidas por señal alguna sensible y particular, y consistiendo solamente en un desórden habitual de nuestro amor propio, nunca son conocidas ni expiadas, y por consiguiente nunca se perdonan; de aquellas culpas que no siendo, por decirlo así, otra cosa mas que nuestra propia voluntad, son la raíz de todas las demás sin que ellas lo parezcan; de aquellas culpas, finalmente, compatibles con la probidad, con la regularidad de las costumbres, con el ejercicio de ciertas obligaciones de la religion y aun con la delicadeza de conciencia; en una palabra, con todo lo que nos puede hacer parecer justos á la vista del mundo, al mismo tiempo que estamos condenados en la presencia de Dios.

Y no me respondais que estas son puras sutilezas, y que habiendo nacido con nosotros el amor á la comodidad, si hay algun delito, será en abusar de ella, pero no en amarla. ¿Es acaso pura sutileza el decirnos que nacisteis para el cielo, que la tierra es para vosotros una mansion extraña y un lugar de maldicion, del que continuamente deben estar deseando salir los hijos de Dios, y que el que no siente la tristeza de vivir distante de su patria, pierde el dere-

cho y el privilegio de conciudadano de los santos? ¿Es pura sutileza el decirnos que el hacer del mundo una ciudad permanente es vivir como los paganos que no tienen esperanza? ¿que el vivir solamente pensando en una fortuna perecedera, es haber renunciado á la fe, y que el tener la salvacion y la eternidad por el negocio menos importante de todos aquellos en que os ocupais, es estar ya juzgados? Si estas son sutilezas, el Evangelio, aquella filosofía tan prudente, tan sencilla, tan admirada aun de los mismos paganos, no seria mas que un vano sistema de un entendimiento ocioso, y al mundo reprobado perteneceria instruirnos en un idioma mas prudente, y darnos reglas mas sólidas para anunciar los caminos de la salvacion.

Esta es la primera impresion que hace la prosperidad en los corazones; una impresion de apego á la tierra. La segunda es el amor desordenado á nosotros mismos. La fe nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sino el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sino la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sino la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado: debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque si no, seremos injustos y haremos contradiccion á los mas claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por mas que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enfada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideremos

á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado; pero esta molestia es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles y que el amarse á sí mismo es un desorden: quiero decir, amarse siendo pecador y viviendo en la corrupcion de la naturaleza.

Pero toda vuestra vida, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es mas que un continuo querer agradaros á vosotros mismos; por eso todo lo que os da gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria que no podeis vivir sin ella; por eso no haceis caso de las santas leyes de la Iglesia siempre que hallais el menor trabajo en su observancia; por eso os mirais como centro de todas las criaturas que os rodean; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; que debe trastornarse el mundo entero, ó por facilitaros un gusto ó por excusaros el mas ligero pesar: por eso todos los que están cerca de vosotros no cuidan mas que de acomodarse con vuestros deseos, seguir vuestras ideas y conformarse con vuestro amor propio; estudian vuestros gustos, adivinan vuestras inclinaciones, solamente se introducen en vuestra gracia por medio de vuestras flaquezas; nadie os contradice, vuestras inclinaciones deciden siempre de cuanto os pertenece, y aun todos previenen vuestros deseos: no sé si me acusareis aún de sutileza; lo que sí sé es, que si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra mas que vosotros mismos. Porque os pregunto: ¿qué mas hicieron por Dios los mayores santos que lo que haceis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único ob-

jeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois también vosotros mismos de las vuestras? Ellos vivían solamente para Dios; ¿para quién vivís vosotros más que para vosotros mismos? Ellos despreciaban todo lo que no se ordenaba á su Majestad; ¿y qué caso hacéis vosotros de todo lo que no se ordena á vosotros mismos? Pasad más adelante con la comparacion, y vereis que más os miráis vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios. ¿Es posible, católicos, que hayamos de tener horror á los grandes delitos, y que no hayamos de hacer caso de vivir sin culto, sin amor de Dios, de no contar para nada en toda nuestra vida con su divina Majestad, esto es, que hemos de vivir como si solamente hubiéramos venido al mundo para nosotros solos, y como si debiéramos limitar nuestros afectos, nuestros temores, nuestros deseos y nuestras esperanzas á nosotros mismos?

La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazón es la soberbia; no hablo de aquella soberbia bárbara y declarada que hacia decir á un príncipe de Babilonia: Me ensalzaré, pondré mi trono sobre las nubes y seré semejante al Altísimo; hablo de otros pensamientos más proporcionados al corazón del hombre y casi inseparables de la grandeza. Bien sé que hay algunas personas que ó por la buena educacion que han tenido ó por haberlas dotado la naturaleza de un gélio suave y dócil, ó finalmente, por querer con una refinada soberbia parecer más de lo que son, saben despojarse de todo el fausto, hacerse tratables y allanar con su humanidad todos los caminos á los que tienen que tratar con ellos. Pero no fundo yo el peligro de la prosperidad en la arrogancia; lo ridículo de este vicio casi basta por sí solo para corregirle.

Le fundo en cierto dictámen de propia excelencia, que acostumbra el alma á que se mire como elevada por sus propios dones sobre todas aquellas personas á quienes la hace superior su clase ó su prosperidad. Lo fundo en un oculto error de vanidad, que hace que confundamos nuestra fortuna con nosotros mismos; que contemos el nacimiento, la grandeza, los títulos, las dignidades y las riquezas en la idea que formamos de lo que somos, y que de todas estas utilidades que nos son extrínsecas y que por consiguiente no pertenecen á nuestro sér, nos formemos una grandeza imaginaria, que tenemos por intrínseca á nuestras personas; finalmente, en un error que nos persuade que somos á los ojos de Dios y en el órden de su providencia, criaturas privilegiadas y tan distinguidas como entre los hombres, y como en el órden exterior de la sociedad. Su prosperidad, dice el profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazón una secreta soberbia. *In labore hominum non sunt. . . ideo tenuit eos superbia.*¹ Por eso el primer consejo que el apóstol encarga á Timoteo dé á los grandes del mundo, es el que no se ensoberbezcan: *Non sublimé sapere.*²

Por otra parte, en lo exterior todo confirma á los grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magníficos nombres de grandeza de ánimo y elevacion de pensamientos: en ellos se estudian todas sus acciones y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás

1 Psalm. 72. v. 5. 6.

2 1. Timot. 6. v. 17

hombres. Aun nosotros mismos, que somos ministros de la verdad, que debe estar en nuestros lábios como un sagrado depósito, damos á las mas leves virtudes de los grandes unos elogios que desaprueba la religion, y con pretexto de animar los débiles principios de su piedad, los corrompemos en su nacimiento: tal es la desgracia de los grandes; todo se dirige ó á disfrazarlos sus vicios, ó á hacerlos perder el mérito de sus virtudes.

Pero aun quando pudieran defenderse de la injusticia y torpeza de estas alabanzas, siempre se forma de estos emponzoñados discursos un género de idea de propia estimacion que nunca se borra y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios bajado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado necia para ser creida; pero con todo eso, oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos y que le trataban de Dios y de inmortal; su corazon se deja arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso, no desprecia como blasfemia los títulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos; y los gusanos que al mismo tiempo le consumen, nos dan bien á entender cuál fué el exceso de su impía vanidad, pues mereció ser castigado con tal cruel suplicio.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones quando el corazon está ya corrompido. Continudad con vuestra atencion.

Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raiz aquellos infinitos é insaciables deseos de que habla San Pablo, que matan al alma;

esto es, mirais la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en engrandéceros en ella y ocupar en ella algun gran puesto, y quisiérais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el universo á la extension de vuestros proyectos; obligais muchas veces á un Nabot á que os ceda su heredad y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables de los que son muy dudosos, y obligais á la equidad á que ceda al poder; siempre juzgais que os convienen las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia; no examinais si lo corto de vuestros talentos os hace incapaces de ellas, ni si tendrá que padecer el público, sino solamente si con ellas asegurais á vuestros hijos una fortuna mas durable: la suerte de éstos no la decide la vocacion del cielo sino vuestros intéreses temporales; la Iglesia se ve precisada á recibir de manos de vuestra codicia unos sacrificios que aborrece; trasplantaiis al campo del Señor todo lo que ocupa inútilmente la tierra en el vuestro; por no dividir vuestros bienes y por mantener el vano honor de vuestro nombre, despedazais y afrentais la heredad de Jesucristo; colocais en el santuario unos vasos de desprecio y de ignominia, y aun algunas veces comprais el don de Dios; y como aquella madre de Michas, de quien se habla en la Escritura santa, empleais vuestras riquezas en levantar para vuestro hijo en vuestra misma casa un nuevo sacerdocio y un nuevo templo: acaso en una fortuna mas regular y moderada hubiérais conservado mas inocencia.

No os parezca que hablo aquí de aquella opulencia que se mantiene con la sangre de los pueblos, de aquellos hombres nuevos á quienes vemos manifestar sin vergüenza en la magnificencia de sus palacios los despojos de las ciudades y provincias: la reforma de estos abusos no pertenece á nuestros sermones, sino á la severidad de las leyes y á la justa indignacion de la autoridad pública: vosotros mismos, católicos, vosotros que me estais escuchando, sois los que regularmente os burlais y censurais este modo de proceder; no podeis sufrir con paciencia que unos hombres levantados, por decirlo así, del polvo de la tierra, se atreva á competir con vosotros en fausto y magnificencia, á adornar su oscuro y bajo nacimiento con vuestros magníficos nombres, y aun á insultar con necias profusiones la pública miseria, de la que ellos mismos han sido bárbaros artífices: vosotros mismos conoceis todo el horror de una prosperidad nacida de la injusticia, y no conoceis los peligros de la del nacimiento. Yo no hallo mas diferencia sino que la una empieza por el pecado y la otra siempre acaba en él; los unos gozan de unos bienes injustamente adquiridos, y los otros abusan de una prosperidad legítima.

En segundo lugar, del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresion que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonoran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Quiero pasar ahora en silencio que solo el regalo, inseparable de la abundancia, es un camino casi infalible para la libertad de las costumbres, y que una vida ociosa, la que es muy regular en la opulencia, está muy cerca de la disolucion. ¡Ah! ¿dónde nacen los monstruos y las execrables pasiones, sino en los palacios de los gran-

des? En ellos no agradan los vicios comunes, y para avivar á estas almas sensuales, es preciso que unos excesos extraordinarios y una enorme singularidad de culpas dé á la iniquidad nuevos encantos. Leed las Divinas Escrituras, y hallareis que de esto provino la caída de David, los necios desórdenes de Salomon, el exorbitante lujo de Baltasar y el escándalo de la corte de Herodes.

Tampoco quiero deciros que muchas veces debe el alma su inocencia á la dificultad de la transgresion; que no suelen gustar los placeres que cuestan demasiado; que los obstáculos que hallamos para nuestros deseos en una mediana fortuna, hacen muchas veces que una alma fiel tome una resolucion generosa y se sujete á la obligacion con lazos mas santos y durables. Pero en los grandes, sus deseos son la única regla de sus pasiones, su voluntad no tiene mas freno que á sí misma, los deleites no les cuestan mas trabajo que el desearlos. Apenas deseó David beber el agua de la cisterna de Belen, cuando tres jóvenes hebreos, venciendo las dificultades que se oponian al deseo del monarca, atraviesan por medio del ejército enemigo, y entre mil peligros consiguen poner á sus piés una agua que era el precio de su sangre y el peligro de su vida; todo es fácil para las pasiones de los grandes. ¡Ah! si la culpa, aun entre contradicciones y trabajos, siempre agrada conseguida, ¿qué encantos no tendrá cuando son fáciles todos los caminos para lograrla y cuando le cuesta dificultad al corazón el privarse de ella?

Finalmente, quiero tambien omitir que una virtud comun, y aun algunas veces sola la pereza, bastan para apartarnos de buscar las ocasiones del desorden, pero que ni aun la virtud de los santos basta para defendernos contra las ocasiones cuando ellas nos buscan. Los grandes y fel-

ces de la tierra se hallan entre estas ocasiones á cada paso. su vista encuentra escollos en todas partes, todos los objetos procuran agradarlos, todos se dirigen á corromper su corazon, todos se precian de haberlo conseguido; la culpa se presenta á su vista acompañada de todos los atractivos mas propios para hacerse amable, de todos los artificios que ha podido inventar la corrupcion, ó para precaver los disgustos, ó para divertir la inconstancia, ó para justificar la pasion; los consejeros de la iniquidad, los ministros del apetito, de los que siempre está cercada la prosperidad, procuran agradar á su Señor lisonjeando sus pasiones; se hacen sus impíos apologistas, disfrazan su horror, ocultan su vergüenza y su vileza y avivan el deseo. Apenas se dejó ver Sara en los reinos de Faraon y de Abimelech, cuando los cortesanos, conociendo la vergonzosa fragilidad de sus príncipes, empiezan á ponderarlos su hermosura, inflaman su pasion y los inspiran injustos deseos. En un estado tan peligroso, ¡oh Dios mio! caerian aun los justos; ¿pues cómo será posible que se defienda un alma corrompida ya con la prosperidad?

Finalmente, de la soberbia, que es la última impresion que hace en nuestros corazones la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas y todas las pasiones que ella favorece: *La soberbia de los que os aborrecen, ¡oh Dios mio! dice el profeta, siempre va creciendo.*¹ las riquezas, los empleos, el nacimiento, son una especie de ley que nos manda ser ambiciosos; nos avergonzariamos de lo distinguido de nuestro nacimiento si no pensáramos en ser mas; el saber contenerse dentro de los límites de su propio estado y tenerse por

¹ Psalm. 73. v. 13.

feliz en él, es una filosofía que deshonra y á la que trata el mundo de pusilanimidad ó de singularidad ridícula. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazon hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él; arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido y todo, menos cristianos. Se alegrará de las desgracias de su prójimo cuando éstas sirvan á sus adelantamientos, le pesará de su elevacion cuando le sirva de estorbo, aborrecerá todo lo que se oponga á sus pretensiones, se conformará con las pasiones de aquellos á quienes tiene interés en agradar, desacreditará hasta la virtud y el mérito que le sirva de obstáculo. Sacrificará el interés público á sus intereses particulares, y de su fortuna hará su religion y su Dios. Estos son los primeros peligros de la prosperidad; inspira las pasiones al mismo tiempo que corrompe el corazon, y las favorece cuando ya le ha corrompido.

¿Pero qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la Providencia? No, católicos; pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es lícito el satisfacerlos; que el grado de nuestra inocencia, y no el de nuestra fortuna, es el que ha decidir del derecho que tenemos aun á los mas lícitos placeres; que el pecador, por mas elevado que se halle, no tiene mas patrimonio que las lágrimas y las mortificaciones; que sus delitos le han hecho inútiles casi todas las comodidades de su abundancia, y que su eleva-

cion, en vez de mitigarle su penitencia, le sirve de nueva dificultad para ella.

En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios, que á su vista no tendremos mas títulos que nuestras virtudes, y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturridos al vernos solos en su terrible tribunal.

Finalmente, debemos mirar los reinos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: *Ostendit ei omnia Regna mundi, et gloriam eorum.*¹ Este es un aspecto falso. Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocáis cuando cesa el encanto, muda de cara el objeto y nada halláis en él de cuanto os habia prometido el error de la imaginacion. Entre todas las fortunas y grandezas que nos figuramos en la tierra, solamente el deseo y la esperanza son los que nos lisonjean y embriagan. El esperar es cosa muy agradable y el único deleite que el hombre puede prometerse en este mundo. Cuando se han cumplido ya todos vuestros deseos y no teneis mas á que aspirar, quedáis infelices ó vienen á divertirlos ó engañaros otros nuevos deseos y esperanza; es preciso que nos sostenga el error de lo futuro, porque en nada estimamos lo presente sea lo que fuere. Por eso el tentador siempre nos deja algo que desear: *Hæc omnia tibi dabo.* Y este es todo su artificio; siempre nos muestra desde lejos los objetos que irritan nuestras pasiones, sabe muy bien que el único secreto para engañar á los hombres, no es el contentar sus deseos,

¹ Matth. 5 v. 8.

sino el inspirárselos, y por eso, católicos, debiérais vosotros estar mas desengañados del mundo que los que nacen en una mediana fortuna. Cuanto menos felices sois en vuestra elevacion, mas debeis conocer el vacío de todo lo que inquieta y mueve á otros hombres. Como vosotros gozais de todo lo que los demás hombres desean, le quedan menos arbitrios al tentador para engañaros, y debiérais tener por privilegio de la grandeza y de la prosperidad el que éstas os dan á conocer que el mundo entero es nada para el hombre, que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar el corazon por un instante, nunca puede llenarle; que nosotros hemos nacido para el cielo, que los verdaderos placeres del hombre en la tierra consisten en la inocencia y no en la elevacion; que si nos compadecemos interiormente del error de aquellos que siendo de nacimiento inferior al nuestro nos tienen por felices, debemos tambien llorar nuestra propia ceguera en creer que podemos hallar una felicidad mas sólida en una clase superior á la nuestra. De este modo se engañan todos los hombres, porque no conocen los disgustos del estado en que se hallan, y para desengañarlos bastaria el que se manifestasen el corazon unos á otros.

Por eso, ¡oh Dios mio! habeis querido que los peligros de cada estado puedan servir de medios de salvacion al alma fiel en cualquiera de ellos que se halle, y para que ningun hombre pueda tener excusa, habeis permitido que vuestros siervos se santifiquen en medio de los mismos escollos en que han visto perecer tantas almas mundanas. Estas son las ideas de la fe en orden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto cómo ésta sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros cómo tambien son obstáculos para la penitencia.

SEGUNDA PARTE.

Un estado en que las gracias especiales son mas raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aun las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza que regularmente no se pueden vencer sino con iguales auxilios de la gracia, un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposición acerca del peligro de las prosperidades temporales. Estadme atentos.

Dije primeramente que las prosperidades temporales sirven de grande obstáculo á la conversion, porque en este estado son mas raras las gracias especiales. Registrad las Escrituras Santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos, que mira desde lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalza sobre los demás. En todas partes se ve quebrado el arco de los poderosos y revestidos de fortaleza los flacos; en todas partes se lee que deja secar la yerba que crece sobre los techos, y que no por estar mas elevada es mas favorecida de los rocíos de la gracia, cuando al mismo tiempo adorna de hermosura á las azucenas que nacen en los mas profundos valles y entre las espinas; que rompe los cedros del Líbano, que parecen estar mas seguros, al mismo tiempo que el árbol plantado á la orilla de las aguas lleva fruto á su tiempo. En todas partes se ve que no se cuentan muchos nobles y poderosos en Jesucristo, esto es, entre sus discípulos. Esta verdad de que hablo se halla es-

tablecida en las figuras y máximas de los libros santos, no porque en Dios haya acepcion de personas, como ya he dicho; la gracia de Jesucristo abraza todos los estados, el Señor nunca falta á sus criaturas, y sin contar los augustos ejemplos que tenemos presentes, un David, un Ezequías, una Estér, una Judith y un San Luis prueban que en el estado de elevacion podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna.

Pero primeramente, el orden de la Providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la oscuridad y abatimiento, pueda descubrir en ella la fe un orden secreto y un modo de igualdad que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios y la sabiduría de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible secreto de esta divina compensacion consiste en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo; quiero decir, que la inocencia, el pudor, la rectitud, la sencillez y el temor del Señor están reservados para las almas oscuras, así como los títulos, las dignidades y las grandezas humanas están entregadas á los poderosos y felices del mundo. Por eso todo se halla en el universo dispuesto con una economía digna del Autor de la naturaleza y de la gracia; por eso la abundancia de unos está destinada para suplir á la necesidad de otros: el rico debe hacer al pobre partícipe de sus bienes, y el pobre debe socorrer al

rico con sus bendiciones espirituales y ofrecer por él el sacrificio de sus oraciones y trabajos.

Y así, católicos, todos los días vemos unas almas sencillas, nacidas en el estado mas vil y despreciable, favorecidas de los mas extraordinarios dones; de una inocencia sin igual, de una fe incontrastable, de una conciencia tan delicada, que se ofende solamente de la apariencia del pecado; de una oracion tan elevada, que admira á aquellos á quienes confían con sencillez las operaciones de la gracia en su alma, al mismo tiempo que los que habitan en los palacios de los reyes apenas conocen las primeras verdades de la religion; al mismo tiempo que vemos todos los días á algunas personas de cierta clase, que llegan á envejecerse sin pensamiento alguno de fe ni de devocion, que conservan en la edad decrepita el mismo gusto al mundo, la misma embriaguez por la corte, por el favor, por los placeres, el mismo pesar por el mas leve desaire del soberano, que en la edad mas viva y floreciente, y que aunque hagan algunos esfuerzos para entablar una vida mas cristiana, hallan siempre en ella mucho disgusto y repugnancia, y se les hace insufrible é insípido todo lo que se ordena á su salvacion.

Esta ha sido en todos tiempos la conducta de la gracia; los grandes dones siempre han estado reservados para las personas mas viles segun la carne; los poderosos del mundo no son tan á propósito para los designios de Dios, y si alguna vez se sirve de ellos su sabiduría, es valiéndose de sus pasiones, ó para castigar la soberbia de los pecadores ó para ejercitar la fe de los justos.

En segundo lugar, en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice San Agustin, los favores temporales son recompensa que la justicia divina

concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, príncipe generoso, enemigo de la violencia y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza é inútiles para la eternidad, son útiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los Estados, la tranquilidad de las familias, la buena fe de los comercios y el orden de la sociedad; Dios, pues, halla en el mundo con qué recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo así, porque este Juez equitativo ninguna virtud deja sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fe; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los santos y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Bien sé que esta regla no es universal, y que el justo ve algunas veces *la paz en su virtud y la abundancia en su casa*.¹ Pero estas excepciones son muy raras, y á nadie deben asegurar, y particularmente vosotros, si no os valeis de la prosperidad mas que para hacerla servir á la felicidad de vuestros sentidos y vivir en la torpeza y en el olvido de Dios, teneis gran motivo para temer y deciros continuamente á vosotros mismos: Acaso estoy recibiendo mi recompensa en este mundo; yo no siento dentro de mí mismo deseo alguno vivo de salvacion, ni impresion alguna de la gracia que me guie á una sólida penitencia. Entre todos los negocios; el

¹ Psalm. 121. v. 7.

de la eternidad es el que menos me mueve y me interesa. Yo hallo en mí inclinaciones á mis amigos, al favor, á la fortuna, al adelantamiento y elevacion de mi casa, al servicio del príncipe y á la gloria de la nacion; pero no hallo deseo alguno de mi eterna salud, y el corazon nunca me habla en órden á las obligaciones de la religion y al servicio del Rey de los reyes de la tierra ¡Oh gran Dios! ¿es posible que me habeis de haber abandonado interiormente, cuando en el exterior me estais llenando de favores? ¡Ah! castigadme en la tierra y reservadme vuestros dones para una vida mas permanente: si el estado en que me colocó mi nacimiento sirve de obstáculo á mi salvacion, degradadme de él, ¡oh Dios mio! y haced que vuelva á caer en el polvo de que salí; el estado que mas me acerque á vos será siempre para mí el mas amable, y preferiré al trono mismo el muladar en que Job estaba sentado, si esto fuese necesario para agradaros. Estas son, católicos, las disposiciones que deben hallarse en vosotros.

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos, y en vez de pedirle su gracia, que debilite nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos sino para la tierra y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Registrando el Señor nuestros corazones é indignado de no hallar en ellos cosa alguna digna de su Majestad, se ha acomodado á nuestros deseos y nos ha castigado con favorecerlos, como dice San Agustin. Ha sido para nosotros un Dios terrible cuando se nos ha manifestado propicio;

nos ha abierto los mas felices caminos para que consigamos nuestros intentos; ha apartado todos los obstáculos que podian oponerse á nuestros ambiciosos fines; ha juntado las circunstancias menos esperadas para conducirnos al término de nuestros deseos; nos ha llevado él mismo sobre sus alas, por decirlo así, á lo alto de la rueda, á donde hemos llegado con tanta rapidez: no obstante, sus primeros desig-nios para con vosotros eran el prepararos el camino de los disgustos y de las desgracias, como el mas seguro para vuestra salvacion y el mas conveniente á la fragilidad de vuestro corazon y á la naturaleza de vuestras inclinaciones: le habeis obligado, si es lícito decirlo así, á que mude este órden, se ha visto precisado á seguir vuestros proyectos, cuando vosotros debiérais haber seguido los suyos; pero como esa prosperidad no es obra suya, en castigo de ese desórden no toma parte en ella; os entrega á todos los peligros de un estado en que solo os ha puesto para castigar el ansia con que le deseásteis, os deja en manos de vuestras pasiones y en los caminos que ellas misma se han fabricado; sois á su vista como aquel Hijo Pródigo; le habeis obligado á que os entregue unos bienes que no os habia destinado su sabiduría, y despues os deja andar entregados á vuestros desordenados deseos, sin ejercitar con vosotros los cuidados y amor de padre. Si vuestra elevacion fuera obra suya, los escollos que nunca pueden faltar se mudarían para vosotros en medios de salvacion; pero siendo obra de vuestras pasiones, los mismos medios de salvacion que en ella pueden hallarse, se os convertirán en escollos.

Es cierto, pues, que la prosperidad es un obstáculo para la penitencia, porque en este estado son mas raras las gracias con que se forma el arrepentimiento; pero además de esto, digo en segundo lugar, que la prosperidad es obstácu-

lo para la penitencia, porque pone en el corazón infinitas oposiciones á las gracias de conversión que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra; segunda razón, y los motivos en que la fundo son los siguientes.

Primeramente, pudiera decirse que uno de los medios más eficaces de que Dios se vale para atraer á sí un pecador, es la instrucción y el celo de los ministros de la penitencia que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero los grandes del mundo no gustan de oírlos, ó por una oposición natural á la verdad, ó porque el ministro, por una cobardía indigna de la santidad y autoridad del sacerdocio, no se atreve á decirse-la; lo cierto es que los grandes y poderosos rara vez hallan hombres fieles á su ministerio y en los que no se vea apriñonada la palabra de Dios cuando se trata de entrar en juicio con su conciencia; los Natanes y los Bautistas no son para todos los siglos. Solamente la presencia de los grandes basta para acobardar la verdad en nuestras bocas; tememos á los que debiéramos instruir, respetamos sus pasiones como su clase y sus títulos, el juez tiembla en la presencia del reo, el que ha de pronunciar la sentencia parece que él mismo la espera del culpado á quien debe condenar, y con tal que no alabemos sus delitos, casi nos alabamos de haber tenido valor para tolerarlos. Los ministros, aun los más rectos, están persuadidos á que en esto es necesario usar de condescendencia; se valen de arbitrios que ofenden la obligación, acomodan la regla á las pasiones en vez de juzgar las pasiones por la regla, ponen excepciones en donde no debieran poner más que la ley: de este modo nunca se les manifiesta la verdad á los grandes sino bajo un velo de mitigaciones y respetos, y rara vez hacen penitencia, porque rara vez se les instruye. De esto

se quejaba en otro tiempo Jeremías: *Propheta tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem, ut te ad penitentiam provocarent.*¹

Pero quiero conceder que los grandes y poderosos hallen ministros que no hagan distinción de personas según la carne, porque aun hay profetas en Israel; la gracia de la penitencia es una gracia de docilidad y de sumisión; es preciso entregarse enteramente á la mano que nos guía, sujetar el genio á los consejos útiles, y saber caminar por sendas que no nos hayamos escogido nosotros mismos. Pero vosotros, que estáis acostumbrados á ver que todos los que andan al rededor de vosotros ceden á vuestros dictámenes, respetan vuestros errores y aplauden hasta vuestras locuras, nunca podéis resolveros á dejaros gobernar por las impresiones de un director ilustrado; le queréis atraer á vuestro parecer en vez de caminar á la verdad con él y por medio de su dirección; pretendéis que respete lo que debería censurar, intentáis imponer leyes, cuando debierais sujetaros á las que se os imponen: Naamán elevado á los primeros puestos de una corte soberbia, escucha burlándose los sábios consejos del profeta Eliseo, y tiene por simpleza el remedio que le señala el hombre de Dios y la santa autoridad de su ministerio. Queremos ser grandes en donde solo debemos ser penitentes.

Otra razón: algunos grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entendimiento y preciados de una capacidad sublime, que siempre se opone á la gracia de la penitencia, porque ésta es una gracia de sencillez y de infancia cristiana. Si el ministro santo no habla según el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones

¹ Jerem. Thren. cap. 2. v. 14.

anexas al puesto y al nacimiento, si los anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si los señala las mismas obligaciones, si los pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si los aconseja los mismos remedios, tratan su celo de simpleza, y sus talentos no son mas que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á propósito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay otro Evangelio distinto del del pueblo, que en Jesucristo hay distincion de griego y de bárbaro, de noble y de plebeyo, y que para guiarlos á la salvacion se necesita de otra ciencia distinta de la de los santos.

Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los grandes y felices del mundo; pero aun los halla mas invencibles fuera de su corazon y en los efectos de la prosperidad; última razon.

No quiero deciros, primeramente, que un corazon feliz con la abundancia nada busca fuera de sí, que nada aviva su amor á los verdaderos bienes, porque este amor está como dormido y saciado con los bienes aparentes. La gracia necesita pérdidas, disgustos, aflicciones, y casi nada puede con las almas que viven en la prosperidad. ¿En qué se ocupaba el rico del Evangelio en medio de su abundancia? En derribar sus trojes y edificar otras nuevas; despues en descansar, comer, beber y regalarse sin pensar en Dios: no recurrimos al Señor sino cuando no somos bastantes para nosotros mismos; no buscamos el descanso en el Autor de nuestro ser sino cuando no le hallamos en las criaturas. Adonías no abraza el altar hasta que ve decretada su muerte; Manasés no invoca al Dios de sus padres sino en el horror de su prision y bajo el peso de sus cadenas; el Hijo pró-

digo no piensa en restituirse á la casa paterna hasta que empieza á experimentar los rigores del hambre. Vosotros mismos que me estais oyendo os habeis vuelto á Dios, en aquellos instantes en que os ha afligido, y entonces abristeis los ojos para ver el engaño de este mundo miserable; pero luego que volvió el favor y la prosperidad, se restituyeron á vuestra imaginacion ideas mas agradables y halagüeñas, y os entregásteis al mundo luego que el mundo volvió á entregarse á vosotros; os hubiérais salvado por el camino de los disgustos y de las aflicciones, y pereceréis en la prosperidad.

¿Pero qué sería si yo examinase aquí el abuso que habeis hecho de vuestras dignidades, de que habeis de dar rigurosa cuenta en el tribunal de Jesucristo y por el que estais obligados á infinitas restituciones, sin las que vuestra penitencia siempre será falsa y reprobada de Dios? ¡Oh qué nuevos abismos, si la brevedad de un discurso permitiera examinarlos! Si habeis sido alguno de los jefes de los ejércitos de Israel, ¡qué libertades, qué robos, qué violencias! ¡de cuántas públicas y particulares desgracias os pedirá Dios cuenta algun dia! Si por razon de vuestros empleos habeis estado al frente de los pueblos y de los públicos negocios, ¡cuántas personas indignas favorecidas! ¡cuántos sucesos públicos y funestos acaso han tenido su origen ó en vuestras secretas envidias ó en vuestros particulares intereses! ¡qué injustas condescendencias han alcanzado acaso de vosotros el favor, la amistad, la sangre, y aun puede ser las conexiones pecaminosas! ¡cuántos abusos, ó tolerados por vuestra negligencia, ó autorizados por vuestros ejemplos! ¡cuántas quejas mal oidas, cuántas opresiones disimuladas, ó por no molestarse en examinarlas, ó por no desacreditar la eleccion que habeis hecho, y descubrir las ini-

quidades de los subalternos que eran causa de esas opresiones, solo porque os eran deudores de sus empleos y de su fortuna. ¿Dónde están los grandes que hacen que estas menudencias y esta multitud de culpas ajenas tengan parte en las restituciones de su penitencia?

Finalmente, no quiero hablar de los obstáculos exteriores que opone la prosperidad á la penitencia. El retiro os sería necesario, pero vuestra clase y vuestros empleos os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios. Mas mortificaciones serian el único remedio que podría expiar vuestras pasadas culpas; pero las delicadezas de vuestra educacion ó los respetos de vuestra autoridad os las impiden. El huir de los honores serviria de expiacion á los pasados excesos de vuestra ambicion; pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. Los abatimientos curarian la soberbia de vuestro corazon; pero es preciso que recibais los respetos, y que como Saul despues de su pecado, pidais que se os honre á vista de los hombres, para que no padezca vuestra dignidad el desprecio con que mirarian vuestra persona. La oracion sostendria vuestros débiles deseos de penitencia, pero las ocupaciones de vuestra fortuna ó no os dejan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad, que os facilita todos los caminos del pecado, os cierra todos los de la penitencia.

Por eso, católicos, es regularmente tan imperfecta la penitencia de los grandes y poderosos. Parece que es preciso contentarse con la que ellos quieren hacer; sus mas débiles esfuerzos se publican como heróicas virtudes, apenas han dado algun paso para salir de sus desórdenes, cuando se les tributan los elogios debidos á una virtud consumada; se les alaba por los males que dejan de hacer mas que pro

los que reparan; se aprecia todo lo que hacen; una conversacion, un deseo, un pensamiento, las señales de devocion se tienen por devocion verdadera, y el no ser pecadores es para ellos la virtud mas sublime.

Pero en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! en donde los títulos y dignidades nada añaden á nuestras obras, no juzgais de nuestra penitencia sino por los delitos que tenemos que expiar, y no por el puesto que los autoriza entre los hombres, y la elevacion solo añade á nuestras acciones de penitencia, el que siendo ocasion de que tengamos mas delitos y mas delitos que reparar, pide penitencias mas severas.

Es verdad tambien que la penitencia de los grandes mas consiste en obras exteriores y públicas, que en actos penosos y secretos de la fe y de la piedad; favorecen el culto y la religion, amparan á los justos, se ejercitan en obras de misericordia, mantienen los asilos públicos de la miseria ó de la inocencia, pero no conocen aquella vida de fe, de violencia, de abnegacion, de aborrecimiento de sí mismo, que es lo mas esencial de la penitencia y de la piedad cristiana; se hacen mas religiosos pero no mas penitentes; son mas útiles para la virtud, pero no mas rigurosos consigo mismos; emplean su autoridad para defender lo bueno, pero se creen dispensados de ejecutarlo; sirven á los fines de Dios para con su Iglesia, sosteniendo las empresas que le glorifican, pero no satisfacen á su justicia expiando las culpas con que la han ultrajado; en una palabra, sirven para la salvacion de otros, pero rara vez se salvan ellos mismos. La hija de Faraon favorece al pueblo de Dios oprimido, libra de las aguas á Moisés, emplea sus bienes y autoridad en la educacion del capitan de Israel que ha de libertar algun dia á sus hermanos, le adopta y pone en el número de

sus propios hijos, pero no pasa adelante su virtud; contentándose con favorecer al pueblo de Dios, no imita su fe y su inocencia; y aunque sea protectora de Moisés, no por eso deja de ser esclava de las vanidades y costumbres de Egipto. Estos son los peligros de la prosperidad; facilita todas las pasiones y pone infinitos obstáculos á la penitencia.

Este es, pues, el fruto de este discurso. Nacisteis en la elevacion y en la abundancia; pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los cristianos, y que si la Providencia los ha derramado sobre vosotros, no es mas que para proporcionaros el mérito de despreciarlos y ocasiones de ejercitar la misericordia, dando con liberalidad lo que graciosamente habeis recibido; pensad que la elevacion ó bajeza del cristiano consiste en la inocencia ó en el desorden de sus inclinaciones, y que el pecador es la mas vil, la mas despreciable y la mas ínfima de todas las criaturas en la presencia de Dios: pensad que pues se aumentan los peligros con la fortuna, teneis necesidad de mas vigilancia, de mas oracion y de mas precauciones que los que nacen en un estado infeliz; que perecereis con unas virtudes medianas que en la oscuridad hubieran sido suficientes para salvaros: pensad que vuestra elevacion no os concede privilegio alguno en orden á las leyes del Evangelio, y que se os pedirá hasta la última dracma como al esclavo mas vil; pensad, finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad, no deben serviros mas que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que mas os sirven de lazo y tentacion que de utilidad, y que si no teneis que padecer y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio y no estais en el orden de Dios.

¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de

que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos; acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar y lo que seria preciso despreciar si aun se poseyera; acordaos, finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los santos sino por la cruz; que cuantos menos consuelos haya en esta vida, mas deben esperarse en la otra, y que cuando esteis para morir, no queríais trocar vuestras aflicciones y vuestros pasados trabajos por los cetros y coronas de la tierra. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en cualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad ó de afliccion, de favor ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

PARA EL LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA IMPENITENCIA FINAL.¹

Ego vado et queritis me, et in peccato vestro moriemini.

Yo me voy y me buscareis, y morireis en vuestro pecado.

JOANN. 8. v. 21.

Si no os habeis estremecido, católicos, al oírme pronunciar estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestras divinas Escrituras, no hallo en toda la religion verdad alguna que sea capaz de moveros. Por lo que á mí toca, confieso que estoy lleno de temor, y me parece que para manifestaros unas amenazas tan terribles, antes debia usar de precauciones para evitar el terror excesivo que pueden infundir en las almas, que valerme de expresiones para avivar la atencion y el temor.

Y á la verdad, no os anuncia hoy Jesucristo calamida-

des públicas, la ruina de vuestras ciudades, el cautiverio de vuestras mujeres é hijos, la heredad del señor hecha presa de las naciones bárbaras é infieles, ni otras muchas calamidades que no pudieron oír los israelitas al pié del monte Sinai sin aterrarse y sin peligro de morir, si el Señor no hubiera cesado de hablarlos.

Lo que se os anuncia es el abandono de Dios y la impenitencia final, lo inútil y despreciable de los esfuerzos para volverse al Señor en la última hora, la reprobacion consumada en aquel momento fatal, y que una alma que tanto tiempo ha sido infiel á la gracia, será por último llevada cautiva de su pecado: *Queritis me, et in peccato vestro moriemini.*

Esta es la deplorable suerte de tantos fieles que ó desprecian los caminos de salvacion, ó esperan entrar en ellos en la última hora; esta es la suerte de la mayor parte de los pecadores que me oyen, y esta será la vuestra, amados oyentes míos, si dilatais el convertiros al Señor: *Se va, y le buscareis, y morireis en vuestro pecado.*

¡Gran Dios! ¿dónde está vuestra bondad cuando abandonais al pecador en aquella última hora? Sus lágrimas, sus sollozos, su boca que besa temblando la sagrada señal de su eterna salud, sus promesas de penitencia, ¿nada de esto ha de poder mover entonces vuestra piedad? ¿habeis de ser entonces un Dios inexorable para el hombre á quien criásteis? Católicos, no pongamos límites á sus infinitas misericordias. El Señor puede compadecerse, pero vosotros no le movereis á compasion; él mismo avisa que no teneis que esperar: *Yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado.* A todos os lo dice en general, y á cada uno de vosotros en particular, de cualquiera edad, de cualquiera sexo y de cualquiera clase que seais.

Demasiado terrible es esta materia para buscar otro asunto mas que el que explican las mismas palabras de Jesucristo. Si esperais el convertiros para la hora de la muerte, morireis en vuestro pecado. Esta terrible verdad me lleva toda la atención, y así os la propongo con toda sencillez. Si dilatais, pues, vuestra conversion hasta aquella hora, morireis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Dios y de volveros á su Majestad: *Quo ego vado vos non potestis venire.* Porque aun supuesto que os halláseis en estado de buscarle, y que hiciéseis esfuerzos para volveros á él, éstos serian inútiles, y no podríais hallarle: *Queritis me, et in peccato vestro moriemini.* Primera razon sacada de parte del pecador que en la última hora no se halla ya en estado de buscar á Dios y volverse á su Majestad. Segunda razon sacada de parte de Dios, irritado entonces con el pecador y que no recibirá, no mirará y aun despreciará los esfuerzos que parezca hacer el pecador que está para morir, por buscarle y volverse á él. Esto es, la penitencia en la última hora casi siempre es imposible; la penitencia en la última hora casi siempre es inútil. Necesito de las luces del Espíritu Santo, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Jesucristo: *Quo ego vado vos non potestis venire.* Primera razon sacada de parte del pecador que está para morir, y no se halla en estado de poder entonces buscar á Jesucristo: es decir, que la penitencia en aquella última hora casi siempre es imposible. No esta-

reis, pues, entonces en estado de buscar á Jesucristo, porque ú os faltará tiempo, ó caso que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, porque aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podreis vencer. Escuchad atentamente, católicos, estas importantes verdades.

Dije primeramente que es imprudencia el dilatar el negocio de vuestra conversión para un tiempo que Dios no os ha prometido, y que está continuamente negando á pecadores menos culpables que vosotros. Porque, católicos, ¿quién os ha asegurado de que la muerte vendrá con lentitud y que no caerá repentinamente sobre vosotros como una águila cruel sobre la presa cuando está mas descuidada? ¿quién os ha dicho que el Señor os avisará desde lejos que ha de enviar siempre á su ángel para preservaros, y que una caída repentina, un naufragio impensado, un edificio que caiga sobre vosotros, un golpe casual, un enemigo traidor, un criado infiel y otros muchos accidentes, no cortarán en un instante el hilo de vuestra vida y os precipitarán en el abismo en la flor de vuestros años? ¿quién podrá libertaros de una repentina alteracion de los humores que os haga espirar de repente entre los brazos de vuestro amigo y de vuestros parientes, sin poner mas intervalo de tiempo entre la muerte y una salud robusta, que el último suspiro? ¿Son acaso imposibles estas desgracias? ¿son tan raros estos accidentes? ¿se ha pasado algun año ó algun día sin que Dios os haya avisado con alguno de estos grandes ejemplares? ¿se han podido librar de estos golpes ni aun las mas elevadas cabezas? ¿cuántas veces os han venido á decir con susto: N. acaba de espirar al levantarse de la mesa, al salir del juego y aun acaso del pecado? Llegó el mi-

nistro de Jesucristo pero no le pudo sacar señal alguna de dolor; ¿qué consternacion entonces! ¿qué reflexiones acerca de vosotros mismos y de la inconstancia de la vida y de todas las cosas humanas! ¿qué resoluciones secretas de tomar en tiempo vuestras medidas para no ser tambien sorprendidos! ¿Aquellos temores eran acaso en vosotros imprudencia ó demasiada timidez? ¿cuántas veces han sucedido en vuestra presencia estos terribles accidentes? Y aun sin salir de vuestra casa, ¿no habeis recibido en ella alguna leccion doméstica? Pues ahora os pregunto: ¿cuáles han podido ser los designios de la misericordia de Dios en proporcionaros unos espectáculos tan terribles? Puede ser que haya querido avisaros que será semejante vuestro fin. ¿Qué sabemos si la misma disposicion de vuestro temperamento os da motivos de temer lo mismo? ¿qué sabemos si teneis ya la muerte dentro de vuestro seno, y si vuestra muerte repentina hará que mañana nos vistamos de luto y dará á los que me escuchan, grandes, aunque inútiles motivos de reflexion sobre el engaño del mundo y de sus esperanzas. ¿Pues cuál es vuestra ceguera, amados oyentes míos, en hacer que dependa vuestra salvacion de una cosa que es en la que menos podeis fiar en el mundo! Si para el feliz éxito de una grande empresa contárais con la prudencia de vuestras medidas, con el socorro de vuestros amigos ó vasallos, con vuestra clase, con vuestras riquezas, con vuestro crédito ó con vuestro poder, podríais confiar en todas estas cosas; pero contais con el tiempo. ¡Ah! ¿quién podrá salir fiador de él? ¿de quién dependen los dias y los años? ¿quién hace que el sol salga y se oculte sobre nuestras cabezas? ¿podeis acaso vosotros mandar á este astro, como aquel capitán del pueblo de Dios, que se detenga y alargue el día de vuestra vida para daros tiempo de acabar la victoria y

de domar vuestras pasiones? ¿los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros nos dan acaso derecho sobre uno solo de nuestros instantes? ¿los que mandan en la tierra pueden asegurar para sí mismos el instante siguiente? ¿no es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para unirnos con tanto apego á un mundo, al que nunca podremos estar unidos mas que el instante presente que ya no existe?

¡Oh Dios mio! vos que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidísteis al instante de mi nacimiento, y desde entonces señalásteis en mi frente el de mi muerte; vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de peregrinacion, vos solo estais viendo si yo me hallo aún lejos de mi carrera, ó si toca ya aquel término fatal despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio.

Pero acaso confiais en que son raros estos ejemplos de muertes repentinas, y que estos son unos golpes extraordinarios que no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero pudiera deciros que la justicia de Dios los hace muy comunes todos los dias, y que lo que rara vez sucediá en los siglos anteriores, ha llegado á ser un suceso diario en nuestro siglo. Pero quiero concederos que estos terribles accidentes no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero además de que puede suceder que seais de este corto número, y que aun cuando no debiera caer esta desgracia mas que sobre uno solo de vuestros ciudadanos, seria imprudencia el no temerla; además de esto os digo, que es mayor el número de los que son asaltados, que casi todos los pecadores mueren al tiempo que creen

estar su muerte mas distante; que el dia del Señor viene siempre como un ladrón, á la hora que menos se piensa: os aseguro que el último instante que acaba nuestros dias, nunca es el último en nuestra imaginacion; que cuando os halleis en la cama de vuestro dolor y esté la muerte á la puerta, aun os parecerá que está lejos; retardareis aún el negocio de vuestra salvacion y la propuesta que se os hará de llamar al ministro de Jesucristo; os aseguro que aun despues de haberle llamado mirareis su ministerio mas como una ceremonia que se usa con los enfermos, que como una noticia de que se acerca vuestra muerte. No confesareis vuestras culpas como quien va á parecer en el tribunal de Dios para dar cuenta de su alma; dejareis aún en vuestra conciencia mil cosas dudosas cuyo exámen dilatareis para lo último. Os aseguro que aun al tiempo de espirar os estareis prometiendo algunos dias de vida; os aseguro que la mayor parte de las muertes son repentinas, que casi ningun pecador espira creyendo que muere; que á casi todos se les niega el tiempo y se hallan en el tribunal de Dios sin haberse dispuesto para la terrible cuenta: despues de estas reflexiones podeis fiaros en el corto número de los que mueren repentinamente.

Pero demos que se os conceda el tiempo y que los ministros del Señor tengan lugar para ir á deciros, como en otro tiempo un profeta al rey de Judá: *Arreglad vuestra casa, porque habeis de morir.*¹ ¿Os permitirá entonces la confusion en que os hallareis el buscar á Jesucristo? Segunda reflexion. Decidme, ¿qué puede hacer entonces una alma pecadora, consumida de dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida

¹ Isai. 38. v. 1.

suficiente para animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazón que se deshace, os parece que en este estado puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? ¿quereis que pueda conocer con claridad sus sacrilegios, sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien, y en una palabra, que entre en unos cuidados y en unas menudencias para las que apenas bastarian el espíritu mas sereno y la mas entera razon? ¿quereis que esta alma, ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿que piense seriamente en implorar las misericordias de su Dios cuando las ideas de aquella última hora no parecen mas que sueños, y los pensamientos son como los de un hombre dormido?

¡Gran Dios! vos que desde lo alto de vuestra justicia estais entonces mas atento que nunca á los secretos movimientos de aquella alma desgraciada, ¿qué es lo que pasa en aquellos últimos instantes entre ella y vos? ¿qué es lo que en ella descubris que pueda reparar una vida entera de culpas, y aplacar vuestra indignacion? ¿Se vuelve entonces á su Criador? ¿adora en secreto al autor de sus beneficios y al vengador de sus ingraticudes? ¿se humilla bajo la mano que está levantada para herirla? ¿se mira como una víctima destinada á los tormentos eternos si la juzgais segun vuestra justicia? ¿os dirige desde el abismo de su dolor los clamores de un sincero arrepentimiento? ¿forma siquiera un deseo que merezca vuestra atencion? ¿en vez de aplacaros, se halla ni aun en estado de conocerlos? ¡Y qué otra cosa veis, ¡oh gran Dios! en las funestas inquietudes que mani-

fiesta, sino los últimos esfuerzos de un alma que se defiende contra la muerte, y de una máquina que se deshace!

Responded por mí vosotros, católicos, á quienes la mano del Señor ha llevado algunas veces hasta las puertas del sepulcro, y librado despues de ellas; cuando os hallábais prostrados en la cama del dolor y luchábais entre la vida y la muerte, ¿os ocupábais entonces en los cuidados de vuestra eternidad? ¿en dónde estábais entonces? ¿qué uso haciais de vuestra razon? ¿formábais en vuestro interior mas que alguna seconfusas y mal coordinadas ideas, en las que tenian mas parte vuestros males que vuestra salvacion? ¿qué os parecieron los últimos remedios que aplica la Iglesia á los moribundos? Unos sueños de los que ni aun memoria os ha quedado: ¿si aquella enfermedad hubiera puesto fin á vuestros dias, os hubiérais hallado dispuestos para parecer delante de Jesucristo? ¿qué alma hubiérais presentado á los piés del tremendo tribunal? ¿No os habeis dicho á vosotros mismos despues que recobrasteis la salud, que es locura esperar la última hora, que entonces no somos capaces de nada, que es preciso ordenar la conciencia mientras gozamos salud? Esto os habeis dicho, ¿pero lo habeis hecho así? ¿os dejareis engañar otra vez? ¿es posible que el único fruto que sacais del beneficio que alargó vuestros dias, solo hayan de ser las culpas de una vida mas dilatada?

Pero lo que en este punto nos mueve mas á adorar los juicios de Dios para con los pecadores que dilatan su conversion para la muerte, es el que si su misericordia deja entonces algunos instantes libres al moribundo, emplea unos momentos tan preciosos y tan decisivos para su eternidad en disponer de su sucesion y en arreglar la casa terrena; los parientes, los hijos codiciosos esperan al rededor de la cama el momento en que se despeje la razon del enfermo;

están atentos algunas veces, como los hijos de Isaac, para engañar al padre que está para morir y adelantarse unos á otros; se dan prisa á aprovecharse del tiempo para hacerle que declare sus últimas intenciones; los cuidados de la conciencia se dejan para otro tiempo menos proporcionado, y el negocio de la eternidad es el último de todos. Entonces llaman al ministro de Jesucristo, porque es preciso esperar á que el enfermo casi no conozca para que no se se asuste al verie llegar; entre tanto el mal insta, ya no se puede esperar del pecador una relacion exacta de sus desórdenes, es preciso contentarse con algunas voces vagas y mal coordinadas que casi se le sacan por fuerza; le decimos que se arrepienta, ¿pero quién sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor, levanta sus ojos moribundos, se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil, dice que sí con la cabeza, nos parece que le hemos entendido; ¿pero quién sabe si se entiende él á sí mismo? Da voces el sacerdote del Señor, procura que á lo menos resuenen en sus oídos las palabras de salud eterna, y el nombre de su Salvador repetido mil veces con esfuerzo; ¿pero quién sabe si este dulcísimo nombre llega hasta su corazón? Se arma con la señal de nuestra redencion, presenta un Dios crucificado al pecador que espira, le aplica á su boca ya trémula y cárdena, le hace que levante hácia este objeto de consuelo sus manos desfallecidas y sus ojos ya medio apagados; ¿pero quién sabe si consigue que él le conozca? Llega la muerte y espira el pecador: ¡gran Dios! ¿qué sucede entonces á aquella alma? ¿qué halla al tiempo de salir de su morada terrena? Y cuando cae en las éternas manos de vuestra venganza, ¡qué susto al hallarse, como si despertara, á los piés del tribunal terrible! Ve abierto el abismo en su presencia, y que no ha mediado entre una vi-

da llena de delitos y la severidad de vuestros juicios, mas que el letargo y los sueños de una corta enfermedad. ¿Qué puedo añadir á esto, católicos, mas que la sencilla reflexion del profeta? Escuchad esto los que os olvidais de Dios en vuestra vida para que no os sorprenda en aquella última hora y no haya quien pueda entonces libraros de sus manos: *Intelligite hæc, qui obliviscimini Deum, nequando rapiat, et non sit qui eripiat.*¹

Por otra parte, católicos, y no es menos digna de vuestra atencion esta última verdad; aunque os prometais que habeis de conservar hasta el último suspiro la razon tan sana y tan entera como la teneis al presente; ¿os parecen nada los obstáculos que entonces hallareis en vuestro propio corazón? ¿os parece que unas pasiones que estais criando desde la niñez, que han llegado á ser como vuestra natural inclinacion y vuestro temperamento, han de ceder y se han de deshacer en un instante? ¿que se ha de obrar en vosotros un milagro repentino, y que en un instante os habeis de mudar en nuevos hombres? ¿Las graves enfermedades á que no se ha seguido la muerte, obran acaso muchas conversiones? ¿se ven muchos pecadores que al salir de estos últimos peligros, despues de los mas vivos propósitos y de haber recibido los últimos remedios de la Iglesia con una compuncion aparente, muden de vida? ¿Quién puede responder á esto mejor que vosotros mismos? Algunas veces habeis llegado hasta los umbrales de la muerte; ¿pero os habeis convertido despues de vuestras enfermedades? Os parecia que estábais mudados, se lo asegurábais al ministro de la penitencia, y aun acaso tambien á los que os asistian; ¿pero lo estábais en la realidad? ¿Despues que pasó el peligro, des-

1 Psalm. 40. v. 22.

pues que recobrásteis la salud, no han vuelto á manifestarse las pasiones, y á poco tiempo os hallásteis el mismo que antes? ¡Acaso puede el corazon formarse tan presto nuevas inclinaciones, ó pudieron éstas renacer de nuevo!

¿Os parece, amados ayentes mios, que despues de una vida llena de desórdenes, dos dias de enfermedad os han de hacer castos? ¡Ah! acaso Dios permitirá que la memoria de vuestros pasados deleites os arranque aún mil pecaminosas complacencias cuando esteis para morir; acaso entonces todavía os deleitareis en mirar con vuestros ojos moribundos pintadas en vuestras paredes las funestas imágenes de vuestros pasados desórdenes; acaso espirareis teniendo á la cabecera de vuestra cama el infeliz objeto que corrompió vuestro corazon; y no obstante el escándalo público, no podeis resolveros á separaros de él aun en la muerte. Esta es una verdad pronosticada ya por el Espíritu de Dios: los huesos del impuro se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud, y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulero. *Ossa ejus implebentur vitiis adolescentiæ ejus, & cum eo in pulvere dormient.*¹ ¡No se ha visto en nuestro siglo, y aun en el de nuestros padres, algunos mónstruos que al mismo tiempo de espirar juraban una funesta fidelidad hasta mas allá de la muerte, al detestable objeto de su pasion, mientras sus almas reprobadas salian de sus cuerpos entre suspiros y pesares de apartarse de las culpas y del deleite? ¡Oh Dios mio! ¡qué terrible sois cuando entregais al pecador á su propia corrupcion!

¿Os parece que un hombre cuyo único deseo mientras ha vivido ha sido el juntar riquezas á costa de los pueblos y por los mas injustos é infames caminos, os parece que en-

¹ Job. 20. v. 21.

tonces podrá persuadirse á que son pecaminosas unas ganancias que siempre ha tenido por lícitas, y que querrá que las infinitas restituciones que debiera hacer, reduzcan su nombre y posteridad al polvo de que los habia sacado? ¡Ah! dice el Espíritu Santo; su alma vomitará las riquezas que habia tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazon el amor que las tenia. *Divitias quas devoravit, evomet, et de ventre illius extrahet eas Deus.*¹

¿Os parece que un impío que puso su gloria en su confusion; y que mil veces ha profanado la santidad de nuestros misterios con sacrílegas irrisiones, se hará fiel y religioso en la hora de la muerte? Acaso se preciará hasta el último instante de su vida de una superioridad de entendimiento con que lisonjeará su vanidad; acaso querrá manifestarse superior á los temores vulgares mirando tranquilamente y con seguridad la incertidumbre de la otra vida; acaso al tiempo de morir divertirá á los asistentes con algun dicho gracioso á costa de su salvacion, y acaso morirá como un mónstruo y un desesperado.

¿Os parece que una mujer mundana, desvanecida con su hermosura, entregada á sus placeres y estrechamente unida con el mundo y consigo misma; os parece que podrá ver entonces sin pena la destruccion de su cadáver, y que el mundo y todas sus diversiones se desvanecen y se separan de ella para siempre? ¡Ah! entonces permitirá Dios que aun estando para morir, solamente piense en los cuidados de su hermosura; que continuamente esté pensando en las mutaciones que habrá ocasionado en su rostro una larga enfermedad que acerca de esto oiga con gusto todo cuanto

¹ Job. ibid.

quiera persuadirla la lisonja; que al tiempo de espirar se renueve todo su amor al mundo, y diga como aquel desgraciado rey de Amalec: ¿De este modo me arrebató la muerte cruel en la flor de mis días? *Siccine separat amara mors?*¹

Vos, Señor, nos avisáis en las Divinas Escrituras que su fin será semejante á sus obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum.*¹ Si habeis sido deshonestos en vuestra vida, morireis como tales; si habeis sido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazón el amor al mundo y á sus falsos honores; si habeis vivido tibios, sin vicios ni virtudes, morireis con tibieza y sin compuncion; si habeis vivido irresolutos formando continuamente proyectos de penitencia sin ponerlos jamás en ejecucion, morireis llenos de deseos y vacíos de buenas obras; si habeis vivido inconstantes, siendo tan presto del mundo como de Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernándoos siempre por vuestro gusto y por la inclinacion de un génio inconstante y ligero, morireis en estas deplorables alternativas, y vuestras lágrimas en la hora de la muerte serán de la misma especie que las de vuestra vida: esto es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial, vuestros suspiros nacerán de un corazón tierno y sensible, pero no de un corazón penitente; en una palabra, morireis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini.* En aquel pecado en que habeis vivido encenagados tanto tiempo, en aquel pecado que es mas propio vuestro que de los demás, porque domina en vuestras costumbres y en vuestro temperamento; en aquel pecado que os es como natural, y del que no habeis conseguido enmendaros en toda vuestra vida: *In peccato vestro moriemini.* Acab muere impío, Jeza-

1 1. Reg. 13. v. 32.

2 2. Corinth. 11. v. 15.

bel deshonesto, Saúl vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Baltasar afeminado y Herodes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes ejemplos; todos los profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los mas insensibles; la experiencia es terrible en este asunto, y vosotros mismos estais diciendo que la muerte es conforme la vida: ¿pues qué mas se necesita, católicos, para haceros tomar desde ahora la resolucion de trabajar en vuestra eterna salud, y no dilatar hasta el fin un negocio que nunca se puede empezar demasiado temprano, y mas cuando regularmente se yerra si se dilata? Trabajad, pues, mientras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia; buscad á Jesucristo mientras podeis hallarle, porque si dilatais vuestra conversion hasta el fin, no solamente no podreis buscarle, sino que aun cuando pudiérais, no le buscaríais, y aun cuando le buscáseis, no le hallaríais: *Queretis me, et non invenietis, et in peccato vestro moriemini.* Ultima verdad, aun mas terrible, reducida á dos reflexiones con las que probaré que casi siempre es inútil la penitencia en la hora de la muerte.

SEGUNDA PARTE.

Si dilatais vuestra conversion para la muerte, morireis en vuestro pecado, porque aun cuando pudiérais entonces buscar á Jesucristo no le buscareis, y aun cuando le busqueis no le hallareis.

Dije primeramente que entonces no buscareis á Jesucristo, porque se habrá apartado de vosotros y os habrá abandonado: *Ego vado, et in peccato vestro moriemini.* Pri-

mera razon. El pecador en su última hora abandonado de Dios.

Es una verdad eterna que el Señor tiene puestos límites á su paciencia y que nunca se pueden traspasar estos límites, y que así como ha establecido un tiempo para acordarse del pecador, segun la expresion de Job, ha señalado tambien otro para olvidarse de él: en los tesoros de su misericordia hay número cierto de favores especiales, destinados para cada uno de nosotros en particular, y si llegamos á agotarlos con una continuada série de infidelidades, podemos infaliblemente contar con la indignacion de Dios, sin que quede para los que han abusado de ellos mas que ó los socorros ordinarios y casi siempre inútiles de la gracia, ó aquellos recursos que se sacan únicamente de su omnipotencia, de los que no le permiten servirse el orden de su providencia y de sus consejos eternos. Por eso cuando las abominaciones de Sodoma llenaron la medida y no se halló el número de justos decretado en los consejos eternos, por mas que Abraham levantó las manos al Señor, no se dejó vencer su Majestad é hizo llover desde lo alto del cielo su indignacion y su fuego sobre aquellas ciudades pecadoras.

Bien sé que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de salud eterna y de propiciacion; que siempre estamos en estado de volvernos á Dios; que en cualquiera hora que el pecador se convierta al Señor, su Majestad se convierte á él, y que mientras esté levantada la serpiente de metal no hay llaga incurable; esta es una verdad eterna; pero tambien sé que cada gracia especial de que abusais puede ser la última de vuestra vida, que Dios se cansa, que no son unos mismos respecto de todos los hombres los límites de su bondad; que despues de haber perdonado tres pecados á

Damasco no quiso perdonar el cuarto, y que algunas veces una sola culpa consuma la reprobacion de un pecador: Bien sé que *es terrible en sus consejos para con los hijos de los hombres;*¹ *que no conocemos el poder de su indignacion, y que nadie ha podido jamás contar su favor y su ira.*²

Supuesta esta verdad tan terrible y tan cierta, se infiere desde luego una consecuencia que no lo es menos: si la Escritura nos anuncia en todas partes que Dios algunas veces se retira de una alma infiel, y que despues de haber cuidado inútilmente por mucho tiempo de Babilonia, se venga por último, abandonánla á sí misma, no hay circunstancia en que sea mas propia y mas justa esta severidad que cuando el pecador está para morir. Porque decidme, católicos, si despues de haber despreciado un corto número de inspiraciones, deja Dios algunas veces entregada el alma á sí misma, ¿qué podeis prometeros en aquel último instante, particularmente los que no podreis contar vuestros dias pasados mas que por el abuso que habeis hecho de sus gracias; los que desde el principio de vuestra vida hasta aquella última hora siempre habeis vivido agitados con crueles é inútiles remordimientos acerca de vuestro estado; cuando vuestra impenitencia y vuestra ingratitud acaso habrá llegado hasta envidiar mil veces la suerte de los compañeros de vuestros desórdenes, por haber observado en ellos una conciencia tranquila en medio de las culpas, y un corazón obstinado contra todas las amenazas de la religion; los que habeis despreciado sus misericordias mientras habeis podido gustar del fruto de vuestras infidelidades; cuando os habia dispuesto para este abandono con

1 Psalm. 65. v. 5.

2 Psalm. 39. v. 11, 12.

los repetidos avisos de su inflexibilidad para con los pecadores que dilatan su conversion hasta este último instante? ¿Quereis que entonces el Dios justo y terrible os mire con ojos de misericordia, que se acuerde de vosotros en el tiempo de vuestra afliccion, esto es, en la única circunstancia que tanto tiempo habia estado esperando para vengarse y para castigar el indigno abuso que siempre habéis hecho de sus gracias?

Pero ¡oh Dios mio! ¿dónde estará entonces aquella justicia que baña sus flechas en la sangre del pecador, que insulta á las lágrimas del impío que está para morir, y que se consuela con su venganza? ¿Qué habia de ser de aquellas terribles amenazas que nos habeis dejado en vuestros santos libros, que siempre llegan á tener efecto? ¿y cuándo habia Dios de vengarse si no se vengara entonces? La paciencia con que sufré al pecador mientras goza de salud, ¿seria tan terrible como nos asegura el mismo Señor en las Divinas Escrituras, si viniera á parar en un acto de clemencia? ¿seria por ventura tan severo cuando tarda en castigar, si al mismo tiempo que disimula sus ofensasno preparara una funesta obstinacion para el fin?

Pero, amados oyentes míos, aun cuando la justicia de Dios no se opusiera á su clemencia en aquel último instante, bastaria solamente la misma naturaleza de la gracia que os prometeis para entonces, para que no la esperáeis: porque no solamente os prometeis la gracia de la conversion, esto es, aquella gracia que muda el corazon, sino que os prometeis tambien la gracia que nos hace morir en santidad y justicia, la gracia que consuma la santificacion del alma, la gracia de la perseverancia final; pero esta gracia es propia de solos los escogidos, es el mayor de todos los dones, es la consumacion de todas las gracias, es la última

señal del amor que Dios tiene á una alma, es el fruto de una vida inocente y piadosa, y es la corona reservada para los que han peleado legítimamente: Dios, rigurosamente hablando, á nadie debe este inestimable favor: algunas veces suele negarle aun á aquellos que han caminado mucho tiempo en su presencia por los caminos de la justicia y de la santidad; el deplorable fin de Salomon es un ejemplo capaz de hacer temblar á los justos de todos los siglos: ¿y os parece á vosotros que el beneficio mas señalado de todos ha de ser premio de una vida llena de ingraticudes? ¿y os atreveis á lisonjearos que no se le ha de negar entonces á un pecador inveterado, siempre advertido y siempre infiel, una gracia que no siempre se concede á los que han sido justos por mucho tiempo? ¿y os prometeis que el Señor ha de llenar la medida de sus misericordias cuando vosotros hayais llenado la de vuestras culpas? ¡Oh Dios mio! ¿es posible que casi todos los hombres vivan entretenidos con una tan necia esperanza, y que otros siervos que siempre están crucificando su carne para alcanzar este precioso don, y que siempre están temblando el que se les niegue, se hayan de engañar? ¿en qué se funda el pecador que continúa ofendiéndoos para contar con este excelente don, cuando al mismo tiempo no ofrece para alcanzarle mas que sus delitos y la presuncion de haberle esperado?

Sí, católicos, aun cuando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia en la última hora á una alma que hasta entonces hubiera diferido su conversion, digo que nunca os la concederá á vosotros que solamente la dilatais hasta aquella hora, porque en ella esperais esta misma misericordia: es verdad que pudiera suceder que un pecador que en el tiempo de sus desórdenes nunca hubiera reflexionado acerca de su estado ni de su salvacion, y que hubie-

ra vivido sin pensamiento alguno de fe, y sin remordimiento de sus culpas, volviere sobre sí en aquel terrible momento, se atemorizase de su pasada insensibilidad, levántase al cielo los ojos bañados de lágrimas y un corazón nuevamente enternecido, y que el Señor desde lo alto de sus misericordias mirase con ojos propicios á este ciego que solamente entonces empezaba á abrir los ojos á la luz: si alguna vez se concede la gracia de la penitencia en la última hora, parece que se podría conceder á un pecador de esta naturaleza. Pero vosotros que de esta esperanza formais el funesto motivo de vuestros desórdenes, vosotros que solamente dilataís la conversión porque os persuadís á que tendréis tiempo en la hora de la muerte para volveros á Dios, y que no despreciará entonces el Señor vuestro arrepentimiento; vosotros que os valeis aun de su misma misericordia para ultrajarle. ¡Oh pecador, indigno entonces aun de la vista de un Dios que no pudiera irritarse, de un Dios que solamente fuera misericordioso sin ser justiciero, de un Dios que no te hubiera declarado que entonces te ha de abandonar! ¿qué recurso puede quedarte? aun cuando tu vida, llena toda de delitos, no apartara entonces de tí esta especial gracia que esperas, ¿no bastaba para hacerte indigno de ello la temeridad con que la has esperado? Ninguna cosa pone tanta distancia entre el alma delincuente y la misericordia de Dios, como el señalar días y momentos á su gracia y á su espíritu, que inspira donde quiere y cuando quiere: ¿y quién sois vosotros, como decia en otro tiempo Judit á los de Betulia, que habian señalado dias para entregarse á Holofernes si no acudia el Señor á libertarlos; quién sois vosotros para poner de ese modo término á la misericordia del Señor, y para señalarle dias y momentos á vuestro arbitrio? *Qui estis vos, qui posuistis tempus mi-*

*serationis Domini, et in arbitrium vestrum diem constituitis ei?*¹

A unas verdades tan terribles oponéis sin duda aquella secreta y falsa esperanza, de que estas amenazas generales no os comprenderán en particular; pero os pregunto: ¿cuáles son los pecadores á quienes se amenaza en los libros santos, que serán abandonados de Dios en la hora de la muerte? ¿No son los que se parecen a vosotros? ¿Qué mérito hallais que os pueda lisonjear de que entonces Dios haya de usar con vosotros de particulares atenciones? ¿Acaso vuestra vida pasada? bastante favor seria el que Dios quisiera olvidarse de ella. ¿Acaso los deseos de conversión que habeis estado formando continuamente? esos mismos deseos acabarán de haceros inexcusables. ¿Acaso aquella buena disposicion de vuestro natural, que casi os precisaba á amar la virtud? esa era una gracia de que entonces Dios os ha de pedir cuenta. ¿Acaso la esperanza que tuvisteis en su misericordia para la última hora? ya habeis oido que este será el mayor de todos vuestros delitos. Lo que yo hallo particular en vosotros es que sereis mas indignos de la misericordia del Señor que ningun otro pecador, y que el justo Dios tendrá contra vosotros algunas razones mas para negaros lo que esperais, que contra la mayor parte de las almas impenitentes. ¿Pues en qué os podeis fiar todavía, católicos? sin duda en la bondad de Dios que no quiere la muerte del pecador; ¿en su bondad? ¿pensais acaso que su bondad consiste en una insensibilidad que no siente el ser ofendida con los mayores ultrajes? ¿En su bondad? por lo mismo que es bueno abandonará al pecador en la hora de la muerte; su bondad no le permite entonces conceder unas

¹ Judit. 2. v. 11, 13.

gracias que servirían de escollos á los demás hombres; su bondad no quiere poner lazos á la falsa confianza de los pecadores, abriendo sus entrañas en aquellos últimos instantes á los gritos de una alma infiel. También es bondad en Dios el quitar á nuestras pasiones los pretextos de error y de impenitencia, y no hacer que la salvación de uno sirva de perdición para muchos. De este modo contais con la bondad de Dios, y su misma bondad es la que pide vuestro castigo y la que debe hacernos temer en todo.

No os pido, católicos, mas de que hagais aquí una reflexión: no hay hombre que durante su vida no forme mil veces la resolución de mudarla, y casi no hay hombre que no muera antes de haberlo ejecutado. Aun los mas distraídos desean acabar santamente; todos quieren, como Baalam, morir con la muerte de los justos y nadie quiere vivir como ellos; todos mueren con este deseo; de este modo hemos visto morir á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros superiores, y aun despues de su muerte, para consolarnos de su pérdida, nos solemos acordar de aquellos quiméricos proyectos de conversión que les habíamos oído algunas veces en su vida. Estaba pensando en convertirse, solemos decir; siempre nos estaba hablando de esto; y luego quedamos tranquilos acerca de su suerte, y pronosticamos favorablemente de su salvación. ¡Gran Dios! esto es lo que únicamente me hace temblar acerca de la suerte de mi alma; esto lo que me hace temer la severidad de vuestros juicios para con ella. ¿Qué hacemos con acordarnos de los deseos de penitencia que tantas veces hemos formado sin efecto, sino acordarnos de vuestras gracias, siempre despreciadas por nosotros? Esperamos nuestra salvación en lo que es sin duda el mas terrible motivo de nuestra condenación. Nos lisonjamos de que nos mirareis con ojos

de misericordia en aquella última hora, porque no os habeis cansado de avisarnos mientras dura nuestra vida; y sin duda el no habernos entregado á la muerte, ha sido porque nos habeis visitado muchas veces, aunque en vano, durante el tiempo de nuestra vida mortal. ¡Oh vanos juicios de los hombres! ¡qué diferentes son, ¡oh Dios mio! vuestros pensamientos de los nuestros! ¡y qué poco conformes vuestros juicios con la ilusión de nuestras esperanzas!

Pero á lo menos, direis, todos los dias estamos viendo algunos pecadores, que despues de una vida llena de desórdenes, dan en la hora de la muerte señales tan vivas y tan seguras de arrepentimiento, que no se puede dudar de que el Señor se nueva con sus lágrimas, ni de que su dolor borrará todas sus pasadas infidelidades. A este error con que se lisonjean tantas almas impenitentes, responde Jesucristo por mí, que entonces se le buscará pero no se le hallará; esto es, que serán despreciadas aun las mas claras señales de arrepentimiento que podais dar entonces, que buscareis á Jesucristo, pero que morireis en vuestro pecado. Última verdad, mas terrible aún que las otras, y que no deja al pecador impenitente recurso alguno con que poder lisonjearse: *Querētis me, et in peccato vestro moriemini.*

Confieso, católicos, que cuando considero esta terrible verdad y veo por una parte al pecador en la hora de la muerte buscando á su Dios y levantando sus manos en acción de suplicar, y por otra al Dios de las venganzas apartarse de él y cerrar sus oídos á los gritos de su dolor y á todas las señales de su penitencia; confieso, vuelvo á decir, que en este lance me parece el Señor un Dios terrible que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios, y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero por mas formidable que entonces parezca su modo de

proceder, es justo, y no puede portarse de otro modo con el pecador.

No quiero decir que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida; pero Dios entonces desprecia la penitencia del pecador que está para morir, porque es falsa. Es falsa primeramente, porque no es libre: mas es efecto de la fatal necesidad á que se ve reducido, que de la gracia y de un verdadero arrepentimiento; porque decidme, amados oyentes míos, despues de haber llegado hasta el último exceso en vuestra rebelion contra vuestro Dios, y despues que el último dia de vuestra salud ha sido el último dia de vuestras culpas, rendís las armas y pedís misericordia cuando os veis perdidos, y cuando veis que el Dios de las venganzas tiene levantada la espada sobre vosotros; alzais los ojos al cielo, hácia donde nunca habíais mirado cuando, empieza á faltaros la tierra. Detestais los infames deleites cuando vuestro cadáver se deshace, y cuando ya no percibís cosa alguna con tanta vehemencia como su fétor. Derramais vuestras riquezas sobre los pobres, cuando desfallecidas vuestras manos se caen por sí mismas y no las pueden mantener. Al tiempo de morir dais las mas sanas instrucciones á vuestros hijos y criados, cuando ya no los podeis escandalizar con vuestro mal ejemplo. En una palabra, os arrepentís cuando ya no se os permite que prosigais siendo pecador. ¿La ocasion en que derramais vuestras lágrimas, no basta per sí sola para hacerlas sospechosas? ¿No es cierto tambien que entonces Dios juzga con equidad, despreciando vuestra penitencia? ¿Si el Señor os alargara los dias no proseguiríais tambien vosotros en vuestros delitos? Si hubiera quien os asegurase de su parte que no moriríais de esa enfermedad, ¿tomaríais tantas medidas para hacérosle

propicio? Cuando no eran aún desesperados vuestros males y teníais alguna esperanza de vida, ¿permitísteis el que se llamase al ministro de Jesucristo? ¿hubo siquiera quien se atreviese á proponerlo? ¿pues qué dabais á entender con eso, sino que os apartásteis del pecado con tanto pesar como de la vida y que no queríais exponeros, por decirlo así, á volveros á Dios, sin estar antes bien asegurados de que ya no podíais servir para el mundo?

Segunda razon; la penitencia del pecador en la hora de la muerte casi siempre es falsa, porque su dolor no es mas que un temor puramente natural que le inspiran el horror del sepulcro y la memoria de las eternas penas, que entonces se le representan con mas viveza: es verdad que llora, pero no es tanto por sus culpas, como por sus desgracias; es verdad que clama, pero no es porque con tierno afecto se vuelva hácia su Padre, sino porque dirige á su Juez unas súplicas muy interesadas: detesta sus desórdenes, pero no porque sienta la injuria que con ellos ha hecho á su Dios, sino porque siente los males en que va á precipitarse; él mismo es únicamente el objeto de su dolor, el fin de sus súplicas y el motivo de su penitencia; nunca contó con el Señor en sus deleites, y así no cuenta con él en su arrepentimiento. ¡Ah! si tuviera seguridad de que no tenia que temer despues de la muerte y de que era un sueño el infierno, presto se borraría de su memoria el horror de sus culpas, y muy presto se enjugarian sus lágrimas si se pudieran calmar sus temores.

Por eso, ¡oh gran Dios! vos que penetráis lo íntimo de los corazones y no juzgais por las apariencias, no podreis ser engañado por mis falsas lágrimas si dilato hasta entonces mi arrepentimiento. Mis lágrimas serán como las de Esaú y las de Antioco, lágrimas estériles y reprobadas. Estaré

en vuestra presencia como un reo que tiembla á vista de su suplicio, y no como un verdadero penitente que se confunde con la memoria de sus pecados: vereis la raiz de mis vergonzosas pasiones, que aun está viva en lo íntimo de mi alma; á vuestra vista seré impúdico, mundano, sensual, ambicioso y vengativo, porque mis temores no serán mas que efecto de aquel exceso de amor propio que siempre me ha inspirado tanto horror aun á los mas cortos trabajos: cuanto mas sensual y más idólatra haya yo sido de mi cuerpo, mas vivos serán entonces mis temores, mas cobardes mis sustos y seré mas elocuente en mis acusaciones: ¿pero qué caso hareis, ¡oh Dios mio! de unas lágrimas que nacieron del mismo principio que todos mis pecados?

Y así, amados oyentes míos, entonces levantareis la voz al cielo desde el abismo de vuestros males, y el justo Dios se reirá de vuestros clamores: *Ego quoque in interitu vestro ridebo.*¹ Llorareis é insultará á vuestras lágrimas desde lo alto de su justicia; *et subsanabo*: os herireis el pecho y no se ablandará vuestro corazon; le prometereis mas fidelidad si dilata vuestra vida, y se burlará de vuestras promesas, porque verá en la corrupcion de vuestro corazon, que si dilatara vuestros dias, no haria mas que dilatar vuestros delitos. Exhortareis á los que asisten á vuestra muerte á que se aprovechen de vuestro ejemplo, y á que sirvan á Dios mientras tienen salud, y el Señor os responderá en lo interior: *¿Por qué tú has de contar mis justicias?*² Le direis: no entreis en juicio, Señor, con vuestro siervo, y os responderá, *que ya estais juzgados.* Le direis: ¡Oh Dios mio! lleno de bondad; vos, Señor, solamente venisteis á salvar

¹ Psalm. 49. v. 16.

² Psalm. 1. v. 24.

á los pecadores; y os responderá, *que no hay salvacion para el impio*: le direis: ¡Oh Salvador de los hombres! yo solamente pongo mi confianza en vuestra infinita misericordia; y os responderá, *que la esperanza del pecador perecerá con él*: le direis: ¡Oh Pastor divino de nuestras almas! vos nunca despreciáis á las ovejas descarriadas que vuelven á buscaros; y os responderá, *que hay tiempo de perdonar y tiempo de castigar*: le direis: ¡Oh Jesus! yo pongo mi alma en vuestras manos; y os responderá que no la tiene por suya, y que solamente la recibe para hacerla eterna víctima de su justicia; y vuestros infructuosos gemidos é inútiles súplicas servirán de espectáculo agradable á su furor y á su venganza. *Consolabor et vindicabor.*

¡Ah! entonces el pecador que nunca habia buscado en el confesor mas que una peligrosa condescendencia, ó por mejor decir, que habia escogido el primero que le ofrecia la casualidad; entonces, como Saúl en el dia que precedió á su funesta muerte, viéndose rodeado de unos peligros de que no se puede librar; entonces, vuelvo á decir, como aquel reprobado príncipe, hace salir á otro Samuel del sepulcro; llama á algun hombre de Dios de lo mas oculto de su retiro, al mas conocido, al mas docto, al mas respetado por su celo y por sus talentos, y le dice, como aquel desgraciado rey: Me hallo entre mortales penas. *Coarctor nimis.*¹ Os he enviado á llamar para que me digais lo que debo hacer en la extremidad en que me hallo; *Vocavi ergo te, ut ostenderes mihi quid faciam?*² ¿Pero cuál seria entonces la respuesta del hombre de Dios, si le fuera permitido el responder lo que la religion le obliga á pensar? ¿Por qué in-

¹ 1. Reg. 18. v. 19.

² Ibid.

quietais el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saul, y me obligais á salir de mi retiro para venir á este lugar? *Quare inquietasti me, ut suscitarer?*¹ Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de qué sirve el consultarme, cuando ya os ha abandonado? *Quid interrogas me, cum Dominus recesserit a te?* Morireis, y la justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces os habíamos anunciado de su parte. *Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea.*² Esto es lo que entonces piensa el ministro del Señor. Os exhorta á que no desesperéis, pero no porque él forme mucha esperanza; os habla de las misericordias del Señor, pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para con vosotros. Os abre el seno de la gloria para despertar vuestra esperanza, pero al mismo tiempo ve abierto el abismo que os ha de tragar: os pone delante el divino Salvador espirando en la cruz, pero no se atreve á deciros que aquella cruz no es para vosotros trono de gracia, sino un tribunal severo, desde donde se pronuncia vuestra sentencia. Os disminuye con santos artificios de caridad el horror de vuestras culpas para que no caigais en desesperacion, pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso y medida y que no está en mano del hombre el alterarlos. Os repite muchas veces, para aseguraros contra una vida llena de desórdenes, que la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento de verdadero dolor equivale á muchos años de virtud y puede consumir la santificacion; pero no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de gracia, con los que es cosa terrible tener que contar para la

1 Ibid.

2 Ibid. v. 17.

salvacion, y que el comun y casi infalible efecto de una vida pecadora es la muerte en pecado.

Permitidme, católicos, que os haga otra reflexion, con que concluyo estas espantosas verdades. ¿Qué cosa mas favorable podeis desear para vosotros en la hora de la muerte, que el tener tiempo y hallaros en estado de poder buscar á Jesucristo? ¿que el buscarle efectivamente y ofrecerle lágrimas de dolor y penitencia? Esto es lo mas favorable que os podeis prometer para aquella última hora; y no obstante eso (tiemblo al considerar esta verdad), no obstante, ¿qué es lo que Jesucristo os permite esperar de vuestras diligencias y lágrimas, si las dilatais hasta entonces? Me buscareis, y morireis en vuestro pecado. *Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Pues consolaos ahora, católicos, con las señales de arrepentimiento que dan en aquella última hora vuestros amigos y parientes; vivid tranquilos acerca de vuestros desórdenes mientras os durá la vida, lisonjeándoos de que los podreis expiar con una muerte semejante á la suya: decís de un pecador inveterado á quien entonces atemoriza el espectáculo de los juicios de Dios, que el Señor le concedió la gracia de acabar cristianamente; que aunque su vida no haya sido muy regular, su muerte ha sido de mucha edificacion; que seriamos felices en morir como él, y que no se debe dudar de que el Señor le haya perdonado. ¡Oh Dios mio! no intento poner límites á vuestra misericordia; pero, católicos, es verdad que él ha buscado á Jesucristo; ¿pero le ha hallado? Es verdad que ha suplicado y gemido; ¿pero ha sido oido del Señor? Es verdad que tomó en sus manos á Jesucristo crucificado, que bañó sus sagrados piés con sus lágrimas, como la pecadora del Evangelio; ¿pero acaso se le dijo como á esta: *Tus pe-*

*cados quedan perdonados?*¹ Es verdad que le suplicó con una voz desfallecida, como el buen ladrón desde la cruz, que se acordase de él en su reino; ¿pero oyó acaso aquellas dulces palabras: *Hoy estarás conmigo en el cielo?* Vosotros lo esperais así, pero no lo sabeis. Lo que yo sé es que entonces buscareis á Jesucristo y no le hallareis, y que morireis en vuestro pecado; lo que yo sé es que los sacramentos de eterna salud, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion, y que muchas veces la última de las gracias de la Iglesia es el último de sus sacrilegios; lo que yo sé es que todos los padres que han hablado de la penitencia de la hora de la muerte, hablan de un modo que hace temblar. Lo que yo sé es, que vuestra justicia, ¡oh Dios mio! permite muchas veces que unos pecadores famosos por los excesos de su vida, se den golpes de pechos, cuando están para morir usen de las mas vivas expresiones de dolor y arrepentimiento, y mueran á vista de todo un reino con señales exteriores de conversion; y parece que vuestra justicia, terrible siempre en sus consejos, lo permite para que se engañe con estos ejemplos, si es lícito decirlo así, la falsa confianza de los pecadores impenitentes. Estos son los castigos, gran Dios, que ejerce vuestra justicia con las pasiones humanas: os servís de la falsa penitencia de unos para preparar castigos á la impenitencia de otros, y castigais á los pecadores valiéndoos de ellos mismos. Lo que sé es esta verdad de fe, que es corto el número de los que se salvan, y no obstante si todas las señales de arrepentimiento que dan los pecadores en la hora de la muerte nacieran de un corazón verdaderamente arrepentido y fueran suficientes para conseguir la eterna salud, casi no hu-

¹ Luc. 7. v. 88.

biera pecador que no se salvase, pues á excepcion de algun impío que extiende hasta aquella hora su funesta insensibilidad, y muere sin querer oír hablar del Dios que le ha de juzgar, lo que apenas se ve una vez en un siglo: los demás pecadores todos mueren dándose golpes de pechos é implorando las misericordias del Señor, y así seria mayor el número de los que se salvaran, lo que es contrario á la sentencia de Jesucristo. Lo que sé es, que es necesario hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo para ello, y que en la última hora, ó no estareis en estado de buscar al Señor, ó aun cuando le busqueis no le hallareis, y consiguientemente si dilatais vuestra penitencia hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque entonces casi siempre es imposible é inútil la penitencia. Quiera Jesucristo, católicos, que no os comprendan estas amenazas, y que en la última hora vuestra muerte, semejante á la de los justos, sea un tránsito á la feliz inmortalidad. Amen.



SERMON

PARA EL MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Omnia vero opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus acciones las hacen de modo que las vean los hombres.

MATTH. 23. v. 5.

La falsa devoción y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que mas deba temerse para la mayor parte de los fieles: es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores; pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hace que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es mas raro que el que

nos impide el servirle por temor de perderla. La tentacion mas comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos mas cristianos, que la desvergüenza y el dobléz de la hipocresía.

Estos dos vicios se parecen entre sí en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion, es el mas comun y peligroso el respeto humano y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean; á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores, á nuestros jefes. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aun nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta; un desprecio de Dios que la hace muy culpable, porque temeis al mundo mas que á Dios; un temor del mundo que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta, porque os la figurais como una condicion siempre expuesta al desprecio y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira. El delito del respeto humano, su locura y su injusticia, son todo el asunto de este discurso. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La malicia del comun enemigo, dice San Agustin, ha mucho tiempo que pone dos peligrosos lazos á la flaqueza de los hombres, uno de seduccion y otro de terror. *Posuit in muscipula errorem, et terrorem.*¹ Un lazo de seduccion, atrayéndolos con esperanzas lisonjeras, y un lazo de terror, asustándolos con necios temores: *Errorem quo illiciat, terrorem quo frangar.*² Se vale del primero cuando quiere corromper la inocencia y enredarla en los funestos caminos de las pasiones, y recurre al otro cuando quiere intimidar al pecador que está ya medio movido y ahogar en su nacimiento sus débiles deseos de penitencia y salvacion.

Es verdad, católicos, que la experiencia del mundo y de los placeres casi basta por sí sola para defendernos contra la primera ilusion que nos promete en ellos encantos y felicidades imaginarias; y tambien es cierto que nada ayuda tanto á desengañarse del mundo como el mismo mundo. Pero esta larga experiencia, en vez de curar los vanos temores acerca de sus juicios, parece que solo sirve de hacernos mas tímidos. Quanto mas hemos vivido en el mundo, mas le tememos; quanto mas hemos envejecido bajo su yugo, mas le respetamos; quanto mas hemos experimentado sus placeres y sus agitaciones, mas respetos queremos guardar con él cuando se trata de abandonarle y de entablar una vida mas regular y retirada.

Pues sabed, amados oyentes míos, vosotros á quienes un

¹ In. Psalm. 30. Enarr. 2. núm. 10.

² Ibid.

temor tan culpable retiene aún en la esclavitud del mundo y de las pasiones, no obstante las santas inspiraciones que continuamente os están llamando á unas costumbres mas cristianas, sabed que esta disposicion ultraja á la grandeza de Dios y á la verdad de sus promesas, y que los tímidos respetos que actualmente os separan de él, son mas injuriosos á su gloria, que los mismos delitos que os habian separado hasta aquí.

A la verdad, la grandeza de Dios pide que no le compareis con un mundo despreciable y que tengais toda la gloria que proviene de los hombres por sueño y por error, puesta en paralelo con la suya. Pero cuando por una parte os llama la voz de Dios y por otra os detiene el temor de los hombres, le decís con la disposicion de vuestro corazon: Señor, yo os sirviera desde ahora si el estado en que me hallo me permitiera el serviros. Yo bien quisiera romper para siempre con un mundo que me es pesado é insufrible, si declarándome por vuestra ley no le diera motivo para que lo censurase y se burlase de mi nueva conducta. Es verdad que conozco que el vivir separado de vos es una cosa triste; me habeis favorecido con inclinaciones propensas á la virtud y con un género de horror á los vicios, de que tanto tiempo he sido esclavo. Con todo eso, aun arrastro mis cadenas, aunque contra mi voluntad, porque el mundo, con el que me es preciso vivir y que no puede amarnos, tampoco quiere que os ame. ¡Ah! si mis inclinaciones, Señor, hubieran de decidir de mi suerte, y si yo pudiera vivir lejos de la vista del público, solamente viviria para vos, porque verdaderamente solo vos mereceis ser servido; pero bien sabeis cuán terrible es el mundo para con los que os sirven públicamente y del modo que quereis ser servido, y como yo estoy precisado á vivir en el mundo y es preciso decla-

rarme por vos ó por él, aunque no quiero ofenderos, soy tan cobarde que aun sigo los caminos que os ofenden, y aunque el mundo no me gusta, conozco que no tengo valor para atreverme á desagradarle. ¡Oh hombre, exclama San Juan Crisóstomo, sabes bien cuál es el estilo que usas con tu Dios! Sabes que le estás diciendo: Me conformo, Señor, en que me maldigais, con tal que me apruebe el mundo; mas quiero ser eterno objeto de vuestras venganzas y de vuestro desprecio, que dejar de gozar acá en la tierra de la estimacion y vanos aplausos de los hombres. Católico, ¿no te horroriza esta impiedad? Pues advierte que estás incurriendo en ella.

Pero no solamente ultraja á la grandeza de Dios este temor del mundo, sino que tambien es injurioso á la verdad de sus promesas. ¿Os parece que cuando os háyais declarado por Jesucristo, no sabrá su Majestad confirmar vuestro corazon contra el desenfreno de los juicios humanos, y que los dardos que tirarán entonces contra vosotros las lenguas de los necios, no serán como los que arroja un tierno niño, de los que no se hace caso? *Sagittæ parvulorum factæ sunt plaga eorum.*¹ ¿Os parece que hallándoos ilustrados con nuevas luces de la gracia, no oireis con santa firmeza unas conversaciones en que no hallareis mas que los funestos desórdenes de un entendimiento abandonado de Dios? ¿os parece que mirareis siempre de un mismo modo los juicios de los hombres? ¡Ah! si entonces aun haceis caso de sus burlas, solo será para compadeceros de su perdicion y desórden. Deseareis que ellos conozcan al Señor, y no que aprueben vuestros procederes, que bendigan su santo nombre y no que alaben el vuestro, que amen la virtud y no

¹ Psalm. 63. v. 15.

que admiren vuestros ejemplos; su salvacion os interesará mas que sus aplausos, y la gloria del Señor mas que la vuestra. Yo he afligido á mi alma con el ayuno, decia en otro tiempo un penitente rey, y el mundo se burla de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios y era la fábula de Jerusalen; lloré mi pecado en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! y fuí el asunto de las conversaciones y canciones satíricas de los insensatos: *Et posui vestimentum meum cilicium, et factus illis in parabolam. . . . et in me psallebant qui bibebant vinum.*¹ Y entonces, movido mas de su locura que de su desprecio, os supliqué, Señor, queuviéseis piedad de su cegura, y que les manifestáseis las eternas verdades de vuestra justicia: *Ego vero orationem meam ad te Domine.*² Esta será la impresion que harán en vosotros los vanos discursos de los censores de la virtud. Omito el decirlos que en aquellos primeros momentos de gracia y de verdadera mudanza del corazon, no hay cosa alguna que pueda mover á una alma sino su Dios y el horror de su vida pasada. Es tan viva la compuncion de aquellos felices principios, son tan divinos entonces los atractivos de la gracia, que embriagado el corazon, por decirlo así, con la fuerza de su dolor y con la novedad de aquel santo consuelo, nada conoce mas que la alegría de poseer á su Dios y el pesar de haberle ofendido. ¡Mundo profano! ¿qué podrán entonces tus discursos con una alma que ya no te conoce? ¿Qué le importarán entonces las censuras y burlas de los hijos de los hombres al justo, elevado ya por la fe sobre todas las cosas humanas, que ya conversa con su Dios como un amigo con otro, que ni aun sabe lo que pasa en la tierra, que está como Moisés

¹ Psalm. 6. v. 12. 13.

² Ibid. 13.

sobre el monte santo viendo á su Dios cara á cara, gustando del inefable deleite de su presencia, y no se halla en estado de que le muevan las murmuraciones y calumnias que contra él se esparcen en el campo? Almas justas que me escuchais, responded por mí, contad las maravillas del Señor y cuáles fueron los principios de las divinas operaciones de la gracia que mudó vuestro corazon, y confundid la flaqueza del pecador tímido que no puede comprender cómo Dios se puede hacer amar mas de lo que el mundo se puede hacer temer.

Pero á estas santas máximas se opone una ilusion. Queremos tomar inmediatamente las medidas para nuestra eterna salud, nos hallamos disgustados del mundo y de sus deleites, y conocemos que no hay en la tierra mas verdadera felicidad que el entregarse á Dios; pero nos detiene el que para empezar una nueva vida es necesario hacer ruido, que es preciso poner carteles como para avisar al mundo que vamos á tomar el partido de la devocion, y vamos á presentar al mundo una escena en la que regularmente la imprudencia y el amor propio tienen mas parte que el espíritu de Dios, y que no conseguiremos mas que hacer ridícula la virtud. ¿No será cosa mas prudente, nos decimos, el condescender con el mundo en ciertas cosas que pide la buena crianza, y reservar al mismo tiempo el corazon para Dios, que no quiere mas que los corazones, aunque al mismo tiempo parezca que nuestro exterior se conforma con los demás? Semejantes en esto á aquel ángel que guiaba á Tobias el jóven, el que aunque estaba siempre en la presencia del Señor y se sustentaba con una comida invisible, parecia no obstante semejante á los demás hombres, y que usaba de la misma comida que ellos. *Videbar quidem vobiscum*

*manducare, et bibere, sed ego cibo invisibili, et potu qui ab hominibus videri non potest, utor.*¹

De este modo, como refiere San Agustin, se engañaba en otro tiempo aquel célebre anciano Victorino, tan conocido en Roma por su sabiduría y elocuencia; desengañado de la vanidad de los ídolos, convencido de la verdad de nuestros santos libros y cristiano en el corazón, se persuadía á que el Señor, que no mira mas que el interior, tampoco le pedia mas, y que en su edad podia ya dispensarse de dar qué decir en Roma y de declarar abiertamente su conversion. Yo soy cristiano, aunque no le parezco, decia muchas veces al santo presbítero Simpliciano, que no cesaba de exhortarle á la fe: *Noveris me jam esse christianum;* y como aquel siervo de Jesucristo le respondiese que no le creia si no le veia concurrir con los fieles y dar con sus hermanos señales públicas de su fe y de su mudanza: *Non credam, nec deputabo te inter christianos, nisi in ecclesia christi te videro;* respondia Victoriano, engañado aun y como burlándose de la sencillez de su amigo: ¿Acaso las paredes hacen al cristiano? *Ergo ne parietes faciunt christianum?* Pero vos, ¡oh Dios mio! continúa este santo padre; no tardásteis en desengañarle de su error; le dísteis á conocer que era impiedad el avergonzarse de los humildes misterios de vuestro Verbo y no de las sacrílegas ceremonias de los demonios; avergonzóse de la vanidad y no volvió á tener empacho de seguir la verdad: *Erubuit vanitati, depuduit veritati.*

Y á la verdad, católicos, el usar con el mundo de estos tímidos respetos es no ser todavía cristianos. Bien sé que hay ciertos cumplimientos inevitables que no puede negar

¹ Tobías 12, v. 19.

la mas escrupulosa devocion á las costumbres; que la caridad es prudente y toma diversas formas, que algunas veces es necesario saber ser flaco con los flacos, y que muchas veces hay virtud y mérito en saber ser á tiempo menos virtuoso y perfecto, por decirlo así; pero digo que todas las condescendencias que solamente se dirigen á persuadir al mundo que todavía aprobamos sus abusos y máximas, y excusar el que nos tengan por siervos de Jesucristo, como si fuera esto un título infame y vergonzoso, es un disimulo culpable, injurioso á la majestad de la religion, y menos digno de excusa que el desórden manifesto y declarado.

Porque es una afrenta que haceis á la grandeza de Dios á quien adoran todas las criaturas. ¿Pues qué, no os habéis de atrever á reconocerle por Dios á las claras? ¿Habéis de fingir delante de los hombres que no le conocéis? ¿No ha de ser mas que vuestra oculta divinidad, al mismo tiempo que tributais al mundo vuestros respetos y un culto público y declarado? ¡Oh hombre! ¡el Dios del cielo y de la tierra no ha de ser para tí mas que un Dios doméstico, y confundiéndole con los ídolos que antiguamente estaban reducidos al hogar y recinto de cada familia, te has de contentar, como Raquel, con ocultarle en tu tienda y adorarle sin que lo sepan tus hermanos!

Tambien es ser ingratos á la gracia que os ilumina, que os mueve, que os disgusta del mundo y de las pasiones. ¿Es posible que os háyais de avergonzar de haber sido escogidos de Dios como un vaso de misericordia, de haber sido separados de tantos pecadores que continuamente perecen á vuestra vista, dejándose arrastrar de los encantos de los sentidos y de las pasiones? ¿os habéis de avergonzar de ser el objeto de la clemencia y de la bondad divina? ¿os han de causar mas confusion los favores del cielo y el benefi-

cio que curó vuestra alma de sus heridas, que la que os causaba en otro tiempo la infamia de esas mismas llagas? ¡Oh hombre! ¿podrá un corazón noble avergonzarse de amar á su bienhechor? ¿es modo de agradecer el don de Dios, avergonzarse de haberle recibido?

Tambien es un fingimiento indigno de un corazón generoso, porque si teneis pensamientos de virtud y de justicia, ¿por qué habeis de hacer traicion á vuestra conciencia en este punto? ¿por qué habeis de disimular cobardemente lo que sois? ¿por qué habeis de ser en algun modo un público impostor? Una alma grande ¿puede disfrazarse de este modo? Si sois amigo de Jesucristo, ¿por qué lo habeis de ocultar? Aun cuando viviéramos en aquellos desgraciados siglos en que le miraban como á un impostor y en que los reyes y magistrados se levantaban contra él y contra su culto, seria accion muy gloriosa el tener valor para declararse á favor de un amigo perseguido y abandonado, y seria infamia el negarle en público; y ahora cuando nada arriesgais, ¿fingís no estar de su parte? Basta la generosidad de corazón para no poder sufrir este engaño. ¡Oh hombre! que por otra parte te precias de tener una alma tan generosa, y de que todas tus acciones son nobles, sinceras y grandes; solamente en asuntos de religion has de ser mas falso, mas tímido y mas cobarde que la gente mas vil de la plebe.

Finalmente, tambien con eso dais ocasion de escándalo y de error á vuestros prójimos, porque esos ejemplos de condescendencia entre el mundo y Jesucristo son mas peligrosos que los mismos ejemplos de una disolucion declarada. A la verdad, la vida licenciosa de un pecador le granjea mas censores de su proceder, que imitadores de sus excesos. Pero los placeres y los abusos del mundo, autorizados con una vida por otra parte regular, aun muchas ve-

ces mezclada de acciones piadosas, causan un engaño casi inevitable. Quanto mas eviteis los desórdenes ruidosos, si por otra parte os permitís todas las diversiones y todos los abusos que autoriza el mundo, mas peligrosos sois para vuestros prójimos. Quanto mas les persuadís que el mundo no es tan incompatible con la salvacion como se piensa, haceis que nuestros oyentes estén mas incrédulos y preocupados cuando les anunciamos que es imposible servir á dos señores. Y finalmente, mas multiplicais en la Iglesia las falsas penitencias, sirviendo de modelo á muchos pecadores casi arrepentidos, los que no se persuaden á que en la virtud haya mas de lo que os ven ejecutar, y hubieran pasado mas adelante con la gracia de su conversion, si vuestra cobardía no los hubiera persuadido á que todo lo que ven de mas en otros es demasia y exceso, y que solamente vosotros sabeis evitar la indiscrecion, ateneros á la esencia, y ser virtuosos como se debe en el mundo. ¡Oh hombre! vuelvo á decir, no basta el que tus desórdenes hayan servido de escándalo á tus prójimos, sino que tambien ha de ser hoy funesto para ellos tu falsa virtud.

Pero por último, católicos, ¿merece el mundo tantos respetos? Aun cuando no fuera pecado el sacrificar la salvacion al temor de sus juicios y censuras, ¿á lo menos no seria una locura? Pues esto es lo que voy á manifestaros en esta segunda parte de mi discurso; la locura del respeto humano.

SEGUNDA PARTE.

Todos los pecadores son necios, porque todos prefieren un deleite instantáneo á las promesas eternas. Con todo eso, nuestras pasiones forman ciertos errores que no siempre es

fácil distinguir de la verdad; los confunden con tanta destreza y de un modo tan parecido, y es tan difícil el conocerlos, que casi es imposible el no engañarse, y se puede muy bien decir que hay algunas ilusiones, que aunque opuestas á las reglas y á la obligacion, á lo menos no se pueden excusar por las apariencias que tienen de equidad y prudencia. Pero la pasion de que hablamos no es de este número; su extravagancia se manifiesta con tanta claridad, que casi no deja lugar al engaño. Es verdad que la locura es como el carácter propio del pecador, que movido de un sincero deseo de convertirse á Dios, no se atreve á hacerlo, porque teme al mundo y á la puerilidad de sus discursos y censuras. Verdaderamente, señores, que si me dais lugar para considerar este vano temor en sí mismo y en las circunstancias que le acompañan, vendreis á confesar que es absolutamente insensato.

Dije, si se considera este vano temor en sí mismo; porque, católicos, poneos en las circunstancias que quisiéreis, ya sean de hombre justo ó de mundano; escoged la corte ó el retiro, vivid como filósofos ó como libertinos, figuraos que sois una mujer regular ó una mujer mundana; ¿os parece que todos los hombres aprobarán siempre vuestra conducta, ni que habeis de tener los votos de todos á vuestro favor? Aun en el mismo estado en que os hallais, sin atreveros á romper con el mundo y guardando con él tantos comedimientos, ¿os parece que todos nos aplauden y que no tenéis vuestros censores como vuestros panegiristas? Unos os tienen por hombre cabal, por amigo generoso, por un guerrero superior á los demás, por un cortesano sincero y desinteresado, por de un talento instruido y superior, por una mujer irreprehensible, librè de toda sospecha; otros os acusan de pèrfido, de hombre de mala fe; abaten el resplandor y mérito

de vuestros talentos y de vuestros servicios, os colocan entre los entendimientos vulgares y os atribuyen flaquezas indignas de vuestra gloria. Registrad todos los estados, y ved si jamás podreis conseguir el que todos los hombres estén conformes acerca de vuestra reputacion y de vuestra conducta. Moisés vengando la causa de un israelita oprimido contra la violencia de un egipcio, no está libre de la censura de sus hermanos; Moisés vengando la gloria del Señor contra sus mismos hermanos y exterminando á los murmuradores, tampoco es mas feliz ni puede evitar sus quejas. Moisés retirado por cuarenta dias á la montaña, prefiriendo los santos consuelos de la soledad y la inefable comunicacion con su Dios, al gobierno de las tribus y al vano resplandor del mando y de la autoridad, es tenido en las públicas conversaciones de todo el ejército por un impostor, que despues de haber engañado al pueblo, llevándole al desierto, ha desaparecido por librarse del castigo que merecia su impostura; Moisés, aun en medio del mismo pueblo, guiando las tribus y ejerciendo el ministerio que le habia encargado el Señor, es tenido por un ambicioso que apetece el gobierno y usurpa él solo una autoridad que debia dividir con su hermano Aaron. El celo y la condescendencia, la vida comun y el retiro, el huir de los grandes puestos y el poseerlos, todo halla censores. Ved si podeis hacer que todos los hombres se conformen con vosotros en un mismo asunto, y entonces se os permitirá enhorabuena que de la vanidad de sus opiniones hagais regla para vuestra conducta. Siempre desagradais á unos por las mismas circunstancias que son motivo de que agradeis á otros. Los hombres no se pueden convenir entre sí, porque las pasiones son la regla de sus juicios y las pasiones son distintas en todos los hombres.

Ahora bien, amados oyentes míos, supuesto que no podéis evitar la locura de los juicios humanos en circunstancia alguna de vuestra vida, ¿por qué la habéis de temer solamente en asuntos de devoción? ¿qué os podrá suceder cuando os declareis abiertamente á favor de Jesucristo? Lo mismo que os sucede todos los días en vuestras pretensiones temporales. Cada uno se hará juez de ese nuevo género de vida, cada uno creará tener derecho para daros reglas según su gusto y consejos á su modo; nunca os faltarán ni apologistas ni censores; pero si en los negocios de la tierra no os sirve de estorbo este inconveniente, ¿por qué lo ha de ser para el gran negocio de la salvación? ¿os parece prudencia el no atreveros á salvaros por temor de un mal que no podéis evitar, aun cuando no pretendáis la salvación? ¡Ah! mirad la contradicción de las lenguas y la loca variedad de los juicios humanos con efecto de los eternos decretos de la divina sabiduría, que permite que el mundo sea siempre aquella Babel insensata, en donde cada uno habla distinto idioma, para que en esta confusión se instruya la fe de sus siervos, y descubra en ella la poca solidez de las opiniones y censuras humanas, y aprenda á no temer lo que el mismo mundo nos enseña á despreciar.

Pero aun paso mas adelante, y digo: Aun cuando declarándoos á favor de la virtud tuviérais al mundo entero por censor de vuestro modo de proceder, ¿qué importan, católicos, los juicios de los hombres á quien tiene á Dios de su parte? ¿Acaso el mundo es el fin de vuestros trabajos por la salvación? ¿Si pereceis os podrá salvar el hombre? Si el Señor os justifica, ¿quién se ha de atrever á condenaros? ¿No ha de parecer cada uno con sus propias obras en la presencia de la terrible majestad de aquel Señor que reprenderá al mundo la injusticia de sus juicios y juzgará á los

jueces de la tierra? Temed, pues, los juicios de Dios, amados oyentes míos, porque ellos son los que han de decidir de vuestra eternidad, y no os digneis de saber ni aun lo que piensan los hombres de vosotros. ¿Qué conexión puede tener su estimación ó su desprecio con vuestra salud eterna?

Pero no, católicos; me parece que me engaño: sus desprecios y censuras son siempre recompensa de la virtud y el mas cierto pronóstico de nuestra salvación; y por consiguiente si vuestra mudanza de vida hubiera podido merecer los aplausos de ciertas personas del mundo, debiérais desconfiar de una conducta que fuese capaz de agradarlas. Una virtud que se conformase con el gusto de los pecadores me seria sospechosa; la obra de Dios, aprobada por los hombres, me haria temer que aun habia en ella mucha parte de humano; dudaria de una mudanza que no hubiese apartado de vosotros al mundo reprobado. Siempre tendríais motivo para temer que entre vosotros y el mundo habia alguna secreta conformidad, porque regularmente no gusta el mundo de lo que no le es semejante, y que Jesucristo reprobase en vosotros lo que aun está aprobando el mundo; pero si sois tan dichosos que merezcáis sus censuras, os digo de parte de Dios que no temais; el desprecio de los hombres os debe asegurar de la aprobación del cielo, y desde el punto que el mundo os reprueba, pertenecéis á Jesucristo.

A la verdad, católicos, el justo en la tierra se parece á aquel sagrado fuego que ios judíos hallaron escondido en las entrañas de la tierra cuando volvieron de su cautiverio. Al principio, dice la Escritura, que no les pareció mas que una agua espesa y cenegosa. *Non invenerunt ignem, sed aquam crasam.*¹ Pero apenas venció el sol las nubes que

¹ Mach. 1. v. 29.

entonces le ocultaban y echó sobre ella algunos rayos de su calor y su luz, cuando inmediatamente se encendió aquel divino fuego y empezó á brillar con un resplandor tan nuevo y extraordinario, que pasmados los concurrentes, quedaron poseidos de admiracion y espanto. *Utque tempus affuit, quo sol refulsit, qui prius erat in nubilo, accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur.*¹ Así es la condicion del justo en esta vida; el sagrado fuego que tiene oculto en su corazon está cubierto con viles apariencias; le tienen por un cieno despreciable que solo merece ser pisado, porque está en el tiempo de su cautiverio, y Jesucristo, eterno sol, aun está oculto para él entre una triste nube; pero luego que el Hijo del hombre se manifieste en lo alto de los aires sobre una nube de gloria, cuando vencedor de sus enemigos y teniendo á sus piés todas las naciones juntas, arroje sobre el justo algunos rayos de su luz y majestad, se verá cómo se enciende aquel fuego que estaba oculto bajo las apariencias de un lodo vil; aquel hombre tan desconocido y despreciable será separado de la multitud, brillará con un nuevo resplandor, se levantará en los aires rodeado de gloria é inmortalidad, y se dejará ver á los amadores del mundo de un modo tan admirable, que añadirá á su espanto la fatal desesperacion de una suerte muy diversa: *Utque tempus affuit, quo sol refulsit, qui prius erat in nubilo accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur.* Hombres flacos, ¡qué despreciables son vuestros discursos para una alma que puede consolarse con esta esperanza!

Pero, católicos, si el temor del respeto humano es insensato en sí mismo, lo es mucho mas por razon de las cir-

¹ Ibid. v. 2.

cunstancias que le acompañan. Oid, señores, la prueba. Primeramente, si estais tan desengañados del mundo que continuamente deseais el romper con él, ¿por qué haceis todavía caso de sus juicios? Si despues de haberle conocido os parece digno de eterno desprecio, ¿por qué quereis aún tener la aprobacion de lo que os parece tan indigno de ser aprobado?

Por otra parte, ¿no se os podria decir: Vosotros que hasta ahora habeis gozado tan injustamente de la estimacion de los hombres y á la vista de Dios habeis sido un abismo de miseria y corrupcion; vosotros que sabeis bien á qué extremo ha llegado en su presencia la medida de vuestras flaquezas y de vuestras culpas; de unas flaquezas que si hubieran sido vistas de los hombres, os hubieran cubierto de un oprobio y de una eterna ignominia, y no obstante eso habeis recibido los aplausos del mundo mientras habeis seguido sus sendas; que ha tributado vanas alabanzas á unos talentos vanos; que habeis pasado por generosos, fieles, moderados, prudentes, desinteresados, equitativos; bien sabeis que todas esas virtudes, no habiendo, como no había, piedad, eran falsas, y aun eran mas falsas en vuestro corazon por el cuidado que teniais de ocultar á la vista de los hombres vuestros verdaderos vicios. ¿Pues no es preciso que Dios se vengue? ¿no es preciso que volvais á entrar en el orden de la verdad y de la justicia? ¿que sufrais que el mundo niegue injustamente á vuestra virtud las alabanzas que en otro tiempo dió injustamente á vuestros vicios? ¿y que repareis con un corto abatimiento la injusticia de la gloria y estimacion que por tanto tiempo habeis usurpado? Juzgad vosotros mismos si esta compensacion es justa.

Aun no lo he dicho todo; ¿por qué habeis de temer en los caminos de la salvacion lo que no habeis temido en los

del pecado? Cuando os entregábais á los vergonzosos excesos, ningun caso hacíais de los discursos de los hombres, y no habiendo temido vuestras pasiones la pública censura, ¿ha de ser mas tímida vuestra penitencia? No usásteis de precaucion alguna para los deleites; ¿y habeis de usar de ellas para la penitencia? ¿Cuántas veces, cuando estábais embriagados con los insensatos placeres, os decíais para consolaros de las murmuraciones del público; que era menester dejar hablar al mundo, y esto en el tiempo que mas le amábais y cuando seguíais con mas gusto sus máximas, y ahora han de ser sus juicios de tanto peso para vosotros cuando estais resueltos á abandonarle? ¿solamente habeis de empezar á temerle cuando empezais á despreciarle?

¡Ah, católicos! solamente somos tímidos cuando se trata de servir al Señor: ¡camina la culpa con la cara descubierta, y ha de esconderse y avergonzarse la virtud! El pecado, aquel hijo de las tinieblas, ¡no ha de temer la luz y la virtud que es fruto de la luz, ha de buscar las tinieblas y no se ha de atrever á manifestarse! Herodes afrenta su nombre y su dignidad á vista de toda Palestina con la infamia de una pasion incestuosa: Jezabel, aquella princesa tan llena de delitos, escoge un dia solemne para dejarse ver con mas indecencia y ostentacion en las ventanas de su palacio de Samaria. ¡Y Sedecías, rey de Judá, cuando movido de arrepentimiento quiere por último rendirse á los avisos del cielo y á las públicas reprehensiones de Jeremías, envía á llamar ocultamente al profeta, toma sus medidas para no ser descubierto y aun teme que lo sepan sus cortesanos! ¡Y cuando aquella reina de Israel, mujer de Jeroboam, quiere recurrir en su afliccion á un profeta del Señor, y con esta accion parece que reconoce la presencia del Dios de Judá y la vanidad de los ídolos que habia levantado su esposo,

y que no podian restituir la salud á su hijo, se disfraza con vestidos prestados, y guardando aún respetos á los becerros de oro y al público error de sus vasallos que los adoraban, no quiere tener testigo alguno de este su primer paso de religion con que se vuelve al Dios de sus padres!

¡Gran Dios! ¿es posible que haya quien se avergüence de servir á vos, Señor, que dais la vida, el ser y el movimiento á todas las criaturas! ¡á vos, á quien solamente corresponde el imperio, la gloria, la alabanza y la accion de gracias! ¡Puede haber quien se avergüence de confesar vuestro nombre, de reconocer que vos solo sois el grande, el inmortal y el digno de ser adorado! ¿Cualquiera temor que en este asunto tenga la criatura, no es ultrajar vuestra gloria y el honor que vos mismo le haceis en permitirle que os adore?

Pero si no bastan todas estas razones, amados oyentes míos, para haceros conocer suficientemente lo ridículo de vuestra cobardía, examinemos de otro modo el asunto. ¿Qué es lo que podrá el mundo decir de vosotros, que tanto os acobarda? ¿dirá acaso que sois inconstante y que dais que decir al público? ¡Feliz inconstancia, que os aparta de un mundo que siempre está inquieto y sin sosiego, por uniros á los bienes permanentes que nadie os podrá quitar! ¿Podrá decir que sois loco en privaros de los placeres de vuestra edad? Santa locura, mas prudente que toda la ciencia del siglo, pues renunciando á los placeres de nada os privais, y buscando á Dios lo hallais todo. ¿Podrá decir que no permaneceréis en ese estado, y que en eso vienen á parar todas las conversiones tan repentinas y fervorosas? Útiles reprehensiones, porque os servirán de instruccion que anime vuestra vigilancia. ¿Que solamente dejais al mundo porque el mundo os deja? Apreciable injusticia, que os im-

pide el que recibais en la tierra, con las alabanzas de los hombres, una recompensa vana: ¿que teneis vuestros fines particulares, y que solamente haceis esa nueva figura por conseguirlos con mas seguridad? Esta sospecha es mas vergonzosa para el mundo que para vosotros mismos: ¿que afectais ciertas singularidades que os hacen ridículos para con el mundo? Esta censura es de mucho consuelo, porque os da á entender que seguís el camino de los santos, que nunca se parecieron al comun de los hombres y en todos los siglos han sido mirados como hombres singulares. ¿Podrá decir, finalmente, que despues que mudásteis de vida, no sois bueno para cosa alguna? ¡Dios mio! el servirlos, el amarlos, el trabajar para gozaros eternamente, el cumplir con las obligaciones de príncipe, de vasallo, de hombre de república, de padre de familias; el rogar por sus hermanos, edificarlos con sus ejemplos, socorrerlos con sus necesidades, consolarlos en sus penas, seguir los decretos de vuestra santa ley, ¿es esto ser inútil en el mundo? ¿y qué otra cosa son las mas ruidosas empresas de los amadores del mundo, comparadas con la menor obra que sea digna de la eternidad, sino unas diversiones pueriles y una inutilidad deplorable?

Estos son, amados oyentes míos, los discursos tan terribles que os hacen abandonar la empresa de vuestra salvacion; y no quiero preguntaros quiénes son los que hablan de este modo, porque supongo que no son los justos, pues éstos siempre alaban al Señor por las misericordias que ejerce con vuestras almas; tampoco son los mas prudentes entre los mundanos, porque para con éstos la virtud siempre tiene su estimacion y su valor; sino un corto número de entendimientos superficiales ó libertinos, que en lo íntimo de su corazon glorifican á la virtud y no la pueden ne-

gar un secreto respeto, al mismo tiempo que en público se están burlando de ella. Esta es la última reflexion contra el vicio que impugno; este vicio incluye en sí un error injurioso á la virtud, pues forma de ella una idea vergonzosa y despreciable, al mismo tiempo que el mundo la respeta y admira. Esta es la injusticia del respeto humano.

TERCERA PARTE.

Es verdad que los libros santos no prometen mas que persecuciones á todos los que quieran vivir conformemente á la piedad cristiana, y no permita Dios que yo me oponga aquí al lenguaje de la fe, ni que pretenda quitar á la virtud un carácter tan divino y de tanto consuelo para los justos. Pero no siempre persigue el mundo á los justos, despreciándolos, como dice San Agustín, sino tambien ofreciéndoles atractivos capaces de engañar su inocencia y autorizando los escándalos que pueden hacer titubear su fe, ó que hacen, por lo menos, que gima su piedad; porque hay muchos géneros de persecuciones, y los desprecios y oprobios no son ni la mas peligrosa ni la mas comun.

Y así, católicos, este escollo no es el mas temible para la virtud: este mundo enemigo de Jesucristo, que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal y mal al bien; este mundo, no obstante ser el que es, aun respeta á la virtud; tiene envidia algunas veces á su felicidad; suele buscar amparo y consuelo en los que siguen el partido de la virtud, y aun la honra públicamente.

Y á la verdad, no es creíble que el error y el desorden hayan de tal modo prevalecido en la tierra, que no haya quedado aún en los hombres algun rastro de rectitud y alguna centella de verdad: aun los mas depravados pecado-

res hallan en sí mismos algunos pensamientos justos y razonables, que no obstante su propia depravacion, los ponen de parte de la virtud y los obligan á que respeten lo que aun no pueden amar. Hay impresos en la frente de los justos no sé qué divinos caracteres, que hacen que no se les puedan negar los secretos respetos; son como un espectáculo de religion que no puede mirarse sin una especie de culto; son el arca del Señor, morada de su gloria, que aun entre los filisteos conserva su terror y majestad.

Cuanto mas esclava de sus pasiones se halla una alma mundana, mas estima en su interior al justo que sabe depreciarlas; pero su propia flaqueza conoce todo el mérito de la virtud; cuanto mas la oprime el amor á los deleites, mejor conoce que nada iguala á la grandeza y valor de una alma que puede resistir á este impetuoso encanto; todas sus caidas la sirven de lecciones que la enseñan á honrar á los justos, y aprende á estimar la piedad por las violencias que conoce es necesario hacerse para vivir segun Dios. De este modo una alma fiel la parece un espectáculo mil veces mas digno de admiracion, que todos los que admira el mundo: conoce que la temeridad ó la fortuna puede formar conquistadores; que el nacimiento ó la casualidad da los cetros y las coronas; que los hombres grandes las mas veces son deudores de este nombre á las proporciones de su siglo ó al capricho ó adulaciones de los pueblos; que los honores y dignidades no siempre son fruto de la reputacion y del mérito, y finalmente, que unos buenos talentos, cultivados con el trabajo y la aplicacion, pueden aspirar á los diversos géneros de gloria que da el mundo, y que no hay cosa alguna para la cual no encuentre cada uno dentro de sí mismo las primeras disposiciones; pero que la virtud por sí sola es un mérito que no se le puede disputar al justo.

porque en nuestro interior todo se opone á él, y en lugar de disposiciones solo hallamos en nosotros oposicion y repugnancia; de este modo el mismo vicio nos dirige á honrar la santidad, y las tinieblas dan testimonio á la luz.

Pero no solamente no desprecia el mundo á los siervos de Jesucristo, sino que él mismo los llama felices, envidia su suerte y confiesa que han escogido lo mejor. Católicos, ¿á vosotros os parece que los pecadores, esclavos de sus pasiones, siempre están embriagados con el encanto de los sentidos y de su engañosa felicidad? ¿os parece que siempre les dura la ilusion y que toda su vida es un sueño? Pues os engañais: aun en medio de sus falsos placeres miran al justo con envidia; contraponen la paz de su conciencia á las crueles inquietudes que los sobresaltan: los consuelos que él experimenta en la virtud, á las vivas amarguras que mezcla siempre el mundo con sus pasiones; el descanso y la tranquilidad de su retiro á los continuos movimientos de sus pretensiones y esperanzas. Sus dias llenos de buenas obras y ocupados en la salvacion, á la nada de sus inutilidades y tareas. Este paralelo, que es tan triste para ellos, les hace suspirar en lo interior; conocen toda la miseria de su estado y toda la felicidad de la condicion del justo; ¿pues por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesucristo en la presencia de unos pecadores que desearian parecerse á vosotros luego que vosotros dejais de pareceros á ellos?

Acaso tambien miran con desprecio todos los talentos mundanos de que tanto os preciais y por los que os parece que merecis su estimacion; acaso se burlan de los mismos medios con que os parece que los agradais; acaso la semejanza de sus pasiones minorá á su vista el mérito de las vuestras; la envidia os disputa una vana hermosura, la soberbia vuestro nacimiento, la ambicion vuestro valor y

vuestros servicios, la vanidad vuestros talentos y vuestra insuficiencia; pues sed justos, y vereis cómo la piedad no tiene envidiosos. El mundo, como no aspira á esta especie de mérito, no os negará la reputacion, y acaso con ella os concederá las demás alabanzas que ahora os niega injustamente; la piedad granjeará nuevas atenciones á vuestro nacimiento, á vuestros servicios, á vuestros talentos, á las prendas de vuestra persona, y el mundo empezará á estimar en vosotros todas esas vanas excelencias luego que vosotros mismos empeceis á despreciarlas por Jesucristo.

Entonces dirán que es un prodigio en vuestra edad, teniendo, como teneis, todas las cualidades propias para agradar al mundo, un nacimiento ilustre y grandes riquezas, el haber hecho ese sacrificio. No quiero deciros que el mundo tenga razon para ponderaros tanto el mérito de ese desprecio, porque ¡oh Dios mio! aun cuando se ponen á vuestros piés los cetros, las coronas y toda la gloria del mundo, ¿qué es lo que se renuncia mas que unos sueños agradables y unos pesares verdaderos? ¿qué es lo que se sacrifica que merezca compararse con el tesoro de la justicia con que enriqueceis al alma fiel y con la gloria que adquiere en serviros? Pero el mundo, injusto apreciador de las cosas del cielo, no dejará de admirar y ponderar el valor de ese sacrificio, y en vez de temer sus censuras, gemireis en secreto por la injusticia de sus alabanzas, y vendiendo la gloria del Señor contra los injustos aplausos de los hombres, le direis con un profundo conocimiento de vuestra nada y de su grandeza: ¿Qué he dejado yo por vos, ¡oh Dios mio! en que no me hayais dado ciento por uno?

Pero lo que me parece que aun hace mas honor á la virtud, es que no solamente envidia el mundo la suerte de los justos, sino que regularmente no busca ni halla consuelo

sino en su fidelidad y en su rectitud, y á la verdad, vosotros mismos, amados oyentes míos, en vuestras aflicciones y en aquellas tristes circunstancias en que arruinadas enteramente vuestra fortuna y estimacion, casi no os dejan esperanza de remedio, en que os es insufrible la presencia de los que eran vuestros amigos en los deleites y que acaso tambien os abandonen; ¿en dónde hallásteis consuelo sino en las conversaciones de un amigo santo y fiel? ¿No lloraba éste con vosotros, dice San Agustín? ¿no derramó el aceite sobre vuestras heridas? ¿no sujetó insensiblemente vuestro corazon exasperado á las órdenes de la Providencia? ¿Quién os socorrió en vuestra afliccion? ¿quién fué el depositario de todo vuestro dolor, haciéndose confidente de vuestras penas? ¿No habeis experimentado que solamente los justos saben ser amigos verdaderos, y que solamente ellos son capaces de participar de las desgracias de sus amigos sin indiferencia y de su prosperidad sin envidia?

Sí, católicos, los mundanos siempre buscan á los justos para consolarse de las perfidias del mundo y de los caprichos de la fortuna; con ellos descansan de la molestia de los placeres, del enfado de las sujeciones y cumplimientos, de la agitacion de las esperanzas y proyectos; con ellos respiran aquel aire de candor, de buena fe y de verdad que no se halla en el mundo; depositan en su pecho los mas secretos movimientos de su corazon, los intereses de su fortuna, las ocultas medidas de sus proyectos y los misterios de sus esperanzas; los confiesan que son necias, todas las inquietudes de los hombres y que no debe hacerse caso del mundo. Con los justos no tienen los mundanos aquel temor de declararse que siempre suelen tener con un enemigo, con un competidor ó con un amigo falso; á los justos los manifiestan su corazon, descansan con ellos, execu-

san la fatiga de las cautelas y desconfianzas, y tienen la satisfaccion de declararse sin temor.

De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud. Todos los dias vemos en él algunas personas de baja suerte, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, granjearse la estimacion y los aplausos que no dan las dignidades ni el nacimiento. Hemos visto muchos siervos de Jesucristo, viles segun el mundo, llegar á ser los árbitros de los príncipes y de los pueblos, y adquirirse únicamente con la fama de su virtud los respetos á que jamás se atrevió á aspirar la vanidad mas excesiva. En otro tiempo vió el Oriente al solitario Antonio, apenas conocido en su patria, llenar todo el universo con la fama de su nombre, y los Césares hacian mas aprecio de recibir una carta de aquel hombre de Dios, que de haber conquistado todo el imperio. Jehú, rey de Israel, en una ceremonia solemne hizo que el santo hombre Jonadab subiese á su carroza, sin que se avergonzase la majestad real de ver á su lado la simplicidad de un profeta. Daniel, siendo uno de los hijos de la cautividad, recibe, no obstante, en el palacio de un rey infiel y en un imperio donde se hallaba cautivo, los honores de la púrpura y el anillo de oro. La corte mas disoluta de Palestina no pudo negar los honores públicos á la austeridad del Bautista, y Herodes sufrió con respeto la santa libertad del precursor antes de caer en la culpa de hacerle mártir. ¡Oh hombre! ¿te avergüenzas de la virtud? Pues sabe que, como dice el Espíritu Santo, sola ella puede hacerte ilustre entre los pueblos, que te honren los sábios y los ancianos, que te atiendan los príncipes, y además de esto hará inmortal tu nombre en la memoria de la posteridad. *Habebo propter hanc claritatem ad turbas, et honorem apud seniores.... et in conspectu*

*potentium admirabilis ero.... et memoriam æternam his qui post me futuri sunt, relinquam.*¹

Pero tened cuidado de no mezclar con la piedad cosa alguna que provenga de la flaqueza humana; no junteis con la virtud el génio, las pasiones ni las flaquezas de hombre, porque esa es regularmente la causa de que el mundo la censure y se burle de ella. Y sobre todo, si algo debeis temer es el que el mundo tribute todos los elogios de una perfecta penitencia á unos débiles principios de conversion; temed que el mundo os corone antes que hayais peleado legítimamente; temed que el error público sea motivo de que olvideis vuestra miseria, y que á fuerza de oír alabar los débiles principios de vuestra conversion, os olvideis de las culpas que apenas pueden lavarse con una vida entera de lágrimas; en esto sí que hay peligro: temed que la injusta estimacion de los hombres sea para vosotros castigo de Dios, que acaso proporciona esta vana recompensa á algunas virtudes naturales que se hallan en vosotros para castigaros mas cuando venga á juzgar las justicias y la oculta soberbia que las corrompe: hay muchos justos fingidos que reciben de este modo su recompensa en la tierra; en la virtud débil y principiante, cuando es muy aplaudida, hay mucho que temer; suele parecerles que han llegado al fin de la carrera á los que aun no han dado el primer paso, y el mundo, que en otras ocasiones nos ha engañado mostrando nuestros vicios á nuestra vista, nos engaña tambien exagerándonos nuestras costumbres.

Para evitar esta desgracia no debeis hacer caso de los hombres; debeis obrar sin mirar mas que á Dios: poned en sus manos los intereses de la virtud; entregaos á él en ór-

¹ Sapient. 8. v. 13.

den á los efectos que debe producir en el mundo vuestra mudanza de vida. Si el Señor permite que vuestra conversión os granjee aplausos y alabanzas, sabrá muy bien daros á conocer, en medio de esas vanas aclamaciones, vuestra nada y vuestra profunda miseria. Pablo, al mismo tiempo que todo un pueblo movido de su virtud le tiene por una divinidad y quiere ofrecerle sacrificios, Pablo recibido de los fieles como un ángel de Dios, Pablo en medio de tanta gloria, siente interiormente el vergonzoso aguijón de Satanás que le humilla; y la mano de Dios que le ensalza, parece que se divierte en abatirle y en imprimir en su corazón su propia flaqueza, temiendo que se desvanezca. Pero si acaso permitiese que vuestra virtud sea burlada y censurada, ¡ah! él sabrá bien recompensaros con interiores consuelos todas las amarguras humanas y mantener su obra contra la opresión y vanos esfuerzos de un mundo profano. Somos despreciados, decía en otro tiempo el apóstol, nos pisan como al cieno, pero no por eso somos abatidos; nos miran como desprecio del mundo, pero nosotros nos regocijamos en las tribulaciones y en los oprobios, porque sentimos en nosotros los inefables consuelos de aquel Señor que nunca deja de consolar á los que padecen por su nombre. Dejad, pues, vuelvo á decir, en manos de su sabiduría las consecuencias de vuestra nueva vida, empezad siempre de nuevo á servirle, romped por último las cadenas cuyo vergonzoso peso no podeis sufrir, sacudid el yugo que os oprime, tened valor para despreciar los juicios de un mundo cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle menos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y

vos, ¡oh Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazón; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven mas que dar nuevo esplendor y añadir nuevo mérito á las acciones que aprueba vuestra sabiduría, y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á vos mismo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA VOCACION.

Tunc accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, et ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.

Entonces la madre de los hijos del Zebedeo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dijo: Mandad que estos dos hijos míos se sienten en vuestro reino, uno á vuestra derecha y otro á vuestra izquierda.

MATTH. 20. v. 20, 21.

¡Qué pocas veces sucede, católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la fe sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesucristo no eran mas que por las esperanzas de que al-

gun dia ocupasen los primeros puestos de un reino terrestre; les dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor, y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos es el estado que Jesucristo les tiene preparado, los ensalza, y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usurpa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, católicos, solamente Dios que ve nuestros corazones y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio en que él solo nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fe en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarlos en el defecto de la vocacion la primera raiz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se

hagan árbitros de la suerte de sus hijos, porque ésta está en las manos del Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera y los peligros de una vocacion falsa, son los puntos en que pretendo instruiros. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La santidad es la general vocacion de todos los fieles, y el Señor nos ha llamado á todos, hablando con el apóstol, para que seamos santos y puros en su presencia. No obstante, el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra extraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos todos nosotros como pasajeros hácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad sino cuando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, católicos, la razon y la fe nos prohiben igualmente el pensar que el Señor despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciéndonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte, y que sin determinar cosa alguna en orden al género de vida y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dejado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado únicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dije primeramente, que es contra la razon; porque esto seria figurarnos, como aquellos locos filósofos, una divinidad insensible, que deja al acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres, que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darlas ella misma el movimiento; que se deja llevar del impulso casual y fortuito; que mueve á este grande universo sin gobernarle ni guiarle, y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos. Seria quitarle aquella atenta providencia y aquella universal sabiduría que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con número y con medida; que forma aquella armonía y aquel orden admirable en el que es preciso conocer un Sér Supremo é intelectual, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Seria, en una palabra, ó darnos un universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dije en segundo lugar, que es contra la fe; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en orden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable que antes que naciésemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el plan de nuestras suertes y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condicio-

nes de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, católicos, sereis de este mismo dictámen, si quereis considerar la naturaleza de esta eleccion y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el orden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto mas que al ajeno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente, es el único camino que nos guia á la salvacion, y así, el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en orden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano y la concupiscencia, son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, católicos, ¿hay asunto en toda nuestra

vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿qué conocimiento no debe tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desapruében despues la resolucion? ¿qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿con qué inocencia de costumbres no debiéramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino en que únicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante, esta eleccion suele hacerse en una edad en la que apenas se halla la razon capaz de conocer, y por consiguiente mucho menos de elegir. Un punto en que la mas atenta circunspeccion, debiera temer el engañarse siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apenas empezamos á forinar las primeras voces, cuando ya determinamos el negocio mas sério de la vida, y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte son las primeras que nos enseñan á formar, aun antes que hayamos aprendido á entenderlas: acostumbran anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y así, antes que se manifiesten nuestras inclinaciones y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aun cuando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion ó la casualidad deciden de la eleccion. Una sagrada dignidad que no esperábamos nos despoja inmediatamente de la ignomi-

nia del siglo y nos coloca en el lugar santo. La muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos y nos vuelve al mundo que acabábamos de dejar, y nuestra vocacion para el altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra. Un enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo y de precipitarnos en el retiro; una conexion de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente, entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga menos parte la prudencia cristiana que en la del estado, y por eso no hay alguna en que sean mas frecuentes los engaños. Porque ¿cómo no quereis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, cuando en ella os valeis de menos precauciones que en las acciones de menos importancia de vuestra vida? ¿Y cómo habeis de conocer los designios de Dios en orden á vuestra suerte, si no os dignais de consultarle ni contais con su Majestad en la que os formais á vosotros mismos?

Y en esto, católicos, vosotros á quienes Dios ha constituido cabezas de vuestras familias, en esto no teneis escusa. ¿Enseñais á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del profeta: *Señor, enseñadme vuestros caminos, y manifestadme las sendas por donde me quereis guiar?*¹ ¿Pedís al cielo continuamente que se explique en orden á su destino? Decís al Señor, como en otro tiempo los apóstoles, Señor, vos que conoceis el corazón de todos los hombres, manifestadnos cuál de estos hijos habeis elegido? *Ostende quem elegeris.*² ¿Haceis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo impor-

1 Psalm. 24. v. 4.

2 Act. 1. v. 24.

tante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñais á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la fe, por aquella inclinacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el Autor de la naturaleza; por los talentos que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarle; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente, por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué padres hay que se ocupen en unos cuidados tan cristianos é indispensables? ¡Ah! Antes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovecharan: procurarán apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exagerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contenidos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones para inspirarlos una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado. Esta eleccion, que únicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo comun solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion mas que á la clase del nacimiento ó al estado de la fortuna. Nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente huma-

nos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino; que el ser primogénito de una familia es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores; que el ser el segundo de la casa de nuestros padres, es un derecho que nos abre la puerta de la del Señor, y que un nacimiento muy ilustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesucristo por su esposo.

Confieso que la divina sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde lejos y cumplir en nosotros los fines de su misericordia; que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad; pero esta regla no es segura ni universal. Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esaú se le destina la menor parte. Muchas veces un David, último de su familia, es ungido con la uncion santa, y declarado rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion oscura y privada. Muchas veces un Aarón, no obstante su mayor edad, es llamado al sacerdocio, y Moisés, su hermano menor, es declarado del cielo por jefe de los ejércitos, del Señor. ¡Ah! ¿qué conexion puede tener la vocacion que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexion puede haber entre los intereses sensuales y los incomprensibles misterios de la gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposicio-

nes humanas? ¿Los talentos propios para un estado están siempre unidos al orden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la elección viene acaso con el orden del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazón de los hermanos menores mas puro ó proporcionado para cumplir con las santas obligaciones del sacerdocio, que el de sus hermanos? Dios mio, vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los hombres; no sois un Dios de carne y sangre, ni procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me direis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. ¡Ah! ¿y es posible, católicos, que por no dividir vuestros bienes hayais de sacrificar vuestros hijos y el fruto de vuestras entrañas? Pero direis tambien, que seria cosa lastimosa el verlos afrentar su familia y seguir un partido poco decente á su nacimiento. ¿Con que vuestros hijos ó han de ser grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? Serian desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Pero decís que de este modo se arruinan las casas; os engañais, católicos, porque de este modo se prosperan: Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Majestad le ha señalado. El anciano Jacob ve al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque los anuncia diferentes destinos, solo los pronostica los fines de Dios para con ellos. La prosperidad de las casas no siempre estriba en la fortuna, sino en las cualidades y

en la virtud de los que las sostienen. *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla,*¹ y por eso su decadencia y sus calamidades, son como una maldición que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas: sacrificais los infelices hijos menores á la grandeza del primogénito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesion, y su nombre se acaba con él, y con el sacerdocio forzado de sus hermanos. ¡Cuántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aun hoy, si estos sacrificios de la ambicion y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruinas! Dejad vuestros hijos en la mano de Dios, católicos, porque no hay para nosotros estado seguro, ni en orden al mundo ni en orden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

Y este es el tercer principio de nuestros engaños en la elección de estado. Este es para nosotros el único camino de salvacion que Dios nos ha preparado, y así en su elección solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; esto es, que entre todos los caminos la religion y la razon quieren que escojamos aquel que atendidas las cualidades de nuestras inclinaciones y de nuestras flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvacion.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar aquellas públicas profesiones que son útiles para mantener la sociedad, y de las que

1 Psalm. 126. v. 5.

se forma su orden y armonía; huir como un escollo el sagrado lazo del matrimonio, al que la religion llama santo y digno de honor, con pretesto de que hay estados mas seguros para la salvacion; el silencio, el retiro y aun la austeridad de los claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres; en ella hallareis mas escollos que en el mundo, si no habeis sido llamados de Dios: la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Loth permaneció fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el ejemplo de un justo los desórdenes de una ciudad pecaminosa, y cae en la montaña, donde se detuvo contra el orden del ángel que le quería llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espíritu de Dios; y la corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella el orden del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un término feliz, sería necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas socorros y proporciones para concluir con felicidad la carrera. ¿Pues si atendemos á este principio, cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿De qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la toga? Por que le pareció que haria mejor fortuna por el camino de la magistratura, que por el de los empleos militares: ¿por que sigue el otro el camino de las armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitian el aspirar á todo, y cualquiera otro partido que tomase le dejaria en la oscuridad de una vida privada. ¿Por que uno compra á costa de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del príncipe? Por que estando á la vista del soberano

se halla mas cerca del origen de las gracias. ¿Cuáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse al altar? ¿Qué va á buscar á la iglesia, sus tesoros ó sus funciones, sus honores ó sus ministerios, el esplendor del santuario ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinterés, de modestia y de caridad, que los proyectos de lujo, de profusion y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente va al templo porque ha oido decir que en él hallará inmensas riquezas y los santos despojos de los pueblos.

Solamente la avaricia es la que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos, porque además de que el espíritu de Dios no puede ser autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede menos de ser favorable al amor propio: si los fines de fortuna, de elevacion, de deleite, os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halleis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, cuanto mas declara vuestra eleccion vuestras desgraciadas inclinaciones á estos vicios, y así, sereis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un magistrado injusto, un ministro corrompido, pues solamente habeis elegido el mundo por sus deleites, la corte por el favor, las armas por la libertad, la toga por los vanos distintivos y el altar por los honores y riquezas del santuario: Dios castigará tambien el desorden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Sereis colocados en los primeros tribunales de justicia, conseguireis el favor del prín-

cipe, sereis distinguidos con todos los honores militares y ensalzados sobre el trono del santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion, y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que tampoco debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta el gusto y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza; última causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Y á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto son peligrosas: aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sugetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura, todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion, y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que preside casi siempre á la decision de nuestro destino y el que nos fuerza á unas resoluciones que desaprueba nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia y aun de interés, solamente porque siendo de distinguido nacimiento, le parece cosa impropia el ceñirse á los cuidados domésticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de

su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrontar su nombre con una alianza desigual. Otro, sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baja y oscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; el que es dueño de sí mismo decide de su estado, gobernándose por el temor del mundo y de sus juicios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida; no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios, procuramos ahogar unas repugnancias que presto llegarán á ser delitos. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar uno de sus hijos sobre sus antepasados y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar los demás y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á unos hijos que no tienen mas vocacion ni mas amor al retiro que la autoridad de sus padres; llevan al altar unas desgraciadas víctimas, que van á él mas para ser sacrificadas á la codicia de sus padres, que á la grandeza del Dios que en él se adora; dan á la Iglesia ministros que no son llamados á ella y que solamente aceptan el santo ministerio como un yugo pesado que se les impone por una injusta ley. Finalmente, con tal que lo que queda en el mundo de una familia luzca, brille y la haga honor, no les da cuidado de que las sagradas tinieblas del santuario oculten los pesares, los disgustos, las lágrimas y la desesperacion de aquella parte de la misma familia que se presenta á la vista del Señor. ¡Oh Dios mio! ¡qué terrible será en el dia de vuestras venganzas la presencia de estas desgraciadas víctimas para aquellos padres desna-

turalizados! ¡y cómo la desgracia de su suerte solicitará vuestra justicia para que vengue su sangre contra los autores de su ser y de su eterna infelicidad! De este modo la imprudencia, el orden del nacimiento, la concupiscencia y los respetos humanos deciden de la suerte de casi todos los hombres, y de aquí proviene que haya tantos mal contentos en todos los estados, tantos disgustos en los matrimonios, tantas disensiones y tanta division en las familias, tantas murmuraciones y pesares en las cortes, tanto disgusto en la milicia, tanta violencia, tanto enojo y tanta amargura en los claustros. Por eso todos se quejan de su suerte y envidian la ajena; la mujer que vive en el mundo tiene por feliz á la esposa de Jesucristo, y ésta no tiene mas deseos que de parecerse á la mujer del mundo: el cortesano suspira por el sosiego de una vida privada, y al hombre particular le parece que no hay felicidad como la de la corte. Por eso, finalmente, nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde; pero si entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas frecuente el engaño, tambien es en la que este engaño mas debe temerse.

SEGUNDA PARTE.

Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas de temer el engaño, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos, ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva, ó finalmente, por parte de las resultas, casi siempre irreparables, que trae consigo.

Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos: aunque su Majestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha

cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos; él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso cuando nos formó, y quien debe reglar el uso de los talentos que de él hemos recibido. Apenas salió el primer hombre de entre sus manos, cuando le aplicó á cultivar aquel lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece quiso dar á entender á todos sus descendientes que á él solo pertenecia el darnos empleo y ocupacion en este universo en que nos ha colocado.

Pero aun cuando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único árbitro de nuestro destino; porque conociendo él solo las mas secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo cuanto podemos ser, juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio ó de virtud que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las cualidades naturales de nuestra alma; viendo en nosotros mil disposiciones ocultas que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse, habiendo sido él solo quien sacó de la nada y quien dió á todas las criaturas aquel orden admirable y aquel curso armonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos, él solo puede prever cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado, mas favorables á nuestra salvacion, y juntándolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino. Por eso le invocan los apóstoles cuando tratan de nombrar sucesor al discípulo infiel, porque él es quien conoce los co-

razones: *Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos los hombres, le decían, manifestadnos el que habeis elegido.*¹

A la verdad, católicos, solo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclinaciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusión de los sentidos hace que nos perdamos de vista; cuanto nos rodea nos representa nuestra imágen ó confusa ó mudada, y es evidente que nosotros no podemos hacer la elección de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos conocemos suficientemente para poder decir cuál es el que nos conviene; nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guía y nuestra confianza, semejantes al pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que deje á nuestra disposición y á nuestro capricho los dones y talentos, cuyo uso queria arreglar él mismo; rompemos todos los lazos de dependencia con que aun estamos unidos á él, y así, en vez de vivir bajo la protección de su brazo, nos deja andar extraviados, lejos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones extrañas.

Segunda razon: si es tan de temer el engaño en la elección de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, católicos, así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesucristo, lo son tambien los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos y evitar estos peligros. En los tesoros de la divina misericordia, por decirlo así, gracias de magistratura, de sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de

¹ Act. 1. v. 24.

hombre de república y de persona privada; gracias de matrimonio, de celibato, de corte y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer antes los medios para conseguirle, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que queria que obrásemos nuestra salud eterna, vinculó á esta elección los socorros propios y singulares con que pudiésemos cumplir sus obligaciones.

Pero, católicos, para participar de las gracias de un estado es necesario que Dios nos haya llamado á él: si sois vosotros mismos los que os habeis colocado en él, vosotros debéis buscar los medios para manteneros; si el Señor no os preparó el camino en que habeis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa y tendreis que caminar solos por él. El Señor no ha de mudar por nosotros el orden inmutable de sus eternos consejos: vosotros os habeis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios por acomodarse á vuestro antojo, sino que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habeis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo místico de su Hijo, y así tampoco os mirará sino como un miembro monstruoso que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influjo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo.

Por eso el Señor en sus misericordiosos fines para con vosotros, os habia preparado gracias de retiro, de mortificación, de castidad y de silencio; queria santificaros en lo interior de su santuario lejos del mundo y de sus peligros; habia determinado uniros á sí con sagrados lazos y haceros llevar su yugo desde vuestra tierna edad; tambien os habia dotado de felices inclinaciones, las cuales parece os manifestaban desde lejos el camino que el Señor os preparaba,

de una alma sencilla y tímida, de un espíritu pacífico y naturalmente apartado de las continuas inquietudes que pide la vida del mundo, de unos secretos y continuos deseos de consagraros á él; y no obstante todos estos atractivos y todas estas felices señales en que parecian estar escritos los fines de Dios para con vosotros con unos caracteres tan claros, os pusísteis bajo un yugo diferente. ¡Ah! la santidad del lecho conyugal os servirá de ocasion de lujuria y de incontinen- cia; violareis la fe de un sacramento tan respetable, vuestros hijos hallarán en vosotros el modelo de sus desórdenes; el mundo, para el que no fuísteis llamados, os engañará; los peligros en que no os puso la divina Providencia serán para vosotros ocasion inevitable de caída; todo servirá de tentacion ó escollo á vuestra flaqueza; los mas inocentes placeres mancharán vuestro corazon, los objetos mas indiferentes serán funestos para vuestra inocencia, las obligaciones mas fáciles hallarán en vosotros repugnancias invencibles, inficionareis todas las cosas con el mal uso que hareis de ellas, y en lo mismo en que vuestros prójimos, á quienes el Señor ha colocado en ese estado, hallan seguridad, hallareis vosotros un triste naufragio. Por eso tragó el mar en otro tiempo á un profeta infiel, no obstante el socorro de un navío y la habilidad de los pilotos, porque habia entrado en él contra la voluntad de Dios, y respetó las pisadas del príncipe de los apóstoles, á quien mandó el Señor que caminase sobre las olas y se acercase á él. Todo es peligroso para el que no tiene por guia al Señor, y el mismo peligro es seguridad para los que siguen sus caminos.

Pero por otra parte, queria el Señor que trabajáseis para vuestra eterna salud en el estado de simple fiel, os habia preparado las gracias de este estado, y este era el camino

que os habia de guiar hasta el término feliz; las mismas disoluciones de vuestra primera edad, las vivas inclinaciones á la fama y á la ambicion, un corazon demasíadamente aficionado á los deleites, todo esto daba bastantemente á entender que un ministerio de trabajo, de modestia, de pureza angélica, de oracion y de estudio, no era el estado que os convenia. Con todo eso, usurpásteis este honor divino, os colocásteis vosotros mismos en el lugar santo, llegásteis ayudados de los favores humanos, á donde solamente debiera haberos ensalzado la gracia; os abrísteis con vuestra ambicion la puerta de la casa del Señor, que solamente está abierta á la humildad y á la inocencia, alcanzásteis con importunidades una dignidad que solamente se merece huyendo de ella; ¿y qué habeis hecho mas que formaros de todos vuestros ministerios otros tantos escollos? El confesonario será el lazo de vuestra inocencia, el púlpito el teatro de vuestra soberbia, el altar el lugar de vuestros delitos, el patrimonio de los pobres ocasion de vuestras profusiones y desórdenes, la familiaridad con las cosas santas, la raiz de vuestra impiedad y obstinacion. Si sois pastor, sereis un mercenario; si os hallais elevado sobre el trono sacerdotal, sereis un hombre de pecado, sentado en el templo de Dios; ¿y de qué provienen todas estas desgracias? De que siendo vuestra vocacion obra del hombre, no podeis ejecutar en ella la obra del Señor; poseeis el don de Dios injustamente, y así, es preciso que le profaneis; deshonrais el santuario al mismo tiempo que le gobernais, porque le manchásteis al entrar en él; no sois medianeros entre Dios y los hombres, entre la tierra y el cielo, sino anatema del cielo y escándalo de la tierra.

¡Ah, católicos! si todos los dias perecen tantas almas, no obstante las gracias vinculadas á su estado; si el pérfido

discípulo se hace prevaricador y cae de la gracia y ministerio del apostolado á que le habia llamado Jesucristo; si Salomon, declarado rey por la voluntad del Señor y con unas señales tan ciertas y singulares de su proteccion y amparo, halla en los peligros del reinado escollos en que su flaqueza halla su entera ruina, ¿cuál podrá ser el destino de aquellos que privados de estos socorros están expuestos á los mismos peligros? Si la flaqueza del hombre muchas veces no se puede mantener aun en los caminos por donde la guía la mano de Dios, ¿caerá acaso menos veces cuando camine sola?

¡Y despues de esto nos admiramos, católicos, de que hayan degenerado tanto las costumbres de los cristianos! Solemos preguntar: ¿de qué proviene que nuestros siglos sean tan diferentes de los de nuestros padres, que todos los estados hayan corrompido sus caminos; que la magistratura no sea mas que una honrosa ociosidad ó un arte de hacer servir las leyes á despojar á los pueblos en cuyo favor se hicieron; que el camino de las armas no sea mas que una profesion declarada de irreligion y libertad; que la corte sea el teatro de todas las pasiones; que todas las artes inventadas para las necesidades y alivio del público solo estén destinadas al lujo y á la pública libertad; que el arte de las artes, el honor del santuario, casi no es mas que un vergonzoso tráfico de ambicion y de codicia; que el contagio no haya perdonado aun á aquellos santos y religiosos asilos levantados entre nosotros, y que aun en estas casas de retiro, de oracion y de austeridad, en donde parece que habia de hallar el Señor aquella fe que no se halla en lo restante de la tierra, reine algunas veces el espíritu del mundo, mas que en el mismo mundo? Nos admiramos, vuelvo á decir, y los justos que hay aún entre nosotros gimen con-

tinuamente en presencia del Señor y le preguntan con dolor: ¿de qué proviene que haya abandonado á su pueblo?

Pero es muy fácil hallar la razon: todo está corrompido porque casi nadie ocupa el lugar que le corresponde. Por eso el magistrado que se ha hecho árbitro de las pasiones humanas sin aquellas gracias de luz, de integridad, de firmeza y de celo por el bien público, que son tan necesarias para cumplir con sus funciones, no es mas que una fantasma revestida con unas insignias de justicia y dignidad, que se mueve á todos vientos y que casi da tantas caidas como pasos: por eso el cortesano, dedicado á una vida sensual, ambiciosa, disimulada, llena de deleites y privado de aquella rectitud de corazon, de aquel temor de Dios, de aquella viva persuasion de las verdades eternas que conservó puros y sin mancha á los Danieles, y á las Estheres en medio de una corte infiel, viene muy presto á ser el triste juguete de todos los antojos humanos, y no conoce mas dueño que un dueño mortal, ni mas divinidad que la fortuna: por eso el soldado, cercado de todos los peligros de su estado, sin el socorro de aquella prudencia y de aquella valerosa fe que bastó para santificar á los Josués, á los Gedeones, á los Davides y á todos los conquistadores cristianos en medio de la licencia de las armas, no puede defenderse mucho tiempo contra los desórdenes, cuyas disposiciones tiene ya en su corazon: por eso el ministro de Jesucristo, destinado á ser sal de la tierra y á curar la corrupcion de los pueblos, se inficiona él mismo, porque no ha recibido aquella virtud sacerdotal que todo lo santifica y á la que nada puede manchar; por eso, finalmente, el solitario ó la vírgen consagrada á Jesucristo, habiéndose echado sobre sí una pesada carga, sin haber recibido aquella gracia que la aligera, llevan sin fervor, y aun murmuran-

do, el yugo, en vez de llevarle con alegría; dan al mundo un corazón que nunca habían entregado del todo al Señor; ocultan bajo unas exterioridades de mortificación mil profanos deseos; hallan en el silencio del retiro las peligrosas imágenes de los placeres, mucho más temibles para el corazón que los mismos placeres; aman lo que ya no pueden poseer; caen, aun estando lejos de los peligros, y de un lugar de seguridad hacen ocasión de ruina.

Esta es, católicos, la raíz de la depravación de todos los estados, la falta de vocación; ¿y qué consecuencias tan irremediables no tiene este desorden y esta falta de vocación? Última razón porque es tan temible el engaño en la elección de estado. No quiero detenerme en deciros que no hallándoos en el camino que os debe guiar á la salvación, cuanto más andais por él, más os descamináis y nunca podéis conseguirla; tampoco quiero deciros que la falta de vocación es una de aquellas culpas acerca de las cuales casi nunca sentimos remordimientos, que en vez de reparar esta falta entre tantas personas como todos los días se ve que hacen elecciones temerarias, no se ve ni una que haga escrúpulo en este particular; pero os pregunto: ¿conocéis las irreparables resultas de una vocación ilegítima? Si sois hombre de república, ¿conocéis lo mal que empleáis vuestra autoridad, todos los males que hacéis y los bienes que dejáis de hacer? Los pueblos hubieran sido defendidos y edificados por otro á quien el Señor hubiera puesto en vuestro lugar, y se hallan oprimidos y escandalizados bajo vuestro ministerio; se hallan autorizados los abusos y despreciados los proyectos útiles: ved si podéis reparar estos desórdenes que ni aun podéis conocer, y los que acaso perpetuará vuestro mal ejemplo hasta la última edad de la monarquía.

Si os entrometisteis en el lugar santo, las instrucciones serán ó inútiles ó despreciables por vuestro mal ejemplo; las leyes quedarán sin fuerza y sin vigor por el abandono y transgresiones del legislador; los ministros serán autorizados en sus prevaricaciones por la infidelidad del pastor principal; los pecadores se confirmarán en la culpa, los flacos se hallarán sin socorros, los justos sin consuelo, los sacramentos sin fruto, las oraciones de la Iglesia sin eficacia, y el ministerio sin respeto y sin dignidad; todas las fuentes de la gracia estarán cerradas para los fieles por la corrupción de aquellos que habían de ser los sagrados canales por donde corriesen; se perderán muchas almas que en la piedad y celo de un ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvación: registrad este abismo y ved si podéis hallar remedio para estos males.

Si habéis entrado en una casa de religión, vuestras costumbres sirven de modelo de relajación á la piedad de vuestros hermanos con vuestro mal ejemplo; hacéis vacilar su vocación con los disgustos que les ocasionáis; hacéis que se rebele su docilidad con vuestras murmuraciones; introducís en el lugar santo las máximas del mundo con vuestras conversaciones, y aun después de vuestra muerte perpetuáis la tibieza y el desorden con sola la memoria de vuestra vida.

Ved ahí, católicos, vosotros que inspiráis á vuestros hijos desgraciados vocaciones injustas, ved las funestas consecuencias y los infinitos delitos de que este solo pecado os hace culpables en la presencia de Dios. Bien podéis reparar vuestros impuros deleites castigando vuestra carne; vuestras injusticias con liberalidades, vuestros escándalos con ejemplos de virtud, vuestros odios y venganzas con obras de caridad y de misericordia. Pero aunque derrameis torrentes de lágrimas, nunca podéis satisfacer á Jesucristo

por la pérdida de una infinidad de almas que habrán encontrado el escollo para su salvación en el desorden, en la ignorancia, en la falta de talento de un ministro á quien vuestra codicia y no la vocacion del cielo, habia elevado á las primeras dignidades de la Iglesia. Aunque distribuyais entre los pobres todos vuestros bienes, ¿podreis nunca recompensar los males que hará en la casa de Dios una vírgen loca y mundana, á la que únicamente puso vuestra autoridad por cabeza de las esposas de Jesucristo? Esta introducirá relajaciones, engañará á las almas, aniquilará las gracias, impedirá el que se hagan muchos bienes, introducirá muchas pasiones, pondrá unos obstáculos perpetuos á la revocacion del espíritu primitivo y á la reforma de las santas reglas. ¡Ah! vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas nunca borrarán las culpas que no pueden reparar, ó por hablar con mas propiedad, nunca os arrepentireis y nunca se os concederán las lágrimas para llorarlas.

Pero si los efectos de este engaño son irreparables, amados oyentes míos, respecto de los padres ambiciosos que os los inspiraron, no lo son menos respecto de vosotros que os dejais engañar: porque aun dado caso que os arrepintais, ¿qué remedio se os puede señalar? ¿qué medidas podreis tomar? ¿si estais revestidos de una dignidad santa, habeis de manifestar vuestra ignominia despojándoos de ella? ¿habeis de disimular la ignominia de la Iglesia permaneciendo en ella? ¿se os ha de arrancar del altar en donde os habeis presentado delante de toda la congregacion de los fieles? ¿se os ha de dejar en él contra el orden de Dios que no os admite? Y por otra parte, ¿será bastantemente heroico vuestro arrepentimiento para que os mueva á despojaros de esta pompa y para que llegueis á unos términos tan extraordinarios, sin los que no obstante es imposible que consigais vuestra

eterna salud? ¿habeis contraido unos empeños, ó de matrimonio, ó de religion, de los que no está en vuestra mano el apartaros, y así para conseguir la salvacion estais como obligados á un imposible? Pero por otra parte, ¿os salvareis en un estado que no siendo el que os corresponde, no puede ser el camino de vuestra salvacion?

¡Oh Dios mío! vos que teneis en vuestras manos las suertes de los hombres, ¿qué nuevos remedios pueden quedar á vuestra gracia para estas almas infelices? ¿podreis acaso estorbar el que perezcan? Sí, católicos; es verdad de fe que cualquiera que sea la situacion de la criatura, su suerte nunca es desesperada en la tierra, y no hay estado en que no sea posible la penitencia. El Señor no está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda templar su rigor con un exceso de su misericordia; y aunque la ley declaraba reos de muerte á los que entraban en el aposento de Asuero sin ser llamados, aun quedaba recurso á los temerarios que la violaban, y el gran rey podia alargarlos el cetro de su bondad y clemencia. ¡Pero qué raras eran estas gracias! Solamente Esther fué favorecida con ellas; ¡y qué dignos somos de lástima, si estando condenados á perecer por la ley comun, se reduce toda la esperanza de nuestra salvacion á la incertidumbre de una excepcion, de la que apenas se halla un ejemplar en un siglo.

No es mi intento infundir vanos temores en las conciencias; la verdad solamente asusta para instruir y consolar. Por eso, amados oyentes míos, si todavía no habeis hecho esta importante eleccion, evitad los escollos; orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas y los intereses de vuestra salvacion; desterrad todos los fines humanos; disponeos para la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vues-

tra vida; poned en esto toda vuestra atencion y haced que el Señor se interese en vuestra suerte, de tal modo que nunca la deje en vuestras manos: si ya habeis hecho la eleccion y dudáis de si han tenido en ella mas parte los motivos humanos que los fines de la gracia, haced cierta vuestra vocacion con vuestras buenas obras, considerad que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es la mas segura señal de que habeis sido llamados á él; poned el remedio que podeis por vuestra parte, y aprovechaos de los remordimientos; mudad la peligrosa tibieza en que vivís, en una santa diligencia; la vida absolutamente natural que haceis, en una vida de fe; las negligencias culpables, en rigurosos cuidados; el desprecio de vuestras obligaciones, en una fidelidad que os haga respetar todo lo que debeis amar, y nunca esteis tranquilos acerca de la verdad de vuestra vocacion, hasta que cumplais con todas sus obligaciones.

Peró si fuere cierto que el Señor no ha tenido parte en vuestra eleccion de estado; si la imprudencia, el respeto humano y las pasiones son las que os han formado el estado en que vivís, confieso que vuestra suerte es digna de lástima, pero no por eso es desesperada: es verdad que estais lejos del reino de los cielos, pero aun podeis aspirar á él: mientras nos hallamos en estado de podernos arrepentir, podemos esperar; Dios puede conceder al dolor de una eleccion injusta las mismas gracias que hubiera concedido á la legítima. Es verdad que exteriormente no estais en el estado que Dios quiere; pero siempre está el corazon en este estado cuando se vuelve á su Majestad; ocupais un lugar que no os habia señalado el Señor; pero una fe viva, un amor fervoroso, un arrepentimiento sincero santifican todos los estados, y si amamos y servimos á Dios, siempre estamos en nuestro propio estado. Os habeis espuesto contra

su órden á un mar borrascoso como el profeta Jonás; habeis caido como él en lo profundo del abismo, pero aun hay remedio; clamad como él al Señor cuando se vió sepultado en el vientre del mónstruo, y decidle: Señor, aunque con una eleccion injusta me he apartado de vuestra mano adorable, que debia conducirme, clamo á vos desde lo profundo del abismo que me habeis abierto para que me trague: *De ventre inferi clamavi*.¹ Es verdad que no hay cosa que pueda igualar al extremo peligro en que me hallo; un mónstruo formidable me tiene cautivo y me cerca por todas partes: *Abyssus vallavit me*; la profundidad de las aguas, como la de mis delitos, se ha levantado sobre mi cabeza: *Pelagus operuit caput meum*. Parece que la tierra ha formado nuevos abismos para aprisionarme eternamente: *Terra vectes concluderunt me*. Con todo eso, ¡oh Dios de mis padres! vos que los llevástais sobre vuestras alas, atravesando las olas del mar, atended á que por mas desesperada que parezca mi suerte, no deجو por eso de esperar en vos; vos podreis sacarme, cuando gustáreis, de la profundidad en que me he precipitado. El abismo oye vuestra voz, y luego que le mandeis que me arroje de sí, me pondrá en vuestras manos; para vos no es mas difícil el librarme de lo profundo de la corrupcion en que me hallo, que si estuviera dentro del recinto de Jerusalem: *Et sublimavis de corruptione animam meam, Domine Deus meus*. Sí, ¡gran Dios! no obstante lo peligroso de este estado, que parece me priva de toda esperanza de salir de él, espero que he de tener el consuelo de volver á vuestro santo templo, ofreceros en él mis agradecimientos y aplacaros, mezclando con la sangre de las victimas las lágrimas de un sincero arrepentimiento.

¹ Jon. 2. v. 3. et seq.

Veruntamen rursus videbo Templum sanctum tuum. ¡Ah, Señor! que los que despues de haberse apartado de vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria, forman razón para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Qui custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt.* Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré mientras me permitais invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi;*¹ vereis que soy mucho mas fiel que antes en seguir vuestros santos caminos: si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamás retractaré las promesas que en este lugar de horror os hace mi alma penetrada de arrepentimiento: *Quaecumque vovi redam pro salute Domino.* Y lo restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido y de haberme apartado de vuestras órdenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos, la recompensa que prometéis á vuestros siervos fieles. Amen.

¹ Ibid. et seq.



DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

PARA EL JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

EL RICO AVARIENTO.

Cruor in hac flamma.
Estoy atormentado en este fuego.
Luc. 16. v. 24.

¡Cuáles son, católicos, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fue acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y del huérfano presa de sus injusticias? ¿O fue un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad?

Oídlo, señores, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna

TOM. IV.—P. 17.

Veruntamen rursus videbo Templum sanctum tuum. ¡Ah, Señor! que los que despues de haberse apartado de vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria, forman razón para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Qui custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt.* Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré mientras me permitais invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi;*¹ vereis que soy mucho mas fiel que antes en seguir vuestros santos caminos: si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamás retractaré las promesas que en este lugar de horror os hace mi alma penetrada de arrepentimiento: *Quaecumque vovi redam pro salute Domino.* Y lo restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido y de haberme apartado de vuestras órdenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos, la recompensa que prometéis á vuestros siervos fieles. Amen.

¹ Ibid. et seq.



DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

PARA EL JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

EL RICO AVARIENTO.

Cruor in hac flamma.
Estoy atormentado en este fuego.
Luc. 16. v. 24.

¡Cuáles son, católicos, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fue acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y del huérfano presa de sus injusticias? ¿O fue un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad?

Oídlo, señores, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna

TOM. IV.—P. 17.

al amor propio, es una vida cristiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal; este réprobo que hoy sale del abismo para instruirnos, era rico, dice Jesucristo; estaba vestido de púrpura y de finísimo lino; comía con esplendor, pero no atendía, como era razón que atendiese, á las necesidades de Lázaro, que perecía de hambre á la puerta de su casa. Estos son todos sus delitos. Sería cosa inútil el buscar otros en la disolución de sus costumbres, pues no se le reprende de mas. Había adquirido grandes riquezas y disfrutaba sus comodidades. Abraham no expone otro motivo de su condenación, y sería temeridad en nosotros el atribuirle desórdenes que no refiere su historia y de los que parece le da por libre Jesucristo con su silencio; y tambien nos opondríamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

Y á la verdad, ¿qué necesidad habia, católicos, de que Jesucristo nos abriese el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sacrilego ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos y los ladrones no han de tener parte en su reino; toda la Escritura es una continua predicción de las desgracias que les están preparadas, y si hoy abre á nuestra vista el seno del infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperaríamos y cuyo mayor pecado fué el no tener virtudes; para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar mas adelante y sin caer en mayores excesos, es una vida culpable en su presencia y digna del infierno y de sus llamas.

Este es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesucristo, y á esta verdad, acaso la mas importante que puede tratarse en la moral cristiana, quiero reducir con piadosas reflexiones toda la série de nuestro Evan-

gelio. En la pintura que nos hace Jesucristo del rico avariento, vereis el retrato de una vida ociosa y mundana que no está acompañada de vicios ni virtudes; en la historia de su suplicio vereis su condenación y deplorable suerte, esto es, vereis explicada y condenada la inocencia del mundo. Este es todo el asunto de este discurso. Imploremos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Poco importa para nuestra instrucción, católicos, el averiguar si Jesucristo quiso contarnos aquí una historia verdadera, sucedida en Jerusalem, ó si segun su costumbre, quiso solamente ocultar con parábolas la verdad de su doctrina. Que se nos represente este Señor como un pastor amoroso que corre apresurado por medio de los montes en busca de una oveja perdida, lleno de gozo por haberla hallado, y poniéndola sobre sus hombros; ó que efectivamente vaya á Samaria en busca de una pecadora, para sacarla de sus desórdenes, no despierta menos la conciencia del pecador la parábola que la historia; y así que la condenación del desgraciado rico del Evangelio sea un hecho verdadero ó figurado, no es menos cierta la verdad que con él se intenta probar, ni son menos legítimos los motivos de nuestro temor.

Habia, pues, en Jerusalem, dice Jesucristo, un hombre rico. *Homo quidam erat dives.*¹ Este parece que era su primer delito: nació feliz. *Erat dives.* Nada añade Jesucristo á esta circunstancia que la haga odiosa; no nos dice que siendo de bajo nacimiento, descendiente de alguna fa-

¹ Luc. 16. v. 46.

milia oscura, y habiendo salido de alguna de las mas pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalem pobre y necesitado de todo, y que con los mas bajos ministerios, con los mas viles tráficos, por los mas ignorados y siempre sospechosos caminos, llegase á aquella abundancia y prosperidad con que despues se dejó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiese adquirido indignamente. Este no era otro Zaqueo, que hubiese levantado su monstruosa fortuna á costa de la pública miseria, que hubiese cobrado para sí los tributos debidos al César, y que despues á costa de dinero hubiese comprado su nobleza y ensalzado su bajo nacimiento con el resplandor de las dignidades y distincion de los títulos: tampoco hay motivo para sospechar que hubiese nacido de un padre avaro y ladron, y que hubiese recogido una sucesion de iniquidad: el silencio de Jesucristo le justifica en todos estos puntos. *Erat dives.* Gozaba tranquilamente del patrimonio de sus padres, libre de ambicion, exento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros, católicos, alguno que posea sus riquezas con mas inocentes circunstancias? No obstante, ved el primer grado de su reprobacion: era rico, *erat dives.*

En segundo lugar, estaba vestido de púrpura y finísimo lino: *Induebatur purpura, et bysso.* Es verdad que la púrpura era una tela preciosa; pero no dice el Evangelio que en esto excediese los límites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento. No nos dice que no alcanzando sus bienes á sus profusiones, perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial; ni finalmente, como dice el profeta, que su soberbia y ostentacion excediesen sus fuerzas: *Supervia ejus, et ar-*

*rogantia ejus. . . . plusquam fortitudo ejus.*¹ Aun no se conocian en su siglo los desórdenes, que son tan comunes en el nuestro, en el que el lujo confunde todos los estados, en el que un poco de prosperidad es motivo de que el simple ciudadano dispute con los príncipes del pueblo, en el que al paso que las calamidades públicas aumentan las murmuraciones, parece aumentan tambien la profusion; en el que no se conocen ni los hombres por su nombre, ni las mujeres por su rostro, y en el que se tiene por modestia el no exceder los límites que ha establecido el lujo, y el conformarse con el exceso y locura de la costumbre: á este rico desgraciado no se le reprende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno, ni de que le faltase aquella rectitud de intencion que tanto alegan las mujeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos. En una palabra, este rico vestia soberbiamente, gustaba del esplendor y de la magnificencia; en la sinagoga, donde el culto aun era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del templo y el aparato de los sacrificios honraban al Señor, donde toda la majestad consistia en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aun el mismo Dios solamente se manifestaba bajo de símbolos de grandeza y de gloria, parece que era mas digno de perdon este exceso, que el Evangelio, donde Jesucristo pobre y abatido, á un mismo tiempo ha impuesto obligacion y da ejemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

En tercer lugar, comia espléndidamente: *Epulabatur quotidie splendide.* Pero la ley de Moisés solamente prohibia los excesos y no mandaba aquel riguroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto despues la ley del Evan-

¹ Psalm. 16. v. 6.

gello. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenian leche y miel, y así parece que tenian algun derecho á gozar de una abundancia que se les proponia como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comia espléndidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban. No se valia del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas y de su regalo para excusarse de aquellas rigurosas leyes. Observaba fielmente las tradiciones de sus padres, y así distinguia los tiempos y los dias; y aunque vivia entre delicias, sabia cuando era necesario afligirse con su pueblo, y á lo menos expiaba de algun modo los cotidianos deleites de su mesa con las observancias de la ley.

Es verdad que todos los dias comia con abundancia, *quotidie*; pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos; no solo era abundante la comida, sino tambien suntuosa, *splendide*; pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes, que asistiesen á ella los impíos y libertinos, ni que se sazonasen las viandas con conversaciones impuras; tampoco dice que desde la mesa se iba al espectáculo profano para pasar el tiempo y descansar de las fatigas del banquete; que estuviere poseido del furor del juego y que fuese éste su ocupacion regular y arriesgada á una sola suerte la fortuna de sus hijos y el patrimonio de sus mayores, ni finalmente, que ocupase lo restante del dia en concurrencias peligrosas y en incentivos de las pasiones; tampoco se le reprende de culpa alguna en orden á la fe y religion de sus padres; no se preciaba de incrédulo ni hacia gala de proponer dudas escandalosas en orden á las maravillas que antiguamente habia Dios obrado en fa-

vor de su pueblo ni de sus apariciones á los patriarcas; no tenia la comun creencia por preocupacion vulgar, no inferia de la supersticion de los fariseos, de los errores de los saduceos y de las disputas y oposicion de las dos sectas que dividian la sinagoga, que no eran ciertas sus leyes y su culto y que la religion era una invencion puramente humana; ofrecia los sacrificios que estaban señalados y practicaba las abluciones de la ley; en una palabra, el Evangelio no le llama amo cruel, amigo pérfido, enemigo irreconciliable, esposo infiel, hombre soberbio, injusto, desleal; no se valia de sus riquezas para corromper la inocencia, no violaba el lecho de su prójimo, no envidiaba ni murmuraba de la prosperidad y reputacion ajena: segun el modo con que nos le pinta el Evangelio, era un hombre que comia espléndidamente, que hacia mucho gasto en Jerusalem, que vivia con tranquilidad y alegría, pero sin faltar á lo esencial de la rectitud, siendo de unas costumbres arregladas, viviendo una vida irreprehensible, y segun quiere el mundo que vivan los que tienen conveniencias; que admitia á su mesa á los ciudadanos y extranjeros; finalmente, uno de aquellos hombres á quienes alaba el siglo, á quienes exalta la voz pública, á quienes propone por modelos y á los que la misma piedad no se atreveria á condenar.

Ahora bien, católicos; os parece demasiado culpable como os le acabo de pintar, que es como en la realidad era; y si alguno hubiera dicho antes de Jesucristo que este camino guia á la perdicion y que este hombre merecia el infierno, ¿no hubiérais reclamado contra la dureza é indiscrecion de su celo? ¿no hubiérais dicho con indignacion, como en otro tiempo todo el ejército de Israel cuando condenó Saúl á su hijo Jonatás, pues en qué ha pecado? ¿Es posible que ha de morir por haber probado un poco de miel? *Ergo ne*

*Jonatas morietur?*¹ Las preocupaciones de la niñez han formado en vosotros una falsa idea de este rico; pero veamos la verdad del hecho: no añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio; era rico, vestia magníficamente y comia con regalo. ¿Qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le hallo tan culpable, sino que me parece virtuoso, y segun la depravacion que hoy se ve en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sábio mundano, os le pondria como modelo á quien debiérais seguir.

¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honor, come sus rentas con estimacion, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel y tiene aquella rectitud de costumbres en que consiste la verdadera religion y la sólida virtud. No os contentais con alabarle, sino que haceis, ¡oh Dios mio! unas comparaciones que son injuriosas á la piedad de vuestros siervos; decís que de este modo es como se debe vivir en el mundo y no como N. y N., á quienes la devocion ha trastornado el entendimiento y desacreditan la verdadera virtud con ridículas extravagancias y con indiscretas singularidades. Este es el mundo, católicos, y lo que mas me hace temblar es que el único réprobo que Jesucristo nos presenta en su Evangelio, acaso seria hoy entre nosotros el mas justo.

Pero me opondreis la dureza que usó con Lázaro, y direis que á lo menos en esto no os parecis á él. A este motivo que teneis de confianza os respondo desde luego con San Pablo que en vano repartireis todos vuestros bienes con los pobres, si no teneis en el corazon aquella caridad que

1 1. Reg. 14. v. 44.

lo cree todo, que todo lo espera, que todo lo sufre y que todo lo perdona; que no es vana, envidiosa, interesada ni sensual; si la abundancia de vuestras liberalidades no se sostiene con la santidad de vuestras costumbres, nada haceis y nada sois en la presencia de Dios: *Nihil sum*.¹ La limosna ayuda á expiar los pecados, supuesto el arrepentimiento, pero no nos justifica mientras no nos arrepentimos. Esta es una de nuestras obligaciones, pero no es la única, y aunque el faltar á ella sea hacerse culpable de todas las demás, el cumplir con ella no es observar toda la ley.

Pero por otra parte, veamos cuál es en este asunto el delito de nuestro rico avariento, y acaso os hallareis mas culpados que él. *Habia*, continúa Jesucristo, *un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaria con coger las migas que caian de su mesa; pero nadie queria dárselas*.² Confieso que en este modo de proceder habia un género de crueldad que se opone á todos los sentimientos de humanidad. El espectáculo de un gloton sentado á una mesa cubierta de manjares exquisitos é insensible á los trabajos de un infeliz que se pone en su presencia, cubierto de llagas y reducido á desear las migajas para remediar el hambre que le consume, forma desde luego una oposicion monstruosa, y basta una virtud mundana para indignarse de esta barbaridad. Pero atendid á todas las circunstancias y vereis que no tanto quiso Jesucristo representarnos á este rico como un monstruo de ingumanidad, cuanto como un hombre perezoso, entregado á sus placeres y sin atender á las miserias de Lázaro; vereis que el hacer mencion de este pobre en la

1 1. Cor. 13. v. 2.

2 Luc. 16. v. 20, 21.

historia, no es mas que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico.

Primeramente: Lázaro era un público mendigo, *mendicus*; pero por lo comun no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por testigo y recurso en su miseria, y suele haber motivo para creer que sus continuas importunidades son puro artificio y que sus clamores y miserias mas son efecto del ocio que de verdadera necesidad; en una palabra, nuestro rico podia valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valeis vosotros todos los dias para despreciar á estos pobres vagos. Puede ser que otras necesidades secretas y otras obras de misericordia que lisonjeasen mas su vanidad, le hallasen mas misericordioso y compasivo.

En segundo lugar: es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico: *Ulceribus plenus, jacebat ante januam divitis*. Sin duda que un objeto tan digno de compasion debiera haberle enternecido; pero á lo menos alguna estimacion merece el que se permitiese á la puerta de su casa, sin echarle de ella, un espectáculo tan horrible á la vista, como Lázaro; que el rico nunca se quejase ni diese muestras de enfado, estando continuamente viendo este objeto, y que permitiese que este infeliz se hubiese formado asilo de la puerta de su casa. Acaso vosotros, amados oyentes míos, os hubiérais dado mucha prisa á socorrerle con una limosna; pero mas hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso, que por socorrer á un miembro de Jesucristo: tambien puede ser que por excusar á vuestra delicadeza un solo instante de disgusto, no os hubiera parecido vuestro infeliz hermano digno de recibir este beneficio de vuestras propias manos, y que encargáseis á uno de vuestros criados que se la diese

de vuestra parte, en vez de reconocer entonces en una carne llagada la imágen de las vergonzosas llagas que presenta vuestra alma á la vista de Dios, y de expiar todos los delitos de vuestra vista fijándola en un objeto desagradable; y así puede ser que hubiérais sido mas culpables en la presencia de Dios por un exceso de delicadeza, que el réprobo de nuestro Evangelio por su indiferencia y olvido.

Finalmente, no quiso darle ni aun las migas que caian de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las deseaba, *cupiebat*. No se acusa á nuestro rico de habérselas negado, sino solamente se dice que no habia quien se las diese: *Nemo illi dabat*. No se dice que Lázaro le hablase, que le importunase, que le expusiese su hambre y sus miserias; Lázaro calla y deja hablar en su favor á sus heridas. Esta modestia parecia solicitar con mas viveza la piedad de aquel rico; pero su clase, su distraccion y sus deleites no le daban lugar á reparar en eso: puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reducida todos los dias la piedad de sus semejantes: en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atencion.

Por eso cuando Abraham desde lo alto de la celestial morada le manifiesta el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesucristo algun dia á los réprobos: Lázaro estaba desnudo, no le vestiste; tenia hambre y no le alimentaste; estaba enfermo y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mio, acuérdate de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua*. Acuérdate de que no tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguen de este modo los premios prometidos á mi

posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habían suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendición que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinación hiciste el lugar de tus delicias; aquella injusta felicidad no podía durar; aquí todo muda de semblante, aquí se enjugan las lágrimas de Lázaro y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crugido de dientes, y tus deleites instantáneos en tormentos que nunca se acabarán. *Recordare fili, quia recepisti bona in vita tua, Lazarus similiter malu; hic consolatur, tu vero cruciaris.* Este es todo su delito, el haber pasado toda su vida en los deleites de la abundancia y en el regalo, y este fué el motivo de su condenación, y sería temeridad en nosotros buscar otras razones mas que las que el espíritu de Dios nos ha dejado señaladas en el Evangelio.

¿Os admirais de esto, católicos? ¿Acaso ignorais que entre los cristianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el infierno solamente está destinado para los adúlteros, para los fornicarios, para los injustos? ¡Ah! si un discípulo de Moisés, viviendo bajo su ley, aun imperfecta y carnal, la que no pedía tan sublimes virtudes, en la que el despegó del mundo no era tan riguroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios ni virtudes, un miembro de Jesucristo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discípulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continua la mortificación, tan prohibi-

dos los deleites, tan necesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos y de tan rigurosos consejos, en el que la cruz es el sello de los que están predestinados, ¿os parece que será tratado mas favorablemente si nada niega á los sentidos y si solamente se abstiene, como este rico, de los excesos enormes y de los deleites injustos y vergonzosos?

Pues, católicos, sabed que es una verdad de eterna salud que el cristiano no puede ser predestinado si acá en la tierra no se conforma con la imagen de Jesucristo y si sus costumbres no son una expresión de las suyas: si el Padre no halla en vosotros la semejanza de su Hijo, si los miembros no se conforman con la cabeza, y estando unidos con ella hacen una monstruosa disonancia, sereis arrojados como una imagen infiel, como una piedra inútil que no ha sido labrada por la mano del Artífice y que no puede ser colocada en el edificio, como un miembro disforme que no puede ser unido con lo restante del cuerpo.

Ahora os pregunto, católicos: ¿para parecerse á Jesucristo basta no ser fornicario, impío, sacrílego ni injusto? ¿se contentó Jesucristo con no hacer mal á nadie, con no sublevar los pueblos, con no negar al César lo que le pertenecía, con no ser gloton, con que sus mismos enemigos no pudiesen arguirle de pecado grave? En una palabra, ¿con no ser samaritano y enemigo de la ley? ¿Limitó á esto todas sus virtudes? ¿no fué manso y humilde de corazón? ¿no rogó por sus enemigos? ¿no reprobó al mundo en vez de amarle? ¿se conformó acaso con el mundo cuando vino á corregirle y reprenderle? ¿no nos dió á entender que la salvación no era para el mundo cuando dijo que no rogaba por el mundo? *Ego autem pro eis rogo non pro mundo?* ¿No maldijo los deleites en vez de amarlos? ¿no declaró que el

mundo se alegraría, pero que sus discípulos no tendrían parte en sus vanas alegrías y estarían tristes? ¿pudo buscar los honores y distinciones humanas el que nunca buscó su gloria sino la de su Padre, y que se ocultó cuando quisieron aclamarle por rey? ¿pudo vivir con tranquilidad y descanso el que llevó su cruz desde el primer instante de su vida mortal, y que consumó su carrera con la consumación de sus trabajos? Este es vuestro modelo: séais del mundo ó solitario, cortesano ó religioso, consagrado á Dios ó dividido entre el Señor y los cuidados del matrimonio, si no procurais pareceros á Jesucristo, estais perdidos.

No obstante, con tal que vivais con aquella regularidad que aprueba el mundo, y que no os arguya la conciencia de vicios enormes, nada temeis en orden á vuestra suerte: es tan evidente el que en este estado no padeceis susto alguno en orden á vuestra salvacion, que si os persuadimos á que imiteis el ejemplo de los que despues de haber vivido como vosotros han conocido el peligro, y se han retirado de los placeres y distracciones del mundo, dedicándose á la oracion, al retiro, á la mortificacion y al ejercicio de las obras santas, respondeis que es cosa peligrosa el subir tan alto; os parece mayor prudencia el evitar lo que llamais exceso, y nada juzgais tener que mudar en vuestro género de vida. San Agustin se quejaba antiguamente de que algunos paganos de su tiempo rehusaban el convertirse á la fe, porque hacian una vida arreglada segun el mundo. Cuando se les exhortaba, dice este santo padre, á que abrazasen el cristianismo, respondian que bastaba el vivir bien: *Bene vivere opus est*. ¿Qué podrá mandarme Jesucristo á quien me predicais? *Quid mihi praecepturus est Christus?* ¿que haga una vida irreprochable? *Ut bene vivam?* Pues ya ha mucho tiempo que lo hago así; yo no hago mal á nadie, no man-

cho el lecho de mi prójimo, no le usurpo sus bienes por caminos injustos: *Jam bene vivo, nullo adulterio contaminor, nullam rapinam facio*. ¿Pues qué necesidad tengo de mudar de religion y abrazar otra nueva? Si mi vida fuera culpable, razon tendríais para persuadirme una ley que reglase las costumbres y prohibe los excesos; pero éstos los evito sin la ley de Jesucristo, y así, ¿qué necesidad tengo ya de Jesucristo? *Quid mihi necessarius est Christus?*

Este es precisamente, católicos, el estado de aquellos cristianos sensuales y tibios, de aquellos virtuosos del siglo, de aquellas personas irreprochables segun el mundo, de quienes voy hablando. Cuando los exhortamos á una vida mas cristiana, mas conforme á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de los santos y de Jesucristo, cuando les anunciamos que no se puede ser su discípulo sin renunciar al mundo y á sus deleites, como se lo prometimos en el sagrado bautismo, nos responden que importa poco el privarse ó no de ciertos deleites, el ir á recrearse en un espectáculo ó hacer escrúpulo de esta diversion; el conformarse con las costumbres en orden al gasto, al adorno y al modo de vivir, ó el afectar singularidad; que lo que importa es vivir bien: *Bene vivere opus est*. El ser buen ciudadano, esposo fiel, amo desinteresado, generoso, justo y sincero; que esto es lo principal, que estas virtudes bastan para salvarse, y que no es necesario lo demás que se añade á la devocion: *Jam bene vivo, quid mihi necessarius est Christus?*¹

Pero oid lo que el mismo santo padre dice en otra parte sobre el mismo asunto. Su conducta es irreprochable segun el mundo; son hombres honrados, mujeres regulares, reverencian á sus padres, no engañan á sus prójimos, son

¹ S. August. in Joann 45.

fieles en sus promesas, no cometen injusticias, pero no son cristianos: *Christiani non sunt.* ¿Y por qué? Porque los cristianos han crucificado su carne con sus deseos, y vosotros manteneis y halagais continuamente á estos enemigos domésticos: los cristianos no son de este mundo, y vosotros sois sus esclavos, sus partidarios y apologistas; los cristianos están siempre gimiendo en lo íntimo de su corazón por los peligros de los sentidos y por los objetos de vanidad de que están rodeados, y vosotros los amais; los cristianos se hacen una continua violencia, y vosotros vivís en una inacción y en una profunda paz con vosotros mismos; los cristianos son pasajeros en la tierra, no se detienen en ella, desprecian cuanto encuentran en el camino, y están continuamente suspirando por su patria, y vosotros quisiérais poder fabricaros acá en la tierra una ciudad permanente y eternizaros en este valle de lágrimas y de dolor; los cristianos aprovechan el tiempo, que es corto, y todos sus días son llenos en la presencia del Señor, y toda vuestra vida no es mas que un gran vacío, y aun la parte mas inocente de ella es la inutilidad; los cristianos miran las riquezas como embarazo, las dignidades como escollo, la grandeza como la altura de un precipicio, las aflicciones como gracias, las prosperidades como infortunios, la figura de este mundo como un sueño: ¿mirais vosotros todas estas cosas con los mismos ojos? En una palabra, los cristianos son espirituales y vosotros sois aún terrestres: *Christiani non sunt.*

¡Ah! si para ser cristianos bastara el no cometer excesos, ¿no tenemos en el paganismo bastantes hombres prudentes, arreglados y templados, bastantes mujeres fuertes, de una austera virtud, de un modo de vida heroico, dedicados á la obligacion por la fama y el honor? ¿Los hombres mas virtuosos de nuestro siglo se parecen en algo á la austeri-

dad de aquellos antiguos modelos? Luego el ser cristianos no consiste en evitar los desórdenes, sino en practicar las virtudes evangélicas; las costumbres irreprehensibles á la vista de los hombres no constituyen al cristiano, sino el espíritu de Jesucristo crucificado; tampoco le constituyen las cualidades que admira el mundo, el honor, la probidad, la buena fe, la generosidad, la rectitud, la moderacion, la humanidad, sino una fe viva, una conciencia pura y una caridad no fingida: en la vida con que no se puede merecer el cielo, ¿cómo faltará pecado? La vida que no es digna de un santo, es indigna de un cristiano. El árbol que no lleva mas que hojas, es herido de maldicion como árbol muerto y sin raíces, y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas y á los mismos suplicios al siervo infiel y al inútil. Y así, despues de haberos manifestado en las costumbres de nuestro rico réprobo la imagen de una vida sensual y mundana, aunque exenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo cuál es su destino y su fin.

SEGUNDA PARTE.

Sucedió, pues, prosigue Jesucristo, que murió este pobre y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno. ¡Oh, católicos! ¿qué nuevo orden de destinos! Lázaro muere el primero porque el Señor se da prisa á visitar á sus escogidos y abreviar sus días con sus trabajos; el rico le sobrevive porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte para esperarlos mas tiempo á que hagan penitencia; pero, finalmente, muere el rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficio-

nen á la vida, no nos hacen inmortales. Es sepultado, *sepultus*; circunstancia que no se nota en la muerte de Lázaro: sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres y que la pompa y vanidad se manifestarian hasta en su sepulcro; ensalzarian con soberbios monumentos su vida y sus cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades, ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abismo: *sepultus est in inferno*: Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres; pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por todos los espíritus celestiales al seno de Abraham: *Factum est autem, ut moreretur mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abraham*. Muere el rico, y toda Jerusalem habla de su muerte; alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran, sus parientes, para consolarse en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones: ¡oh inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias; solamente sabemos que era rico y que fué réprobo. Su tribu, su nacimiento, su familia, todo pereció con él, porque los impíos, como dice el Espíritu Santo, parecen como los que nunca han existido, y aunque nacieron, es como si no hubieran nacido: *Perierunt quasi non fuerint, et nati sunt, quasi non nati*.¹ Lázaro muere, y aun en Jerusalem se ignora si ha vivido; su muerte es oscura como su vida; el mundo, que no le habia conocido, no tiene trabajo en olvidarle; pero su nombre, escrito en el libro de la vida, ha merecido tambien ser conservado en nuestros santos libros y resonar en nues-

¹ Eccl. 44. v. 9.

tros cristianos púlpitos, *porque el cuerpo de los justos es sepultado en paz y su nombre vivirá por todos los siglos*.¹ En una palabra, Lázaro muere y es llevado por los ángeles al seno de Abraham; muere el rico y es sepultado en el infierno; este es un destino que nunca se mudará. ¡Oh qué necios somos, católicos! ¿qué nos importa el que Dios nos coloque en este ó aquel estado para el rápido instante que hemos de vivir en la tierra? ¿Por qué no hemos de pensar en lo que hemos de ser eternamente? Pero prosigamos la historia de nuestro Evangelio, y examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio, dice Jesucristo, cuando levantó los ojos y vió á Abraham y á Lázaro que descansaban en su seno; *elevans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos: ¡qué sobresalto! Es decir, que en toda su vida no los habia abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; es decir, que nunca se le habia ocurrido el dudar si el camino por donde iba tan seguro en la apariencia y tan aprobado en el mundo, podia guiarle á la perdición. Porque los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa, bien conocen que su vida es vida de reprobacion, y solamente se sosiegan con la esperanza de salir de ella algun dia y vivir mejor; pero aquellas almas entregadas al ocio, al regalo y á los deleites, de quienes hablo, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que habian vivido delincuentes. El rico reprobado ve desde lejos á Lázaro en el seno de Abraham, revestido de gloria y de inmortalidad, primera circunstancia de su

¹ Ibid. v. 24.

suplicio. Aquel mendigo cubierto de llagas, á quien en otro tiempo no se habia dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas. ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberse parecido á él! ¡qué rabia interior por no serle semejante! Ve al mismo tiempo la grandeza de los bienes que ha perdido y los irreparables males que se ha preparado. Mira aquella paz, aquella serenidad, aquellas delicias siempre nuevas de que goza Lázaro; vuelve á mirarse á sí mismo con desesperacion, y sus desgracias se le presentan todas juntas. Mas le atormenta la imágen que tiene siempre presente de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. El cielo, dice San Juan Crisóstomo, le abrasa mas que el infierno.

Sí, católicos, de este modo manifestará Dios el seno de su gloria por toda la eternidad; de este modo abrirá los cielos en presencia de la multitud de réprobos que su venganza ha precipitado en el abismo, y allí manifestará á cada condenado el objeto mas propio para mantener su furor y aumentar sus penas.

Acaso vosotros, católicos, que me estais oyendo, levantaréis los ojos desde lo profundo de aquel abismo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estaréis viendo en el seno de Abraham aquel padre sábio y piadoso, cuya piedad y fe os habian siempre parecido una simplicidad de entendimiento y una flaqueza de la edad; os acordareis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones cuando ya estaba para morir; os acordareis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacia en aquella última hora para que viviéseis bien; de aquel último instante en que parecia avivarse en vuestro favor su religion y amor; y vuestras di-

soluciones, los bienes que habeis disipado, la ruina de vuestros negocios y vuestra presente desgracia, se os presentarán con sus paternas reprehensiones y con los ejemplos de piedad que os habia dado.

Vosotras, que en un estado de viudez y desconsuelo, vivís entre las delicias y estais muertas en la presencia de Dios, tambien levantareis los ojos, y desde lo profundo de aquellas llamas vereis eternamente en la morada de la gloria aquel esposo con quien en otro tiempo no formábais mas que un corazon y una alma, sobre cuyas cenizas derramásteis tantas lágrimas, y que movido de vuestra fidelidad os hizo depositarias de sus bienes y de sus hijos, como de su amor, y este objeto, tan querido en otro tiempo, os echará continuamente en cara las infidelidades que despues habeis hecho á su memoria, la vergüenza de vuestro modo de vida, los bienes que os habia dejado para consuelo de vuestra afliccion, empleados en deshonorarle; y sus hijos, las preciosas prendas de su memoria y de su amor, abandonados y sacrificados á otros amores injustos.

Sí, católicos, estos hijos de ira verán desde en medio de las llamas en el seno de Abraham, por toda la eternidad, que sus hermanos, sus amigos y sus parientes con quienes habian vivido, gozan de la gloria de los santos; verán que son felices, porque poseen al mismo Dios á quien habian servido; solamente este espectáculo será para ellos motivo de mayor desesperacion que todas sus penas: conocerán que habian nacido para gozar de la misma felicidad; que su corazon habia sido criado para poseer al mismo Dios: la presencia de aquel bien que no es propio ó que nunca se ha amado, no mueve nunca á los infelices que están privados de él; pero aquí el corazon de estos desgraciados será llevado hácia el Dios para quien solamente fué criado, con

un movimiento mas rápido que el que imprime una robusta mano en la saeta que arroja del arco, y al mismo tiempo otra mano invisible le apartará del mismo Señor. Continuamente se sentirán despedazar por los violentos esfuerzos que hará su alma para reunirse á su Criador, á su fin, y al centro de todos sus deseos, y por las cadenas de la divina justicia que les apartaran de él y con las que estarán atados á las eternas llamas.

Aun el mismo Dios de la gloria, para aumentar su desesperacion, se les manifestará mas grande y magnífico, si es posible, de lo que se manifiesta á sus escogidos. Hará patente á su vista toda su majestad para despertar en su corazon los mas vivos movimientos de un amor inseparable de su ser, y su clemencia, su bondad y su liberalidad los atormentará mas cruelmente que su indignacion y su justicia. Nosotros no conocemos en la tierra, católicos, la fuerza del amor natural que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes de que estamos rodeados y que tenemos por verdaderos, ó la ocupan ó la dividen; pero separada el alma del cuerpo, se desvanecerán todas estas fantasmas que la engañaban, perecerán todas las aficiones extrañas, ya no podrá amar sino á su Dios, porque no conocerá cosa alguna digna de ser amada sino su Majestad; todas sus inclinaciones, todas sus luces, todos sus deseos, todos sus movimientos y todo su ser se reunirán en este solo amor; todo la arrebatará, todo la precipitará, si es lícito decirlo así, hácia el seno de su Dios, y el peso de su iniquidad la hará continuamente volver á caer sobre sí misma; eternamente se verá forzada á querer subir al cielo, y eternamente será rechazada hácia el abismo, y será mas infeliz por no poder dejar de amar, que por experimentar

en sí los terribles efectos de la justicia y de la venganza de lo que ama.

¡Oh qué suerte tan terrible! el seno de la gloria estará siempre abierta á estos infelices, continuamente se dirán á sí mismos: Aquel es el reino que nos estaba preparado, aquella la suerte que nos esperaba, aquellas las promesas que se nos hicieron, aquel el Señor solamente digno de ser amado, solamente poderoso, solamente misericordioso, solamente inmortal, para quien fuimos criados; á todas estas felicidades hemos renunciado por un sueño, por unos placeres que no han durado mas que un instante. ¡Ah! aun cuando no padeciéramos mas en esta morada de horror y de desesperacion, ¿podiera ser bastantemente llorada esta pérdida? Esta es la primera circunstancia que nos refiere Jesucristo del rico reprobado; es infeliz por tener siempre presente la imágen de la felicidad que ha perdido.

Pero tambien es infeliz por acordarse de los bienes que recibió en su vida. Segunda circunstancia de su suplicio. Hijo mio, le dice Abraham, acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida: *Fili, recordare quia recepiste bona in vita tua.* ¡Y qué multitud de pensamientos infaustos no despertaría Abraham en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo y de una raiz bendita, el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abraham, el ser infructuosos para su salvacion el templo, el altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los profetas y los ejemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente, los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal: *Recordare, quia recepisti bona in vita tua.* Y así el alma reprobada oirá continuamente por

toda la eternidad, en medio de sus tormentos, aquella amarga voz: *Acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida*; acuérdate de aquellos días que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de esclavos que solo atendian á adivinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te lisonjearon, de aquellos sobresalientes talentos que te granjearon el aplauso y admiracion de los pueblos: *Recordare, acuérdate*. ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fué con lo que entomces será! Cuanto mas agradable sea la imágen de su pasada felicidad, mas molesta será entonces la amargura de su condicion; porque es propio de la adversidad aumentarnos y traernos continuamente á la memoria los placeres de nuestro antiguo estado y las desgracias inseparables de nuestra condicion presente.

Aun mas: entonces se la harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó: *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate de que eras hijo de los santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel, recibiste todos los socorros de una educacion cristiana, te doté de una alma buena, de un corazon defendido con mil inclinaciones buenas; casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiracion, ó por algun público suceso que te llamaba á los caminos de la salvacion. Te hice nacer en unas circunstancias tan favorables para la piedad, te cercué de tantos obstáculos contra tus pasiones y de tantas facilidades para la virtud, que mas te ha costado el perder-te de lo que te hubiera costado el salvarte: *Recordare: acuérdate*: acuérdate tambien de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitud, y de lo fácil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer.

Entonces el alma reprobada, repasando todas las facili-

dades para la salvacion que Dios la habia proporcionado, se enfurece contra sí misma; cuanto mas conoce su ceguedad, mas la exaspera y consume su desgracia, mas crece y se aumenta su furor, y la ocupacion menos molesta en su desesperacion es aborrecerse eternamente á sí misma. ¡Oh Dios! ¡qué justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el mas terrible instrumento de su suplicio! Segunda circunstancia de los tormentos del réprobo de nuestro Evangelio; es infeliz por acordarse de lo pasado.

Tambien es desgraciado por las penas que al presente experimenta: *Crucior in hac flamma*. Padezco crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio, la proporcion de sus tormentos con sus culpas. Unas llamas eternas abrasan su deshonesta lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se abrasa, y no se le concede: en lugar de la púrpura y finísimo lino con que en otro tiempo cubria su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporcion de lo que fueron sus placeres. Nosotros, católicos, no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicároslo ni desfigurar con pinturas vulgares una imágen tan terrible; pero sabemos que ha mas de dos mil años que está gritando en medio de las llamas: Padezco extremos tormentos en estas llamas: *Crucior in hac flamma*. Sabemos que padece lo que nunca vieron los ojos ni oyeron los oidos, y lo que el entendimiento del hombre no puede conocer; sabemos que están pegadas á su cuerpo unas eternas llamas, encendidas por la divina justicia, y que padece todo cuanto Dios puede hacer padecer á un culpado, á quien tiene empeño en castigar; sabemos que en la morada del

horror y de la desesperacion se conservará la víctima con un fuego eterno; que se consumirá continuamente, y continuamente renacerá de sus cenizas. Sabemos que un secreto y cruel gusano, colocado por la mano de Dios en medio de su corazón, le estará despedazando por todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el Autor de su ser, será su lengua pasto de su propio furor, y que su cuerpo, humeando como un negro tizon, será, dice el profeta, juguete de los espíritus inmundos, á los que habia servido de asilo en la tierra. Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el dia en que nació y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte y que ésta no parecerá; que el mas suave consuelo de sus penas será el deseo de una eterna aniquilacion; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los libros santos.

Continuamente nos estais diciendo, católicos, en un tono deplorable de confianza, decia en otro tiempo San Juan Crisóstomo¹ á los grandes de Constantinopla, para calmar en vosotros el miedo de lo por venir, que quisierais que viniera alguno del otro mundo á deciros lo que allá pasa. Pues bien, continuaba aquel elocuente obispo; satisfaced hoy vuestra curiosidad; oid á este infeliz, á quien llama Jesucristo, que os cuenta la terrible relacion de sus desgracias y de su suerte. Este es un predicador que os envia el mismo infierno. Cuando nosotros os hablamos de los tormentos de la otra vida, es necesario suavizar nuestras expresiones por no ofender vuestra falsa delicadeza. Una verdad que asustó á los

¹ Confer. 3.

Césares, convirtió á los tiranos y mudó el universo, hoy casi solamente está destinada á mover las almas sencillas y vulgares: estas imágenes puestas en nuestra boca se oyen con desprecio y se dejan para el pueblo; pero hoy debéis creer á un infeliz que no os cuenta mas que su propia desgracia; que mas os habla con sus gritos y con su desesperacion, que con sus palabras. Estais oyendo con tanta atencion á los que volviendo de las mas remotas islas os refieren los usos y costumbres de unos países á donde nunca habeis de ir; ¿pues por qué no habeis de escuchar con mas atencion á un desgraciado que os viene á decir lo que pasa en un lugar de donde nadie sino él ha vuelto, y que acaso será vuestra eterna morada?

Pero sus tormentos son mucho mas terribles porque conoce que nunca se han de acabar. Cuarta circunstancia de su suplicio. *Además, le responde Abraham, hay un grande abismo entre vosotros y nosotros, de modo que los que están aquí, aunque quisieran pasar á donde tú estás, no podrian, como tampoco pueden venir acá los que están en ese lugar.*

Y así, el alma reprobada extiende su vista por toda la eternidad sin poder ver en ella el término de sus desgracias; las penas que se han de acabar siempre admiten algun consuelo, y la esperanza sirve de alivio á los desgraciados; pero aquí el mas terrible de sus tormentos es el pensar en lo futuro; cuanto mas se adelanta en los infinitos espacios de la eternidad, mas camino la falta que andar; solamente la eternidad es la medida de sus penas. Quisiera poder á lo menos apartar de sí la memoria de esta terrible eternidad; pero la justicia de Dios la presenta continuamente esta funesta imagen, la obliga á que la mire, á que la examine, á que piense en ella y á que la sirva del mas cruel de todos sus suplicios; cada instante es para ella un

tormento eterno, porque cada instante no es mas que el principio de sus penas y en ningun tormento halla esperanza; sufre crueles castigos, padece una eternidad en cada instante, padece sin esperanza, y continuamente está empezando de nuevo su suplicio; esta es la suerte de esta alma desgraciada. No quiero detenerme mas en estas circunstancias; hay algunas verdades que basta el apuntarlas y que por sí mismas dan motivo á grandes reflexiones, y así deben dejarse á la consideracion de los que las oyen.

Finalmente, la última circunstancia de sus penas es el desórden de sus hermanos, que aun vivian y á los que el ejemplo de su vida descansada y sensual les habia parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escándalo: *Padre Abraham*, exclama; *á lo menos enviad á Lázaro á la casa de mi Padre para que avise á los cinco hermanos que he dejado en ella, y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos, porque si no resucita alguno de los muertos, no los han de creer.* Padece por los pecados ajenos; todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escándalos y pide su conversion como alivio de sus penas.

¡Ah, católicos! ¡cuántas almas reprobadas habrá en el infierno con las que en otro tiempo habeis vivido y que son atormentadas por las culpas que aun estais vosotros cometiendo! Acaso aquella infeliz persona que fué la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio y hace rabiosas instancias á su Juez para que se le permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavía inocente, deseos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Acaso aquel impío que

os enseñó á dudar de la fe de vuestros padres y que inficionó vuestro espíritu y vuestro corazón con máximas de irreligion y libertinaje, levanta su voz en la morada del espanto y de la desesperacion, y desengañado, aunque tarde, pide que se le deje venir á él mismo á desengañaros y aliviar sus tormentos, corrigiendo vuestra incredulidad; acaso aquel escritor profano y lascivo, cuyas obras, venenó del pudor, están continuamente haciendo tan funestas impresiones en vuestra inocencia, está continuamente gritando entre las llamas, y solleita, aunque en vano, que algun compañero de su suplicio venga á informaros de las desgracias de su suerte; acaso el inventor de aquellos espectáculos pecaminosos á donde acudís con tanta aficion, conociendo que se aumenta el rigor de sus penas á proporcion de que los peligrosos é irreparables frutos de su arte introducen un nuevo veneno en vuestras almas, acaso hace subito sus lamentos hasta el seno de Abraham, suplicando el poder volver con su cadáver asqueroso y consumido por el fuego eterno, á presentarse en aquellos infames teatros que levantó él mismo con sus manos, y á corregir con el asombro de este nuevo espectáculo el peligro de los que le deben su nacimiento y á los que él debe su eterna desgracia.

¿Pero qué respuesta se da desde el seno de Abraham á todas las almas reprobadas? Allá teneis á Moisés y á los profetas, y además los preceptos de Jesucristo, y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, seria inútil el que resucitasen los muertos para convertiros, y aun os dejaria incrédulos este espectáculo: *Habent Moisen, et prophetas; si Moisen prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.* ¿Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un ángel que viniese á hablaros de parte de Dios, os haria renunciar al mundo y mudar de

vida? Siempre estais diciendo esto; pero os engañais, católicos; aun hallaríais razones para dudar, vuestro corrompido corazón todavía hallaría pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad: los milagros de Jesucristo no corrigieron la hipocresía de los fariseos ni la incredulidad de los saduceos; con ellos se hacian mas inexcusables, pero no mas fieles; el mayor milagro de la religion es lo sublime de su doctrina, la santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de nuestras Escrituras: si con esto no os moveis, no os ilustrais, no os mudais, todo lo demás sería inútil: *Habent Moisen, et prophetas; si Moisen, et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.*

Leed, pues, los sagrados libros, católicos; empezad el día con esta eleccion y acabadle con ella, pues este es el único medio que hoy nos propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. ¡Ah, católicos! si meditarais estos libros divinos, no tendríamos necesidad de haceros ver que una vida mundana y sensual, aunque esté exenta de los desórdenes, es una vida culpable y digna del infierno; no tendríamos precision de enseñaros que el reino de los cielos padece violencia; que el no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma y no ser discípulo de Jesucristo. Estas son las verdades mas sencillas y mas familiares del Evangelio y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion.

Y á la verdad, en cualquiera estado de opulencia y de prosperidad en que háyais nacido, como nuestro rico réprobo, no son tan dilatados los días de nuestra peregrinacion que ó podais entregaros tranquilamente á los deleites ó asustaros con las penosas obligaciones que os aseguran me-

yor suerte. Nosotros no vivimos mas que un instante en la tierra, y á un volver de cabeza todo desaparece y volvemos á entrar en el abismo de la eternidad: ¿pues qué impresion pueden hacer en nuestros corazones unos deleites que se han de acabar mañana y que nada nos dejan de verdadero sino el pesar de haberlos gozado? Si en el espacio de una larga vida no hubiérais de gozar mas que un solo sueño agradable y todo lo restante de ella estuviera destinado á expiar con indecibles tormentos el deleite de aquel corto sueño, ¿os parece que sería digna de envidia vuestra suerte? Pues este es el destino, dice San Juan Crisóstomo, de los que vivís en las delicias y en el olvido de Dios; os parecis á un hombre que se sueña feliz, y que despues del contento de este pasajero engaño, despierta al ruido de una voz terrible, y ve con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad que divertia sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos y se abre un abismo eterno, en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, católicos; aprended cuáles es la esperanza y cuáles las obligaciones de vuestra vocacion, para que despreciando las cosas perecederas, nunca perdais de vista los bienes eternos. Amen.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

EL HIJO PRODIGO.

Peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.

Se fué á un país extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en exesos y desórdenes.

LUC. 15. v. 13.

La parábola del pródigo penitente es uno de los pasajes de la Escritura de mas consuelo para los pecadores; y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego qué fué lo que dió motivo á esta parábola.

Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que sa-

TOM. IV.—P. 21.

lian de la boca del Salvador, se habian apartado de sus desórdenes y seguian al Señor entre sus discípulos. Este celestial médico, que solamente habia venido para aquellos que tenian necesidad de ser curados, honraba sus casas con sus visitas, sus personas con su familiaridad y aun sus mesas con su presencia: tanta bondad no tardó mucho en escandalizar la soberbia de los escribas y fariseos, porque la falsa devocion siempre es cruel; de la íntima conexion que Jesucristo tenia con los pecadores tomaron motivo para murmurar, y de este modo de proceder inferian que era semejante á ellos en las costumbres; le desacreditan con el pueblo por aquella parte que mas debia granjearle el amor y estimacion, y le hacen pasar plaza de pecador y de hombre entregado á los regalos.

A unas calumnias formadas únicamente por la envidia, á una obstinacion tan indigna de los que eran tenidos por pastores del rebaño, y cuyo principal cargo era ofrecer sacrificios por los pecadores, solamente responde Jesucristo con tres parábolas, que todas contienen un mismo sentido y guian á una misma verdad.

Ya se presenta bajo la imágen de un Pastor que deja las noventa y nueve ovejas y corre en busca de una sola que se le habia descarriado; ya bajo la figura de una mujer que parece hace poco caso de las nueve piezas de plata que la quedaban, y busca con extraordinarios cuidados é inquietudes la décima que habia perdido; ya, finalmente, bajo el símbolo de un padre de familias, que habiendo perdido al mas jóven de sus hijos, á quien la libertad y desórdenes de la edad habian hecho andar vagando por regiones extrangeras, lleno de gozo al verle volver, le da unas señales de cariño que nunca habia dado á su hijo mayor, que siempre habia sido fiel. El fin de todas estas parábolas era dar á

conocer á los fariseos que la conversion de un solo pecador causa mas alegría en el cielo que la perseverancia de un gran número de justos, y que los mismos desórdenes que irritaron á Dios contra nosotros, mueven su clemencia y su piedad luego que ve en nuestros corazones un sincero arrepentimiento.

Para darnos, pues, en esta parábola una idea mas viva de su bondad para con los pecadores, nos refiere Jesucristo por menor los excesos y desórdenes en que las pasiones y la edad habian precipitado al pródigo. Nos le pinta atado con las cadenas de un vicio vergonzoso, y entre todos los pecados elige aquel que parece pone mayores obstáculos á su gracia y que deja en el alma pecadora menos esperanzas de arrepentimiento.

Para explicar, pues, hoy las intenciones del Salvador y animar á los pecadores que me oyen á una sincera penitencia con estas imágenes tan vivas y de tanto consuelo de la misericordia de Dios, os explicaré en la primera parte de esta homilía todas las circunstancias de los desórdenes del pródigo, y en ellas vereis lo que puede la fuerza de esta infame pasion en un pecador que se deja arrastrar de ella. En la última os manifestaré los cuidados del padre de familias en favor del hijo que ha parecido, y en ellos admirareis con mucho consuelo hasta dónde se extiende la bondad de Dios para con un pecador que se convierte á su Majestad.

El primer punto será el exceso de la pasion en los desórdenes del hijo prodigo: el segundo, los excesos de la misericordia de Dios en los cuidados del padre de familias.

¡Dios mio! purificad mis lábios, dadme unas expresiones puras para que pueda referir los excesos de un pecador lascivo sin ofender á la virtud, cuyo amor vengo á inspirar á

los que me oyen, porque aunque el mundo no conoce moderacion en este vicio, quiere no obstante que nosotros observemos mucha circunspeccion en el lenguaje con que le condenamos. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El vicio cuyas funestas consecuencias intento hoy manifestar, vicio tan universalmente esparcido en la tierra y que con tanto furor destruye la heredad de Jesucristo, vicio de que limpió al mundo la religion cristiana y que hoy ha prevalecido contra la misma religion, tiene ciertas propiedades que se advierten en la historia de los desórdenes del hijo pródigo.

Primeramente, no hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; en segundo lugar, no hay vicio que despues de haberle apartado de Dios, le deje menos arbitrio para volverse á él: en tercer lugar, no hay vicio que le haga mas despreciable, aun á la vista de los hombres. Reparad en todas estas propiedades que se hallan en la historia del pecador de nuestro Evangelio.

La primera propiedad del vicio de que hablamos, es poner como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no dejar esperanza de conversion al pecador. Por eso el pródigo de nuestro Evangelio se fué desde luego á un país muy remoto, en donde no podia haber comunicacion entre él y el padre de familias: *Peregre profectus est in regionem longinquam.* A la verdad, en los demás vicios parece que el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos débiles. Hay vicios que respetan á lo menos la santidad del cuerpo y no fortifican sus desarregladas inclinaciones; hay otros que no derraman tan profundas tinieblas sobre el corazon y que

á lo menos permiten que pueda hacerse algun uso de las luces del entendimiento; finalmente, hay otros que aunque se apoderen del corazon, es de modo que no le quitan absolutamente el gusto para todo lo que pudiera volverle á Dios; pero la infame pasion de que hablo, deshonra al cuerpo, apaga la razon, hace insípidas todas las cosas del cielo, y levanta un muro de separacion entre Dios y el pecador, que parece le quita toda esperanza de poder volverse á unir con su Majestad: *Peregre profectus est, etc.*

Y primeramente, deshonra al cuerpo del cristiano, profana el templo de Dios en nosotros, hace que los miembros de Jesucristo sirvan á la ignominia, mancha una carne que se sustenta con su cuerpo y con su sangre; una carne consagrada por la gracia del bautismo, una carne que ha de recibir la inmortalidad y ha de ser conforme á la semejanza gloriosa de Jesucristo resucitado, una carne que ha de descansar en el lugar santo y cuyas cenizas esperarán al pié del altar del Cordero el dia de la revelacion, mezcladas con las cenizas de las vírgenes y de los mártires; una carne mas santa que estos augustos templos en donde descansa la gloria del Señor, mas digna de poseerse con honor y respeto, que los mismos vasos del santuario, consagrados á los terribles misterios que encierran. ¿Pues qué barrera no opone el oprobio de este vicio para que Dios vuelva á habitar en nosotros? Un Dios santo, en cuya presencia se tienen por impuros aun los mismos celestiales espíritus, ¿podrá nunca apartarse suficientemente de una carne cubierta de vergüenza y de ignominia? El ser la criatura polvo y ceniza seria bastante para que la bondad de Dios padeciese en humillarse hasta ella; ¿pues qué puede prometerse el pecador que junta á su nada y á su bajeza las

ignominias de un cuerpo infamemente deshonrado? *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

En segundo lugar, este vicio no solamente deshonorra al cuerpo, sino que tambien apaga en el alma todas sus luces, y el pecador se hace incapaz de aquellas saludables reflexiones con que muchas veces se convierte una alma infiel. El pródigo de nuestro Evangelio, ciego ya con su pasion, no ve el daño que se le sigue en apartarse de la casa paterna, ni la ingratitud de que se hace culpable para con el padre de familias, ni los peligros á que se expone, queriendo él solo ser árbitro de su destino, ni el respeto á que falta yéndose á un país extraño sin el consejo y consentimiento de aquel á quien debe la obediencia y sumision que inspira la naturaleza, y así marcha sin ver mas de lo que le permite su pasion: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Esta es la propiedad de esta desgraciada pasion; pone sobre el entendimiento una especie de nube; muchos hombres prudentes, sábios é ilustrados pierden repentinamente en este asunto toda su habilidad y toda su prudencia, y en un instante se borran todos los principios de su buen proceder, se forman un nuevo modo de pensar del que destieran todas las ideas comunes; sus pasos se gobiernan por una inclinacion impetuosa y no por la luz y por el consejo; se olvidan de lo que deben á los demás y de lo que se deben á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, á su obligacion, á su fama, á sus intereses y aun á aquellos respetos que tanto los detienen en otras pasiones, y al mismo tiempo que sirven de espectáculo al público, no se ven á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, y Amon pierde la vida y la corona por no haber podido vencer su injusta flaqueza; se ciegan en orden á la obligacion, y la precipi-

tada mujer de Putifar no se acuerda de que José es un esclavo, olvida su nacimiento, su reputacion, su vanidad, y nada ve en aquel hebreo mas que el objeto de su infame pasion; se oscurece su razon y David no tiene ojos para ver ni la fidelidad de Urías ni la ingratitud de que se va á hacer culpable para con Dios, que le habia levantado del polvo de la tierra para colocarle en el trono de Judá; luego que fué herido su corazon, se oscurecieron todas sus luces; se ciegan en orden á los peligros, y el hijo del rey de Sichern, sin atender á que expone la casa de su padre al justo sentimiento de los hijos de Jacob, roba á Dina, y solo cuida de contentar su pasion; se ciegan en orden al honor, y los dos viejos de Susana no atienden ni á lo venerable de su edad, ni á la gravedad de su carácter, ni al puesto que ocupan en Israel; arrastrados de su deplorable fragilidad, no conocen la indecencia ni se avergüenzan de su misma confusion; se ciegan en orden á las conversaciones del público, y Herodías no repara en tener á todo un reino por testigo de su infamia y su flaqueza; finalmente, se ciegan aun en orden á la indignidad del objeto que los cautiva, y Sanson, no obstante la experiencia que ya tiene de la perfidia de Dalila, no deja de confiarla su secreto y su amor. De este modo, ¡oh Dios mio! castigais las pasiones de la carne con las tinieblas del entendimiento; vuestra luz no alumbra á las almas adúlteras y corrompidas, cuyo insensato corazon se oscurece: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Finalmente, esta deplorable pasion pone en el corazon un disgusto invencible para las cosas del cielo. Nada hay que pueda moverle; cansado de sus propias miserias, quisiera algunas veces volverse a Dios y todo le aparta de su Majestad y le vuelve contra sí mismo; un fatal disgusto se

apodera de él y le sepulta en sus propias flaquezas, y acostumbrado á no gozar mas que unos deleites injustos, desfallece y no halla en sí movimiento alguno para la virtud.

Aun mas; no gusta de cosa alguna que no esté señalada con el infame carácter de la sensualidad; las obligaciones de la sociedad, las funciones de su empleo, el honor de su dignidad, los cuidados domésticos, todo le cansa, todo le es insípido, menos su pasión. Baltasar no cuida del gobierno de sus pueblos, ni sabe qué el enemigo que está ya á las puertas de su capital le ha de quitar al dia siguiente la corona y la vida. Salomon tiene mas cuidado de edificar templos profanos á los dioses de las mujeres extranjeras, que de aliviar á sus pueblos oprimidos por sus profusiones con el peso de las cargas públicas. Los hijos de Helí desprecian las funciones del sacerdocio. La mujer de Babilonia, entregada á las delicias, dice en su corazón: Solamente quiero dejarme adorar, y para mí no habrá cuidados ni pesares: *Sedeo Regina.... et luctum non videbo.*¹ La mujer de quien se habla en los Proverbios no puede sufrir el estar en el recinto de su casa; la presencia de sus propios criados la es molesta: *Nec valens in domo consistere pedibus suis.*² De aquí proviene el ocuparse solamente en aquellas cosas que se dirigen á fomentar el apetito; en los espectáculos profanos, en la leccion perniciosa, en las armonías lascivas y en las pinturas obscenas. Herodes no halla gusto sino en las danzas y festines. Salomon multiplica los conciertos, y en todo su palacio resuenan cánticos de sensualidad y regocijo; Manasés pone en el mismo templo del Señor las imágenes de sus infames deleites. Este es el carácter de esta

¹ Apoc. 18. v. 7.

² Prov. 7. v. 11.

pasión; ocupa el corazón todo entero, y en nada le deja pensar sino en ella; trae al hombre embriagado y fuera de sí; todos los objetos le representan sus funestas imágenes, todo aviva sus injustos deseos; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, aun el mismo templo, los sagrados altares y los misterios terribles se los traen á la memoria; todo es impuro, como dice el apóstol, para el que es impuro: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

Pero si no hay vicio que mas aparte al alma de Dios, tampoco le hay que deje menos recurso para volverse á su Majestad despues de haberse una vez apartado de él. Segunda propiedad de esta pasión y segunda circunstancia de los desórdenes del prodigio: *Disipó toda su hacienda en desórdenes*, dice Jesucristo, y despues que la habia disipado sobrevino una grande hambre en aquella region: *Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.* Disipó todos sus bienes, los de la gracia y los de la naturaleza.

La pérdida de la gracia es el comun efecto de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante; no solo priva al pecador de aquella justicia que le hacia amigo de Dios, sino que borra los dones del Espíritu Santo hasta en su raíz. La fe, aquel fundamento de todos los dones y basa del sér cristiano, se trastorna inmediatamente en el corazón del pecador impúdico. De la disolucion á la impiedad hay muy poco camino; para sosegarse el pecador en orden á los remordimientos de una vida desarreglada, se persuade fácilmente que todo muere con el cuerpo; sacude inmediatamente el yugo de la creencia comun, dejándose arrastar del apetito, y muy presto se forma máximas de libertinaje: en el principio sus disoluciones provenian de flaqueza, pero luego son fundadas en la impiedad; los deleites

que se compran á costa de remordimientos cuestan caros, y el pecador quiere gozar con tranquilidad de sus delitos; busca en los libros mas monstruosos y en las compañías mas impías, arbitrios para asegurarse contra las ideas de la educación, é inventa nuevas impiedades para acabar de obstinarse; como no se propone otra felicidad mas que la de las béstias, tampoco es para otro fin despues del sepulcro, y el mismo deleite que corrompe el corazon, corrompe muy presto hasta los primeros principios de la fe: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.*

No solamente se disipan los bienes de la gracia, sino tambien los de la naturaleza. Recibisteis de Dios una alma tan pura, un natural tan modesto y vergonzoso, un pundonor tan noble y delicado, que parece que el cielo se habia complacido en formaros para la virtud y en poner en vosotros mil inclinaciones y mil lazos con que uniros á la obligacion, y una injusta pasion ha forzado las felices barreras que la misma naturaleza oponia á vuestros desórdenes; aquel pudor que os dió vuestro nacimiento, ya no es mas que una indigna flaqueza, incapaz de detenerse con freno alguno, y todo el fruto que habeis sacado de ella se reduce á cometer mas excesos y no guardar tantas precauciones como otros, luego que se rompió ese primer dique:

Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.

Los bienes de la naturaleza: érais de un natural afable, tranquilo, familiar; estábais dotados de un corazon sencillo y sincero, de un candor de alma, de un génio pacífico, en el que se hallaban mil disposiciones favorables á la sinceridad cristiana y á la paz; de una conciencia pura; pero despues que esta infame pasion corrompió vuestro corazon, despues que entró en vuestra alma este fuego impuro, ya nadie os conoce; sois semejantes, dice San Judas, á un mar

agitando con las mas violentas olas; os habeis vuelto melancólicos, impertinentes, inquietos y disimulados; se apagó aquella serenidad que provenia de la inocencia, aquella tranquilidad que nacia de la calma de las pasiones, y ya no hay mas que un caos inagotable de impertinencias y ridiculeces; aquel candor que manifestaba vuestra alma como era en sí, ya no deja ver mas que pensamientos infames y disimulados; habeis perdido todo lo que os hacia amables para con los hombres y lo que os podia hacer agradables á la vista de Dios, y el que os busca en vosotros mismos ya no os halla: *Dissipavit, etc.*

Finalmente, los bienes de la naturaleza: estábais dotados de unos talentos felices, vuestra juventud anunciaba grandes esperanzas, y todos creian que habíais de seguir los pasos de vuestros mayores y resucijar su nombre, su dignidad y su fama; aquellos primeros rasgos de las prendas que forman los grandes hombres daban ya mil señales lisonjeras y abrian á vuestros parientes los mas remotos caminos de elevacion y de fortuna; pero la sensualidad acabó con todos esos talentos; un infame vicio sepultó esas grandes esperanzas, esos principios de gloria acabaron en infamia é ignominia, ese entendimiento tan superior, tan capaz de cosas grandes, se ha envilecido, le habeis empleado en servir á vuestras pasiones y en adelantar en los infames deleites; vosotros que sin esta pasion hubiérais podido servir al Estado, ser alivio de la patria y aun honrar vuestro siglo y servir de ornamento á nuestras historias, vivís confundidos con los demás ciudadanos, ocultando entre ellos las reliquias de un mérito ofuscado, sin sacar mas fruto de las ventajas con que os habia adornado la naturaleza, que dar motivo para que todos puedan decir de vosotros: Hubiera sido otro hombre si hubiera sabido vencerse

á sí mismo. ¡Oh ciudad fiel! exclama un profeta; tú que naciste adornada de tanta rectitud y equidad, ¿cómo has llegado á tanta infamia? En tí habitaba la justicia y ahora no se hallan más que delitos; la hermosura de tu plata se ha mudado en cieno, y la fuerza de tu vino ha degenerado en la flojedad del agua: *Dissipavit, etc.*

No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abisino. ¡Ah! si registráramos la historia de las familias, si fuéramos á ver el principio de su decadencia, si revolviéramos las cenizas de aquellos grandes nombres, cuyos títulos y riquezas han pasado á los extraños, si llegáramos hasta el primero de sus antepasados que dió el primer golpe á la fortuna de su posteridad, acaso halláramos el origen en esta infame pasión. Veríamos que los excesos de un lascivo eran la causa de las desgracias que padecen sus descendientes; y sin ir á buscar ejemplares en los tiempos pasados, ¿cuántas familias ilustres, ya casi olvidadas, están pagando hoy á vuestra vista los desórdenes de este vicio? ¿cuántas casas medio aniquiladas ven todos los días acabarse con los desórdenes y quebrantada salud de un deshonesto, toda la esperanza de su posteridad y toda la gloria de los títulos que una larga sucesion de siglos las habia adquirido y que tanta sangre y trabajos habia costado á la virtud de sus mayores? *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.* De este modo, ¡oh Dios mio! castigais á los pecadores con sus mismas pasiones, y delineais en la decadencia de las cosas humanas y en las desgracias y revoluciones sensibles de los títulos y fortunas, los eternos suplicios que preparais á las almas impuras.

Pero en tercer lugar, este infame vicio no solamente llega á ser castigo del pecador deshonesto, destruyendo en él los bienes de la naturaleza y de la gracia, sino que le cas-

tiga principalmente con las inquietudes y remordimientos que deja en lo interior de su alma. Tercera propiedad del vicio de que hablamos y tercera circunstancia de los desórdenes del pródigo. *Despues que gastó sus bienes,* continúa Jesucristo, *sucedió una grande hambre en aquel país, y él mismo empezó tambien á padecer necesidad: Et ipse cepit egere.*

De este modo, este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo, por las inquietudes que deja en una conciencia impura. Bien sé que la inquietud interior es pena de todos los pecados que matan al alma; que la culpa nunca halla sosiego y que la region de la iniquidad siempre es un triste teatro del hambre y de la mas funesta miseria. *Facta est fames valida in regione illa.* Pero en este vicio de que hablo hay yo no sé qué cosa tan opuesta á la excelencia de la razon y á la dignidad de nuestra naturaleza, que hace que el pecador continuamente se esté reprendiendo á sí mismo su propia flaqueza y que se avergüence en su interior de no poder sacudir el yugo que le oprime. Este vicio deja en el corazon una tristeza que le consume, que le sigue á todas partes y derrama una secreta amargura en todos sus placeres; el deleite huye y pasa, pero la conciencia impura nunca puede huir de sí misma; el pecador se cansa de sus inquietudes y no tiene valor para acabarlas; se disgusta de sí mismo y no se atreve á mudar de vida; quisiera poder huir de su propio corazon y le halla en todas partes; envidia la suerte de aquellos pecadores obstinados á quienes ve tranquilos en la culpa, y no puede conseguir esta funesta tranquilidad; intenta sacudir el yugo de la fe, y al principio le causa mas horror este pensamiento que el mismo delito. Finalmente, los placeres de que goza solo son instantáneos y fugitivos; pero los crueles remordimientos forman el estado permanente de toda una vida pecaminosa.

En segundo lugar, es insufrible á sí mismo por los disgustos, las envidias, los furores, las violencias, los sustos y los funestos sucesos que son inseparables de esta pasión: ¿qué cosa no hay que temer por parte de la reputación y la fama? Es preciso comprar el injusto deleite á costa de las más molestas precauciones, y si llega á faltar una, todo está perdido. Es preciso aguantar las conversaciones del público y la murmuración de los criados; sufrir el antojo, las inconstancias, los desprecios y aun acaso la perfidia del objeto que os cautiva; mantener vuestras obligaciones, vuestras correspondencias, vuestros intereses, los que siempre son incompatibles con vuestros placeres; sufrirse á sí mismo contra sí mismo. ¡Ah! en los principios de la pasión todo se manifiesta risueño y agradable; los primeros pasos que se dan en el camino de la iniquidad son sobre flores; los primeros excesos, de este vicio particularmente, ofuscan la razón y no la dan lugar á que pueda conocer su miseria; las ideas que entonces se forman de la pasión todavía son nobles y lisonjeras; su estilo corresponde á estas ideas; á esta pasión llaman regularmente en el principio elevación de pensamientos, bondad del corazón, discreción, honor, buena fe, distinción del mérito y conformidad en las inclinaciones. Entonces todo lisonjea todavía á la vanidad. Pero sus resultados, dice el Espíritu Santo, siempre son amargas como el ajeno: resfriada la pasión, conocido lo injusto del deleite, entibiados los primeros afectos con la familiaridad y el largo uso, desengañada la vanidad con la infamia de la pasión, entonces empiezan las molestas inquietudes, las murmuraciones públicas, las disensiones domésticas, la ruina de los negocios, los atrasos de la fortuna, las sospechas, los celos, los disgustos, las infidelidades y los furores. ¿Qué otra cosa te queda entonces, alma in-

fiel, mas que las terribles reflexiones que haces acerca de tí misma? Un peso de amargura sobre tu corazón, una vergüenza interior de tu flaqueza, un pesar de no haber seguido otros consejos más prudentes, unas tristes reflexiones del sosiego, de la fama y de la felicidad que podías prometerte en la obligación y en la inocencia: ¿has podido hasta ahora conseguir el vivir sosegado y con una conciencia tranquila en la culpa? *Et ipse cepit egere.*

En tercer lugar, es insufrible á sí mismo por los nuevos deseos que continuamente despierta este vicio en el corazón: de las cenizas de una pasión nace otra nueva; satisfecho un deseo, nace otro nuevo deseo; siempre está disgustado el pecador sin estar nunca satisfecho. Es propiedad de esta infeliz pasión, dice el apóstol, el ser insaciable, *insaciabilis delicti*; no sabe poner límites á su infame deseo; los más monstruosos excesos no son capaces de satisfacer el furor de una alma impura; los más excesivos desórdenes siempre dejan algo que desear al desorden de los sentidos; busca con ansia nuevos delitos en el mismo delito; forma, como el pródigo, deseos más infames que exceden á la misma infamia de las acciones: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Todo yugo es pesado é insufrible; la molestia de las reflexiones, inseparable de la condición humana, desagrada y fatiga; llega á tal extremo que envidia la suerte de las bestias. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Tiene por más feliz la suerte de éstas que la del hombre, porque nada se opone á su instinto brutal. El honor, la obligación, las reflexiones ni el respeto humano jamás sirven de estorbo á sus placeres, porque una ciega inclinación es la única obligación que los gobierna y la sola ley que los guía. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci man-*

ducabant. ¡Dios mío! ¿es posible que un deseo tan impío, tan monstruoso, tan vergonzoso á toda la naturaleza, tan sacrílego en la boca de un cristiano que tiene la dicha de ser miembro de vuestro Hijo, haya de resonar todos los días en los teatros infames y servir de adorno á las impresiones que hace en el alma una poesía lasciva? ¡Oh pueblo mío! dice el Señor, ¿quién te ha embriagado con el vino de la fornicación? ¿quién ha mudado mi heredad en habitación de espíritus inmundos? ¿y quién ha entregado á Jerusalem á todos los excesos de las naciones?

En cuarto lugar, es insufrible, si es lícito decirlo así, por las funestas consecuencias de sus desórdenes, las que casi siempre le hacen pagar en un cuerpo cargado de dolores la infamia de las pasiones de su juventud; le hacen pasar unos días tristes y desgraciados y sentir en todos los instantes de su vida el indigno uso que de ella ha hecho: *Et ipse cepit egere*

Finalmente, no hay vicio que haga al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres; última circunstancia de los excesos del pródigo y última propiedad de esta pasión. Cayó en una ruindad que no se puede leer sin horrorizarse. Púsose á servir á uno de los habitantes de aquel país; envióle éste á un cortijo á que guardase los puercos, y allí deseaba remediar su hambre con las bellotas que comían aquellos inmundos animales, y no habia quien se las diese. ¡Qué imagen esta! ¡y qué propia para representar toda la infamia y toda la indignidad del vicio de que hablamos!

Sí, católicos, en vano ha dado el mundo nombres gloriosos á esta infame pasión; en vano una deplorable y necia costumbre ha procurado ennoblecerle con la pompa de los teatros, con el adorno de los espectáculos, con la fineza de

las expresiones y con todo el arte de una poesía lasciva. En vano prostituyen sus plumas y sus talentos los escritores profanos, haciendo infames apologías de este vicio. Las alabanzas que le tributan nada tienen de verdaderas mas que las escenas en donde se publican; en los teatros fabulosos se representa como pasión de héroes y es la mayor flaqueza de las almas grandes, porque en saliendo de allí, esto es, cuando se considera la verdad y realidad de las cosas en la conducta regular de la vida, esta pasión es una vileza que afrenta al hombre y al cristiano; es un borron que mancha las mas brillantes acciones y una nube que oscurece la vida mas digna de aplausos; es una bajeza que lejos de hacernos semejantes á los héroes, nos confunde con las bestias, y á la verdad, vosotros que segun parece haceis gala de ella delante de los hombres, ¿quisierais que se hiciesen públicas todas vuestras secretas flaquezas, todas las indignidades, todos los pasos, todos los necios pensamientos, todas las pueriles acciones en que os ha precipitado esta pasión, las que Dios ha visto claramente y hará patentes su justicia en el día de sus venganzas? ¿gustaríais de que aquella parte de vuestra vida, tan oculta, tan infame, tan diferente de lo que parece á la vista de los hombres, se hiciese tan pública y conocida como ciertas acciones de honor, con las que acaso os habeis granjeado la estimación pública y la fama que durará por todos los siglos? ¡Oh hombre! tus pasiones siempre te espta engañando á tí mismo; verdaderamente, católicos, el mismo mundo, este mundo tan corrompido, respeta el pudor, cubre con una eterna ignominia á los que le abandonan, se burla y murmura de ellos, les da á conocer con su olvido y sus desprecios lo indigno de su conducta; es decir, que no obstante el puesto que ocupais en el mundo, todos os des-

precian en su interior, os despojan de aquel nacimiento, de aquellos títulos, de aquel esplendor de que estais rodeados; solamente ven en vosotros á vosotros mismos, esto es, la infamia de vuestras inclinaciones. Cuanto mas ensalzados os hallais, mas os abaten, mas se habla de vuestras flaquezas, y acaso se perpetúan para todos los siglos en los públicos anales, y vuestra ignominia se aumenta á proporcion de vuestra fama. *Secundum gloriam ejus, multiplicata est ignominia ejus.*¹

Pero el alma entregada á los desórdenes no ve esta confusión, no conoce la vergüenza, dice el Espíritu Santo, no repara en el nacimiento, en el carácter, en la dignidad, ni en el sexo; nada sirve de freno á una alma entregada á esta deplorable pasión, por todo atropella sin detenerse, la avisa lo sagrado de su carácter, pero no importa; ve que en el puesto en que se halla todo es separado, pero no hace caso; que su mismo traje anuncia virtud é inspira continencia, pero no se ve á sí misma; que en su sexo solamente la sospecha es una mancha y que todo su mérito consiste en el pudor, pero quiere constituirle en la disolución; que el público murmura, pero aun habla mas alto la pasión; que el esposo clama y que la disensión doméstica será muy presto asunto de las públicas conversaciones; pero para una persona poseida de esta infeliz pasión no hay mas mundo que el infame objeto que se la inspira; en nada estima todo lo demás de la tierra, nada ve de cuanto sucede en el mundo, solo vive para su pasión y no ve mas objeto que ella, como si no hubiera en el mundo otra cosa mas que el infeliz objeto que la abrasa. Abre los ojos, alma infiel, atiende á que todos te están mirando, que tus pasiones

¹ Mach. 1. v. 42.

son la fábula pública, que tu nombre representa en todas partes la imagen de tu oprobio; contempla por un instante el papel que haces en el mundo: *Et missit illum in villam, ut pasceret porcos.*

Ved aquí, católicos, los desórdenes del pecador de nuestra parábola y las funestas consecuencias de un vicio hasta cuyo nombre prohibia en otro tiempo San Pablo á los cristianos, y el que con mas razón jamás debiérais oírnos á nosotros en este santo lugar en el que continuamente se ofrece el Cordero sin mancha, y en estos cristianos pulpitos destinados á anunciaros la casta ley del Señor y las palabras de la vida eterna.

¡Ah! en aquellos felices tiempos en que aun tenia sus mártires la castidad, en que los tiranos creían castigar mas rigurosamente á las vírgenes cristianas con la pérdida de esta virtud que con la de su vida; en aquellos felices tiempos, los pulpitos cristianos solamente estaban destinados á hacer elogios de la castidad; los primeros pastores, los Ciprianos, los Ambrosios, los Agustinos, solo se ocupaban en las asambleas de los fieles en animar á las vírgenes inocentes manifestándolas la excelencia y las utilidades de su estado, y en los preciosos monumentos de su celo y de su ciencia que se han conservado hasta nuestros tiempos, se hallan mas elogios de la virginidad, que invectivas contra los deshonestos, fornicarios y adúlteros, que entonces eran muy raros entre los fieles.

Pero hoy que este vicio ha inficionado todas las edades, todos los sexos y todos los estados; hoy que ha borrado en todo el cristianismo aquellos primeros rasgos de pudor que distinguían á nuestros padres de las naciones corrompidas y perversas; hoy, finalmente, que la pública libertad y la fuerza del mal ejemplo pretenden quitarle hasta la infamia

que le habia quedado; ¡ah! nos es preciso levantar la voz, es preciso que no nos avergoncemos de prohibiros lo que vosotros casi os preciáis de permitirnos, y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio, que Dios ha de perder eternamente al que mancha y profana su templo en su propio cuerpo.

Estas son las amarguras, la indignidad, la servidumbre, el oprobio, los furores y las inquietudes que trae consigo esta pasión aun en esta vida. No quiero hablar del fuego eterno que la está preparado en la otra, porque mas quiero proponer sus remedios que sus castigos, y haceros ver en la conversión del pródigo hácia el padre de familias, los medios, los motivos y la imagen de un verdadero penitente.

SEGUNDA PARTE.

No basta el haberos explicado en los excesos del hijo pródigo la imagen de los desórdenes y desgracias de un pecador lascivo; es necesario proponeros tambien en su conversión el modelo y los consuelos de su penitencia. A la verdad, católicos, al volver á la casa de su padre halla en ella cuanto habia perdido en sus desórdenes; su arrepentimiento repara todas las resultas de sus excesos, y los mismos pasos que habia dado para seguir los caminos injustos, vienen á ser como el modelo de los que da para salir de ellos. Sigamos la historia de nuestro Evangelio, y vamos reparando en todas estas circunstancias.

El primer efecto de su deplorable pasión habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia, con las tinieblas con que habia ofuscado su entendimiento, con el fatal disgusto que le habia infundido para las cosas del cielo, y con la esclavitud de los sentidos al imperio de la sensuali-

dad. *Peregre profectus est in regionem longinquam.* Pero el primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos.

Primeramente, su penitencia le abre los ojos para que vea el vergonzoso estado á que le habia reducido la pasión, *in se autem reversus.* El encanto que le cegaba se deshace de repente, se asusta al verse á sí mismo cubierto de oprobio, confundido con los mas viles animales, participando de sus deleites y de su sustento. Entonces se desvanecen todas las falsas y halagüeñas ideas con que se habia representado su pasión, aquella falsa constancia, aquella bondad de corazón, aquella nobleza de pensamientos, aquel afecto que nace con nosotros, aquel inevitable destino de nuestras inclinaciones; estas expresiones vanas con que la corrupción procura cubrir la vergüenza del vicio, todas mudaron de nombre á su vista, y solo ve su infame ceguedad, la depravacion de un corazón entregado por la justicia de Dios á sus propios deseos, y una vileza que le llena de confusión; ya no se mira sino como el desprecio de su pueblo, vergüenza de la religion, oprobio de la humanidad, y como un monstruo á quien solamente debiera mirar el Padre celestial para castigarle y sepultar en el abismo su persona y su ignominia: *In se autem reversus.*

Entonces el pecador movido, y ya iluminado, se acuerda con unas lágrimas de compuncion que empiezan á caer de sus ojos, de aquella primera estacion de su vida, cuando aun se hallaba inocente, cuando educado á la vista del padre de familias, gustaba del regalo y abundancia de su casa; compara el candor y tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y amarguras de las pasiones que las sucedieron, ve que solamente han sido felices en su vida aquellos primeros años en que su corazón, tranquilo

é inocente, no habia experimentado las crueles turbaciones é inquietudes de las conexiones profanas; que entonces sus alegrías eran puras, sus deseos arreglados y tranquilos, sus costumbres rectas y sosegadas; que con aquellas impuras centellitas que encendieron su corazon, le vinieron todas las desgracias, y que desde aquel fatal instante todos sus dias han sido señalados con funestos pesares, su vida siempre ha sido agitada é inquieta, y aun sus deleites tristes y funestos: *In se autem reuersus.*

En segundo lugar, disipadas sus tinieblas, aquel fatal disgusto que tenia á las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia: *¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aquí muero de hambre!* Cuando en otro tiempo la sola idea de la regla y de la virtud le hacia temblar, le molestaba la presencia de los justos y no podia sufrir el ver la casa del padre de familias, ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados y de aquellas almas fieles que le sirven; y comparándola á la suya, compara la abundancia de aquellos al hambre que le aflige, la decencia de su estado al oprobio del suyo, su tranquilidad con sus inquietudes, la estimacion en que viven entre los hombres, á la vergonzosa infamia en que él ha caido. Quanto mas examina la condicion de los justos, mas insufrible le parece su estado. ¿Es posible, se dice á sí mismo, que cuando tantas almas fieles gozan de las utilidades de la casa de mi padre, de los socorros de la religion, de los interiores consuelos de la gracia y aun de la estimacion de los hombres; que comiendo ellos el pan de los hijos y teniendo esperanza de no ser excluidos de la herencia, yo me he de ver aquí hecho presa de las infames pasiones, disgustado, consumido, tiranizado por mi propio corazon, viviendo sin consuelo y aun sin honor para con

los hombres? ¡Ah! ¿hasta cuándo esta injusta flaqueza se ha de oponer á mi sosiego, á mis talentos, á mis verdaderos intereses y á mi eterno destino? *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereor!*

De este modo, católicos, nuestro feliz penitente quiere entrar al instante en la compañía de los justos y aumentar el número de los siervos del padre de familias: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis.* No se contenta con simples deseos de imitarlos, como sucede todos los dias en el mundo respecto de aquellas personas cuya virtud nos venimos obligados á respetar; no se contenta con decir que ellos han escogido la mejor parte, que solamente aquello es lo verdadero, que es felicidad el serlos semejantes, que todo lo demás nada vale y que no pierde las esperanzas de imitar algun dia su ejemplo. Vanos discursos, ¡oh Dios mio! con que nos engañamos á nosotros mismos y que solamente sirven de calmar en nosotros los secretos remordimientos de una conciencia delincuente.

Nuestro pródigo arrepentido no espera á mas adelante. No alaba la virtud con la vana esperanza de seguir algun dia sus santas reglas. No pondera las desgracias de una vida pecaminosa, persuadiéndose á sí mismo que algun dia saldrá de ella. El verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en ejecutar; conoce que aquel instante es para él el instante de eterna salud; combatido de aquellas inquietudes que dividen el corazon cuando está para mudarse, de aquella agitacion de pensamientos con que se defiende y se acusa, buscando las tinieblas y la soledad para entregarse á ellos mas libremente, derramando arroyos de lágrimas, no siendo ya dueño de su dolor, bajando los ojos de vergüenza, sin atreverse á mirar al cielo, de donde no obstante espera su salud y liber-

tad; ¿pues qué tardo, dice con una voz mezclada de suspiros? ¿qué es lo que aun me detiene en los vergonzosos lazos que respeto? ¿Los placeres? ¡Ah! ya ha mucho tiempo que no los gozo, y mis dias están llenos de enojo y amargura. ¿Las conexiones profanas y la constancia que mil veces he prometido? ¿Pero acaso era mio mi corazon para poder disponer de él? ¿Y por qué he de querer ser yo fiel con unas criaturas que nunca lo han sido conmigo? ¿El ruido que hará en el mundo mi conversion? Pero con tal que Dios la apruebe, ¿qué me importa lo que digan los hombres? ¿no será razon que sean testigos de mi penitencia todos los que lo han sido de mis escándalos? Por otra parte, ¿qué puedo yo temer del público despues del desprecio y vergüenza que me he adquirido con mis desórdenes? ¿La incertidumbre del perdon? ¡Ah! tengo un padre compasivo y misericordioso, no desea mas de que su hijo vuelva á su casa, y al verme se despertará todo su amor.

Voy, pues, á levantarme, *surgam*; procuraré vencer la vergüenza y mi propia flaqueza que me detienen; iré á su santa casa, donde siempre está dispuesto para recibir y escuchar á los pecadores, *ibo ad patrem*. Es verdad que yo soy un hijo ingrato, rebelde, desnaturalizado, indigno de su nombre; pero todavía es mi padre, *ibo ad patrem*; iré y derramaré á sus piés toda la amargura de mi alma, y allí, dejando hablar á mi dolor, le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo y en presencia vuestra*. Contra el cielo, con los escándalos y públicos desórdenes de mi vida; contra el cielo, con los discursos de impiedad y libertinaje que yo me formaba para sosegarme y afianzarme en la culpa; contra el cielo, porque como un vil animal nunca levanté los ojos para mirarle ni para acordarme que allí estaba mi patria y mi origen; contra el cielo, por el infame abuso que he he-

cho de su luz y de los dias de que se ha compuesto mi vida triste y culpable: *Peccavi in cælum*; pero lo que se ha visto de mis desórdenes ha sido la parte menos infame de ellos; los delitos de que vos solo habeis sido testigo merecen mucho mas vuestra indignacion. He pecado en vuestra presencia: *Peccavi in cælum, et coram te*. En vuestra presencia con tantas obras de tinieblas que han sido patentes á vuestros ojos invisibles, con las mas infames circunstancias, con cuya memoria tiemblo y me confundo; en vuestra presencia, por el indigno uso que he hecho de los dones y talentos con que me habeis favorecido; en vuestra presencia, finalmente, despreciando tantos interiores auxilios con que me habeis socorrido desde mi infancia, y habiendo sido para mí el mejor de todos los padres, yo he sido para vos el mas desnaturalizado de todos los hijos: *Peccavi in cælum, et coram te*.

¿Qué mudanza y qué ejemplo de tanto consuelo para los pecadores! La gracia abunda en donde habia abundado el pecado. Parece, ¡oh Dios mio! que gustais de ser particularmente Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores y consuelo de los penitentes; y como si todos los gloriosos títulos con que se explica vuestra grandeza y poder no fueran dignos de vos, quereis ser llamado *el Padre de misericordias y el Dios de todo consuelo*.¹ No, amados oyentes míos, no se acobarde vuestra confianza con el exceso de vuestras iniquidades; el celestial Médico gusta de curar los males mas desesperados, y los mayores pecadores acreditan mas su piedad y su misericordia: sin duda que el haber permitido que cayéseis en ese abismo y que nada faltase á vuestras desgracias, fué

1 1. Corinth. 1. v. 8.

para que resplandeciese mas en vosotros el poder y las riquezas de su gracia. ¿Por ventura no se manifiesta mas grande cuando saca á Jonás de lo profundo del abismo, que cuando no hace mas que sostener á Pedro que empezaba á hundirse en las aguas? Si vuestros pecados han llegado al mayor exceso, ¡ah! acaso ese es el momento de su gracia, acaso la misericordia de Dios tiene señalado el primer instante de sus favores para el último de vuestros delitos: lo que mas debe temerse en nuestros males es la desconfianza del remedio. Pero si no es suficiente para moveros el perdon que el padre de familias concedió al pródigo de nuestro Evangelio, á lo menos acaben de vencer vuestra resistencia los consuelos que acompañan á su arrepentimiento.

Sí, católicos, esta es la tercera circunstancia de la conversion de nuestro feliz penitente. Los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el ajeno, y los primeros pasos de su penitencia están acompañados de mil consuelos.

Primeramente, le sirven de consuelo las facilidades que halla en la santa empresa de su conversion. Apenas ve el padre de familias desde lejos á su hijo, cuando viéndole flaco, estenuado, inquieto y casi sin poderse tener, corre á él; corre, dice San Ambrosio, y va apresurado á sostenerle, temiendo que encuentre en el camino algun obstáculo que le detenga: *Accurrit ne quis impediat*. Poco necesita un pecador en el principio de su carrera para detenerse; se halla como un hombre que por mucho tiempo ha padecido los golpes de las olas y de la borrasca, y cuando se levanta está aturdido y sin poderse tener en pié si alguna mano caritativa no le socorre para que no caiga; una ocasion, un disgusto, un obstáculo, cualquiera cosa es capaz entonces

de apagar en una alma las primeras operaciones de la gracia; el mismo demonio, mas atento entonces que nunca á que no se le escape la presa de las manos, esparce mil nubes sobre su espíritu y presenta á una alma movida al arrepentimiento unas dificultades insuperables en su empresa; la representa dificultades por parte del mundo, con el que aun quisiera guardar respetos; dificultades por parte de sus pretensiones y de sus esperanzas humanas, las que teme perder ó atrasar; dificultades por parte de sus conexiones, de sus parientes, de sus amigos, de su clase, de su nacimiento, de sus empleos, las que son otras tantas fantasmas que la representa el demonio como verdades, aumentándolas y pintándolas con mucha viveza en la imaginacion, y representándolas continuamente al alma tímida que no acaba de resolverse; de modo que vacilando muchas veces entre sus temores y sus buenos deseos, entre sus resoluciones y sus desconfianzas, entre sus antiguos errores y sus nuevas luces, suele detenerse, delibera, se desanima, vuelve atrás, y despues de haber echado por mucho tiempo la cuenta de los gastos y de sus fuerzas, segun la frase del Evangelio, no pasa mas adelante y no llega á poner ni aun la primera piedra del edificio.

¿Pero qué hace entonces el cuidadoso amor del padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se da prisa á sostenerle, le asegura contra sus temores y contra su propia flaqueza. calma sus inquietudes y disipa sus nubes: *Accurrit ne quis impediat*. Aun no se contenta con esto. Junta mil circunstancias para facilitarle el camino, aparta los obstáculos en que pudiera tropezar su flaqueza, destruye los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros, proporciona los sucesos de modo que le sirvan de nuevas facilidades para romper sus cadenas: *Accurrit ne quis im-*

pediat. Todo parece que ayuda á esta alma movida al arrepentimiento, todo la sostiene, todo la favorece, se allanan como con un repentino encanto aquellas montañas que la parecía ver delante de sí y que nunca las podría atravesar, y aquellas dificultades tan terribles se desvanecen; cuanto mas adelanta, mas fácil se le hace el camino, y los mismos obstáculos que la asustan la sirven de facilidad para su penitencia: *Accurrit ne quis impediatur.*

En segundo lugar, la sirven de consuelo las secretas dulzuras que halla en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el padre de familias con correr hácia donde está su hijo, sino que se arroja á su cuello, le abraza y le besa; apenas basta su corazón para contener todo su paternal amor: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Halla el hijo que había perdido: *Perierat, et inventus est.* Es verdad que le halla sucio, asqueroso, desgarrado, y esto que debiera ser motivo de encender mas su ira, solo sirve de avivar su amor; ve en él sus desgracias y no sus delitos: *Perierat, et inventus est.* No se ha olvidado de que era un hijo ingrato y rebelde; pero esta misma memoria es la que mas le mueve; ve revivir un hijo que para él estaba muerto, y halla lo que había perdido: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Imágen tierna y consoladora que causa en el cielo la conversión de un solo pecador y de los interiores consuelos que Dios hace experimentar al alma en los principios de su conversión: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* ¡Oh paternal clemencia! ¡oh fuente inagotable de bondad! ¡oh misericordia de mi Dios! ¿qué utilidad sacáis de la salvación de la criatura?

En tercer lugar, la sirve de consuelo la participación de sus santos misterios, de que por tanto tiempo había vivido privada por sus desórdenes. El padre de familias manda

matar un gordo cabrito, convida á su hijo convertido á este celestial convite, y le alimenta con la vianda de los escogidos: *Adducite vitulum saginatum, manducemus, et epulemur.* Después de haber vivido tantos años sin Dios, sin religión, sin esperanza, separado del altar y de los sacrificios, excluido como un anatema de la congregación santa, de la sociedad de los justos y de todos los consuelos de la fe, ¿qué gozo se experimenta en hallarse al pié del altar santo en compañía de sus hermanos, en ser sustentado con el mismo pan, mantenido con la misma vianda, esperando las mismas promesas, socorrido con sus oraciones, fortalecido con sus ejemplos, animado con la armonía de los santos cánticos que acompañan la solemnidad y la alegría de aquel divino banquete! *Et cum veniret, audivit Symphoniam, et chorum.* ¡Alma feliz! ¿echas menos entonces los infames placeres de que acaba de disgustarte la gracia? ¿ves por ventura en el mundo, en donde pasaste unos días tan llenos de amargura, alguna cosa que te pueda volver á aficionar á él, que te parezca digna de tu corazón? Un solo día en la casa del Señor al pié del altar santo, ¿no es para tí de mas consuelo que años enteros pasados en los placeres y en las concurrencias de los pecadores?

Finalmente, la última circunstancia de los desórdenes del pródigo fué el desprecio y vileza en que llegó á caer, y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia; se le vuelve á poner en posesión de los antiguos derechos que había perdido, le ponen un vestido de dignidad y de inocencia, y en su dedo una señal de poder y autoridad; se le prefiere á su hermano mayor, es decir, que la virtud hace que se olvide la locura y el desprecio que había en nuestras pasiones, ó por mejor decir, nadie se acuerda de ellas sino para dar mas estimación á las virtudes que las

han sucedido; muda en estimacion y respeto el desprecio que nos habian granjeado nuestros vicios; nos restablece en todos los derechos de nuestro nacimiento, de nuestros títulos y de nuestras dignidades, que estaban envilecidas con nuestras disoluciones; nos saca del cieno y de la oscuridad de los desórdenes para restituirnos á las funciones públicas; nos aparta de la compañía infame y vergonzosa de los hombres viles y disolutos para reunirnos á los hombres prudentes é ilustres de nuestra clase y de nuestro estado; en una palabra, cuando antes éramos, como el pródigo, oprobio del cielo y de la tierra, nos hace alegría de los justos, consuelo de los pastores, gloria de la religion, admiracion de los mismos mundanos, y un espectáculo digno de los ángeles y de los hombres.

¿Pues qué mas se necesita, amados oyentes míos, para animaros á seguir este ejemplo? Ha tanto tiempo que como el pródigo andáis descaminados por regiones extrañas, entregados á la infamia y al oprobio de vuestras pasiones; ¿por qué habeis de rehusar el arrojaros al seno que hoy os abre el Padre celestial con tanta misericordia? Os ha sufrido los excesos de vuestra desarreglada juventud, se prometia que pasados aquellos primeros desórdenes, la edad, la experiencia y la gracia moverian por último vuestro corazón; ya ha llegado este tiempo; ¿pues qué esperais para volveros á él? Los primeros desórdenes de vuestra vida pudieron hallar excusa en la fuerza de las pasiones y en la licencia de la edad; pero ahora ¿qué excusa podeis tener? Veis que se pasan los años, que huye la mejor estacion de vuestra vida, que se acaba la juventud, que se os desfigura el rostro y que todas las cosas con su mudanza os están continuamente avisando que ya es tiempo de que tambien vosotros os mudeis; cada dia os disgusta mas el mundo,

porque cada dia sois vosotros menos á propósito para él; veis que todo lo que os rodea, ú os enfada por lo mucho que lo habeis usado, ó apartándose poco á poco de vosotros, os da á conocer que no debeis contar con un mundo en el que no servís mas que de incomodar, y que es locura el correr tras lo que huye de vosotros, y obstinaros en huir de un Dios que os busca; ¿pues qué podeis esperar?

Y en la realidad, ¡qué infeliz es vuestra vida! sin fe, sin religion, sin el consuelo de los sacramentos, sin poder volveros á Dios en vuestras oraciones, sin ninguna verdadera alegría en el corazón, cansados de los placeres que aun buscáis, enfadados de un mundo en el que llevais arrastrando el peso de vuestros disgustos y de vuestras culpas. ¿Pues qué esperais para acabar vuestras penas y vuestras desgracias con vuestros desórdenes? Los santos misterios que se acercan, el tiempo de propiciacion en que nos hallamos, toda la Iglesia que está ocupada en la conversion de los pecadores, la voz de sus ministros que en todas partes os exhorta á penitencia, vosotros mismos que os hallais movidos y excitados con todo ese aparato de religion; ¿á qué esperais? ¿habeis de llegar con vuestras impurezas y con vuestra ignominia hasta el festin de la Pascua y hasta la solemnidad de la Resurreccion? ¿habeis de permanecer anatemados en medio de vuestros hermanos, separados del altar y de los sacrificios, mientras que ellos participan todos del ázimo sagrado y celebran el dia del Señor?

¡Qué alegría para vosotros, amados oyentes míos, si movidos hoy de compuncion, si tomando al salir de aquí unas sólidas medidas de penitencia, si encaminándoos á algun hombre de Dios, á cuyos piés pongais ese peso de iniquidad que os oprime, os vemos sentados á la mesa del Padre celestial en los dias solemnes que esperamos! ¡Qué alegría si

le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido y acaba de parecer!* ¡Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los espíritus que están al rededor del trono de Dios, solemnizarán este feliz día con cánticos celestiales; los santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la divina misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza y seguirán el ejemplo de vuestra penitencia. ¡Ojalá os moviérais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos! y vos, ¡oh Dios mío! haced que no sean vanos mis deseos; oid las ansias de mi corazón y mis ardientes votos por la salvación de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compunción, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad. Amen.

SERMON

PARA EL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA

EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero.

LUC. 11. v. 26.

La parábola del espíritu inmundo que vuelve al cuerpo de aquel hombre de donde había sido arrojado, y que hace su último estado peor que el primero, no es mas, según San Juan Crisóstomo, que una profecía encubierta que hace Jesucristo á los judíos de las desgracias que habían de suceder en Jerusalem. Bajo aquellos misteriosos rasgos pretende el Salvador del mundo acordarlos el deplorable estado á

TOM. IV.—P. 25.

le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido y acaba de parecer!* ¡Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los espíritus que están al rededor del trono de Dios, solemnizarán este feliz día con cánticos celestiales; los santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la divina misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza y seguirán el ejemplo de vuestra penitencia. ¡Ojalá os moviérais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos! y vos, ¡oh Dios mío! haced que no sean vanos mis deseos; oid las ansias de mi corazón y mis ardientes votos por la salvación de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compunción, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad. Amen.

SERMON

PARA EL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA

EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero.

LUC. 11. v. 26.

La parábola del espíritu inmundo que vuelve al cuerpo de aquel hombre de donde había sido arrojado, y que hace su último estado peor que el primero, no es mas, según San Juan Crisóstomo, que una profecía encubierta que hace Jesucristo á los judíos de las desgracias que habían de suceder en Jerusalem. Bajo aquellos misteriosos rasgos pretende el Salvador del mundo acordarlos el deplorable estado á

TOM. IV.—P. 25.

que habian reducido aquella ingrata ciudad las iniquidades de sus padres, y el exceso de su misericordia, atenta siempre á libertarla de ellas, y les da á entender que Jerusalem caerá tantas veces en sus infidelidades, que por último se retirará de ella el Señor absolutamente, y que su último estado será peor que el primero: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Que es lo mismo que si hablara de este modo: Jerusalem estaba poseida de un demonio cuando imitaba antiguamente todas las impiedades de las naciones, cuando multiplicaba sus altares, cuando se olvidaba del Señor que la habia sacado de Egipto, y cuando los mismos príncipes iban á sacrificar sobre los lugares eminentes, y daban muerte á mis profetas; con todo eso, no la abandoné en aquel estado; suscité otros profetas siervos míos, que la anunciaron mi voluntad; rompí los lazos que la tenian cautiva en Babilonia, la restituí su templo y el altar santo, y arrojé al demonio impuro que se habia apoderado de mi heredad; pero ya que sus delitos continuamente están volviendo á nacer, ya que me paga todas mis misericordias con nuevas ingratitudes y que despues de haber dado muerte á los demás profetas va á llenar la medida de sus culpas, derramando la sangre del hijo y del heredero, tambien yo voy á entregarla á unas calamidades que nunca ha experimentado. Sus muros serán demolidos para siempre; su templo y su altar, en los que pone toda su confianza, no serán mas que unas tristes ruinas; no habrá mas sacrificio, mas tabernáculo, mas sacerdocio ni mas profeta: *Universa arma ejus auferet, in quibus confidebat, et spolia ejus distribuet.*¹ Será presa de un pueblo incircunciso que dividirá entre sí sus

¹ Luc. 11.

despojos, que juntará las águilas profanas al rededor de su cadáver, que la mudará para siempre en una funesta soledad, y su último estado será mucho peor que el primero: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Apliquemos, católicos, á nosotros mismos esta espantosa parábola. Nuestra alma, como la infiel Jerusalem, ha sido muchas veces libertada del demonio, y otras tantas le hemos vuelto á recibir en ella; mil veces nos hemos arrepentido y otras tantas hemos vuelto á caer; hemos llorado nuestros injustos placeres, y en el instante siguiente hemos enjugado nuestras lágrimas con otros nuevos; disgustados del mundo y de nosotros mismos, nos hemos vuelto muchas veces al Señor, y al día siguiente disgustados del Señor hemos vuelto á dar al mundo, que nos presentaba nuevos encantos, el corazon que acabábamos de entregarle: hasta ahora siempre han caminado nuestras costumbres bajo esta triste alternativa de culpa y de arrepentimiento; cuantos pasos hemos dado hácia nuestra conversion, otros tantos hemos vuelto á dar hácia atrás; nuestras recaídas han sido tantas como nuestras confesiones. ¡Ah! temamos que el Señor se retire absolutamente de nosotros, y que nuestro último estado sea peor que el primero. Y esto, católicos, sucede porque todos los medios de salud eterna, útiles para los demás pecadores, se hacen inútiles para el alma inconstante; esto es, la inconstancia en los caminos de Dios es entre todas las malas cualidades de una alma la que menos esperanza la deja de salvacion. Esta verdad es tan importante, que ella sola basta para asunto de este discurso. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Aunque la gracia tiene infinitos arbitrios para atraer á sí un corazón rebelde, y aunque muchas veces muda las inclinaciones mas opuestas á la obligación en disposiciones de penitencia, con todo eso, hay algunas almas que por su natural disposición prometen menos esperanza de salvacion, y parece que dejan menos caminos á la gracia para atraerlas á la verdad y á la justicia.

Pues este es el carácter de una alma inconstante, que tan presto movida de sus miserias se convierte á Dios, como olvidándose de Dios se deja arrastrar de sus miserias; que tan presto se disgusta del mundo como de la virtud. Hoy parece que está abrasada de celo por sus obligaciones, y mañana desea con mas ansia que nunca los placeres, sin tener mas subsistencia que una continua variedad de resoluciones, que no se puede fijar ni en la gracia ni en el pecado. Este estado es muy comun en el mundo, porque está lleno de este género de almas flacas é inconstantes, en las que aunque infunde la gracia santos deseos y principios de penitencia, destruyen inmediatamente las pasiones estos principios y siempre prevalecen contra la gracia.

A la verdad, es imposible, dice el apóstol, que los que una vez han sido iluminados, que han gustado del don del cielo y de las virtudes del siglo futuro, que han participado del Espíritu Santo y despues de esto han vuelto á caer, se renueven con la penitencia; es decir, para reducir esta verdad á los límites de la fe y de la santa doctrina, y explicar al apóstol, segun su misma sentencia, que los medios ordinarios de que Dios se vale para ganar á los pecadores son,

primeramente, las nuevas luces con que se favorece: *Semel sunt illuminati*.¹ En segundo lugar, el nuevo gusto de la justicia y de la verdad que acompaña siempre los primeros pasos de la penitencia: *Gustaverunt etiam donum caeleste*.² Finalmente, la participacion del Espíritu divino en los santos misterios, los que con la gracia de la justificacion dan, por decirlo así, la última mano á la penitencia: *Participes facti sunt Spiritus Sancti*.³ Todos estos medios son inútiles para el alma inconstante de que voy hablando, de tal modo que casi desesperando el apóstol de que su conversion á la virtud sea constante y durable, parece que dice que es imposible, esto es, tan difícil que apenas se halla remedio para las almas de este carácter: oid la prueba de esta verdad.

El primer remedio útil para sacar á una alma del desorden es el conocimiento de la verdad: *Semel sunt illuminati*. Como todo el mundo vive en error y en tinieblas en orden á las obligaciones de la fe, como en él son falsas las máximas, injustas las preocupaciones, peligrosas las reglas y hasta las verdades están mudadas y corrompidas, y como toda la seguridad de los pecadores consiste en su ceguedad, el primer medio de que se vale la gracia para la conversion de una alma mundana, es manifestarla el mundo y la eternidad como en la realidad son, y de un modo que nunca los habia considerado: entonces cae de repente el velo que cubria sus ojos; á cualquiera parte que mire esta alma ve lo que nunca habia visto; ve sus obligaciones, sus esperanzas, sus pasados desórdenes, los motivos que tiene para temer en orden á la eternidad, la nada de las

1 Hebr. 6. y. 4.

2 Ibid.

3 Ibid.

criaturas, el abuso de todos los placeres; el error de todas las fortunas y la vanidad de todo lo que no es Dios. Entonces esta alma, despertando como de un profundo sueño con el repentino resplandor de estas divinas luces, se admira de haber ignorado por tanto tiempo las únicas verdades que la importaba conocer; se asusta de haber estado hasta entonces durmiendo á orillas del precipicio sin saberlo; se confunde de habersepreciado siempre de talento, de prudencia, de capacidad y de conocimiento, sin haberle tenido para el punto mas esencial, y de haberse tan torpemente engañado en orden á sus intereses eternos; y dando la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber por último abierto los ojos; dice como San Agustin: ¡Oh verdad antigua y siempre nueva, tarde te he conocido y amado! y arreglando sus inclinaciones, sus costumbres, sus obligaciones y sus pesares con estas nuevas luces, mira con desprecio los errores de que en otro tiempo se habia dejado engañar tan tristemente. De este modo, ¡oh Dios mio! sacais todos los dias de los caminos del desorden á muchas almas felices, y abriéndolas repentinamente los ojos para que vean aquella luz que hace conocer la verdad, abris tambien su corazón á los atractivos que se la hacen amar.

Pero este saludable remedio, tan infalible para otros pecadores, es inútil para vosotros, que tantas veces habeis sido iluminados y otras tantas habeis vuelto á vuestras infidelidades; que tantas veces os habeis desengañado de los errores y abusos del mundo, y otras tantas os habeis vuelto á sus engaños; y así casi nada podeis esperar de estas divinas luces, porque ¡qué impresion podrán hacer en adelante en vosotros las verdades de la fe que se os manifiestan? ¡qué os podrán manifestar que ya no háyais visto? Ha-

beis conocido claramente, tanto la vanidad de todas las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad; y así no serán ya para vosotros nuevas estas luces, ya no podrán asustaros, heriros ni confundiros, y por lo menos habrán perdido para vosotros la admiracion y el atractivo de la novedad, tan feliz para otros pecadores. La primera vez que vieron los israelitas por la noche en el desierto la resplandeciente columna que habia de guiarlos, les atemorizó la novedad del espectáculo, temieron la majestad del Dios que se les manifestaba; el espanto, el temor, la admiracion y el respeto les hizo dóciles á las órdenes del cielo; pero cuando recayeron en sus murmuraciones, aunque se les manifestase aquella luz celestial, no era para ellos mas que un espectáculo ordinario que no les hacia ya impresion y que en nada mudaba sus costumbres.

Leed, amados oyentes míos, en esta figura la historia de vuestras desgracias. La primera vez que Dios os manifestó su luz y que os hizo ver las miserias y llagas de vuestra alma, atemorizados de vuestro estado hicisteis esfuerzos para salir de él; heridos con unas nuevas luces que os descubrian lo que nunca habíais visto, os apartásteis al instante de ciertos peligros y de lo mas reprehensible y abominable que se hallaba en vuestras pasiones; permanecisteis fieles por algun tiempo á la gracia y á la verdad que se os manifestó; pero despues, dejándoos arrastrar de vuestra flaqueza, es verdad que habeis hecho nuevos esfuerzos para romper las cadenas que tan presto os han vuelto á aprisionar; pero si os acordais, estos esfuerzos han sido muy tibios, vuestra compuncion no ha sido tan viva; habiéndoos ya familiarizado con las mas terribles verdades, el horror de vuestro estado no hace tanta impresion en vuestros corazones, y no habeis adelantado tanto con este paso de pe-

nitencia que habeis dado, ni ha surtido tan buen efecto como el primero; de modo que despues, siendo continuamente ilustrados y siempre infieles, llamados contiuanamente á la verdad y detenidos siempre por vuestras injustas inclinaciones, no ha sido vuestra vida mas que una triste alternativa de luces y tinieblas; un estado en que la verdad solo se manifiesta para volverse á eclipsar inmediatamente, y solo vuelve á parecer para rendirse á las pasiones que vienen á colocar en su lugar el error y la mentira.

¡Alma infiel! ¿qué recurso puede ya quedarte en el conocimiento de la verdad? ¿qué podrá ésta enseñarte de nuevo? ¿que el mundo es un engaño? ¡Ah! ya lo habias tú misma dicho en los instantes de tu penitencia. ¿Que los placeres no dejan mas que fastidio y un funesto vacío en el corazón? Mil veces te lo habias confesado á tí misma cuando experimentabas sus falsas delicias. ¿Que es cosa terrible el sacrificar una eternidad entera á un instante de embriaguez y de gusto? Esta es la primera reflexion que te acomete aun al mismo tiempo que acabas de cometer el delito. ¿Que un instante puede decidir de nuestra vida? ¿que la penitencia en este último momento no es mas que una desesperacion sin confianza, un temor sin mérito, y finalmente, que se muere del mismo modo que se vive? La reflexion de esta verdad es la que ha producido en tí aquellos intervalos de arrepentimiento que tantas veces has experimentado en tu vida.

¿Qué puede enseñarte de nuevo el mismo Dios? ¿con qué luces te podrá aún favorecer que no hayas ya mil veces seguido y abandonado? ¿qué verdad podrá aún manifestarte que ya no hayas gustado y despreciado, y con la que no te hayas ya asustado y sosegado casi en el mismo instante? Es verdad que aun puede iluminarte; pero esto mas te ser-

virá de nuevo motivo de resistir á la verdad, que de atractivo para seguirla: ya estás familiarizado con ella y con tus pasiones; has juntado en tu corazón la luz y las tinieblas; te has acostumbrado á sufrir la vista de las santas máximas y de tus injustas flaquezas. ¡Ah! ¡ojalá, dice un apóstol, estuvieras todavía en las tinieblas de tu primera ignorancia! ¡ojalá nunca te hubiera iluminado la luz del cielo, y que permaneciendo ciego hasta ahora con el exceso de las pasiones, nunca hubieras conocido la verdad! ¿Por qué os habremos nosotros abierto los ojos desde estos cristianos púlpitos, para que viérais la infamia de vuestras pasiones y las verdades de la vida eterna? ¿para qué habremos disipado vuestras tinieblas é introducido la luz en vuestros corazones con la eficacia de la divina palabra? Sin querer hemos empeorado y puesto en estado de desesperacion vuestros males; nuestro ministerio, que aun es tan feliz para otros pecadores, es ya para vosotros inútil: ya no somos para vosotros mas que una campana que suena: por haberos explicado *la ley de ios, que convierte á las almas*,¹ os hemos quitado el remedio para la eterna salud y el medio de conversion que veniamos á ofreceros: *Mellius erat illis non cognoscere viam justitiae, quam post agnitionem retrorsum converti.*² Ignorando los judíos al volver de su cautiverio el libro de la ley, que tanto tiempo antes habian perdido, y que ya casi habian olvidado, se deshacen en lágrimas á la primera lección que les hace el piadoso Esdras, se dan golpes de pechos, despiden las mujeres extranjeras, se abstienen de los desórdenes en que les habia precipiado el comercio con las naciones extrañas, y arreglan sus cos-

1 Psalm. 8. v. 8.

2 2. Petr. 2. v. 21.

tumbres por la ley. Este es el primer efecto de la verdad cuando se manifiesta; pero la continua lección de esta misma ley, que ya conocian, los obstina despues en vez de corregirlos; los pecadores mas iluminados son comunmente los mas incorregibles; no tenemos cosa nueva que poderlos decir para reducirlos; todo lo saben; hablan con mas elocuencia que nosotros de los engaños del mundo y de la necesidad de la salvacion; nuestras instrucciones no les sirven mas que de repeticiones molestas; sclamente se acuerdan de las primeras impresiones que en ellos hizo la verdad y que inmediatamente se borraron, para servirse de ellas como de muralla contra la misma verdad. No les hacen tanta fuerza unos temores que otras veces han vencido y despreciado. Son unos corazones aguerridos, si es lícito decirlo así, contra el mismo Dios: rechazan las armas de la luz con las armas de la misma luz; el conocimiento del peligro parece que los hace vivir mas tranquilos; y discurrendo siempre que les será tan fácil amar algun dia la verdad, como les ha sido conocerla, se entregan sin remordimiento á sus pasiones y llegan á presentarse en el tribunal de Dios cargados, no solamente de sus delitos, sino tambien de la verdad que debia libertarlos y será la que los condene. No, católicos, no hay cosa que no deba temerse cuando ya no queda cosa nueva que conocer en los caminos de la salvacion, sin haber entrado en ellos; primer remedio de salvacion, inútil para el alma inconstante; el conocimiento de la verdad: *Impcssibile est eos, qui semel sunt illuminati, et prolapsi sunt, rersus renovari ad pœnitentiam.*¹

1 Hebr. 6. v. 6.

SEGUNDA PARTE.

El segundo remedio favorable para otros pecadores, es el nuevo gusto que acompaña siempre á los principios de la conversion: *Gustaverun etiam donum caeleste.* Un consuelo que derrama siempre la gracia sobre los primeros pasos de la mudanza de vida; una alegría que se experimenta en tener libre el corazon de sus pasiones y de sus remordimientos; un regocijo que sale de lo íntimo de la conciencia, descargada ya del peso de los pecados que la oprimia, y que jamás habia gustado la paz y la tranquilidad de la inocencia. Sí, católicos, no hay mayor consuelo que el de aquellos primeros movimientos que experimehta el corazon con su conversion y libertad, que aquel primer testimonio que se da á sí misma la conciencia de su paz y de su seguridad, que aquellos primeros instantes en que cayéndose por último nuestras cadenas, empezamos á respirar y á gozar de una suave y santa libertad. Habeis roto mis cadenas. Señor, decia un rey penitente en los primeros instantes de su libertad: *Dirupisti vincula mea.*¹ Por eso en el exceso de la alegría y del santo contento que me enajena, nada tiene de amargo para mí vuestro cáliz; las obligaciones mas penosas de vuestra santa ley, lejos de parecerme pesadas, son mi mayor consuelo y mis mas amables delicias: *Calicem salutaris accipiam.*² Las conversaciones de los hombres, en vez de entibiar mi resolucion, animan mi fe y no me parecen mas que discursos vanos y pueriles:

1 Psalm. 115. v. 2. 7.

2 Ibid. v. 4.

*Ego dixi in excessu meo, omnis homo mendax.*¹ ¡Oh Señor! qué gran consuelo es el ser del número de vuestros siervos, y cuánto mas glorioso me parece para el hombre el poder contar entre sus antepasados una sola alma que haya sabido agradaros, que una larga sucesion de príncipes y conquistadores: *Ego servus tuus, et filius ancilla tua.*²

Estos son los primeros consuelos de la gracia y lo que desde luego hace con un corazón que aun no está acostumbrado á la fuerza y á las dulzuras de sus divinas impresiones. Pero vosotros que tantas veces habeis dicho á Dios en aquellos primeros movimientos de un corazón convertido: Señor, el mundo en la realidad nunca me ha gustado, aun en los mismos deleites; en el tiempo que yo corria tras ellos con mas furor, siempre me dejaron vacío, triste é inquieto; solamente los consuelos que he hallado en la fidelidad á vuestra santa ley, son los que han dejado una verdadera alegría en lo íntimo de mi alma: *Consolationes tuæ letificaverunt animam meam.*³ Vosotros que estais continuamente pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los deleites, ¡oh almas inconstantes y ligeras! ¡qué suavidad ni qué consuelo podreis hallar en una nueva y santa vida de que ya no hayais gustado mil veces? Un solo pensamiento de salvacion triunfa muchas veces de la dureza de una alma que hasta entonces ha sido insensible; pero vosotros os habeis formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer; teneis una alma afectuosa, criada con pensamientos de religion, fácil de compungirse, sin que nunca se arrepienta como

¹ Ibid. v. 2.

² Ibid. v. 7.

³ Psalm. 93. v. 19.

debe: no será la obstinacion la que os condene, sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene y no os corrige; no teneis un corazón empedernido é incapaz de enternecerse, sino muy á propósito para recibir todas las primeras impresiones, y que dejando el mismo imperio sobre él al mundo que á Jesucristo, es causa de que no seais á propósito para él uno ni para el otro.

¡Ah! si tuviérais un corazón de piedra como aquellos pecadores insensibles, pudiera un golpe de la gracia herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazón de cera, como dice el profeta, en el que las últimas impresiones son siempre las mas vivas: fácil de moverse, difícil de fijarse, pronto en un instante de gracia y mas pronto en otro instante de placer; sin hallar otra cosa alguna digna de ser amada en vuestros instantes de arrepentimiento, mas que solo Dios, y sin hallar gusto mas que para el mundo luego que se borran estos pensamientos. Apenas habeis arrojado el espíritu impuro de vuestra alma, dice nuestro Evangelio, cuando lejos de gustar la paz de este nuevo estado, no hallais sosiego en él: *Quærens requiem, et non invenit.* Os parece que todo os ha de faltar con el mundo que acabais de dejar; vuestro corazón desembarazado de las pasiones no basta para sí mismo; toda vuestra vida no es mas que un gran vacío que no podeis sufrir; en vuestras nuevas costumbres buscáis con que reemplazar los placeres que antes ocupaban vuestro corazón, y no hallais equivalente en nada: *Quærens requiem, et non invenit.* Parece que quisiérais hallar en la virtud el mismo gusto, el mismo contento, las mismas diversiones y aun la misma embriaguez que en la culpa; mirais á todas partes para colocar un corazón que os estorba y molesta, y no hallando dónde fijarle, os enfadais de vuestra libertad: *Quærens re-*

quem, et non invenit, y entonces os decís en vuestro interior, continúa el Evangelio, me volveré á la casa de donde habia salido; volveré á entrar en mis antiguos caminos, *Revertar in domum meam unde exivi*. Experimentaré si los deleites que tanto me disgustaban me ofrecen esta vez nuevos encantos: en ese estado permanecéis hasta que un nuevo disgusto os saque otra vez de la embriaguez de las pasiones para volveros á hacer entrar en los caminos de la justicia.

¡Ah! amados oyentes míos, si supiérais lo peligroso de vuestro estado y la poca esperanza que en él podeis tener de vuestra salvacion, os estremeceríais. Yo no pretendo ahora infundir nuevos temores, pero no puedo deciros sin estremecerme, que son muy raras las verdaderas conversiones de las almas semejantes á la vuestra. La sentencia de Jesucristo en este asunto es decisiva y terrible: *El que despues, dice, de haber puesto la mano en el arado, vuelve á mirar atrás, no es á propósito para el reino de Dios. Non est aptus Regno Dei*. No dice Jesucristo que pierde el derecho que tenia al reino de los cielos, ni que se expone á ser excluido de él para siempre, sino que no es á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*. Es decir, sus inclinaciones, su interior, la natural disposicion de su talento y de su corazon, le inhabilitan para su eterna salud. Cuando se dice que un hombre no es á propósito para las ciencias, para la milicia ó para la toga, se da á entender que tiene en sí ciertos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que es imposible el que adelante en ellos. Pues eso mismo dice Jesucristo en orden á la salvacion del alma inconstante, que entre todas las cualidades no hay otra menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*.

¡Ah! un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser tocado de Dios y sentir el peso de la Majestad que habia blasfemado; Manasés en las cadenas adora al Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un publicano puede arrepentirse de sus injusticias; Zachéo despues de haber restituido lo que habia hurtado, reparte liberalmente sus propios bienes con los pobres. Una alma entregada á los deleites y á las mas infames pasiones, puede ser repentinamente iluminada; la pecadora llora á los piés de Jesucristo sus pecados, los que borra aun mas felizmente su amor que sus lágrimas. Pero aun Acab, que avisado por Elías, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á sus ídolos, y tan presto se vuelve al profeta como á sus falsos dioses. Un Sedecías, que movido de las roconvenciones de Jeremías le envia á llamar ocultamente, le consulta en orden á la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en su ceguedad, hace arrojar al profeta en un silo, y despues vuelve á llamarle para consultarle otra vez y ultrajarle al dia siguiente. Aquella reina de Israel que en su afieccion se viste con unos modestos adornos para consultar al hombre de Dios, que parece respeta el poder y majestad del Dios verdadero en la persona de su profeta, y al volver á Samaria hace sacrificios á sus becerros de oro como antes. ¡Ah! en ninguna parte se lee que han hecho penitencia, y los libros santos siempre nos los representan como príncipes réprobos y aborrecidos de Dios. ¿De qué proviene esto, católicos? de que entre todas las cualidades de una alma, la inconstancia es la menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*.

¿De qué proviene esto? De que la piedad cristiana supone un entendimiento maduro, capaz de una verdadera re-

solucion, que sabe el partido que ha de elegir, y que habiendo una vez conocido el camino derecho, entra en él y no se aparta tan fácilmente; supone una alma fuerte, que sabe vencer un disgusto, un obstáculo, un peligro y su propia flaqueza. Una alma prudente que no se gobierna ni por el gusto ni por el antojo, sino por las reglas de la prudencia y de la fe. ¿De qué proviene esto? De que para formar una alma cristiana se necesita no sé qué grandeza, elevacion y solidez superior á las preocupaciones y flaquezas vulgares. De que la misma religion es una luz y una razon divina, y perfeccion de la razon humana. De que la virtud siempre se nos representa en las divinas Escrituras bajo la idea de la sabiduría; el justo bajo la de un hombre cuerdo y prudente que lo experimenta todo, que juzga sanamente de todo, que toma medidas constantes y nunca empieza á edificar para dejar imperfecto el edificio; de que aun en el mismo mundo un espíritu inconstante y variable no es capaz de cosa alguna, y al verle empezar una empresa, todos la tienen por destruida. En una palabra, de que la inconstancia es una de las cualidades menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei.*

Ahora bien, las desigualdades de vuestra conducta no provienen mas que de una inconstancia natural, porque la naturaleza ama la novedad y se enfada muy presto de una misma cosa; provienen de una incertidumbre y de una inconstancia de corazon que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente, que no hace cuenta con la razon, que en nada consulta y siempre sigue su gusto, sin tener de fijo mas que su continua variedad.

No hablo aquí de vuestra conducta exterior como la ven los hombres; acaso la soberbia que en vosotros ocupa el lugar de la razon, hace que las costumbres exteriores parez-

can iguales y uniformes, que eviteis aquellos extremos y aquellas inconstancias ruidosas, que de una extrema piedad hacen pasar á una alma insensata é inconstante al desorden mas excesivo, y acostumbran al público á que censure, ya los excesos de su virtud, ya los de sus vicios. Es verdad que procurais no dar á los hombres estos motivos de burlarse. Pero juzgad de vosotros mismos por lo que sois en la presencia de Dios, por vuestra conducta interior, por vuestros secretos pensamientos, por la inconstancia de corazon que hace que el primer objeto que se presenta decida siempre de vuestra determinacion, por aquellas promesas tantas veces renovadas y otras tantas violadas, por aquellos principios de penitencia tan fácilmente empezados y tan fácilmente retratados; sois la mas mudable é inconstante de todas las almas, teneis el corazon mas ligero y mas variable, sois una de aquellas nubes sin agua, como dice San Judas, que se dejan llevar de todos los vientos, uno de aquellos Astros errante y borrascoso, que despues de haber arrojado los cadáveres fuera de su seno, se vuelve á hinchar y los recoge de las mismas riberas adonde los habia arrojado: *Fluctus feri mari, despu-
mantes suas confussiones.*¹ Esto es, que aunque podais tener cualidades propias para el mundo, no sois á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei.* Segundo medio de salvacion, inútil para el alma inconstante, el gusto de la verdad: *Impossibile est eos, qui gustaverunt donum
cæleste, et prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitentiam.*

¹ Epist. Jud. 17.

TERCERA PARTE.

Pero lo mas terrible y lo que mas debe asustar á estas almas, es que la participacion de los Sacramentos, tan útil para otros pecadores, sirve de escollo para el alma inconstante: *Participes facti sunt Spiritus Sancti.*

La sirve de escollo; lo primero, porque usa inútilmente de este remedio divino. Porque una alma que ha vivido mucho tiempo separada del altar y que ha ocultado por muchos años en el tesoro de su corazon sus iniquidades antiguas y nuevas, sin llegar á descubrirlas en el sagrado tribunal de la penitencia, cuando por último va á postrarse á los piés del confesor, lleva unos temores y unas inquietudes que nunca habia experimentado. La majestad del lugar, la santa severidad del juez, la importancia del remedio y la vergüenza y confusion de sus delitos, todo esto hace en su corazon unas impresiones tan nuevas y profundas, que es muy difícil el borrarlas. Pero vosotros vais al sagrado tribunal con una alma familiarizada con su misma confusion; la relacion de vuestras flaquezas, tantas veces repetida, casi no hace ya impresion en vuestro corazon; las mas vergonzosas heridas no son para vosotros mas que repeticiones, que por frecuentes no hacen novedad; vais al sagrado tribunal asegurados contra vosotros mismos; no os avergonzais de las culpas que confesais; y como la vergüenza que descubre las miserias de vuestra conciencia es casi imperceptible, tampoco tiene efecto el dolor con que las detestais.

En segundo lugar, la sirve de escollo por el fingimiento inseparable de las recaidas; lleva arrastrando de tribunal

en tribunal el peso de sus delitos; á cada nueva caida busca nuevo confesor, para excusar la vergüenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas; no le manifiesta las pasadas inconstancias, y hace gemir á los ministros de Jesucristo, porque segun parece, solo les manifiesta sus infames fragilidades, para darles mas motivo, abandonándolos despues de que se añijan y lloren en la presencia de Dios.

En tercer lugar, la sirve de escollo por el inevitable sacrilegio que se comete en las recaidas. Porque estar continuamente arrepiñtiéndose y recayendo, venir á purificarse para volverse á manchar; no decir Señor, pequé, sino para pecar de nuevo; esto no es ser penitente, dice un santo padre, sino mofador y profanador de las cosas santas.

Bien sé que la gracia del sacramento no fija la inconstancia del corazon humano, ni pone al hombre en un estado firme é invariable de justicia; ni quiero decir absolutamente que el que despues de haber sido penitente vuelve á ser pecador, profana el sacramento. ¡Ah! para decir esto era necesario no conocer la miserable condicion de la naturaleza humana é ignorar nuestra propia flaqueza; pero si digo que el que ha salido verdaderamente justificado de los piés del sacerdote, aun cuando tenga la desgracia de recaer, á lo menos las recaidas no serán tan prontas, y es necesario que el tiempo y las ocasiones vayan debilitando insensiblemente la gracia; que muchas infidelidades interiores hayan dispuesto poco á poco al alma para una nueva caida, y que los peligros, mil veces despreciados, nos hayan llevado como con pasos insensibles hasta el fatal momento en que caimos, pues no se pasa en un instante del estado de la gracia al del pecado.

La obra de la conversion no es obra de un instante; es

una obra difícil; es necesario establecerse en ella con abundantes lágrimas, con continuas oraciones, con mortificaciones rigurosas y con obras de perseverancia. No se pierde, pues, en un instante lo que se había adquirido á costa de penas y trabajos infinitos, lo que era premio de las lágrimas, de las mortificaciones, de la confusión y de todos los dolores del corazón: cuando ha costado tanto el levantarse no se vuelve á caer tan fácilmente; la seguridad de una verdadera conversión consiste, por decirlo así, en sus dificultades.

La obra de la conversión es una obra sólida, forma en nosotros una nueva criatura, muda nuestras inclinaciones, nos da un corazón nuevo, levanta el nuevo edificio sobre la roca, y así no es fácil que el primer golpe arruine lo que debía mantenerse contra los vientos y borrascas y desafiar aun á la misma duración de los siglos: lo que se arruina en un instante es porque estaba edificado sobre arena movediza, y nada se ha mudado en nosotros cuando nos hallamos tan cobardes en la virtud como cuando vivíamos en la culpa.

La obra de la conversión es una obra seria. Se delibera mucho antes de entablar este tan importante negocio; mucho tiempo antes nos hacemos violencia á nosotros mismos; titubeamos, volvemos atrás, no nos atrevemos á empezar, ya queremos, ya no queremos; hacemos infinitas reflexiones acerca de los obstáculos y de las consecuencias, y estamos indecisos y suspensos; no es regular, pues, abandonar un negocio tan premeditado casi en el mismo día en que se acaba de entablar.

Es decir, que cuando salimos del tribunal de la penitencia verdaderamente absueltos en la presencia de Dios, salimos mudados: y si no obstante al salir de allí os hallais siempre el mismo; si en las mismas circunstancias se obser-

van las mismas caídas; si aun triunfa de vuestra flaqueza la presencia del objeto que antes triunfaba; si el deleite que antes os hacia infiel á la obligación hace aún el mismo efecto; si no evitais aquellas concurrencias, aquellos lugares, aquellos placeres que han dado materia á todas vuestras confesiones; si aun frecuentais las mismas amistades, que siempre han sido funestas para vuestra inocencia; si no os retirais del juego, en el que habeis gastado la mayor parte de vuestra vida; si no moderais las profusiones con que haceis padecer á vuestros acreedores, á vuestros criados y á los pobres; si nada quitais á un sueño en el que con el regalo de la cama y el ocio de vuestros pensamientos dejais descansar vuestro espíritu entregado á imaginaciones que siempre han sido peligrosas para vuestra alma; si no moderais una vida inútil que os condena; sino os valeis de precauciones para lo futuro ni tomar medida para satisfacer lo pasado; si no conoceis los ayunos, las vigillas, las lágrimas, las mortificaciones ni ninguna demostración de penitencia; si despreciáis la oración, el recogimiento, el retiro y todos los socorros que son tan necesarios á la piedad; en una palabra, si aun sois el mismo y si el penitente es en vosotros parecido en todo al pecador, ¡ah! no fué el dedo de Dios el que arrojó al demonio de vuestra alma: ¡oh Dios mio! desde luego se conoce cuando la salud es obra de vuestra poderosa mano; vuestros milagros y las transformaciones de nuestra gracia son permanentes, y no se parecen á los prestigios de los impostores que desaparecen y huyen de la vista inmediatamente que se manifiestan.

Por eso los santos todos han tenido á la penitencia de estas almas infieles por públicas irrisiones de los Sacramentos y por ultrajes hechos á la santidad de nuestros misterios, y así las separaban del sagrado altar, las miraban

como á animales inmundos que volvian á su vómito y á los que no era lícito ofrecer las cosas santas; desconfiaban de una penitencia que acaso habia sido seguida de una infidelidad. Juzgad, pues, amados oyentes míos, lo que los santos hubieran pensado de vuestras confesiones y lo que hoy piensa la Iglesia; juzgad de las quejas que muchas veces formais contra los ministros de la penitencia, que viéndoos recaer todos los días en los mismos desórdenes y viéndoos renovar todos los días vuestras promesas y vuestras recaídas, no se atreven por último á absolveros, hasta haber hecho largas experiencias, por no dar lo santo á los perros.

Bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo, que no se desacredita ni afrenta menos á la religion cuando se añade un solo punto á la ley por exceso de severidad, que cuando se la quita por una infame cobardía, y que no se debe dar pretexto á los pecadores para que se aparten de las cosas santas con una vana ostentacion de celo y de rigor. ¿Pero por eso se ha de entregar al instante la sangre de Jesucristo á unos profanos que la han pisado mil veces? Se han de creer unas promesas tantas veces violadas? ¿se han de conceder á la perseverancia en la ocasion y en el hábito de la culpa, esto es, á todas las señales menos equívocas de impenitencia, las gracias que solamente se pueden conceder á un sincero arrepentimiento? ¿no debemos saber detener, como el profeta Eliséo, el aceite de la gracia y suspender la virtud de los Sacramentos, cuando nos presentan unos vasos llenos, esto es, unos corazones siempre ocupados con las mismas pasiones?

¿Y qué haríamos con concederos un perdon que Dios os niega, sino multiplicar vuestros delitos y cargaros con una maldicion? ¡Ojalá, alma infiel que me escuchas, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales de la peniten-

cia á tus infames inconstancias, y que tus fragilidades, tantas veces confesadas y otras tantas renovadas, no hubieran hallado asilo en la misma indulgencia del santuario! No se te veria caer en las mismas flaquezas y en las mismas miserias, despues de tantos años como ha que te estás acusando de ellas; no estarias cubierta de esa lepra que tienes casi desde tu infancia. Si como la hermana de Moisés hubieras hallado un legislador prudente y severo que sin tener respeto al puesto que ocupas en tu pueblo, sin atender á la carne ni á la sangre, te hubiera separado del tabernáculo santo y del campo del Señor, hasta que tu humildad y tu dolor te hubiesen dispuesto para recibir la salud y para presentar tus ofrendas con los demás fieles, una sola confesion hecha con un ministro santo y docto te hubiera renovado, y ahora te hallas la misma despues de tantos Sacramentos y de tantos inútiles pasos de penitencia.

¿Pero qué digo la misma! No solamente subsisten aún todos vuestros pasados delitos, tantas veces inútilmente confesados, sino que tambien sois culpables de haber profanado una infinidad de sacramentos; habeis añadido á unos desórdenes que nunca han sido perdonados porque nunca os habeis arrepentido de ellos como debíais, la terrible circunstancia de un gran número de sacrilegios. ¿Luego hubiera sido mejor, me direis, el perseverar obstinados en vuestras costumbres sin hacer esfuerzos para salir de ellas? Eso es decir que por evitar el ser profanadores quereis ser impíos. ¡Ah! sin duda hubiera sido mejor permanecer pecador que venir á profanar la sangre de Jesucristo. ¿Pero no habia otros medios de evitar el sacrilegio? ¿No podíais disponer con una sincera penitencia para llegar dignamente al altar? ¡Ah! no debemos huir de estos divinos remedios; lo que sí debemos hacer es vencer nuestras pasio-

nes; no debemos evitar las profanaciones sacudiendo el yugo, sino valiéndonos con devoción de las gracias de la Iglesia; no diciendo con el impío: pues la ley es para mí ocasión de caída, ¿por qué se me reprende su inobservancia? sino diciendo con una alma arrepentida: Si he lavado mis plés, ¿cómo los he volver á manchar? ¡Dios mio! vos habeis desatado mis lazos y ya no se me verá apretar sus fatales nudos; habeis arrojado al demonio impuro de mi alma, que debía ser templo del Espíritu Santo; ¡ah! ya no permitiré que vuelva á entrar en ella, no sea que se quede para siempre y que mi último estado sea peor que el primero.

Digo peor, porque ¿qué remedio os puede quedar para la salvación? ¿Acaso el conocimiento de la verdad? Nadie está mas instruido ni la conoce mejor que vosotros. ¿El gusto á la devoción y á los impulsos de la gracia? No ha habido corazón mas sensible que el vuestro. ¿El socorro de los Sacramentos? Pero estos mismos divinos remedios son para vosotros los males mas desesperados y vuestros mayores delitos. ¡Gran Dios! vos solo conoceis los que os pertenecen y los habeis señalado en la frente con un sello indefectible de salvación; este es un eterno secreto que no puede hombre alguno atreverse á registrar sin temeridad; pero cuando llegue el tiempo de que le manifesteis, ¿veremos acaso en este número muchas de aquellas almas inconstantes de que hablo? Último remedio de salvación, inútil para el alma inconstante; el socorro de los Sacramentos: *Impossibile est eos, qui participes facti sunt Spiritus Sancti, et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam.*

Luego con razón os decía yo, católicos, que entre todas las cualidades la inconstancia en los caminos de la salvación, era la menos á propósito para el reino de Dios; para

los demás pecadores hay otros socorros; pero para los inconstantes ninguno hay, á lo menos yo no le alcanzo; para hallarle es preciso salir de los caminos ordinarios de la Providencia en orden á la salvación de los hombres. Con todo eso, entre todos los pecadores el pecador inconstante es el que menos se asusta con el peligro de su estado: los movimientos de religión que de cuando en cuando le llevan al tribunal de la penitencia y al altar santo, le sosiegan y aseguran; el libertinaje de tantos pecadores obstinados que viven como impíos, sin Dios, sin culto y sin sacramentos, es motivo de que tenga por mérito la indiferencia de su conducta; está contento con no haber llegado aún á este punto de obstinación é irreligión; se lisonjea de que á lo menos conserva en sus flaquezas y sus continuas inconstancias valor para recurrir de cuando en cuando al remedio, y se dice interiormente á sí mismo como el fariseo: *Yo no soy como los demás hombres.*¹ Esta idea mantiene y lisonjea interiormente su falsa seguridad; se tiene por mas religioso y no advierte que no le ha quedado mas señal de religión que la profanación de las cosas santas.

Aun hay mas; estas vanas exterioridades, estas débiles reliquias no duran mucho tiempo y al fin desaparecen. Aunque se ande fluctuando algunos años entre los sacramentos y las recaídas, este abuso de las cosas santas siempre conduce á la obstinación. Dios, á quien se ha despreciado tanto tiempo, llega tambien á despreciar; el corazón se cansa de sus inconstancias; como las verdades á fuerza de ser conocidas no hacen ya impresión, como el gusto de la virtud se hace insípido por haberle experimentado muchas veces, y como los sacramentos no sirven mas que de

¹ Luc. 18. v. 11.

carga molesta que incomoda, se llega por último á excusarse de la ceremonia de recibirlos y se tiene por mejor el descansar en el desorden; como nunca han sido sinceros los esfuerzos que se han hecho para levantarse, nunca han tenido efecto, y así no nos dejan gusto para hacer otros nuevos y nos acostumbran á que nos abandonemos tranquilamente á nosotros mismos: como los pasos que se daban para la salvacion eran tan penosos porque no los acompañaba ni suavizaba un verdadero arrepentimiento, nada se desea tanto como el abandonarlos y librarse de ellos. De este modo la misma inconstancia nos guía á esta funesta tranquilidad. Cesan las inspiraciones, se sosiegan los remordimientos, se serena la conciencia, las alternativas de vicio y de virtud vienen finalmente á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa, los espíritus impuros vuelven á entrar en mayor número en el alma y establecen en ella por último una morada constante y perpetua: *Et ingressi habitant ibi.*

Y entonces es cuando casi se desespera de la conversion y se consuma la iniquidad. En otro tiempo, al acercarse la solemnidad de la Pascua, sentíais algunos movimientos de compuncion, los que ya no sentís; las conversaciones piadosas hacian en vosotros algun efecto; pero ya solamente os sirven de disgusto ó de murmuracion. La vista de un hombre justo despertaba en vosotros deseos de virtud, y ahora sereis el primero que se burle de la santidad de sus ejemplos; conservábais aún ciertas costumbres piadosas; de tiempo en tiempo solíais pedir á Dios que os librase de vuestras miserias; pero despues que el Señor se retiró de vosotros, ¡ah! vivireis sin yugo y sin regla, pondreis mónstruo sobre mónstruo, jamás reflexionareis vuestras miserias, no tendreis mas inquietudes que las que nacerán de ver malogradas

vuestras pasiones, ni otro temor mas que el que os falte la ocasion para el deleite y para el pecado, ni otro desasosiego en el corazon mas que el que ocasionare en él el nacimiento de alguna nueva pasion, ni mas inclinaciones que á satisfacer el apetito, ni mas disgusto que para la devocion y la justicia.

¿No estamos viendo todos los dias que no hay pecadores mas extremados en sus desórdenes que aquellos que despues de haber seguido por algun tiempo el camino de la virtud, vuelven á entregarse á los deleites y al mundo que habian abandonado? Parece que Dios, indignado de su apostasia, maldice á estas almas inconstantes y ligeras; que las castiga con la ceguedad y las entrega á los efectos de su venganza y á toda la corrupcion de sus deseos, y entonces no son ya unos pecadores regulares, sino mónstruos, sin fe, sin vergüenza, sin freno alguno que los contenga, y su último estado es infinitamente peor que el primero. El mundo nos presenta todos los dias muchos de estos tristes espectáculos, y la inconstancia de los pecadores en los caminos de la piedad, y el verlos volver con mas ansia y extremos que antes al vicio, le da suficiente motivo para que se burle de la misma piedad. No, católicos, la virtud nunca degenera en un vicio mediano. El maná, aquella vianda que se formaba en el cielo, cuando llegaba á corromperse en la tierra, dice la Escritura que no era mas que un conjunto de gusanos y podredumbre: *Scatere cepit veribus, atque computruit.*¹ Pues esta es la suerte de una alma que habiendo sido elevada hasta el cielo por una sincera conversion, cae desde allí y vuelve á corromperse de nuevo en la tierra; es un espectáculo horroroso; no exhala si-

¹ Exod. 2 v. 10.

no un olor de muerte; sus escándalos derraman por todas partes la infeccion del vicio, y no hay corrupcion, dice el profeta Micheas, peor que la suya: *Corrumpetur putredine pessima.*¹

Pues, amados oyentes míos, si aun vivís en estas alternativas de gracia y pecado, acabad de declararos; bastante tiempo habeis balanceado entre el cielo y la tierra, como decia en otro tiempo un profeta á los pecadores semejantes á vosotros: *Usquequo claudicatis in duas partes?*² Si Baal es vuestro Dios, adorad á él solo en hora buena; pero si el Señor es el Dios verdadero, adoradle á él solamente: *Si Dominus es Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum.* ¿De qué sirven esos esfuerzos que haceis para volveros al Señor con esas flaquezas que os apartan de él? ¿de qué sirven esas pueriles y continuas inconstancias entre la culpa y la virtud? ¿de qué esos deleites y esas lágrimas? ¡Ah! ó enjugad vuestras lágrimas para siempre y recibid vuestro consuelo en este mundo, ó no busqueis en él mas consuelos ni mas placeres que los de la gracia y la inocencia; fijaos por último en una cosa; yo solamente hablo aquí por el interés de vuestro sosiego. ¡Qué vida tan penosa es el vivir con estas continuas revoluciones de culpas y de arrepentimiento! Bien lo sabeis; os hallais continuamente combatidos de aquellas interiores turbaciones que os llaman á la inocencia y de las infelices inclinaciones que os vuelven á arrastrar al vicio; vivís siempre ocupados ó en horar vuestras flaquezas ó en vencer vuestros remordimientos; jamás sois felices ni en la culpa, en la que no hallais paz, ni en la virtud, en la que no podeis perma-

1 Mich. 2. v. 16.

2 3. Reg. 18. v. 20.

necer constantes; tened, pues, piedad de vuestra alma; estableced una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechaos de estos últimos rayos de misericordia que la bondad de Dios envia aún á vuestro corazon; acaso llegais ya á aquella última inconstancia que va á poner fin con la obstinacion á todas las desigualdades de vuestra vida, y que como un árbol, muchas veces seco, muerto y arrancado de raíz, segun la expresion de un apóstol, vais á permanecer para siempre del lado que caigais; fijad, pues, en la obligacion todas las inquietudes de vuestra alma, para que fundados y arraigados en la caridad, no seais de aquellos hombres inconstantes de que habla Jesucristo, que no creen en él mas que por un poco de tiempo, para que podais algun dia ir á recibir en el cielo la corona de la salvacion y de la inmortalidad que está prometida á los que perseveren hasta el fin. Amen.



SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS ESCOGIDOS.

*Multi leprosi erant in Israel, sub
Eliseo profeta, et nemo eorum mun-
datus est, nisi Naaman sirus.*

En tiempo del profeta Eliseo habia
muchos leprosos en Israel, y ningun-
o de ellos sanó sino Naamán, siro
de nacion.

Luc. v. 27.

Todos los dias nos estais preguntando, católicos, si es
verdad que es tan difícil el camino del cielo, y si el núme-
ro de los que se salvan es tan corto como os decimos. A
una cuestion tantas veces propuesta y tantas veces expli-
cada, os responde hoy Jesucristo, que habia en Israel mu-

chas viudas afligidas de hambre y que solamente la de Sarepta mereció ser socorrida por el profeta Elías; que en tiempo del profeta Eliseo había muchos leprosos en Israel, y que no obstante, solamente curó el hombre de Dios á Naamán.

Católicos, si yo viniera á este puesto á atemorizaros mas que á instruiros, me bastaria el exponeros simplemente lo mas terrible que se lee en las divinas Escrituras acerca de esta verdad, y recorriendo de siglo en siglo la historia de los justos, haceros ver que en todos tiempos han sido muy pocos los escogidos. La familia de Noé fué la única en la tierra que se salvó del universal diluvio. Solo Abraham fué separado del resto de los hombres, y constituido depositario de la alianza. Entre seiscientos mil hebreos, Josué y Caleb fueron los únicos que entraron en la tierra prometida. En la tierra de Hus no había otro justo mas que Job; en Sodoma Loth, y en Babilonia los tres niños hebreos.

A estos ejemplares tan terribles sucederian las expresiones de los profetas; os haria ver en Isaías que los escogidos son tan raros como los racimos que quedan en la vña despues de vendimiada, y que se han ocultado á la diligencia del vendimiador; y como aquellas que por casualidad quedan despues de la siega, á las que ha perdonado la hoz del segador.

Tambien os expondria las nuevas circunstancias que añade el Evangelio á lo espantoso de estas imágenes; os hablaria de dos caminos, de los cuales el uno es estrecho, áspero, y por el que caminan muy pocos; el otro ancho, espacioso, sembrado de flores, y que es como el camino público de todos los hombres; finalmente, os haria ver que en toda la Escritura santa se dice que la multitud es el parti-

do de los réprobos, y que los escogidos comparados con los demás hombres no forman mas que un pequeño rebaño casi imperceptible; os infundiria unos temores en orden á vuestra salvacion, que siempre son crueles para las almas que conservan aún algunas reliquias de la fe y de la esperanza de su vocacion.

¿Pero qué fruto sacaria yo, cifiendo todo mi discurso solamente á probar que son pocos los que se salvan? ¡Ah! no haria mas que descubrir el peligro sin enseñar á evitarle, os manifestaria con el profeta la espada de la divina indignacion levantada sobre vuestras cabezas, sin ayudaros á evitar el golpe que os amenaza, turbaria las conciencias sin instruir á los pecadores.

Mi intento, pues, es hoy el buscar en vuestras costumbres la razon de ser tan corto este número. Como cada uno se lisonjea de que no será excluido de él, importa mucho examinar si es bien fundada su esperanza; no pretendo señalándoos las causas que hacen que sea tan rara la salvacion, que infrais en general que serán pocos los que se salven, sino obligaros á que os preguntéis á vosotros mismos, si viviendo como vivís podreis esperar salvaros, y á que os digais, ¿quién soy yo? ¿qué hago para conseguir el cielo? ¿y cuáles pueden ser mis eternas esperanzas?

Este es el orden que me propongo en una materia de tanta importancia. ¿Cuáles son las causas de que sea tan rara la salvacion? Señalaré tres que son las principales, y este será todo el asunto de mi discurso. La retórica ni sus figuras no serian aquí del caso. Escuchadme todos con cuidado; el asunto no puede ser mas digno de vuestra atencion, pues se trata de enseñaros qué esperanzas podeis formar de vuestro eterno destino. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Son pocos los que se salvan, porque en este número no pueden comprenderse mas que dos géneros de personas, ó las que han tenido la felicidad de conservar su inocencia pura y entera, ó las que despues de haberla perdido la han recobrado con los trabajos de la penitencia. Primera causa: no hay mas que dos caminos para la salvacion, y el cielo solamente está abierto, ó para los inocentes ó para los penitentes. Ahora bien, católicos, ¿en qué estado os hallais? ¿sois inocentes ó penitentes? En el reino de Dios no ha de entrar alma alguna manchada, y así es preciso ir á él, ó con una inocencia que siempre se ha conservado, ó con una inocencia que se ha recobrado. El morir inocente es un privilegio á que pocas almas pueden aspirar; el vivir penitente es una gracia mucho mas rara por la mitigacion de la disciplina y por la relajacion de nuestras costumbres.

A la verdad, ¿quién puede aspirar hoy á la salvacion fundado en el título de la inocencia? ¿dónde están aquellas almas puras en quienes no haya jamás habitado el pecado y que hayan conservado hasta el fin el sagrado tesoro de la primera gracia que les confió la Iglesia en el bautismo, la que les ha de pedir Jesucristo en el terrible dia de las venganzas?

En aquellos felices tiempos, cuando toda la Iglesia no era mas que una congregacion de santos, eran muy raros los fieles que despues de haber recibido los dones del Espíritu Santo, y confesado á Jesucristo en el sacramento que nos reengendra, recaian en los desórdenes de sus primeras costumbres. Ananías y Safira fueron los únicos prevarica-

dores de la Iglesia de Jerusalem; la de Corinto no vió mas que un incestuoso; la penitencia canónica era entonces un remedio raro, y apenas se hallaba entre aquellos verdaderos israelitas un solo leproso á quien fuese preciso separar del altar santo y de la comunión de sus hermanos.

Pero despues, debilitándose la fe, empezando ya á apagarse y minorándose el número de los justos segun se iba aumentando el de los fieles, parece que los progresos del Evangelio detuvieron los de la piedad, y haciéndose cristiano todo el mundo, trajo finalmente consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas. ¡Ah! casi todos nos descaminamos desde el seno de nuestras madres; el primer uso que hacemos de nuestro corazon ya es un delito. Nuestras primeras inclinaciones son á la culpa, y cuando nuestra razon empieza á manifestarse y á crecer, es sobre las ruinas de nuestra inocencia. La tierra, dice un profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan; todos han violado las leyes, quebrantado los preceptos y roto la alianza que debia durar eternamente; todos practican la iniquidad y apenas hay uno solo que obre el bien; la injusticia, la calumnia, la mentira, la perfidia, el adulterio y los mas infames delitos han inundado la tierra: *Mendacium, et fortum, et adulterium inundaverunt.*¹ El hermano pone asechanzas á su hermano, el padre se separa de sus hijos, el esposo de su esposa, y no hay lazo que no rompa un vil interés; la buena fe es una virtud destinada solamente á los simples; los ódios son eternos, las reconciliaciones fingidas, y nunca se mira al enemigo como á prójimo; los hombres se aniquilan y destruyen unos á otros; las concurrencias no son mas que lugares de pública murmuracion;

¹ Osee 4, v. 2.

la mas constante virtud no está libre de la contradiccion de las lenguas; el juego se ha convertido en negociacion, en fraude ó en furor; los convites, aquellos inocentes lazos de la sociedad, en excesos de que no se puede hablar; las diversiones públicas en escuelas de lascivia: en nuestro siglo se ven unos horrores de los que ni aun noticia tuvieron nuestros padres; la ciudad es una Nínive pecadora; la corte el centro de todas las pasiones humanas; y aunque la virtud autorizada con el ejemplo del soberano, honrada con su gracia y animada con sus beneficios, hace que la culpa sea mas circunspecta, no por eso la hace mas rara; todos los estados, todas las condiciones han corrompido su camino; los pobres murmuran contra la mano que los mortifica; los ricos se olvidan del Autor de su prosperidad; los grandes parece que solamente nacieron para sí mismos y que la libertad es el único privilegio de su elevacion; aun la misma sal de la tierra se ha puesto insípida, las lámparas de Jacob se han apagado, las piedras del santuario están indignamente esparcidas en el cieno de las plazas públicas y el sacerdote se ha hecho semejante al pueblo. ¡Oh Dios! ¿es esta vuestra Iglesia y la congregacion de los santos! ¿es esta aquella heredad tan querida, aquella viña tan amada, objeto de vuestros cuidados y de vuestro amor! ¿Qué mayores delitos podia presentar Jerusalem á vuestra vista cuando la heristeis con una maldiccion eterna?

Ved ahí ya un camino para la salvacion que está cerrado casi á todos los hombres; todos se han descaminado; ¡oh vosotros los que me escuchais, séais quien fuéreis! el pecado ha reinado en vosotros algun tiempo; la edad podrá haber calmado vuestras pasiones; ¿pero cómo ha sido vuestra juventud? Acaso las enfermedades habituales os habrán disgustado del mundo; ¿pero cómo usábais de la salud

antes de ellas? Puede ser que un impulso de la gracia haya mudado vuestro corazon; ¿pero no pedís continuamente al Señor que borre de su memoria el tiempo que precedió á esta mudanza?

¿Pero en qué me detengo? Todos somos pecadores, ¡oh Dios mio! y vos nos conoceis; aun lo que vemos en nuestros desórdenes, acaso no es á vuestra vista sino la parte mas sufrible, y cada uno de nosotros confiesa que por el camino de la inocencia no puede aspirar á la salvacion. Pues no nos queda mas remedio que la penitencia. Despues del naufragio, dicen los santos, que esta es la feliz tabla sobre la que únicamente podemos llegar al puerto; no hay para nosotros otro camino de salvacion; seais quien fuéreis los que habeis sido pecadores, príncipes, vasallos, grandes ó plebeyos, solamente la penitencia puede salvaros.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿dónde están los penitentes entre nosotros? ¿dónde están éstos? ¿se hallan muchos en la Iglesia? Mas hallareis, decia antiguamente un santo padre, que nunca hayan caido, que de los que despues de haber caido se hayan levantado por medio de una verdadera penitencia: ¡sentencia terrible! Pero quiero conceder que esta sea una de aquellas expresiones que pasan por exageracion, aunque siempre son muy respetables las palabras de los santos; no lleguemos á este extremo, pues la verdad es en sí bastante terrible, sin que haya necesidad de añadir nuevo terror con vanas declamaciones. Basta examinar si por el camino de la penitencia nos hallamos la mayor parte de nosotros con derecho para aspirar á la salvacion.

¿Qué cosa es un penitente? Un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida tiene presente la desgracia que tuvo en perder y

olvidarse en otro tiempo de su Dios; que tiene continuamente á la vista su pecado; que en todas partes halla imágenes tristes que se le representan: un penitente es un hombre encargado de los intereses de la justicia de Dios contra sí mismo; que se priva de los mas inocentes placeres porque se permitió en otro tiempo los pecaminosos; que goza de los necesarios con pena; que mira á su cuerpo como á su enemigo, á quien tiene necesidad de debilitar; como á un rebelde á quien necesita castigar; como á un culpado á quien en adelante debe negar casi todas las gracias; como á un vaso manchado que debe purificar; como á un deudor infiel á quien debe pedir hasta el último maravedí; un penitente es un culpado que se mira como un hombre condenado á muerte, porque no merece vivir y por consiguiente debe observar cierta austeridad y tristeza en sus costumbres, en su adorno y aun en sus placeres, como quien solamente vive para padecer: un penitente no ve en la pérdida de sus bienes y de su salud mas que la privación de unos favores de que ha abusado; en los contratiempos que le suceden la pena de su culpa; en los dolores que le atormentan el principio de los castigos que ha merecido, y en las calamidades públicas que afligen á sus prójimos, contempla que acaso son castigo de sus delitos particulares. Esto es un penitente. Pero vuelvo á preguntaros: ¿dónde están entre nosotros estos penitentes? ¿dónde se hallan?

¡Ah! los siglos de nuestros padres aun velan algunos á las puertas de nuestros templos; aquellos eran sin duda unos pecadores menos culpados que nosotros, de todas clases, de todas edades, de todos estados, postrados delante del vestíbulo del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, suplicando á sus hermanos que entraban en la casa del Señor, les alcanzasen de su clemencia el perdón de sus culpas; ex-

cluidos de la participación del altar y aun de la asistencia á los sagrados misterios, pasando los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las mortificaciones, de la oración y en unas pruebas tan penosas, que no quisieran sufrir hoy ni aun un solo día los mas escandalosos pecadores; privados se veían no solamente de las diversiones públicas, sino tambien de la sociedad y de la comunicación de sus hermanos, de la comun alegría de las solemnidades, viviendo como anatemas, separados de la santa congregación y aun despojados por algun tiempo de todas las señales de sus grandezas segun el mundo, y sin tener mas consuelo que el de sus lágrimas y penitencia.

Estos eran en otro tiempo los penitentes en la Iglesia; si habia en ella algunos pecadores, el espectáculo de su penitencia edificaba mas á los fieles, que lo que les habian escandalizado sus caídas; sus culpas podian en algun modo llamarse felices, pues solian ser mas útiles que la misma inocencia. Bien sé que la Iglesia se ha visto precisada á relajar con una prudente dispensación las penitencias públicas, y aunque refiero aquí su historia, no es para calumniar la prudencia de los pastores que han abolido esta costumbre, sino para llorar la general corrupción de los fieles que los ha precisado á ello. La mudanza de las costumbres y de los siglos trae necesariamente consigo la variedad en la disciplina; el gobierno exterior, fundado en leyes humanas, ha podido mudarse; pero la ley de la penitencia, fundada sobre el Evangelio y sobre la palabra de Dios, siempre es la misma. Es verdad que ya no subsisten los públicos grados de penitencia; pero los rigores y el espíritu de la penitencia aun son los mismos y no se puede prescribir contra ellos. Es verdad que se puede satisfacer á la Iglesia sin padecer las penas públicas que ella imponia an-

tiguamente; pero no se puede satisfacer á Dios sin ofrecerle penas particulares que las igualen y que sirvan de justa compensacion.

Volved los ojos á todas partes; no quiero decir que juzgueis á vuestros prójimos; pero examinad cuáles son las costumbres de todos los hombres que conoceis; tampoco hablo aquí de aquellos pecadores declarados que han sacudido el yugo y que no guardan medida alguna en la culpa; hablo solamente de aquellos que se parecen á vosotros, que tienen unas costumbres regulares y en cuya vida nada se halla que sea enorme y escandaloso; son pecadores, ellos mismos lo confesarán; vosotros no sois inocentes, y me persuado á que tambien lo confesareis. Ahora bien, ¿aquellos son penitentes? ¿lo sois acaso vosotros? Podrá suceder que la edad, los cargos, los cuidados mas serios os hayan retirado de los excesos de la juventud; acaso debeis tambien este favor á las amarguras que la bondad de Dios ha querido derramar sobre vuestras pasiones; las perfidias, las disensiones, el atraso de la fortuna, la ruina de la salud, la decadencia de los negocios, todo esto ha resfriado y contenido las desordenadas inclinaciones de vuestro corazon; el pecado os ha disgustado de el mismo pecado; las pasiones se han ido apagando poco á poco por sí mismas; el tiempo y la inconstancia del corazon ha roto vuestras cadenas; con todo eso, aunque habeis perdido la aficion á las criaturas, no por eso amais mas á vuestro Dios; os habeis hecho mas prudentes, mas regulares segun el mundo, mas honrados, mas exactos en el cumplimiento de las obligaciones públicas y particulares, pero no sois penitentes; habeis cesado en vuestros desórdenes, pero no los habeis expiado; no os habeis convertido, no habeis sentido aún aquel gran golpe que muda el corazon y renueva todo el hombre.

Con todo eso, nada os asusta en este estado tan peligroso; aquellos pecados que nunca han sido purificados con una sincera penitencia y por consiguiente ni perdonados en la presencia de Dios, son para vosotros como si no fuesen, y morireis tranquilos en una impenitencia tanto mas peligrosa, cuanto menos la conoceis. Esta, católicos, no es una simple expresion ni un exceso de celo; no hay cosa mas real ni mas verdadera. Este es el estado de casi todos los hombres y aun de los mas prudentes y aprobados en el mundo. Las primeras costumbres siempre son licenciosas; la edad, los disgustos, el establecimiento fijan el corazon, le apartan del desórden y aun le reconcilian con los santos misterios; ¿pero dónde están los que se convierten? ¿dónde los que expian sus culpas con lágrimas y mortificaciones? ¿dónde los que despues de haber empezado como pecadores acaban como penitentes? ¿dónde están estos, vuelvo á preguntaros?

Hacedme ver en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia; ¿se halla esta en la observancia de las leyes de la Iglesia? No, porque éstas no se extienden á las personas de cierta clase, y la costumbre ha introducido que solo sirvan para la gente plebeya. ¿Se halla en los cuidados de la fortuna, en las inquietudes del favor y de la prosperidad, en las fatigas del servicio, en los disgustos y molestias de la corte, en la sujecion de los empleos y precisos cumplimientos? Tampoco, porque eso seria querer poner vuestros delitos en el número de vuestras virtudes: ¿que Dios os recompense unos trabajos que no padeceis por su Majestad, y que vuestra ambicion, vuestra soberbia y vuestra codicia os dispensasen de la obligacion que estos vicios os imponen? Sereis penitentes del mundo, pero no de Jesucristo. ¿Se halla, finalmente, en las enfermedades

con que Dios os aflige, en los enemigos que os suscita, en las desgracias y pérdidas que os proporciona? ¿pero recibís todos estos trabajos ni aun con conformidad? ¿no tomáis de ellos ocasión para nuevas culpas en vez de hacerlos servir á vuestra penitencia? Y aun cuando fuérais fieles en todos estos puntos, ¿seríais por eso penitentes? Una alma inocente tiene obligación de recibir con humildad los golpes con que Dios la hiere, de cumplir con constancia con las penosas obligaciones de su estado, de ser fiel á las leyes de la Iglesia; pero vosotros que sois pecadores, ¿no debéis hacer algo mas que esto? Y no obstante, aspiráis á la salvacion; ¿pero con qué título? Si decís que sois inocente en la presencia de Dios, vuestra conciencia da testimonio contra vosotros mismos; si quereis persuadiros á que sois penitentes, me parece que no os atreveréis á ello y que quedareis condenados por vuestra propia boca. ¿Pues en qué puedes fiarte, ¡oh hombre! para vivir con esa tranquilidad? *Ubi est ergo gloriatio tua?*¹

Y lo mas terrible en este asunto es que vosotros no haceis mas que seguir la corriente. Vuestras costumbres son las mismas que las de casi todos los hombres; puede ser que conozcáis otros mas pecadores que vosotros, porque supongo que aun conserváis algunas reliquias de religion y algun cuidado de vuestra eterna salud; ¿pero conoceis acaso penitentes verdaderos? Estos es preciso buscarlos en los claustros y en los desiertos. Apenas contais entre las personas de vuestra clase y de vuestro estado un corto número de almas, cuyas costumbres mas austeras que las del comun, se granjean la atencion y aun acaso tambien la censura del público; todos los demás van por un mismo ca-

¹ Rom. 3, v. 17.

mino; yo veo que cada uno se asegura en este particular con el ejemplo de sus iguales; que los hijos suceden en este punto á la falsa seguridad de sus padres; que ninguno vive inocente y que ninguno muere penitente; lo veo, y exclamo: ¡Oh Dios mio! si no nos habeis engañado, si cuanto nos habeis dicho en orden al camino que guia á la vida eterna se debe cumplir hasta el último punto; si el número de los pecitos no puede minorar en nada la severidad de vuestras leyes, ¿á dónde va á parar la infinita multitud de criaturas que desaparecen todos los dias á nuestra vista? ¿dónde están nuestros amigos, nuestros parientes, nuestros superiores, nuestros vasallos que nos han precedido? ¿Qué suerte es la suya en la eterna region de los muertos? ¿y qué será de nosotros algun dia?

Cuando en otro tiempo se quejaba un profeta al Señor de que habia abandonado su alianza con Israel, respondió que aun se habia reservado siete mil hombres que no habian doblado la rodilla delante de Baal; este era todo el número de almas puras y fieles que se hallaba entonces en todo un reino. Pero ¡oh Dios mio! ¿podreis consolar hoy los gemidos de vuestros siervos con la misma seguridad? Bien sé que vuestra vista distingue aun entre nosotros á los justos; que aun tiene el sacerdocio sus Finés, la magistratura sus Samueles, la milicia sus Josués, la corte sus Danieles, sus Esteres y Davides, porque el mundo solamente subsiste por vuestros escogidos, y todo se aniquilará si faltase su número; ¿pero qué son estas felices reliquias de los hijos de Israel que se han de salvar, comparadas con los granos de arena del mar, quiero decir, con la multitud infinita que se ha de condenar?

Preguntadme ahora, católicos, si es verdad que serán pocos los que se salvan; vos, ¡Dios mio! lo habeis dicho, y así,

esta es una verdad eterna; pero aun cuando Dios no lo hubiera dicho, bastaba, en segundo lugar, registrar por un instante lo que pasa entre los hombres; las leyes con que se gobiernan, las máximas que sirven de regla á la multitud, y esta es la segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos, ó por mejor decir, es explicacion de la primera; la fuerza de los usos y costumbres.

SEGUNDA PARTE.

Son pocos los que se salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas en todos los estados, y por las que gobiernan sus costumbres la mayor parte de los hombres, son incompatibles con la salvacion. Las reglas recibidas, autorizadas y aprobadas en el mundo en orden al uso de las riquezas, del amor de la fama, de la modestia cristiana, de las obligaciones, de los empleos, de los estados y de las circunstancias de las obras que se deben practicar, se oponen á las del Evangelio y así guian indefectiblemente á la muerte.

No referiré estas máximas con aquella prolijidad que sería impropia de un discurso y nada decente á la cátedra del Espíritu Santo. Paso en silencio que la costumbre ha establecido en el mundo, que cada uno puede arreglar su gasto segun sus bienes y su clase, y que como sea del patrimonio de sus padres puede muy bien expender, sin poner límites á su lujo ni consultar en sus profusiones mas que á su vanidad y su capricho. Pero la moderacion cristiana tiene sus reglas; vosotros no sois dueños absolutos de vuestras riquezas, particularmente cuando mil pobres infelices están padeciendo; cuando gastais fuera de lo necesario para vosotros y para la decencia de vuestro estado, es una in-

humanidad y un hurto que haceis á los pobres. Direis acaso que estas son sutilezas de la devocion y que en materia de gastos y profusiones nada hay que sea reprehensible y excesivo segun el mundo, sino lo que puede llegar á parar en arruinar la fortuna y alterar los negocios.

Paso en silencio que ya es costumbre recibida en el mundo, que el orden del nacimiento ó los intereses de la fortuna decidan siempre de nuestros destinos y arreglen la eleccion del siglo ó de la Iglesia, del retiro ó del matrimonio; pero ¡oh Dios mio! ¿puede la vocacion del cielo depender de las leyes humanas de un nacimiento carnal? Decís que es imposible colocarlos á todos en el mundo y que sería triste cosa ver á los hijos seguir unos partidos poco dignos de su clase y de su nacimiento. Tambien quiero pasar en silencio que ha introducido la costumbre el que las jóvenes que se crían para el mundo hayan de ser muy instruidas muy temprano en todas las artes propias para lucir y agradar, se hayan de ejercitar con mucho cuidado en una funesta ciencia en que nuestros corazones nacen demasadamente instruidos, siendo así que la educacion cristiana es una educacion de retiro, de pudor, de modestia y de aborrecimiento del mundo. Por mas que se les predique, responden que es preciso vivir segun la costumbre, y unas madres por otra parte cristianas y timoratas, ni aun escrúpulo forman en este asunto.

Y así, si aun sois jóven, decís que este es el tiempo de los placeres, que no sería justo prohibiros en él lo que otros se han permitido, y que la edad mas madura traerá consigo costumbres mas serias.

Si sois de distinguido nacimiento, decís que es preciso adelantarse á fuerza de engaños, de ruindades y de gastos, y hacer de vuestra fortuna vuestro ídolo; y la ambicion tan

condenada por las reglas de la fe, no es mas que un deseo digno de vuestro nombre y de vuestro nacimiento.

Si sois de un sexo y de una clase que os precisa á vivir en los cumplimientos del mundo, decís que no es razon singularizarse; que teneis precision de concurrir á los regocijos públicos, á los lugares á donde asisten las personas de vuestra clase y edad; asistir á las mismas diversiones, pasar los dias en la misma ociosidad y exponeros á los mismos peligros; que estas son unas costumbres ya establecidas y que no está en vuestra mano el reformarlas. Esta es la doctrina del mundo.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿quién os asegura en estos caminos? ¿cuál es la regla que os los justifica? ¿quién os autoriza ese fausto que ni conviene al título que recibisteis en el bautismo, ni acaso tampoco á los que habeis heredado de vuestros mayores? ¿quién esos placeres públicos, los que solamente teneis por inocentes porque vuestra alma demasiado familiarizada no siente sus peligrosas impresiones? ¿quién ese continuo juego que ha llegado á ser la mas importante ocupacion de vuestra vida? ¿quién os dispensa de todas las leyes de la Iglesia? ¿quién os permite esa vida ociosa, sensual, sin virtud, sin trabajos y sin ejercicio alguno penoso de la religion? ¿quién os mueve á solicitar el formidable peso de los honores del santuario, los que basta desear para hacerse indigno de ellos en la presencia de Dios? ¿quién os autoriza para que vivais como extraño en vuestra propia casa, para que ni aun os digneis de informaros de las costumbres de vuestra familia, para que tengais por grandeza el ignorar si creen en el Dios que vosotros adorais, y si cumplen con las obligaciones de la religion que vosotros profesais? ¿quién justifica unas máximas tan poco cristianas? ¿es acaso el Evangelio de Jesu-

cristo? ¿es la doctrina de los santos? ¿son las leyes de la Iglesia? Porque para vivir seguros necesitais tener alguna regla; ¿pues cuál es la vuestra? Direis que la costumbre, y esto es todo lo que podeis respondernos: todos cuantos veis al rededor de vosotros siguen las mismas reglas. Cuando venisteis al mundo hallásteis ya establecidas estas costumbres; nuestros padres, direis, vivieron de este modo y de ellos las hemos aprendido; los mas prudentes del siglo se conforman con ellas, no he de ser yo solo mas sábio que todos los hombres juntos; es preciso conformarse con lo que vemos practicar todos los dias, y no querer ser singular.

Con esto vivís seguros contra todos los temores de la religion; nadie examina la ley: el público ejemplo es el único fiador de nuestras costumbres; no nos importa el que sean vanas las leyes de los pueblos, como dice el Espíritu Santo: *Quia leges populorum vanae sunt.*¹ Que Jesucristo nos haya dejado unas reglas en las que ni el tiempo, ni los siglos, ni las costumbres, nada pueden mudar; que el cielo y la tierra pasarán, los usos y costumbres se mudarán, pero estas divinas reglas siempre serán las mismas.

Nos contentamos con mirar á los demás; no pensamos en que lo que hoy se llama costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los cristianos; y que aunque han prevalecido la corrupcion y los desórdenes, por no tenerse ya por singulares, no por eso han perdido su malicia; no reparamos en que hemos de ser juzgados segun el Evangelio, y no segun la costumbre; segun el ejemplo de los santos, y no segun las opiniones de los hombres: que las costumbres que no han tenido mas fundamento para establecerse entre los fieles que el debili-

¹ Jerem. 10. v. 3.

tarse la fe, son abusos que se deben llorar y no modelos que se hayan de seguir; que aunque se hayan mudado las costumbres no por eso se han mudado las obligaciones; que el comun ejemplo que las autoriza, solamente prueba que la virtud es rara, pero no que sea permitido el desorden; y en una palabra, que la piedad y la vida cristiana son demasiado amargas á la naturaleza, para ser abrazadas de la mayor parte de los hombres.

Decidnos ahora que solo haceis lo que veis practicar á los demás; pues justamente este será el motivo de vuestra perdicion: ¿y es posible que la preocupacion mas terrible que os condena ha de ser motivo de vuestra confianza? ¿Cuál es, segun la Escritura, el camino que guia á la muerte? ¿no es aquel por donde camina la mayor parte? ¿Cuál es el partido de los réprobos? ¿no es el de la multitud? ¿haceis lo que veis practicar á otros? Pues de ese modo perecieron en tiempo de Noé todos los que se anegaron en las aguas del diluvio; en tiempo de Nabucodonosor todos los que doblaron la rodilla á la sacrilega estatua; en tiempo de Elías todos los que adoraron á Baal; en tiempo de Eleázaro todos los que abandonaron la ley de sus padres, ¿Haceis lo que veis practicar á otros? pues eso es lo que os prohíbe la Escritura; *no os conformeis con el siglo corrompido*,¹ nos dice; este siglo corrompido no puede ser el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís. ¿Haceis lo que veis practicar á otros? pues tendreis la misma suerte que ellos. Desgraciado de tí, exclamaba en otro tiempo San Agustín, ¡fatal torrente de las humanas costumbres! ¿nunca has nunca de suspender tu curso? ¿siempre has de llevar arrastrando á los hi-

¹ Rom. 12.

jos de Adán al abismo inmenso y terrible? *Vae tibi flumen moris humani! quousque volves Evæ filios in mare magnum, et formidolosum.*¹

En vez de decirse cada uno á sí mismo: ¿qué esperanzas son las mías? En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho por donde caminan casi todos y va á parar á la muerte; otro estrecho por donde caminan pocos y guia á la vida; ¿cuál de los dos es el que yo sigo? Mis costumbres son semejantes á las de los de mi clase; de mi edad y de mi estado; yo sigo la multitud; luego no voy por buen camino: yo me pierdo; pues en cada estado el mayor número no es el de los que se salvan; en vez de discurrir así, habla consigo mismo, diciéndose: Yo no soy de peor condicion que los demás; de este modo viven los de mi edad y de mi clase; ¿por qué no he de vivir yo como ellos? ¿Por qué, amados oyentes míos? Por lo mismo. La vida de la mayor parte de los hombres no puede ser una vida cristiana; los santos en todos los siglos han sido hombres singulares; sus costumbres han sido diferentes de las de los demás, y han sido santos porque no se han parecido á los otros hombres.

En el siglo de Esdras habia prevalecido la costumbre de aliarse, no obstante la prohibicion de la ley, con mujeres extranjeras; el abuso era universal, los sacerdotes y el pueblo no hacian escrúpulo de ella. ¿Pero qué hizo aquel santo restaurador de la ley? ¿Siguió acaso el ejemplo de sus hermanos? ¿juzgó que la transgresion, por ser comun, era mas legítima? Lo contrario, apeló del abuso á la regla; tomó el libro de la ley en sus manos, se le explicó al pueblo consternado, y enmendó la costumbre con la verdad.

Registrad de siglo en siglo la historia de los justos, y ved si se conformaba Loth con las costumbres de Sodoma y si

¹ S. August, in Confes. lib. 1. núm. 6.

era bien distinto de sus conciudadanos; si Abraham vivia como los de su siglo, si Job era semejante á los demás príncipes de su nacion, si Esther en la corte de Asuero se gobernaba como las demás mujeres de aquel príncipe; si habia muchas viudas en Betulia y en Israel que se pareciesen á Judith; si entre los hijos de la cautividad hubo otro de quien se dijese, como de Tobías, que no seguia el mal ejemplo de sus hermanos y que huia hasta los peligros de su trato y compañía; mirad cómo en aquellos felices siglos, cuando todavía eran santos los cristianos, resplandecian como astros en medio de las naciones corrompidas; cómo servian de espectáculo á los ángeles y á los hombres con lo singular de sus costumbres; cómo los reprendian los paganos su retiro y su ninguna asistencia á los teatros, á los circos y á las demás diversiones públicas; cómo se quejaban de que los cristianos afectaban distinguirse en todo de sus conciudadanos, formar como un pueblo á parte en medio de su pueblo, tener leyes y costumbres particulares, y cómo luego que algun hombre se convertia al cristianismo, le contaban ya por un hombre inútil para los placeres, para las concurrencias y para sus costumbres; finalmente, registrad todos los siglos, y ved si aquellos santos cuyas acciones y vida se han derivado hasta nosotros, se parecieron á los demás hombres.

Acaso me direis que estas mas son singularidades y excepciones, que reglas que todos debemos seguir; son excepciones, es verdad, pero es porque la regla general es el perderse; porque una alma fiel en el mundo siempre se ha tenido por una singularidad que se acerca á prodigio: direis que no está obligado todo el mundo á seguir estos ejemplos; ¿pero por ventura no es la santidad la vocacion general de todos los fieles? ¿no es necesario ser santos para sal-

varse? ¿acaso el cielo se debe dar á unos á mucha costa y á otros de balde? ¿Teneis vosotros otro Evangelio por donde gobernaros, otras obligaciones que cumplir, ni otras promesas que esperar distintas de las de los santos? Pues si habia otro camino mas fácil para conseguir la salvacion, ¿oh piadosos fieles que gozais en el cielo de un reino que habeis conseguido con la violencia y que ha sido el premio de vuestra sangre y de vuestros trabajos! ¿por qué nos habeis dejado unos ejemplos tan peligrosos é inútiles? ¿por qué nos habeis enseñado un camino áspero, desagradable y muy á propósito para acobardar nuestra flaqueza, si habia otro mas fácil y mas llano, el cual pudiérais habernos manifestado para alentarnos y atraernos, facilitándonos nuestra carrera? ¡Gran Dios! ¿qué poco consultan los hombres á la razon en el negocio de su eterna salud!

Fiaros ahora en la multitud, como si ésta fuera capaz de hacer que quedasen los delitos sin castigo y como si Dios no se hubiera de atrever á perder á todos los hombres que viven como vosotros: ¿pero qué son todos los hombres juntos en la presencia de Dios? ¿le sirvió acaso de estorbo la multitud de culpables para que exterminase toda la carne en el diluvio, para que hiciese bajar fuego del cielo sobre las cinco ciudades infames, para que sepultase á Faraon y á todo su ejército en las aguas, y para que quitase la vida á los murmuradores en el desierto? ¡Ah! los reyes de la tierra pueden tener respeto á la multitud de culpados, porque ésta imposibilitaria el castigo, ó á lo menos le haria peligroso por ser general la culpa; pero Dios que, como dice Job, destruye los impios en la tierra como quien sacude el polvo que se pega á los vestidos; Dios, en cuya presencia los pueblos y naciones son como si no fuesen, no teme el número de los culpados y solo mira á los delitos; y

lo mas que la flaca criatura puede esperar de los cómplices de su transgresion, es el tenerlos por compañeros de sus desgracias.

Pero si son pocos los que salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas son máximas de pecado, tambien son pocos los que se salvan porque las máximas y las obligaciones mas universalmente ignoradas ó despreciadas son las mas indispensables para la salvacion. Ultima reflexion que prueba y aclara las precedentes.

TERCERA PARTE.

¿Cuáles son las obligaciones de la santa vocacion á que hemos sido llamados? Las solemnes promesas del bautismo. ¿Qué prometimos en el bautismo? Renunciar al mundo, á la carne, á Satanás y á sus obras. Estas son nuestras promesas, este el estado del cristiano, estas las condiciones esenciales del santo tratado concluido entre Dios y nosotros, en virtud del cual se nos ha prometido la vida eterna. Estas son unas verdades que parecen demasiado comunes y propias solamente para el pueblo sencillo; pero esto es engañarse. No hay verdades mas sublimes ni tampoco mas ignoradas: continuamente deben anunciarse en las cortes de los reyes y á los grandes de la tierra: *Regibus, et principibus terre.* ¡Ah! que aunque estos son hijos de luz para los negocios del siglo, al mismo tiempo suelen hallarse mas ignorantes en los primeros principios de la moral cristiana que las almas mas sencillas y vulgares; suelen tener necesidad de ser alimentados con leche y quieren que les suministremos un alimento sólido y que hablemos el idioma de la sabiduría; como si hablásemos en presencia de los mas perfectos.

Primeramente, habeis renunciado al mundo en el bautismo; esta es una promesa que hicisteis á Dios á vista de los santos altares: la Iglesia fué su fiadora y depositaria, y solamente fuisteis admitidos en el número de los fieles y señalados con el indeleble sello de la salvacion, en virtud de la fe que jurásteis al Señor de no amar al mundo, ni á nada de cuanto el mundo ama. Si entonces hubiérais respondido en la sagrada pila lo que estais diciendo todos los dias, esto es, que el mundo no os parece tan infame ni pernicioso como os deciamos; que se le puede tener un amor inocente; que el declamar tanto contra él desde los púlpitos, es porque no le conocemos; y que pues habeis de vivir en el mundo, quereis vivir como el mundo. Si hubiérais respondido de este modo, la Iglesia no os hubiera recibido en su seno, no os hubiera asociado á la esperanza de los cristianos y á la comunión de los que han vencido al mundo, y os hubiera aconsejado que fuérais á vivir entre los infieles que no conocen á Jesucristo, porque allí adonde se adora al príncipe del mundo, es donde se permite amar lo que le pertenece. Por eso en los primeros tiempos, aquellos catecúmenos que aun no podian resolverse á renunciar al mundo y á sus placeres, dilataban su bautismo hasta la muerte; no se atrevian á firmar al pié de los altares, en el sacramento que nos reengendra, unas obligaciones cuya extension y santidad conocian, y con las que no se hallaban en estado de poder cumplir. Estais pues obligados con el mas solemne juramento á aborrecer al mundo, esto es, á no conformaros con él; si le amais, si seguís sus placeres y sus costumbres, no solamente sois enemigos de Dios, como dice San Juan, sino tambien faltais á la palabra que dísteis en el bautismo; abjurais el Evangelio de Jesucristo, sois un apóstata de la religion y pisais los mas

santos é irrevocables votos que puede hacer el hombre.

¿Y cuál es el mundo que debeis aborrecer? No puedo responderos otra cosa sino que es el mismo que amais. Por estas señas no os podreis engañar: este mundo es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías y cuyos pesares se reducen únicamente á los bienes ó males de esta vida. Este mundo es un conjunto de gentes que miran la tierra como su patria, el siglo futuro como un destierro, las promesas de la fe como un sueño y la muerte como el mayor de todos los males; este mundo es un reino temporal, en donde no se conoce á Jesucristo, en donde los que no le conocen no le glorifican como á su Señor, le aborrecen con sus máximas, le desprecian en sus siervos, le persiguen con sus obras, le afrentan ó ultrajan en sus sacramentos y en su culto; finalmente, este mundo, para decirlo con toda claridad, es la multitud. Pues este mismo es el mundo de que debeis huir, al que debeis aborrecer, reprobado con vuestros ejemplos, desear que él tambien os aborrezca y que contradiga vuestras costumbres con las suyas; este es el mundo que debe ser para vosotros un crucificado, esto es, un anatema y un objeto de horror y al que vosotros mismos debeis tambien parecer tales.

Ahora bien; ¿os hallais en este estado respecto del mundo? ¿os sirven de molestia sus placeres? ¿se aflige vuestra fe con sus escándalos? ¿llorais por lo dilatado de vuestra peregrinacion? ¿teneis algo de comun con el mundo? ¿no sois vosotros mismos unos de sus principales actores? ¿sus leyes no son vuestras leyes? ¿sus máximas no son vuestras máximas? ¿no condenais lo mismo que él condena? ¿no aprobais lo que él aprueba? ¿Y aun cuando quedarais solos en la tierra, no se podria decir que este mundo corrom-

pido subsistia en cada uno de vosotros como en un perfecto modelo de quien podrian aprender vuestros descendientes? Y cuando digo vosotros, hablo con casi todos los hombres. ¿Dónde están los que renuncian de veras los deleites, las máximas, las costumbres y las esperanzas del mundo? Todos lo han prometido; ¿pero quién lo observa? Es verdad que muchas personas se quejan del mundo, le llaman injusto, ingrato é inconstante, declaman contra él y hablan mal de sus abusos y errores; pero aunque le desacreditan le aman, le siguen y no pueden vivir sin él; aunque se quejan de sus injusticias, es porque se sienten agraviados, pero no desengañados; conocen sus malos tratamientos pero no sus peligros; le censuran, ¿pero dónde están los que le aborrecen? Pues inferid de aquí si son muchos los que pueden aspirar á la salvacion.

En segundo lugar: renunciásteis á la carne en vuestro bautismo, esto es, os obligásteis á no vivir segun las sentidos, á mirar la ociosidad y la pereza como pecado, á no halagar los corrompidos desos de vuestra carne, á castigarla, domarla y crucificarla; esto no es un punto de perfeccion, es una promesa, es la mas esencial de vuestras obligaciones y el carácter mas inseparable de la fe; ahora bien, ¿dónde están los cristianos que en este punto sean mas fieles que vosotros?

Finalmente, renunciásteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida; las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, cuyo padre es, la soberbia, de la que es modelo, las envidias y discordias, de las que es artífice. Ahora os pregunto: ¿dónde están los que no han retratado la anatema que habian pronunciado contra Satanás en este punto?

Y de este modo, quiero decirlo aunque de paso, quedan resueltas infinitas cuestiones. Continuamente nos estais preguntando si son inocentes para los cristianos los espectáculos y demás públicas diversiones. Yo tambien quiero haceros una pregunta: ¿Estas obras son de Satanás ó de Jesucristo? porque en la religion no hay medio. No quiero decir que no haya algunas diversiones que puedan llamarse indiferentes; pero los placeres mas indiferentes que permite la religion y aun hace necesarios la flaqueza de nuestra naturaleza, en algun modo pertenece á Jesucristo, porque debe servirnos para dedicarnos con mas facilidad á las obligaciones mas santas y mas serias. Todo cuanto hacemos, ya lloremos, ya riemos, debe ser de tal naturaleza, que á lo menos lo podamos ordenar á Jesucristo y hacerlo por su gloria.

Fundados, pues, en este principio indefectible y el mas universalmente recibido en la moral cristiana, no tendreis dificultad en decidir la cuestion. ¿Podeis ordenar á gloria de Jesucristo los placeres de los teatros? ¿puede tener Jesucristo alguna conexion con esta especie de diversiones? ¿podreis vosotros decirle antes de empezar á gozarlas, que en esa accion no os proponéis mas que su gloria y el deseo de agradarle? ¿Os parece que los espectáculos, en el pie que hoy están, mas infames aún por el público desorden de las infelices criaturas que se presentan en el teatro, que por las impuras y provocativas escenas que en él se representan, os parece que tales espectáculos serán obras de Jesucristo? ¿Podrá amar Jesucristo una boca que profiere canciones profanas y lascivas? ¿podrá formar el mismo Jesucristo los sonidos de una voz que corrompe los corazones? ¿podrá parecer Jesucristo en el teatro en la persona de un actor ó de una actriz descarada, gentes infames, aun segun

las leyes de los hombres? Blasfemias son estas que me horrorizan. ¿Ha de presidir Jesucristo á unas asambleas de pecado, en donde todo lo que se oye infama su doctrina, donde el veneno entra en el alma por todos los sentidos, en donde todo el arte se reduce á inspirar, á despertar, á justificar las pasiones que él condena? Luego si estas obras no son obras de Jesucristo, en el sentido ya explicado, esto es, obras que puedan á lo menos referirse á Jesucristo, son obras de Satanás, dice Tertuliano: *Nihil enim non diaboli est, quidquid non Dei est. . . . hoc ergo erit pompa diaboli.* Luego todos los cristianos deben abstenerse de ellas; luego los que participan de ellas quebrantan los votos de su bautismo; luego por mas que se precien de inocencia, diciendo que sacan el corazon de estos perversos lugares libre de impresiones, siempre salen manchados, pues solamente con haber concurrido han participado de las obras de Satanás, á las que habian renunciado en su bautismo, y han violado las mas sagradas promesas que habian hecho á Jesucristo y á su Iglesia.

Estas son, católicos, las promesas de nuestro bautismo, y ya os he dicho que no son consejos ó ejercicios de devocion, sino las obligaciones mas esenciales. No se trata de ser mas ó menos perfectos, despreciándolas ó abandonándolas, sino de ser ó no cristianos. No obstante, ¿quién es el que las observa? ¿quién las conoce? ¿quién cuida de acusarse en el tribunal de la penitencia de haber faltado á ellas? Suele costarnos trabajo el hallar materia para la confesion, y despues de una vida absolutamente mundana, apenas hallamos que decir al confesor. ¡Ah! católicos, si supiérais las obligaciones del título de cristianos con que estais ennoblecidos, si conociérais la santidad de vuestro estado, el despego que os impone de todas las criaturas, el aborreci-

miento que os manda del mundo, de vosotros mismos y de todo lo que no es Dios; la vida de la fe, la continua vigilancia, la custodia de los sentidos, en una palabra, la conformidad que os pide con Jesucristo crucificado; si lo conociérais, si reflexionárais en que debiendo amar á Dios con todo vuestro corazón y con todas vuestras fuerzas, un solo deseo que no pueda referirse á Dios os mancha; si conociérais esto, os tendríais por un monstruo en su presencia. ¿Es posible, diríais, que siendo tan santas mis obligaciones, han de ser tan profanas mis costumbres? ¿que mandándoseme una vigilancia tan continua, haya de hacer yo una vida tan descuidada y distraída? ¿que debiendo tener un amor á Dios tan puro, tan lleno y tan universal, haya de estar mi corazón entregado siempre á mil afectos ó extraños ó culpables? Si esto es así, ¡oh Dios mío! ¿quién podrá salvarse? *Quis poterit salvus esse?*¹ Pocos, amados oyentes míos; á lo menos vosotros no os salvareis si no mudais de vida, ni tampoco los que se parecen á vosotros: no se salvará la multitud.

¿Quién podrá salvarse, decís? ¿Quereis saberlo? Los que trabajan para su eterna salud con temblor, los que viven en el mundo pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? Aquella mujer cristiana que encerrada en el recinto de sus obligaciones domésticas, cria á sus hijos en la fe y en la piedad, que deja al Señor el cuidado de su suerte, que no divide su corazón sino entre Jesucristo y su esposo, que está adornada de pudor y de modestia, que no se sienta en los congresos de la vanidad y no tiene por ley las locas costumbres del mundo, sino que las corrige con la ley de Dios y da estimación á la virtud por su clase y con su ejemplo.

¹ Matth. 19. v. 25.

¿Quién podrá salvarse? Aquel fiel que en la relajación de estos últimos tiempos procura imitar las primeras costumbres de los cristianos, que tiene sus manos inocentes y el corazón puro y vigilante, *que no ha recibido su alma en vano*,¹ sino que aun en medio de los peligros del mundo se aplica continuamente á purificarla; el justo *que no jura fraudulentamente á su prójimo*,² ni debe el aumento inocente de su fortuna á unos medios dudosos; el generoso que llena de beneficios al enemigo que ha querido perderle y no ofende á sus competidores sino con su mérito; el sincero que no sacrifica la verdad á un vil interés, ni sabe complacer agraviando su conciencia; el caritativo que de su casa y poder hace asilo para sus prójimos, de su persona consuelo para los afligidos, y de sus riquezas alivio para los pobres; el que es sufrido en los trabajos, cristiano en las injurias y penitente aun en la prosperidad.

¿Quién podrá salvarse? Vosotros, amados oyentes míos, si quereis seguir su ejemplo. Estos son los que se salvarán: es verdad que éstos no formarán el mayor número, y así, mientras vivais como la multitud, es de fe que no podéis aspirar á la salvación. Porque si pudiérais salvaros viviendo de ese modo, casi todos los hombres se salvarían, pues á excepción de un corto número de impíos que se entregan á monstruosos excesos, los demás hombres no hacen mas que lo que vosotros haceis, y mandándonos la fe que no creamos que todos los hombres se salvan, es también verdad de fe que no podéis aspirar vosotros á la salvación, si es que solamente os habeis de salvar con la multitud.

¹ Psalm. 39. v. 4.

² Ibid.

Estas son unas verdades que hacen temblar, y no son como aquellas verdades indeterminadas que se dicen á todos los hombres y que ninguno se las aplica á sí mismo; acaso no habrá persona en mi auditorio que no pueda decirse á sí misma: Yo vivo como la mayor parte de los hombres, como los de mi clase, de mi edad y de mi estado, luego estoy perdido si muero en este camino; ¿pues qué cosa mas propia para atemorizar á una alma en quien ha quedado aún algun cuidado de su salvacion? Con todo eso, la multitud no tiembla; solamente un corto número de justos trabajan separadamente para su salvacion con temor; todos los demás viven tranquilos, todos saben que generalmente hablando, el mayor número se condena; pero todos se lisonjean de que despues de haber vivido con la multitud, serán separados de ella en la muerte; cada uno se figura para sí el caso de una excepcion quimérica, y cada uno se promete una suerte favorable.

Por eso dirijo mi discurso, católicos, á vosotros solos que estais aquí presentes; no hablo de los demás hombres; os miro como si fuérais solos en la tierra; pero escuchad el pensamiento que me ocupa y espanta. Supongamos que ha llegado ya vuestra última hora y el fin del universo; que van á abrirse los cielos sobre vuestras cabezas; que se manifiesta Jesucristo con toda su gloria en medio de este templo, y que vosotros solamente habeis venido aquí para esperarle, y como unos tímidos reos á quienes se les va á pronunciar, ó una sentencia de gracia ó un decreto de muerte eterna; porque por mas que os lisonjéis, morireis en el estado que hoy os hallais: todos esos deseos de conversion que ahora os entretienen, os entretendrán hasta la hora de la muerte; esto lo confirma la experiencia de todos los siglos; lo que hallareis entonces de nuevo, será acaso mayor cuenta que

dar que hoy; y así casi podeis juzgar de lo que os ha de suceder al salir de esta vida, por lo que os sucediera ahora si hubiérais de ser juzgados en este instante.

Ahora os pregunto, aunque lleno de confusion y espanto, sin separar en este particular mi suerte de la vuestra y poniéndome en la misma disposicion que yo quisiera que os halláseis vosotros; os pregunto, pues, si Jesucristo se manifestara en este templo, en medio de este concurso, el mas augusto de todo el universo, para juzgarnos, para hacer la terrible separacion de los cabritos y de las ovejas, ¿os parece que seria colocado á su derecha el mayor número de los que aquí nos hallamos? ¿os parece que seria á lo menos igual el número? ¿os parece que hallaria siquiera entre nosotros diez justos, pues no los halló el Señor en otro tiempo en cinco ciudades enteras? Esto os pregunto, católicos; vosotros lo ignorais y yo tambien lo ignoro. Vos solo, ¡oh Dios mio! conoceis los que son vuestros; pero si no sabemos quiénes son los que le pertenecen, sabemos á lo menos que no le pertenecen los pecadores. ¿Quiénes son, pues, los fieles entre los que aquí estamos? Los títulos y dignidades no se deben apreciar, pues habeis de ser despojados de ellas en presencia de Jesucristo; ¿pues quiénes son? Muchos pecadores que no quieren convertirse, muchos mas que lo quisieran, pero que dilatan su conversion; otros muchos que nunca se convertirán sino para recaer; finalmente, muchísimos que se persuaden á que no necesitan convertirse; este es el partido de los réprobos: separad de este santo concurso estos cuatro géneros de pecadores, pues en el dia de la cuenta han de ser separados. Venid acá, justos; ¿dónde estais? Reliquias de Israel, pasad á la derecha; trigo de Jesucristo, apártate de esa paja destinada para el fuego. ¡Oh Dios! ¿dónde están vuestros escogidos?

¿Y qué es lo que os queda, Señor, para herencia vuestra?

Católicos, nuestra perdición es casi indefectible y no pensamos en ello. Aun cuando en esta terrible separación que ha de llegar á hacerse algun dia no hubiera de haber mas que un solo pecador de este concurso al lado de los réprobos y que una voz del cielo nos lo asegurara aquí sin decirnos cuál es, ¿quién de nosotros no temeria ser este infeliz? ¿quién de nosotros no examinaria inmediatamente su conciencia para ver si por sus delitos merecia este castigo? ¿quién de nosotros no preguntaria temblando á Jesucristo, como en otro tiempo los apóstoles: Señor, ¿acaso seré yo? *Numquid ego sum Domine?*¹ Y si se concedia algun término, ¿quién no procuraria apartar de sí esta desgracia con las lágrimas y los gemidos de una sincera penitencia?

¿Qué prudencia es la nuestra, católicos? Acaso entre todos los que me oyen no se hallarán diez justos; ¿se hallará menor número? No lo sé, ¡oh Dios mio! yo no me atrevo á fijar mi vista en los abismos de vuestros juicios y de vuestra justicia. Acaso no se hallará mas que uno solo. ¿Pues cómo no os asusta, católicos, este peligro? ¿se persuade cada uno de vosotros á que ha de ser el solo dichoso entre el gran número que ha de perecer? ¿Vosotros que tenéis menos fundamento que otros para creerlo, vosotros, sobre quienes debiera caer la sentencia de muerte, aun cuando no cayera mas que sobre un solo pecador de los que me oyen?

¡Gran Dios! ¿qué poco se conocen en el mundo las amenazas de vuestra ley! Los justos de todos los siglos han temblado de espanto, meditando la severidad y profundidad de vuestros juicios en orden al destino de los hombres. Se

¹ Matth. 26, v. 22.

han visto muchos santos solitarios despues de toda una vida penitente, que atemorizados con la verdad que acabo de predicaros, y poseidos de un temor para el que no habla consuelo, estando para morir hacian temblar de miedo su pobre y austera cama, y con una voz ya desfallecida preguntaban á sus hermanos: ¿Os parece que el Señor tendrá misericordia de mí? Y acaso hubieran caido en desesperación si vuestra presencia, ¡oh Dios mio! no hubiera calmado inmediatamente la borrasca y mandado al mar y á los vientos que se sosegasen; y hoy despues de una vida conforme con la de la multitud, despues de una vida mundana, profana y sensual, cada uno muere tranquilo, y cuando es llamado el ministro de Jesucristo tiene precision de fomentar la falsa paz del que agoniza, de no hablarle mas que de los infinitos tesoros de las divinas misericordias, y de ayudarle, si es lícito decirlo así, á que se engañe á sí mismo. ¡Oh Dios mio! ¿qué prepara la severidad de vuestra justicia á los hijos de Adán?

¿Pero qué es lo que se ha de inferir de estas grandes verdades? ¿Acaso que debemos desesperar de nuestra salvación? No lo permita Dios. Solamente el impío por vivir tranquilo en sus desórdenes, procura persuadirse en su interior que todos los hombres perecerán como él. No debe ser este el fruto de este discurso, sino el desengañaros de este error tan universal, á saber: que nos es lícito hacer todo lo que los demás hacen y que la costumbre es un camino seguro; persuadirnos á que para salvarnos es necesario distinguirnos de los demás, ser iguales, vivir separados en medio del mundo y no parecernos á la multitud.

Quando los judíos cautivos estaban para salir de Judea y marchar á Babilonia, el profeta Jeremías, á quien habia mandado el Señor que no desamparase á Jerusalem, los ha-

bló de este modo: Hijos de Israel, cuando llegueis á Babilonia vereis á los habitantes de aquel país que llevan sobre sus hombros dioses de oro y de plata, y que todo el pueblo se postra en su presencia para adorarlos; pero vosotros entonces, en vez de dejaros arrastrar de la impiedad de su ejemplo, decid en vuestro corazón: Señor, vos solo debéis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.*¹

Permitidme, señores, que acabe mi discurso dirigiéndoos las mismas palabras: al salir de este templo y de esta Sion santa, volvereis á entrar en Babilonia; volvereis á ver aquellos ídolos de oro y plata en cuya presencia se postran todos los hombres; volvereis á hallar los vanos objetos de las pasiones humanas, las riquezas, la fama, los deleites, que son los dioses de este mundo y á los que adoran casi todos los hombres; vereis aquellos abusos que el mundo se permite, aquellos errores que autoriza la costumbre, aquellos desórdenes de los que casi ha llegado á hacer ley la impiedad. Entonces, amados oyentes míos, si quereis ser del corto número de los verdaderos israelitas, decid en lo íntimo de vuestros corazones: Vos solo, ¡oh Dios mío! mereceis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* No quiero tener parte con un pueblo que no os conoce; nunca tendré mas ley que la vuestra; los dioses que adora esta necia multitud no son dioses; son obra de la mano de los hombres y perecerán con ellos; vos solo sois inmortal, ¡oh Dios mío! y solo vos mereceis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* Las costumbres de Babilonia en nada se parecen á las santas leyes de Jerusalem; yo os adoraré con el corto número de los hijos de Abraham, de quienes aun se compone vuestro pueblo en medio de una nación infiel; endere-

¹ Baruch 6.

zaré con ellos todos mis deseos hácia la Jerusalem santa; la singularidad de mis costumbres será tenida por flaqueza; pero feliz flaqueza, Señor, que me dará fuerza para resistir al torrente y á los engaños del mal ejemplo; vos, Señor, sereis mi Dios en medio de Babilonia, del mismo modo que lo habeis de ser en la Jerusalem santa: *Te oportet adorari, Domine.* ¡Ah! llegará tiempo de que se acabe el cautiverio; os acordareis de Abraham y de David; libertareis vuestro pueblo; nos volvereis á la ciudad santa, y entonces vos solo reinareis en Israel y en las naciones que no os conocen; entonces, destruidas todas las cosas, aniquilados todos los imperios, todos los cetros y todos los monumentos de la soberbia humana, y permaneciendo vos solo eternamente, se conocerá que vos solo mereceis ser adorado: *Te Domine oportet adorari.*

Este, católicos, es el fruto que debéis sacar de este sermón: vivid separados, pensad continuamente en que el mayor número de los hombres se condena. No hagais caso de las costumbres si no están autorizadas con la ley, y acordaos de que los santos han sido en todos tiempos hombres singulares. De este modo, despues de haberos apartado de los pecadores en la tierra, sereis tambien separados gloriosamente en la eternidad. Amen.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

85 x 71 107

Y otros de los que se han de hacer en esta vida, y de los que se han de hacer en la otra. Y de los que se han de hacer en esta vida, y de los que se han de hacer en la otra. Y de los que se han de hacer en esta vida, y de los que se han de hacer en la otra.

SERMON

PARA EL MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA CONFUSION DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

Si peccaverit in te frater tuus, vade et corripe eum inter te, et ipsum solum; si te audierit lucratus eris fratrem tuum.

Si se hubiere ofendido tu prójimo, vé, y repréndele en particular; si te oyese, habrás ganado á tu prójimo.

MATH. 18. v. 15.

Una obligacion de las mas esenciales y de las mas ignoradas de la vida cristiana, es el uso que debemos hacer de los vicios ó de las virtudes de los hombres con quienes tenemos precision de vivir. Por eso la divina sabiduría permite la confusion de la zizafia y el trigo de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y

á otros medios, de conversion y ocasiones de mérito. Y cuando los siervos del padre de familias, movidos de los escándalos que afrentan su reino, le piden que les permita arrancar la zizaña que el hombre enemigo habia sembrado en el campo divino, condena su celo y les da á entender que esta mezcla que tan injuriosa parece á su gloria, tiene sus razones y sus utilidades en el orden adorable de su providencia.

No obstante, esta mezcla destinada á corregir el vicio y purificar y probar la virtud, engaña ó desalienta á ésta, y da motivo de murmuracion á aquel. Esta mezcla que debiera ser útil para todos, ha llegado á ser perniciosa para todos, y aun hoy dice dia san Agustin, tienen trabajo los justos en aguantar á los pecadores, y los pecadores no pueden sufrir la presencia de los justos, siendo mutuamente molestos los unos á los otros: *Oneri enim sibi sunt*: Es, pues, muy importante el explicar las razones eternas y las utilidades de esta conducta de Dios para con su Iglesia, y esta es una materia muy importante, porque se ordenan á ella todas las demás obligaciones de la vida cristiana. A la verdad, hallándose siempre mezclados en la tierra el vicio y la virtud, no hay cosa mas digna de explicacion que las reglas de la fe que enseñan á los pecadores la utilidad que deben sacar de la compañía de los justos con quienes tienen precision de vivir, y á los justos la que han de sacar del comereio con los pecadores, el que les es inevitable en la tierra.

Para fundar, pues, estas verdades de modo que sirvan de doctrina sólida, basta registrar los primeros designios de la providencia y exponer cuáles han podido ser las eternas razones de su sabiduría en la confusion que permite en la tierra de buenos y malos. Dos son las principales, y de ellas deduciré las reglas que intento proponeros.

Los buenos sirven en los decretos de Dios para la salvacion ó condenacion de los malos; esta es la primera.

Y á los malos los sufre Dios para la instruccion ó mérito de los justos; esta es la segunda. De la explicacion de estos dos principios se infieren todas las verdades principales que se contienen en esta materia, las que arreglan ó la conducta de los pecadores para con los justos, ó las disposiciones de los justos para con los pecadores. Impioremos, etc. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

¿No parece, católicos, que hubiéra sido cosa mas gloriosa para Jesucristo el haberse formado en la tierra una Iglesia que únicamente se compusiese de justos, sin mancha en sus costumbres como en su fe, y que fuese natural y anticipada imágen de la Jerusalem celestial y de aquella Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo? ¿No parece que un campo regado con su sangre divina no debia producir zizaña con el trigo? ¿que en un rebaño del que es Pastor, no habia de haber animales inmundos mezclados con las ovejas? ¿que un cuerpo de quien es él cabeza, no habia de sufrir unos miembros que sirviesen á la ignominia? ¿Y que la Iglesia seria mas digna de su esposo si negando acá en la tierra á los pecadores las señales exteriores de la paz y de la unidad, no reconociese por suyos en ella sino á los que lo habian de ser en el cielo? Es verdad, católicos, que los justos forman acá en la tierra la parte mas esencial y mas inseparable de la Iglesia. Ellos son los que propiamente la representan delante de Jesucristo; en ellos consiste el principal lazo de la union que el Señor tiene con ella; á ellos debe el

mérito de sus oraciones, el fruto de sus sacramentos y la virtud de su palabra; finalmente, por ellos subsiste, y todo pereciera si se completara su número.

No obstante, aunque los pecadores no sean mas que manchas de este cuerpo divino, no por eso dejan de pertenecer á él; la Iglesia los mira como á hijos, los sufre como á sus miembros, que aunque enfermos, todavía están unidos á lo restante del cuerpo, no solamente por los símbolos exteriores de los sacramentos y de la unidad, sino tambien con los interiores lazos de la fe y de la gracia, y que aun pueden hallar en su compañía con los justos, ó mil felices medios de salvacion, que les faltarian si vivieran separados de ellos como anatemas, ó un terrible motivo de condenacion, que justificará la severidad de los juicios de Dios para con ellos.

Dije primeramente mil felices medios de salvacion, pues hallan en su compañía con los justos dos socorros de las instrucciones, de los ejemplos y de la oracion, esto es, los medios mas eficaces para su conversion.

La primera utilidad que saca el pecador de la compañía de los justos es el socorro de las instrucciones, y éstas hacen mayor efecto aún en las almas mas mundanas, porque tienen por caracteres propios é inseparables la verdad, la autoridad y la caridad.

La verdad. Los justos tienen la vista demasiado sencilla y los labios demasiado inocentes para alabar al pecador los deseos de su corazón; ignoran aquel idioma de ficción, de adulacion y de interés de que usan los hombres para engañarse unos á otros; llaman con una noble sencillez al bien, bien, y al mal, mal; saben que solamente deben respetar la verdad; que el cristiano es un testigo público que se avergonzaria de sacrificar á unas frívolas condescenden-

cias ó un vil interés, una verdad á la que en otro tiempo han sacrificado tantas veces su propia vida; que tienen en el cielo el invisible testigo de sus pensamientos; que por mas que oculten á los hombres los indignos disimulos de un corazón doble, no pueden ocultarlos al escrutador de los corazones, y que solamente la religion forma hombres verdaderos y sinceros, y así, es incompatible el engañar á sus prójimos con el amor que los tienen; se compadecen demasiado de sus desórdenes para aplaudírseles; desean muy eficazmente su salvacion para poder con lisonjeros consejos hacerse cómplices de su perdicion: podrá suceder que callen, porque no siempre es tiempo de hablar; pero cuando lleguen á hablar, siempre será para dar gloria á la verdad, y nunca halla en ellos el vicio ni aquellas indignas adulaciones de los que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias de los que le justifican.

Vosotros especialmente, [á quienes vuestra cianse y nacimiento ha hecho superiores á los demás hombres, aprendeis de boca de los justos lo que los aduladores que andan á vuestro lado os dejan ignorar. Ellos solos os hablan con sinceridad acerca de Dios, porque solamente ellos no intentan agradaros, sino ganaros para Jesucristo. Solamente ellos se atreven á contradeciros y defender la verdad contra vosotros mismos, porque solo ellos no temen el desagradaros, con tal que os sean mas útiles. Solamente ellos no estudian vuestras inclinaciones para conformar cobardemente con ellas sus dictámenes, sino que estudian vuestra obligacion para atraer á ella vuestras inclinaciones, porque solo ellos aman mas vuestras personas que vuestra elevacion, y les interesa mas vuestra eterna salud que vuestros favores; todos los demás hombres os engañan, ó callan ó adulan. Cuanto mayor es vuestra elevacion, mas os ocul-

tan vuestras pasiones con el artificio de las alabanzas, menos se os acerca la verdad, mas se disfraza á vuestros ojos para que no os veais á vosotros mismos, y mas dignos sois de lástima, porque todos los que os rodean solamente cuidan de engañaros, de inspiraros sus pasiones ó de acomodarse á las vuestras. Esta es la desgracia de las cortes y la triste suerte de los grandes. Vivís privados del inocente placer de la sinceridad, sin el que no hay cosa que pueda agrandar en el comercio de los hombres: vuestro mismo poder se opone á que tengais amigos verdaderos: vivís en medio de unos hombres que no conoceis, que se ponen una máscara cuando se acercan á vosotros, y de quienes nunca veis mas que el arte y la superficie. Solamente los justos se ponen delante de vosotros como son en sí, y solamente en ellos hallareis la verdad que huye de vosotros, y de la que os priva y os oculta el mismo poder que os facilita todo lo demás. Reparad en que cuando los oficiales del ejército de Holofernes le prometen la conquista de Betulia, y al mismo tiempo que todo lisonjea su soberbia y ambicion, solamente Achior se atreve á hablar sin artificio; toma por su cuenta los intereses del Dios de Judá, trae á la memoria de aquel soberbio general, que si el Señor se dignara de mirar y defender la ciudad, todas las fuerzas se desharian contra ella, como las olas del mar contra la arena. Por eso un santo rey de Judá contaba en otro tiempo, como una de las mayores prosperidades de su reino, el tener cerca de sí hombres justos y fieles. Entre todos los favores que habia recibido del Dios de sus padres, no estimaba tanto sus victorias y sus prosperidades, como la virtud y la justicia de los vasallos que presidian en sus consejos y rodeaban su trono; la piedad de un Nathám y de un Chusai le parecia una señal mas sensible de la proteccion del Señor sobre su

reino, que la conquista de Jerusalem y los despojos de las naciones enemigas de su gloria: *Misericordiam, et iudicium cantabo tibi Domine. . . . Oculi mei ad fideles terræ ut sedeant mecum; ambulans in via immaculata, hic mihi ministrabat.*¹

Un hombre justo es un don del cielo, y los grandes particularmente nunca pueden honrar con exceso la virtud, porque el poder no puede darlos mas que vasallos, y solamente la virtud los da amigos fieles y sinceros.

Pero los justos no solamente conservan aún la verdad entre los hombres, sino que sus palabras tienen tambien cierta autoridad que nace solamente de la virtud, un peso y una fuerza que no se halla en los discursos de los demás hombres. A la verdad, el pecador por mas elevado que sea, pierde con sus desórdenes el derecho de reprender á los que se descaminan. Sus vicios debilitan sus instrucciones, las flaquezas de su conducta desacreditan la utilidad de sus consejos, y sus costumbres quitan el crédito á sus palabras; pero el justo puede condenar con satisfaccion en los demás lo que él ha empezado á prohibirse á sí mismo. Sus instrucciones no pierden por su conducta. Su inocencia hace respetables sus reprensiones, y todo cuanto dice halla en sus costumbres una nueva autoridad, á la que es imposible no rendirse; por eso sin saber cómo, concedemos á los justos una especie de imperio sobre nosotros mismos. Por mas elevados que seamos, la virtud se forma como un tribunal aparte á que sujetamos con gusto nuestra elevacion y nuestro poder, y parece que los justos que algun dia han de juzgar á los ángeles, tienen desde ahora derecho para ser jueces de los hombres.

Un Juan Bautista, acompañado solamente de su virtud,

¹ Psalm 100. v. 5 6.

se hace censor de una corte escandalosa, y Herodes no puede menos de temer sus reprensiones y respetar su virtud. Un Micheas se opone él solo á los vanos proyectos de dos reyes y de dos ejércitos, y todos tiemblan al oír la voz del hombre de Dios; un profeta desconocido va de parte de Dios á reprender la impiedad de sus sacrificios al rey de Israel, que se hallaba en Bethel con todo su pueblo junto para sacrificar á Baal, é inmediatamente se suspenden los profanos misterios. Elías va solo á amenazar á Acab en medio de Samaria con la divina venganza, y el príncipe se humilla temblando y suplica al profeta le alcance el perdón del Señor. Finalmente, Samuel sin mas armas que la dignidad de su edad y de su ministerio, va á reprender á Saúl, vencedor de Amalec, rodeado aún de sus tropas victoriosas, su ingratitude y su desobediencia, y este príncipe, tan intrépido con sus enemigos, ve caer todo su valor delante del profeta, y se vale de cuantos medios puede para aplacarle. ¡Oh santa autoridad de la virtud! cómo resplandecen en tí los augustos caracteres de tu celestial origen!

Es verdad, católicos, que los justos añaden á esta autoridad inseparable de la virtud los santos artificios y la discreta circunspeccion de una caridad afectuosa y prudente. Es verdad que se les ha dicho que es necesario reprender en tiempo y fuera de tiempo; pero tambien saben que aunque todo les es lícito, no todo es conveniente; que las heridas del corazón piden grandes precauciones, y que para que los remedios sean útiles es necesario hacérselos amar. Saben que la verdad regularmente debe sus victorias á las precauciones de la prudencia y de la caridad que se las dispone; que hay tiempo de llorar en secreto y tiempo de hablar; que la misma caridad que aborrece el pecado, sufre

al pecador para corregirle, y que la virtud solamente tiene autoridad mientras tiene direccion y prudencia.

Por eso la virtud es amable aun cuando reprende; el representársela bajo una idea de un celo áspero é imprudente, que condena sin remision y que corrige sin discernimiento, es no conocerla. La caridad no temeraria ni inhumana; sabe escoger el tiempo y proporcionar sus consejos; sabe ser útil sin hacerse odiosa; y al que ama sinceramente les son naturales las precauciones y el agrado: si faltan estas señales, no es la caridad la que reprende y edifica, sino el génio que censura y escandaliza; la caridad es afable y prudente y el génio siempre es altivo y temerario: Nathán no reprende con aspereza á David el escándalo de su conducta, sino que procura insinuarse antes de reprenderle: es necesario amar la verdad antes de decirle; es preciso aborrecer la culpa antes de reprender al pecador, y con los inocentes ardides de una parábola ingeniosa, halla el secreto de corregir el vicio sin ofender al pecador, y hace que David sentencie contra sí mismo.

Un amigo santo y virtuoso, que junta con la virtud aquella afabilidad amorosa y aquella discrecion que inspira la caridad, casi no halla corazón alguno, por mas entregado que esté á las pasiones, que sea insensible á sus cargos. No hablo aquí de un austero anacoreta, que no pudiendo, por razon de su profesion, hablaros sino de virtud, no os halla siempre dispuestos á escucharle; hablo de un justo de vuestro estado, de vuestra edad, de vuestra clase, que acaso en otro tiempo fué cómplice de vuestros placeres y desórdenes; que os quiere dar á conocer la nada de los deleites de que él mismo ha sido necio adorador; que os inspira el aborrecimiento de un mundo en el cual él mismo ha vivido tambien neciamente encantado; que os exhorta á un gé-

nero de vida prudente y cristiana, de la que él mismo se ha burlado en otro tiempo; que os promete en la práctica de las virtudes unos consuelos y una paz del corazón, que él mismo tuvo en otro tiempo por pueril y quimérica; cuanto dice adquiere eficacia nueva con esta semejanza; os hace ceder, os vence casi contra vuestra propia voluntad, y la sencillez de sus discursos es infinitamente mas poderosa para persuadiros, que toda la elocuencia de los púlpitos cristianos.

No quiero mas testigos de esta verdad que á vosotros mismos. ¿Cuántas veces, al mismo tiempo que seguíais con mas furor los desórdenes del mundo y de las pasiones, un amigo cristiano ha despertado la embriaguez de vuestro corazón á las luces de una razón mas tranquila, os ha hecho confesar la injusticia de vuestros caminos, las secretas amarguras de vuestro estado, el abuso del mundo y la vanidad de sus esperanzas, y ha introducido en lo íntimo de vuestro corazón un rayo de luz y de verdad que después no se ha vuelto á apagar y os ha atraído secretamente á la virtud y á la inocencia? Agustín conocía que se fijaban sus irresoluciones con las conversaciones de Ambrosio; Alipio sentía confortarse su flaqueza con la santa familiaridad de Agustín. La verdad, cuando está acompañada de las persuasiones sinceras y amorosas de un amor cristiano, parece que tiene un nuevo derecho sobre nuestros corazones.

No puedo menos de deciros aquí, católicos, á vosotros á quienes la gracia ha sacado de los desórdenes del mundo, que aunque según parece estais contentos de haberos libertado del naufragio, veis sin dolor perecer á vuestros prójimos y os avergonzais de alargarlos la mano para socorrerlos. Vuestras nuevas costumbres no os han separado de

aquellos amigos que os habia dado el mundo y los deleites; aun conservais con ellos aquella union de cuidados, de afecto y de confianza que no condena la piedad, antes la hace mas sincera y cristiana. Con todo eso, los dejais perecer sin avisarlos, con pretexto de no querer parecer indiscretos ni manifestar aquel celo importuno que hace odiosa la piedad; y así faltais á las reglas de la caridad y á las obligaciones de una amistad santa: jamás se trata de la salvacion entre vosotros y vuestros amigos; antes bien afectais no gustar de estas conversaciones; permitís que os hablen de sus placeres, de la locura de sus diversiones y de la vanidad de sus esperanzas, y vosotros procurais conteneros por no hablarlos de la felicidad y utilidades de una vida cristiana y de las riquezas de las misericordias de Dios para con los pecadores que quieren convertirse á Su Majestad. ¿Pero qué utilidad podrá sacarse de una amistad en la que el Señor no es el principio, en la que la caridad no es el lazo que la une, y la que no tiene por fruto la salvacion?

Es error el persuadirse á que esto no obliga en conciencia; el Evangelio os manda hoy que vayais á buscar á vuestro hermano, y que á él en particular le deis consejos amorosos y saludables; por otra parte, tambien se os manda á los que os habeis convertido, como se mandó en otro tiempo á San Pedro, que busqueis y confortéis á vuestros hermanos. Pero aun cuando la religion no os impusiera este precepto, ¿podreis mirar á unos hombres á quienes nos une la esperanza de una misma vocacion y á quienes debeis estimar con particularidad por razon de la amistad que profesais con ellos; podreis verlos enemigos de Jesucristo, esclavos del demonio, destinados por los desórdenes de su vida á las eternas penas, sin atreveros alguna vez á decirlos que teneis compasion de ellos, sin aprovecharos de alguno

de aquellos felices instantes en que van á confiaros sus pesares y disgustos, para enseñarlos á que busquen solamente en Dios una paz que no puede darles el mundo, para introducir á tiempo una palabra de salvacion, para decirlos con aquellas amorosas expresiones á que con dificultad resiste el corazon, lo que decia en otro tiempo San Agustin, ya convertido, á uno de sus amigos, á quien queria sacar del desorden: ¿Es posible que no teniendo en la tierra mas que un mismo corazon, háyamos de tener en lo sucesivo una suerte tan diversa? Muy frágiles y perecederos son los lazos de nuestra amistad, pues no nos une la caridad, que es la que ha de durar eternamente. La muerte nos separará para siempre, porque solamente en Dios puede ser inmortal la union de los corazones; vos no sois mas que un amigo temporal, y á esta amistad rápida y pasajera que nos une en la tierra, sucederá un aborrecimiento eterno: ¿de qué sirven las mas estrechas conexiones si no nacen de la piedad? ¿puede amarse ni un solo instante lo que no se ha de amar siempre?

En segundo lugar, lo que da nuevas fuerzas á las instrucciones de los justos es el estar animados con su ejemplo; segundo motivo de salvacion que su compañía proporciona á los pecadores. Y á la verdad, amados oyentes míos, si viviérais en medio de un mundo en donde Dios no fuera conocido; si todos los hombres fueran semejantes á vosotros y no viérais mas que ejemplos de disolucion por todas partes, como no conoceríais la virtud, nunca la podríais desear; la culpa permanecería siempre tranquila, porque su oposicion á la santidad nunca turbaria sus falsas delicias; no sentiríais levantarse en vuestro interior aquellas secretas turbaciones que os reprenden vuestra propia flaqueza, y tendríais por imposible la vida de los cristianos porque no

veríais ejemplos de ella; pero en cualquiera estado que os haya puesto la Providencia, hallais justos de vuestra edad y de vuestra condicion, que observan la ley del Señor y caminan á su vista con santidad é inocencia. Su ejemplo solo es una voz poderosa que continuamente os está hablando en lo íntimo de vuestro corazon, y que no obstante vuestra repugnancia, os llama á la verdad y á la justicia. Nosotros os anunciamos la piedad desde estos cristianos púlpitos; pero los justos os la persuaden con su ejemplo. Nosotros os manifestamos el camino desde lejos; pero ellos van delante de vosotros para que se os haga mas fácil y para animaros á que los sigais. Nosotros os señalamos las reglas y ellos os dan el modelo. ¿Cuántas veces, amados oyentes míos, movidos con la vista de un justo de vuestra clase y de vuestro estado, os habeis reprendido interiormente las infelices inclinaciones que no os permitian hacer lo mismo? ¿cuántas veces la memoria de su inocencia os ha llenado de confusion, os ha hecho suspirar por vuestra flaqueza y balancear algun tiempo entre la obligacion y la pasion? ¿cuántas veces sola su presencia ha despertado en vosotros deseos de salvacion y os ha hecho que os prometais interiormente á vosotros mismos que algun dia seguireis sus pisadas? No, católicos, nosotros no vemos en el mundo conversion alguna que no haya tenido su principio en los ejemplos de los justos; no hablo aquí del mérito de sus obras, porque la union de la fe y la sociedad de un mismo espíritu establece entre ellos y vosotros una especie de comercio santo, que hace que participéis de los inmortales frutos de sus virtudes. El tesoro que ellos juntan, la medida superabundante que ellos llenan con mortificaciones, que exceden sus deudas, son unos bienes que os pertenecen y que podeis presentar al Señor como si fueran

obras vuestras. No quiero decir en esto que podais borrar vuestras propias ofensas con satisfacciones ajenas, pues es necesario que los mismos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justificacion, y que el pecado sea reparado en donde ha sido cometido; pero las obras de los justos ofrecen continuamente al Señor, ó el precio de vuestra conversion ó el feliz suplemento de vuestra penitencia. Con todo eso, el mundo, siempre ingenioso en privarse de los medios de salvacion que la bondad de Dios le proporciona, parece que solo cuida de oscurecer el resplandor ó minorar el mérito de las obras de los justos: censura las intenciones de los justos cuando sus obras exteriores no dan lugar á la malicia de su murmuracion. Los cortesanos del rey Sedecías calumniaban las lágrimas y tristes profecías de Jeremías en orden á la próxima ruina de Jerusalem, diciendo que era un secreto deseo de agradar al rey de Babilonia, que tenia puesto sitio á aquella desgraciada ciudad. Parece, ¡oh Dios mio! que vos no sois bastante amable para ser servido sin mas interés que vos mismo, y que vuestras promesas solas no son capaces de recompensar á vuestros siervos las penas que padecen. El mundo busca siempre en las mas santas acciones de los justos otros fines mas que el honrarlos y otros intereses mas que el agradarlos. ¿Pero qué adelantais, católicos, en minorar con temeridad el mérito de las obras de los justos? Minorais los felices medios de vuestra salvacion, os quitais á vosotros mismos los motivos de mayor consuelo para vuestra esperanza; deshonrais vuestras propias virtudes y recaen sobre vosotros mismos vuestras necias censuras.

Finalmente, sirven tambien los justos para vuestra salvacion con sus gemidos y oraciones, y en esta última utilidad

conocereis lo respetable que es la virtud en los que la practican.

La oracion continua del justo, dice el apóstol Santiago, *es de mucho peso en la presencia del Señor.*¹ Sí, católicos, si el Señor mira aún con ojos de misericordia á la tierra, si aun derrama sus favores sobre los reinos é imperios, es porque nos los alcanzan los justos con sus oraciones é interiores suspiros: ellos componen aquella parte mas pura de la Iglesia, que no tiene mas voz para pedir que la voz de Jesucristo, cuyos clamores son oidos del Padre celestial; son aquella paloma que continuamente gime y que nunca gime en vano; por ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia; á ellos deben los siglos, los príncipes religiosos, los pastores fieles, la paz de las Iglesias, las victorias de la fe, aquellos hombres célebres por su doctrina que suscita Dios en las necesidades de su Iglesia, para que se opongan á las empresas del error, á la relajacion de las costumbres y á la debilitacion de la disciplina. ¿Qué mas diré? A ellos debe el mundo los inesperados socorros en las públicas calamidades, la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los siglos. Todo se les debe á ellos, porque todo se hace por ellos. Nosotros, que solamente juzgamos por los sentidos, respetamos el poder de los soberanos y la prudencia y sabiduría de los que gobiernan; pero si viéramos los sucesos en sus causas, hallariamos que estas felicidades dimanen de los interiores gemidos de los justos, y algunas veces de las oraciones de una alma sencilla y desconocida, que retirada de la vista de los hombres, tiene mas parte en los sucesos públicos en la presencia de Dios, que los Césares y sus ministros, que están á la frente de los negocios y pa-

¹ Jacob. 5. v. 16.

rece que tienen en sus manos la suerte de los pueblos y de los imperios.

Comparad, decia antiguamente Tertuliano á los paganos, las pasadas desgracias del imperio con la tranquilidad que hoy goza: ¿de qué proviene esta mudanza? ¿no ha sucedido despues que Dios ha dado cristianos á la tierra? *Ex quo christianos á Deo Orbis accepit.* Desde que el Evangelio ha presentado en la tierra unos hombres justos que ofrecen al Señor oraciones fervorosas por los príncipes y por los reyes, son mas felices los Césares, florece mas el imperio, y los pueblos viven mas tranquilos. Nosotros solos levantando nuestras manos puras al cielo, le obligamos con nuestros clamores; y con todo eso, despues que nosotros hemos alcanzado tantas gracias para la tierra, solo Júpiter es honrado en vuestros corazones: *Et cum misericordiam extorserimus, Jupiter honoratur.* ¡Qué gran favor hace á la tierra, católicos, la misericordia de Dios cuando se forma en ella un escogido! ¡qué tesoro este para un pueblo, para un imperio, para todo el mundo! ¡qué consuelo para los hombres el tener en medio de sí algunos siervos de Jesucristo!

Algunas veces mirais á la virtud, católicos, como flaqueza, y la piedad de los justos no halla en vosotros sino burlas y censuras. Pero aun cuando los justos no fueran tan útiles á la tierra, aun cuando no fueran ellos los que aun mantienen entre nosotros las reliquias de la pública seguridad, la buena fe en los tratos, el secreto en los consejos, la fidelidad en los negocios, la religion en las promesas, la integridad en los cargos públicos y el amor á los pueblos en los que los gobiernan, ¿qué cosa hay mayor ni mas respetable en el mundo que la virtud?

Direis que la virtud es rara, quiero concederlo; pues por eso mismo es mas digna de vuestros respetos. Pero por

último, no hagamos caso de estos pueriles discursos del libertinaje; aun hay en la tierra almas puras y fieles; vosotros conoceis algunas de vuestra clase y de vuestro estado, á las que no podeis negar el título respetable de la virtud, y esta es la razon en último lugar, de que los buenos sirvan para la condenacion de los malos, porque quitan á la iniquidad todas las excusas: ¿qué podreis responder en el tribunal de Jesucristo que no se debilite ó se confunda con su ejemplo? ¿Direis que no habeis hecho mas que seguir las costumbres establecidas, y que para no hacerlo os hubiera sido preciso retiraros á los desiertos? ¿Pero acaso se conforman con ellas los justos que viven entre vosotros? ¿Os excusareis con las obligaciones inseparables de un nacimiento ilustre? Muchos conoceis que aunque de un nacimiento mas distinguido que el vuestro, santifican su grandeza y han hallado el secreto de hacerla servir para su eterna salud. ¿Acaso el fuego de la edad ó la delicadeza del sexo? Todos los dias estais viendo á muchos que en una juventud lozana y con los talentos mas propios para el mundo, miran como estiércol todas esas vanas utilidades y no piensan mas que en cielo. ¿Acaso la distraccion de los empleos? ¡A cuántos veis cargados de los mismos cuidados que vosotros, y que con todo eso, miran su salvacion como su mas principal cuidado! ¿Acaso vuestra inclinacion á los deleites? El amor á los placeres es la primera inclinacion de todos los hombres, y hay algunos justos en los que aun es mas violento, que nacieron con disposiciones menos favorables que vosotros para la virtud. ¿Acaso vuestras aflicciones? Muchos justos hay desgraciados. ¿Vuestra prosperidad? Muchos hay que se santifican en la abundancia. ¿Vuestra salud? Pero hallareis muchos que en un cuerpo enfermo encierran una alma llena de una fuerza celestial.

Volved la vista á todas partes, y cuantos justos veais serán otros tantos testigos que depondrán contra vosotros: colocaos en el estado que quisiérais; aun hay entre las mujeres del mundo algunas Esteres que pueden servir de modelo, entre las doncellas cristianas algunas Rebecas, entre los soldados algunos Josués, entre los cortesanos Nehemías, entre los reyes Josías y Davides, entre los afligidos algun Job, entre los enfermos Timoteos, y entre los que sienten el estímulo de la carne hay Pablos: cada clase tiene sus santos, cada edad sus ejemplos, cada estado sus modelos. • De este modo, ¡oh Dios mío! se cumplen en los hombres los designios de vuestra justicia y de vuestra misericordias, y si os servís de los justos para corregir ó confundir á los pecadores, tambien os servís de los pecadores para confirmar la fe ó para probar la virtud de los justos.

SEGUNDA PARTE.

El cuerpo de los justos, dice San Agustin, esparcido por todo el mundo, halla su aumento y utilidad en las caídas y aun en los errores de los que se descaminan: *Omnibus erroribus utitur ad profectus suos*, y los libros santos solamente atribuyen al Señor todos los males y todos los desórdenes de la ciudad, porque con su providencia los permite para que sirvan á la salvacion de sus escogidos.

Advertid, católicos, que el descuido, el disgusto y el olvido de las gracias son los mas frecuentes escollos de la virtud de los justos, y su confusion con los malos sirve, en primer lugar, para su instruccion, preservándolos de estos escollos y dándoles continuas lecciones de vigilancia, de fidelidad y de reconocimiento.

De vigilancia: á la verdad, los principios de la conversion

y de la piedad de los justos siempre son tímidos y desconfiados; instruido entonces su corazon con la memoria aun reciente de sus pasadas caídas, vela sobre su propia flaqueza; se estremece con solo mirar los objetos que les representan las funestas imágenes de ella; todo les asusta, todo les avisa, todo los llama dentro de sí mismos; no bien se hallan libres del naufragio, cuando caminan temblando sobre las aguas como Pedro, y el menor movimiento les manifiesta el seno del abismo dispuesto para tragarlos.

Pero á estos piadosos temores, tan necesarios para la virtud, sucede una peligrosa calma: á proporcion que se va apartando la memoria de nuestras caídas, se va debilitando el conocimiento de nuestra fragilidad; los dias que se han pasado en ejercicios de piedad parece que nos aseguran de los que están por venir; cesan los temores, se desprecian las precauciones, y como el rey Ezequías despues de haber triunfado de Senacherib y libertado á Jerusalem de los enemigos que habian jurado su ruina, se introducen otros nuevos en la santa ciudad, sin temer ni aun el manifestarlos con gusto los tesoros que solamente están seguros cuando están escondidos.

Contra una flaqueza tan peligrosa no hay cosa mas útil para los justos que su confusion con los pecadores: en las caídas de sus prójimos están continuamente leyendo las razones que tienen para estar vigilantes; ven en un principio que les es comun con ellos, que deben temer las mismas flaquezas, y que solamente los distingue el uso de una fe siempre atenta; aprenden en la misma historia de las desgracias ajenas cuáles son los grados que guian insensiblemente á la culpa; que los principios de ésta son leves, que por poco que se conceda al enemigo, siempre son funestas para el alma las ventajas que él logra, y que es mas temible

cuando inspira relajaciones, que cuando propone culpas; ven que entre los que caen á su vista hay muchos que en otro tiempo han sido mas fervorosos que ellos en los caminos de Dios, y que confiaban mas que ellos de no apartarse con unas tan vergonzosas caídas de aquel estado de fervor y de justicia. De este medo aprenden todos los dias en los desórdenes de sus prójimos, que no hay mas seguridad para la virtud que la vigilancia, y que nunca hay mucha distancia entre la relajacion y la caída.

El vivir los justos mezclados con los pecadores, mantiene su vigilancia contra las tentaciones de relajacion, y confirma tambien su fidelidad contra la tentacion del disgusto. Y á la verdad, si retirados del siglo vivieran separados de los pecadores, puede ser que en aquellos momentos en que el corazon árido se deja arrastrar de su propio peso, en que se cansa de sí mismo, en que la virtud no halla gusto alguno sensible que la sostenga, puede ser que entonces se figuraran una suerte mas feliz y unos placeres mas agradables en el mundo que en la virtud. Pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; el justo no necesita de su fe para desengañarse de la falsa felicidad de los pecadores; bástale abrir los ojos, busca á los que son felices en el mundo y no los halla; en todas partes ve unas inquietudes á las que llaman placeres, y en ninguna ve felicidad; consulta á los mismos mundanos, y todos atestiguan contra el mundo y contra su falsa felicidad; entre los mismos pecadores halla mucho mayor fastidio y mucho mas disgusto de la vida humana, que el que ellos han experimentado en la virtud; ve que sus pasiones son la causa de todas sus desgracias y penas, que el corazon del justo que está libre de ellas, no tiene mas trabajo que el no conocer suficientemente su felicidad. De este modo la presencia de los peccad-

res confirma la fidelidad de los justos contra la tentacion del disgusto, y además de esto aviva su agradecimiento y los defiende contra el olvido de las gracias.

En tercer lugar, la presencia de los males contribuye á la instruccion de los justos; ven que el Señor deja perecer en el mundo á una infinidad de pecadores menos culpables que ellos y que nacieron con mas disposiciones de rectitud, de equidad, de bondad y aun de pudor; que eran incapaces de cometer una infamia, una iniquidad ó una inhumanidad; que aman la virtud, que respetan á los justos y que solamente hallan el escollo de su inocencia en las tristes flaquezas de un corazon frágil, mas digno de la divina misericordia que de su ira; cuando al mismo tiempo ellos, despues de unos monstruosos excesos que no podian nacer sino de un corazon extremadamente malo y corrompido, han sido escogidos, sacados de la culpa y llamados al conocimiento de la verdad. Estos objetos que tienen siempre presentes, cada instante están dando á conocer al justo el precio inestimable del beneficio que mudó su corazon. Aun mas; conoce tambien algunos pecadores que gimen con el peso de sus cadenas, que desean su libertad, que toda su vida están fluctuando entre los deseos de la virtud y la tiranía de las pasiones, y que con todo eso, nunca llegan á ponerse en salvo, ó porque son demasiado tibios sus deseos, ó porque el Señor, que es dueño absoluto de sus dones, se compadece de quien quiere; los conoce y se acuerda de que el Señor se puso delante de él para sacarle del desorden, al mismo tiempo que él en vez de esperarle y llamarle, huía de su presencia, y se acuerda de que cuando tenia las armas en la mano contra su gloria, sin haber llegado á la penitencia con mas preparacion que sus culpas, una luz celestial le hirió repentinamente, una luz invisible rompió

de un golpe sus cadenas, y el dueño de los corazones le dió un corazón nuevo.

El fruto de su agradecimiento debe ser el agrado, el sufrimiento y la caridad para con los prójimos que se desca- minan. Muchas veces los justos miran con aspereza y des- precio á los pecadores, y lejos de compadecerse de su des- gracia y de pedir á Dios que los convierta, ponen toda su virtud en huir de ellos como de objetos contagiosos, en las- timarse de ellos como si su mal no tuviera remedio, ó en censurarlos, como si la caridad, que siempre es inexorable con el pecado, no fuera indulgente con el pecador.

¿Pero quién sois vosotros para poner límites de este mo- do á la divina misericordia y desesperar de la salvacion de vuestro prójimo? ¿no pudo la gracia triunfar de toda la cor- ruption de vuestros corazones? Luego no hay cosa que no debais esperar de ella para vuestros prójimos; el prodigio de vuestra conversion os debe disponer á ver sin admiraros las conversiones menos esperadas. ¿Qué sabeis si los que hoy parecen enemigos de la virtud, los que se oponen al celo y á las buenas intenciones de los justos, los que patrocinan con su autoridad los públicos desórdenes, serán algun dia los primeros para los santos ejercicios, serán los protectores de la virtud, los asilos de la misericordia y el apoyo del celo y de la verdad? ¿Quién hubiera jamás pensado que Manasés, que habia introducido la abominacion en el lugar santo y borrado hasta los vestigios del culto del Señor en Jerusa- len, habia de llegar á ser algun dia el restaurador del tem- plo y de los sacrificios y protector del ministerio de los hi- jos de Aaron? Aun mas; ¿qué sabeis si ese pecador á quien mirais son tanto horror, será llamado y vosotros desprecia- dos? ¿Si él se levantará y caereis vosotros, que estais aho- ra de pie, para nunca mas levantaros? Nadie creeria, sin

duda, que la pecadora de Jerusalem habia de llegar á ser la mas tierna amante de Jesucristo, y que Judas, que era su discípulo y depositario de su amor, habia de morir traidor y desesperado. ¿No tiene el Señor en sus manos los cora- zones de todos los hombres? Adorad, pues, sus eternos con- sejos en orden á sus destinos, y respetad siempre en los pecadores ó los derechos que se reserva la gracia sobre su voluntad para santificarlos, ó el que puede valerse de ellos, no solamente para la instruccion, sino tambien para prue- ba y mérito de los justos.

Y primeramente, aun cuando los pecadores no sirvieran de mas que de dar nuevo realce á la fidelidad de los justos con la ocasion de su mal ejemplo, seria siempre una gloria inmortal para la virtud el poder resistir á ellos, porque ade- más de que se necesita de fuerza para resistir al mal ejem- plo que se tiene siempre á la vista, particularmente quan- do se halla favorecido con las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, son estos unos ejemplos que la amistad, el parentesco, el interés, la complacencia y el respeto hacen mas poderosos y mas á propósito para engañar al justo; es- te tiene que defenderse de sus jefes, de sus amigos, de sus parientes y de sus protectores. Es preciso que los ame, que los respete, que los trate, que los dé gusto, y al mismo tiempo tenga valor para no imitarlos. Es preciso que la vo- luntad de éstos le sirva de ley, sin que tenga sus acciones por modelos. Finalmente, necesita evitar unos ejemplos autorizados por la multitud, y no dejarse arrastrar de las costumbres comunes y de los usos que ya están estableci- dos: es necesario que tenga valor para ser singular y sufrir con fortaleza la burla que hace el mundo de la singulari- dad: es preciso que él solo tenga valor para condenar con su modo de vida lo que está mas autorizado entre los hombres;

para pasar la plaza de una alma cobarde y tímida, despreciando los juicios de los hombres como sus ejemplos. De este modo el justo con su fidelidad honra la grandeza del dueño á quien sirve, y es en el mundo un espectáculo digno de los ángeles y del mismo Dios.

Pero no solamente los malos ejemplos de los pecadores dan mayor realce á la fidelidad de los justos, sino que su malicia proporciona tambien á su virtud mil gloriosas pruebas. Porque católicos, si la virtud no hallara oposicion, si no fuera oprimida y perseguida, aunque tuvieran los justos el mérito de la inocencia, no tendrían el de la fidelidad. Si su piedad no hallara acá en la tierra mas que aplausos y respetos, sería demasiado agradable el camino para ser seguro. Si todos aplaudieran la virtud, presto se destruiría á sí misma; esta peligrosa calma la adormecería; estos favores humanos la debilitarian; estos aplausos públicos, ó corromperian su raiz ó la servirian de desquite en las penas. El reino de la virtud no es de este mundo; las contradicciones la mantienen, las tempestades la confirman, las persecuciones la prueban y las tribulaciones la purifican.

Esta es la utilidad que la divina sabiduría saca de la malicia de los pecadores, como dice San Agustín; los sufre; ¿qué digo sufrir? los favorece de tal modo, que algunas veces se escandalizan sus siervos, con el profeta, de la prosperidad de los impíos. Por eso parece que acá en la tierra siempre les están destinados el poder, el imperio y la autoridad; parece que una mano invisible los eleva, los protege y los hace crecer para que sean mas á propósito para el cumplimiento de los eternos designios de la Providencia para con los justos. Son unos instrumentos de justicia, destinados á ejercitar su fe, y aunque inútiles para sí mis-

mos, sirven á lo menos á las adorables disposiciones de aquel Señor que sabe sacar bien del mal, y para la eterna salud de sus prójimos. De este modo todas las cosas y aun los mismos impíos, cooperan al bien de sus escogidos; oprimiéndolos, hacen que resplandezca su paciencia; cargándolos de burlas y oprobios, proporcionan nuevas victorias á su caridad; tratándolos de engañadores y de hipócritas, libran su piedad de la tentacion de los aplausos y alabanzas; despojándolos de sus bienes, purifican su desasimiento; suscitando obstáculos y contradicciones á su virtud, coronan su perseverancia; y antiguamente, aun hizo mas santos el furor de los tiranos, que el mismo celo de los apóstoles.

En este punto, católicos, vosotros que servís al Señor y caminais por la senda de sus mandamientos, en este punto no siempre os aprovechais de vuestra fe: quisiérais que la devocion siempre fuese amparada, favorecida y aun preferida al vicio acá en la tierra en la distribucion de las gracias y de los honores; no mirais como debeis á los pecadores que desprecian ú oprimen la virtud, no los mirais como debeis en las manos de Dios y en el orden de su providencia. Quisiérais que fuese humillada la soberbia de los impíos y que el Señor arruinase aquel coloso de grandeza y de poder sobre que se elevan y del que se valen para afligiros. Véis con dolor que muchas veces ocupan los primeros puestos los protectores del vicio y los despreciadores de la virtud; parece que quisiérais que la piedad recibiese acá en la tierra su recompensa, y que en vez de las cruces y tribulaciones que deben ser su galardón, gozase de los honores, del poder y de las distinciones que no la están prometidas en el mundo. Pero no conoceis que vuestros injustos deseos quitan á la sabiduría de Dios el principal me-

dio de salvacion, que en todos los siglos ha preparado á sus siervos, y que por proporcionar un vano triunfo á la virtud, la quitais la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias.

Además de que la malicia de los pecadores prueba y purifica la fe de los justos, sus escándalos y desórdenes los afligen, y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasion que le sirven de nuevo mérito en la presencia del Señor. Ultima utilidad que sacan los justos de su confusion con los pecadores.

Siendo testigos de la general corrupcion y del diluvio de culpas de que parece estar inundado el mundo, se consumen de dolor como el profeta; se sienten despedazar con las mas vivas impresiones del espíritu de Dios, como Pablo, á vista de los desórdenes é impiedades de Atenas: *Incitabatur spiritus ejus in ipsum*.¹ Quieren morir de tristeza como Elías al pié de la montaña, al ver las prevaricaciones de Israel; piden, como Jeremías, una fuente de lágrimas para llorar los excesos é iniquidades de su pueblo; desean, como Moisés, ser borrados del libro de los vivientes, por no ser testigos de la incredulidad de sus hermanos; y suspiran como Daniel por el fin de la cautividad, por la libertad del pueblo de Dios y por la venida del Rey eterno.

Este es el fruto que saca la piedad de los justos de los desórdenes y escándalos de que son testigos. Y á la verdad, católicos, el que tiene fe, el que tiene celo de la gloria de Dios, el que le sirve y le ama, ¿podrá ver con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo? ¿podrá ver destruidas las máximas de Jesucristo, deshonorados sus misterios, despreciados sus siervos, olvidadas sus promesas, y

¹ Act. 17. v. 1.

aun debilitado el terror de sus amenazas con las blasfemias de la incredulidad? ¿podrá ver perpetuados los rencores, honradas las venganzas, las infidelidades del matrimonio hechas motivo, no del horror, sino de la burla pública y de las canciones satíricas y profanas; autorizados los vicios, los teatros impuros convertidos en diversiones públicas de los cristianos, y colocado el arte de inspirar las mas vergonzosas pasiones entre las artes que son útiles á los pueblos, gloriosas á los reinos y por las que se levantan estatuas á sus inventores?

Algunas veces os persuadís, católicos, que vivís en la piedad, al mismo tiempo que condescendeis con el mundo; que el comercio del mundo y de sus placeres, con tal que no se excedan ciertos límites, no está prohibido á la virtud, y que los justos deben distinguirse de los mundanos, mas por las disposiciones del corazon que por las costumbres exteriores, ó por huir con demasiado rigor de sus diversiones y concurrencias. ¿Pero si sois de Jesucristo, sereis capaces de experimentar alguna alegría en el mundo! ¡Ah! ¿qué podreis ver en él que no atraviere vuestro corazon con el mas vivo dolor? ¿os podrá servir de diversion una impiedad? ¿podreis oír las murmuraciones mas injustas, aplaudir el lenguaje profano de las pasiones, alabar los proyectos frívolos é insensatos de la vanidad, y ser aprobadores de sus preocupaciones y costumbres? ¿podreis ver crucificar á nuestro Señor Jesucristo y alegrarse con sus enemigos, aunque no tengais parte en sus culpas? Finalmente, ¿podreis ver á todos los amadores del mundo, danzando como locos, y correr con los ojos vendados al precipicio? ¿podrá un espectáculo tan triste servir de objeto que divierta vuestra ociosidad ó que disipe vuestros enfados?

Pero aun digo mas, ¿podreis contener vuestras lágrimas

en este caso? ¡Qué violencia! ¡qué situación tan penosa es el comercio del mundo para una alma que ama á su Dios, aun cuando sus obligaciones y su estado la precisan á vivir en él! Buscáis al mundo para descansar de vuestras fatigas, pero debiérais huir de él para excusaros los mas amargos instantes de una santa tristeza. Al salir del mundo es cuando verdaderamente necesitáis de descanso y cuando vuestro espíritu, fatigado con tantas imágenes funestas, debiera ir á consolarse á los piés de Jesucristo. ¡Ah! si aun podeis, no digo hallar algun placer en el mundo, sino verle sin dolor y sin gemir interiormente por los juicios de la ira de Dios que ejerce Su Majestad sobre los hombres, puede ser que no aborrezcáis unos abusos que os dejan tan tranquilos, puede ser que aun tengáis en vuestro corazon las mismas pasiones que no extrañáis en los demás.

Vé á Jerusalem, decia en otro tiempo el Señor al ángel exterminador, señala en la frente y perdona á los hombres que gimen y están afligidos por las iniquidades que en ella se cometen: *Transi per medium Jerusalem, et notavis signum super frontes virorum qui ingemunt, et mœrent ob iniquitates quæ fiunt in medio ejus.*¹ Este es el mas esencial carácter de los justos, esta es la señal decisiva por donde se les conoce; todos los demás habitantes de Jerusalem son entregados al furor de la espada y de la venganza del cielo; solamente el corto número de justos que gime, es perdonado y señalado en la frente con el sello de la salud. El Señor no reconoce por suyas sino aquellas almas que movidas del celo de su gloria, derraman continuamente en su presencia la amargura de su corazon por las iniquidades de su pueblo y todos los dias le dicen con un profeta: Mirad,

¹ Ezech. 9. v. 4.

Señor, desde lo alto de la morada de vuestra gloria, y ved: *Attende Domine de caelo, et vide de habitaculo sancto gloria tua.*¹ ¿Dónde está vuestro celo? ¿dónde la fuerza de vuestro brazo? ó á lo menos, ¿qué se han hecho las entrañas de vuestras antiguas misericordias para con vuestro pueblo? *Ubi et zelus tuus, fortitudo tua, multitudo viscerum tuorum?* Porque vos sois aún nuestro Padre, no obstante nuestras iniquidades: Abraham, de quien nos preciamos ser hijos, y todos los santos protectores de este imperio, en los que ponemos nuestra confianza, parece que nos han abandonado si vos no nos miráis con ojos propicios: *Tu enim Pater noster, et Abraham nescivit nos.* ¿Por qué habeis permitido, Señor, que nos háyamos apartado de vuestros santos caminos? *Quare errare nos fecisti Domine de viis tuis?* ¿Por qué habeis dejado endurecer nuestro corazon para que no os temiésemos? *Quare indurasti cor nostrum, ne timeremus te?* Miradnos, Señor, atendiendo á los siervos fieles que aun os conserváis entre las tribus de vuestra herencia: si nuestras infidelidades avivan aún en vuestras manos el rayo que ha de herirnos, desármeos, Señor, la fe y la piedad de tantas almas santas que aun veis entre nosotros: *Convertere propter servos tuos, Tribus hereditatis tue.* Sí, Señor, toda la gloria de Judá está extinguida; este reino, tan ilustre en otro tiempo por la fe de nuestros padres, por la piedad de sus soberanos, por la sangre de tantos mártires y por la santidad y ciencia de vuestros ministros, sigue todas las costumbres de las naciones corrompidas y perversas; la incredulidad se levanta en él insensiblemente sobre las ruinas de vuestro culto; otra vez tenemos necesidad de que vuestra misericordia nos suscite hombres apostólicos, como

¹ Isai. 63. v. 16.

los primeros que vinieron á anunciar la fe á nuestros mayores, cuando aun estaban sentados en las tinieblas de la muerte y de la idolatría; y nosotros ya hemos vuelto á ser casi los mismos que éramos antes de que vos fuéreis nuestro Señor, y que se invocase entre nosotros vuestro santo nombre. *Facti sumus quasi in principio cum non dominareris nostri, neque invocaretur nomen tuum super nos.*

Estos son los gemidos de la fe y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos con quienes viven. Y vosotros, católicos, los que sois aún la zizafia de este divino campo, mirad á los justos que habitan entre vosotros, como los mas felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos ya que no os resolvéis á imitarlos; uníos á ellos si es que aun podeis seguirlos; desead el serlos semejantes, si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos; favoreced sus santas obras, si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos; y respetando la virtud, procurad merecer el don precioso de aquel Señor que no deja sin recompensa deseo alguno de fe y de piedad. Amen.

SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

Populus hinc labiis me honorat, cor autem
eorum longe est a me.

Este pueblo me honra con los labios; pero
su corazón está distante de mí.

MATTH. 15. v. 8.

Ved aquí, católicos, la nueva alianza, esto es, ved establecida la religion del corazón, levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía, preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas, opuesto el espíritu que vivifica á la letra que mata, despreciada la carne que de nada sirve, anunciada la piedad que es útil para todo; en una palabra, las tradiciones humanas, las doctrinas nuevas, los errores populares y la

TOM. IV. — P. 37.

los primeros que vinieron á anunciar la fe á nuestros mayores, cuando aun estaban sentados en las tinieblas de la muerte y de la idolatría; y nosotros ya hemos vuelto á ser casi los mismos que éramos antes de que vos fuéreis nuestro Señor, y que se invocase entre nosotros vuestro santo nombre. *Facti sumus quasi in principio cum non dominareris nostri, neque invocaretur nomen tuum super nos.*

Estos son los gemidos de la fe y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos con quienes viven. Y vosotros, católicos, los que sois aún la zizafia de este divino campo, mirad á los justos que habitan entre vosotros, como los mas felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos ya que no os resolvéis á imitarlos; uníos á ellos si es que aun podeis seguirlos; desead el serlos semejantes, si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos; favoreced sus santas obras, si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos; y respetando la virtud, procurad merecer el don precioso de aquel Señor que no deja sin recompensa deseo alguno de fe y de piedad. Amen.

SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

Populus hinc labiis me honorat, cor autem
eorum longe est a me.

Este pueblo me honra con los labios; pero
su corazón está distante de mí.

MATTH. 15. v. 8.

Ved aquí, católicos, la nueva alianza, esto es, ved establecida la religion del corazón, levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía, preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas, opuesto el espíritu que vivifica á la letra que mata, despreciada la carne que de nada sirve, anunciada la piedad que es útil para todo; en una palabra, las tradiciones humanas, las doctrinas nuevas, los errores populares y la

TOM. IV. — P. 37.

religion de los sentidos, ó condenado en sus abusos ó arreglado en sus procederés.

Bien sé que la herejía halló el siglo pasado en las palabras de mi texto ocasion de error y pretextos para la calumnia; acusó á la Iglesia de que en este punto habia heredado los errores de la sinagoga. La santa institucion de nuestros sacramentos, los honores que se tributan á María Santísima y á los santos, las abstinencias y las vigiliás, el adorno de los templos y altares, el exterior y respetable aparato del culto, las mas antiguas y universales costumbres, aquellas cuyo origen oculto en los mas remotos tiempos, fundan en la misma ignorancia de su principio la prueba mas decisiva de su santidad; todo esto en la boca del cisma no era mas que tradiciones humanas, contrarias á la ley de Dios, y los abusos á que la supersticion y la ignorancia condujo á las almas simples en los siglos precedentes, se nos imputaron como si fueran la fe y la comun creencia de todas las Iglesias.

Después, ¡oh Dios mio! vos habeis reparado las ruinas de vuestra casa; habeis juntado las dispersiones de Israel; la tierra feliz que habitamos toda usa el mismo idioma; el fatal muro de separacion ha sido destruido, y vuestro santuario ve dentro de su recinto á Samaria y Jerusalem, que no forman ya, como antiguamente, sino un mismo pueblo al pié de vuestros altares; á vos toca ahora, ¡oh Señor! mudar el interior, atraer los corazones, iluminar los entendimientos, que acaso solamente han cedido á las fuerzas de los hombres, para que no solo no haya mas que un rebaño y un pastor, sino tambien para que no haya mas que un corazon y una alma en vuestra Iglesia.

Pero es necesario, católicos, que junteis vuestros ejemplos á nuestras oraciones; nuestros hermanos que se con-

El mismo dia 16 de Abril en que se dió la batalla de Salvatierra, remitió desde Dolores á Liceaga una carta que tengo á la vista, en que le dice, entre otras cosas.... "Finalmente, soy de parecer, y reputo importantísimo, ponga V. una carta á D. Ramon Rayon concebida en pocas palabras, pero comedidas y decentes, manifestándole que para evitar en las contestaciones cualquiera expresion picante que los acalore y haga propender la rompimiento de una guerra, estoy constituido como un órgano elegido por ambos para manifestar á cada uno de por sí los medios mas adaptables para la concordia, añadiendo que si fuere necesario, pasaré yo mismo con solo mi persona á tratar este asunto, de cuyo éxito salgo garante con tal que se oigan las proposiciones en que debe fundarse la transaccion, y aun estoy pronto á ir á ver al señor presidente si fuere necesario, en obsequio de la tranquilidad y union de que depende el buen concepto de nosotros y el deseado triunfo de nuestras armas." En dicha carta se leen asimismo estas precisas palabras: "Con este objeto sale hoy mismo un correo dirigido á D. Ramon Rayon, con un oficio en que le suplico se allane á tratar conmigo este asunto, haciéndome yo cargo de hacerlo con V. y el Sr. Verduzco, á fin de evitar un procedimiento en que se sepulte un principal objeto de nuestras miras, que es la salvacion de la patria, cuyo ardiente deseo me inspira intervenir en este asunto del modo mas activo y decoroso hácia las personas de los Exmos. señores vocales...." (Carta de 16 de Abril, dia de la batalla de Salvatierra.)

Es muy digno de aplaudir este amor santo por la paz y libertad de la nacion, al mismo tiempo que vituperable el doblez y engaño con que se le trató al Dr. Cos, pues se le hizo creer, para que interrumpiese sus oficios, que estaban prontos á un acomodamiento, como lo prueba otra carta de Cos, fecha 10 de Abril, es decir, *seis dias antes de la batalla de Salvatierra*: documento tan importante debe tenerse á la vista, el que literal dice: "Exmo. Sr. (se dirige al Lic. Rayon)—A consecuencia de la representacion que con fecha 19 del próximo pasado Marzo dirigí á S. M. el supremo congreso nacional, se han dignado los Exmos señores vocales D. José María Liceaga y D. José Sixto Verduzco de contestarme, asegurando que están en la mejor disposicion de ceder á cuanto la razon y las actuales circunstancias exigen imperiosamente á beneficio de la patria, demasiado angustiada para dejar de ser objeto único de sus intenciones, echando en el olvido todos los acontecimientos pasados, y prestándose á la confabulacion para establecer el reglamento provisional, capaz de evitar en lo de adelante iguales desavenencias."

Si los otros señores vocales adoptaren mi propuesta, habiendo una certeza moral bien fundada de que el Exmo. Sr. Morelos es del mismo modo de pensar, y aun tiene la generosidad de añadir.... Que si fuere necesario para la felicidad del reino la separacion del gobierno, y la nacion así lo estimare conveniente, harán libre y voluntaria dimision del empleo de que están revestidos, en testimonio público de que la nobleza de sus sentimientos está muy distante de la ambicion y otras pasiones rateras. Sea lo que fuere de este último expediente, que yo reputo por peligroso en el presente tiempo, lo cierto es, Sr. Exmo., que la apertura de semejantes negociaciones es de absoluta necesidad, y que lo contrario seria incurrir en el defecto que echamos en cara á nuestros enemigos por su resistencia á entrar en discusion. Lo es tambien que estos ruidosos altercados han comenzado ya á producir efectos muy perniciosos á la patria. Los enemigos charlan sobre ellos y se ceban en maledicencia muy á su satisfaccion. En Guanajuato, Querétaro y S. Miguel el Grande han puesto papeles públicos ridiculizando á todos y á cada uno de los individuos de nuestro congreso, sin embarazarse en afirmar que tienen puesta su pretension al insulto y que se les ha concedido, convidando con esta gracia á todo género de personas comprendidas en la insurreccion, sean de la clase y condicion que fueren; y en efecto, muchos soldados de la tropa del Sr. D. Rafael Rayon y otros, se hallan actualmente indultados en Querétaro y con las armas en la mano contra la nacion. Cruz ha expedido sobre esta materia desde Guadalajara sus impresos, demasiado seductores, vociferando que nuestra suprema junta ha acabado como *cena de negros*, y produciendo particulares inyecciones contra V. E. como presidente de ella. La villa de S. Miguel el Grande casi está decidida á hostilizar á los americanos; toda la plebe salió hasta el camino real á recibir á los gachupines quando entraron el 24 del pasado, y en pocas horas se colectó un donativo de cerca de doce mil pesos: este es uno de los sensibiles resultados de la *desunion*, siendo evidente que si no la hubiera habido, el señor brigadier Rayon, que consiguiente á sus principios tuvo sus motivos para retirarse de esta demarcacion en tiempo en que los enemigos reunidos de todas partes se nos venian encima, en vez de marcharme, hubiera ayudado á atacarlos, y en tal caso, ni los sanmiguelenses tuvieran pretexto con que honestar su deslealtad y cacarear su resentimiento, quejándose de que se les desamparó, ni hubiera dejado de derrotarse infaliblemente mil doscientos hombres muy cobardes, á quienes yo solo lancé de Dolores, sin permitirles estuviesen veinticuatro horas en el pueblo, haciéndoles diez y siete muer-

mas segura peleando contra unos hombres que poseen el arte militar, que abundan en recursos y que cuentan infaliblemente con el brazo de Bonaparte, que contra gachupines tan ignorantes como nosotros, que cada día pierden mas el concepto, que no tienen quien los auxilie y que han agotado todos sus recursos? ¿De qué modo se logrará mas prontamente la paz y la felicidad del reino, uniéndose á los anglo-americanos para declarar su absoluta independencia y establecer una constitucion, que por medio de las artes, agricultura é industria, el verdadero comercio ignorado entre nosotros y una conducta en todo liberal, exenta de preocupaciones y rotinas, se proporcione quanto el hombre ha menester para ser dichoso sobre la tierra, ó volviendo á sumergirnos en el fango del terror, de la ignorancia y de la ineptitud? ¿Dejaremos escapar de entre las manos una ocasion que desaprovechada no volverá á presentarse jamás, para fundir á la nacion sobre los moldes de la cultura y de la filosofia?

No obstante la opinion, ó sea el adagio, de que *vale mas mala composicion que buen pleito*, yo no suscribiré jamás la opinion de largar las armas que hemos empuñado contra nuestros tiranos opresores, exponiendo la patria á peligro de nunca volver á tomarlas para reclamar su libertad, porque, hablemos claro, esta es la alhaja preciosa por que anhelamos, este es el objeto único de nuestras pretensiones: cualesquiera que sean las apariencias con que por ahora nos veamos precisados á conformarnos con el idioma del fanatismo que se alimenta de errores, y no puede concebir cómo haya hombre sin rey, nuestra halagüeña situacion nos constituye en el caso de decir: *Somos libres*, sin que haya mas de cuatro mentecatos que lo contradigan.

A la faz del orbe y con aprobación del universo, podemos gritar mañana.... Los primeros traidores á la nacion fueron Carlos IV y Fernando VII, que teniendo hácia nosotros la misma consideracion que á una manada de ovejas, nos entregaron á Napoleon, y sancionaron nuestra esclavitud con la abdicacion de la corona.... Pero si por desgracia con la admision del plan y nuestros influjos activos llegase á convalecer la España y á ponerse en estado de darnos la ley, ¿cuál seria nuestra suerte? Los europeos, tercios y vengativos por naturaleza, ¿olvidarian sus resentimientos? ¿No pondrian en ejecucion sus proyectos de abatirnos mas de lo que hemos estado? ¿Qué mancha tan indeleble caería sobre la gloria que nos hemos adquirido en esta época, si despues de haberlos batido poderosamente con las armas de la razon y del acero, nos dejásemos seducir de un fantasma? ¿Qué oprobio tan insoportable nos cubriría á presencia de to-

das la naciones europeas, espectadoras del desenlace de nuestra grande escena!

Es preciso que sea funesto á la nacion el fin á que debe conducirnos la ejecucion del plan. Porque ó la España revive, y en este caso no habiendo aprovechado la ocasion que se nos presentó de sacudir el yugo, quedaremos reducidos á un estado peor que el primero, ó sucumbe, y para este evento no debemos anticiparnos á poner restricciones á nuestra libertad. Como ésta se halla identificada con la ruina de España, debemos apurarnos á influir bajo mano en la pronta muerte de esta madrastra cruel, fomentando la guerra y estorbando el envío de auxilios de todas clases. Aunque la negociacion es utilísima en cuanto podamos sacar de ella todo el fruto que hemos menester en las actuales circunstancias; pero no en cuanto á dudar un solo momento el desprecio que se debe hacer del principal objeto del plan. Soy, pues, de parecer que establecida por preliminar la cesacion de hostilidades, se admita la negociacion.

Que ésta, con pretextos honestos, se difiera y prolongue cuanto sea posible y dé lugar á nuestras conferencias con los anglo-americanos.

Que aprovechemos el tiempo del armisticio en prepararnos á una guerra mas activa y eficaz.

Otros varios artículos contiene este plan, que la política no permite presentar; tal vez llegará día en que mudadas las circunstancias, otro escritor los presente tales cuales se comunicaron al presidente de la junta.

Esta exposicion, en que se encuentran ideas bastante luminosas, muestra claramente que las resoluciones del general Rayon eran meditadas y consultadas, y que en asuntos graves y de trascendencia nada obraba por sí solo. Por tanto, la imputacion que se le hizo de que queria *amonacarse*, fué calumniosa y gratuita. Ni podria tampoco sospechase sobre su manejo en las negociaciones que se le propusieron por el virey, pues desengañado de que todo era un embuste, en fines de Noviembre de 1812 continuó sus irrupciones sobre los españoles en 10 de Diciembre del mismo año, en que D. Ramon Rayon se tomó el convoy de carneros en S. Juan del Rio (como vimos en la carta 17 de la primera edicion). Fué, pues, voluntaria la sospecha que contra él tuvo Liceaga en Abril, en el día de la batalla de Salvatierra, en que dejó perecer á nuestro ejército, manteniéndose en una apatía criminal sin ampararlo. ¡Qué mengua para tal hombre!

Hará honor al Dr. Cos, no solo el papel que acabo de trascribir, sino tambien las cartas que sobre estas diferencias dirigió al general Liceaga.

vierten deben acabar de desengañarse, mas con vuestras costumbres que con nuestras instrucciones; ¿pues cómo quereis que nosotros los inspiremos respeto á los santos ejercicios del culto, cuando vosotros autorizais su desprecio con el que haceis vosotros mismos, y les dais motivo para que los miren como supersticiones con el abuso que de ellos haceis?

Hoy, pues, que he de tratar de una materia tan importante, quiero explicaros las reglas de la piedad cristiana y el espíritu del verdadero culto, é impugnar dos errores opuestos, que en este asunto me parecen igualmente peligrosos. Hay entre nosotros algunos fieles que hacen gala de despreciar todos los ejercicios exteriores de la piedad, que los tratan de devociones populares, y continuamente nos dicen que Dios solamente mira el corazon y que todo lo demás es inútil; primer error que intento impugnar. Otros hay que despreciando lo esencial de la ley, ponen toda su confianza y toda su religion en estas exterioridades; segundo error, acerca del cual procuraré tambien instruiros. No desprecieis los ejercicios exteriores del culto y de la devocion, porque eso seria una soberbia y una singularidad reprehensible y no adoraríais al Señor en verdad; no tengais tanta confianza en estas exterioridades que creíais que sin cuidar de purificar vuestro corazon y de arreglar vuestras costumbres, bastarán para haceros agradables á Dios; esto seria el error de los fariseos, y no adoraríais al Señor en espíritu; no desprecieis las exterioridades del culto y de la devocion, ni tampoco abuseis de ellas. Este es todo el asunto de mi oracion. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Supongo desde luego, católicos, que el verdadero culto, si le consideramos en sí mismo y sin respeto alguno al presente estado del hombre, es puramente interior y todo se consume en el corazón. Toda la religion de los bienaventurados espíritus consiste en adorar al Ser Supremo, en contemplar sus divinas perfecciones y en unirse á él con santos movimientos de un amor puro y perfecto, en la alabanza, en la bendiccion y en la accion de gracias, y esta es la religion de los justos que nos han precedido con la señal de la fe; esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia, dice San Agustin, si despues de haber caido de aquel estado de santidad en que fué criado, no hubiera sido condenado á vivir arrastrado sobre la tierra, sin poderse levantar hácia su Criador sin el ministerio de las mismas criaturas que le habían apartado de él.

Nosotros como somos sucesores de su infidelidad, lo somos tambien de su pena; como hijos de un padre carnal, nacimos carnales como él; nuestra alma, envuelta en los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio; nuestro culto necesita de objetos sensibles que ayuden nuestra fe, que despierten nuestro amor, que mantengan nuestra esperanza, que faciliten nuestra atencion, que santifiquen el uso de nuestros sentidos y que nos unan con nuestros hermanos; esta es la religion de la tierra, estos son símbolos, sombras, enigmas que nos fijan, que nos purifican y nos unen. Abel ofreció sacrificios, Enoch invocó el nombre del Señor con el aparato de las ceremonias sensibles, los patriarcas levantaron altares, la ley vió multiplicarse infi-

nitamente sus ejercicios y observancias; la Iglesia, por ser mas espiritual, no tuvo tantos ejercicios exteriores, pero no estuvo sin ellos; tiene un Dios que quiso encarnar y hacerse visible para introducirse por medio de los sentidos hasta lo íntimo de nuestros corazones; y este misterio, continuado en nuestros altares bajo unos signos místicos, debe servir de ejercicio y de consuelo á nuestra fe hasta la consumacion de los siglos.

Los hombres, pues, no pueden pasarse sin un culto exterior que los una, que los distinga de los infieles y sectarios, con que edifiquen á sus prójimos y que sea una pública confesion de su fe. Por eso Jesucristo juntó á sus pueblos bajo una cabeza y bajo pastores visibles; los unió entre sí con la participacion exterior de unos mismos sacramentos; los sujetó á los mismos signos sensibles, y dió á su Iglesia un carácter resplandeciente de visibilidad, en el que nadie puede engañarse, que siempre la ha servido de baluarte contra todas las sectas y contra los espíritus de error que en todos tiempos han querido levantarse contra ella.

Con todo eso, no ha sido sola la herejía la que ha pretendido limitar todo el culto al interior y mirar todos los ejercicios exteriores como supersticiones populares ó devociones inútiles. Puede muy bien decirse que este soberbio error ha reinado en el mundo en todos tiempos. Continuamente estamos oyendo decir que la verdadera devocion está en el corazón, que puede muy bien uno ser hombre de bien, justo, sincero, humano y generoso, sin levantar el estandarte, sin manifestar ansia por todas devociones, sin tener por culpa la distincion de las viandas que no son perjudiciales á la salud, porque lo que entra por la boca no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazón, y sin una exactitud pueril en ciertos ejercicios, cuya institu-

cion mas se debe á los claustros que á los apóstoles; y que las obligaciones del cristianismo son mas espirituales, mas sublimes y mas dignas de la razon, que toda la menudencia de devociones á que sujetamos la gente sencilla. Es decir, que la sabiduría del mundo opone tres pretextos para autorizar una tan peligrosa ilusion, á saber: la inutilidad de los ejercicios exteriores, su débil imposibilidad y el abuso que de ellos se hace. Impugnaré estos tres pretextos y probaré la utilidad, la sabiduría y el verdadero uso del culto exterior.

Nos oponéis en primer lugar, que la esencial devocion está en el corazon, y que todas estas exterioridades son inútiles; pero yo pudiera preguntaros desde luego: ¿Cuando separais este culto exterior que teneis por tan inútil, sois fieles á lo menos en lo que vosotros mismos afirmáis ser esencial? Cuando despreciáis todo lo que os parece supérfluo en la religion, ¿cumplís á lo menos con las obligaciones indispensables de la ley de Dios? Con persuadiros que basta entregar el corazon á Dios, ¿se le entregais, al mismo tiempo que teneis entregado todo el exterior al mundo? A vuestra conciencia llamo por testigo en este asunto. ¿Glorificais á Dios en vuestro cuerpo, no haciéndole servir á las pasiones injustas? ¿cumplís con todas las obligaciones de padre, de esposo, de amo, de hombre de república y de cristiano? ¿no teneis que reprenderos en orden al uso de vuestros bienes, en las funciones de vuestro cargo, en la naturaleza de vuestros negocios y en el buen orden de vuestra familia? ¿teneis el corazon libre de todo rencor, de toda envidia, de todo deseo de venganza contra vuestros prójimos? ¿Ofendeis alguna vez con vuestras maquinaciones ó con vuestros discursos su inocencia, su fama ó su fortuna? ¿jamais á Dios mas que á todas las cosas; mas que á vues-

de proyectos ambiciosos, está persuadido de que concluida la grande empresa que tienen entre manos, en la que solo se han propuesto la felicidad pública, no hallarian embarazo en resignar sus destinos, haciendo que la nacion elija los mas idóneos, y retirándose al seno de sus casas entre las bendiciones de sus conciudadanos, á disfrutar la felicidad de que han sido autores. No siendo útil el plan para pacificar el reino, no obstante la autoridad de la suprema junta para hacerlo adoptar á unos hombres que se ha visto resistir con las armas á la soberanía reconocida por ellos mismos, cuando se ha opuesto á sus caprichos, hagamos otras preguntas. ¿Puesto en ejecucion ese plan y retirada de la insurreccion los primeros jefes de ella, *terminarian las diferencias, ó se precipitaria el reino en una anarquía mas espantosa que la guerra?*¹ ¿Visto á buena luz, se lograrán con él las pretensiones de la nacion, ó solo es un fantasma de libertad que alucina? ¿Los americanos quedarian contentos con que se pusiese al frente del gobierno un Venegas, un Calleja y otros gachupines, que por inicuos, sanguinarios y opresores se han hecho objeto del odio público? ¿Se darian por satisfechos de todos sus desvelos con volverse á su antiguo estado, olvidándose de la libertad por que tanto anhelaban? ¿Cuál sería en este caso la suerte de los empleados americanos, especialmente de los individuos que componen la suprema junta? ¿Cuál será la representacion que tengan los europeos en el congreso, que no degeneren en despotismo? Teniendo éstos intervencion en todos los ramos de administracion pública, ¿en qué manos residiria la fuerza armada para mantener el equilibrio? El constituir á Venegas al frente del gobierno, en el primer empleo del reino, en el poder ejecutivo, es mas que sancionar el despotismo y premiar con honor sus execrables crímenes. Despues que se han visto quebrantados los juramentos, hollados los derechos mas sagrados de la religion y del hombre en la presente guerra, ¿quién garantizará los tratados, faltando en ambos partidos la debida imparcialidad? ¿No sería preciso ocurrir á una nacion extranjera? (¿Y por qué no se ha echado mano para el efecto de la Inglaterra en las términos que se había hablado en las cortes?) ¿No nos da esto bastante motivo para sospechar que en esta propuesta no espereada, sugerida sin duda de necesidad urgentísima, se ocultan miras de profunda política, y un misterio, que aunque no penetramos por ahora, se entreve profundamente ser favorable á nuestro sistema? Veamos ahora el

1. Esta cuestion es demasiado importante. El Dr. Cos, autor de este papel, que firmó Liceaga, tenia un anteojo político demasiado graduado y previsor. Era hombre de Estado.

asunto por otro lado, sin dejar este estilo. Establecido el plan, ¿se acabará la guerra de América? ¿No se derramará la sangre de los criollos? ¿No tenemos anglo-americanos con quienes combatir?...? Los gachupines, así como han puesto grillos contra nosotros, que mueran en su defensa. ¿No tratan ahora de que formando todos una masa común, salgamos á morir á manos de los extranjeros? Y para el caso de morir, ¿no es lo mismo á manos de unos que de otros? ¿La devastación del reino no es

1 El Dr. Cos se equivoca atribuyendo las desazones que podrían venir si despreciáramos los auxilios que supuso ofrecían en cambio de sus pretensiones. No hubo nada de esto, como hemos visto. Tenemos otro germen de discordias muy funestas para lo sucesivo, por el tratado de la cesión ó venta de las Floridas que hizo Fernando VII á los Estados-Unidos por el tratado firmado en Washington en 22 de Febrero de 1819, ratificado en Madrid en 24 de Octubre de 1820 con la licencia y bajo la autoridad de las cortes españolas; tratado por el cual cede en pleno dominio y soberanía todos los territorios que le pertenecían al Este del Mississipi, conocidos por el nombre de Floridas oriental y occidental, islas adyacentes, edificios públicos y archivos de ambas provincias.

La línea divisoria entre los Estados-Unidos y Méjico queda fijada por este tratado: las aguas del río Sabina, desde su embocadura en el Golfo Mejicano hasta el grado 32 de latitud; de allí una línea tirada al Norte hasta donde toque el río Rojo de Natchitoches, sus aguas arriba Este ó Oeste hasta el grado 23 longitud de Washington [100 de Londres]; de allí otra línea recta al Norte, si topar con la ribera meridional de Arkanzas; las aguas de este río hasta su origen en el grado 42, y siguiendo este paralelo hasta el mar del Sur. He aquí á Washington con un pié en el Atlántico y otro en el Pacífico, abarcando una extensión de más de dos mil leguas en línea recta de mar á mar.... Así se ha enajenado el más bello territorio de la América, y con él á sus habitantes, como se traspasa una herda de cochinos en un mercado á un comprador; así han respetado Fernando y las cortes españolas la sagrada propiedad y derecho de nuestro pueblo; así se ha obrado, al mismo tiempo que se proclamaban los principios más filantrópicos; y no es esto lo más, sino que haya recibido este inmenso territorio una nación cuyo blason es la libertad de los pueblos; no, el mejicano reclamará en todos tiempos esta usurpación, y acaso ésta será motivo de una guerra. [Esto se escribía en 1823: señal de que no éramos muy tontos.]

Ni Fernando pudo vender ni Washington comprar, y mucho menos en una época en que no había *aquiescencia* con el gobierno español y sus disposiciones, pues estábamos en lid sangrienta contra este tirano bárbaro y opresor.

de las personas intermedias que lo promueven, del verdadero motivo que lo provocó, y de una multitud de incitantes que comprende sin arbitrio de hablar con nadie que tenga la más mínima sospecha, ni poder desenvolver infinitas dudas que se ofrecen á cada paso; sin embargo, diré lo que me ocurre digno de la más seria discusión después de haber sentado algunos principios incontestables.

En primer lugar, el abrir una negociación, cualquiera que sea el resultado, no puede menos que ser de mucha utilidad para nuestra causa, la cual se elevará á un grado de concepto más ventajoso y universal que el que hasta ahora ha tenido, luego que el público vea que aquel mismo gobierno dé-pota y tirano que no había querido hablarnos sino con la punta de la espada, encorva ahora su orgullosa cerviz á solicitar las capitulaciones; serán infinitos los comentarios que sobre esto haga el pueblo, al ver que la causa de los americanos no estaba tan desesperada como intentaban persuadir nuestros opresores, y discurriendo por principios análogos á su falta de carácter, creerán firmísimamente que la victoria está ya declarada por nosotros, sea por razón de alianza muy vulgarizada de los anglo-americanos, ó porque juzgue que España sucumbió enteramente, ó por otros motivos, y esto era puntualmente lo que le faltaba para rasgar el velo y desplegar los resortes de su energía, enmohecidos con el terror y envueltos entre los temores de fatales resultados.

En segundo lugar, el armisticio ó cesación de hostilidades nos proporciona arbitrios para nuestras medidas y disposiciones ulteriores, y suficiente tiempo para prepararnos á un nuevo orden de cosas que la combinación y sucesos de este continente con los de Europa debe producir indefectiblemente dentro de pocos días.

En tercer lugar, es necesario hacer al virrey esta capitulación, y estrecharlo á aguardar el parecer de todos los señores vocales y de los primeros jefes de la nación, haciéndoles ver que la suerte de la América no está depositada en las manos de *un solo individuo*, y que aunque nuestro gobierno es naciente, tiene sin embargo cierto orden y alguna sombra de corporación.

En cuarto lugar, es indispensable publicar estas gestiones, no sólo para

1 Así se creyó en aquellos días, y era de esperar por las ventajas reciprocas que resultarían á estos dos pueblos; mas no hubo el menor auxilio: el particular que lo dió fué por especulación: fiar en Dios y en nuestros puños. Excelente máxima!

comprometer á Venegas y poner en espectacion á todo el reino, sino principalmente para que la suprema junta pueda sincerar sus operaciones á los ojos de nuestras tropas y de una infinidad de gentes que sospechan de traicion en cualquier movimiento, cuyo objeto ignoran.

Sentados estos principios, para descender á la negociacion debe cuestionarse ante todas cosas si la nacion está en estado de insistir en su primer objeto de independencian absoluta, por la que se han hecho tantos esfuerzos y derramado tanta sangre, ó si desentendiéndose de ella debe ceder á los deseos de pacificacion y admitir en parte ó en todo el plan remitido de Méjico con las alteraciones que se juzguen convenientes, quedando la América ligada á España con la misma dependencia que antes por medio del reconocimiento á las cortes, y contentándose con echar los cimientos de una libertad condicionada para el caso de que sucumba la España, dejando vivos los principios de opresion en el despotismo de los europeos. Para lo primero, ténganse presentes estos postulados.

Si en tiempos mas angustiados en que contábamos con poca gente y armas, cuando no teniamos un primer móvil de nuestras operaciones, ni reconociamos un gobierno, se mantuvo fuerte la nacion arrostrando al enemigo, ¿podrá en la actualidad sostenerse hasta llevar al cabo sus justas pretensiones en toda su extension?

Si la muerte de España nos afianza sin contradiccion la total independencian á que aspiramos, ¿será cordura anticiparnos á poner restricciones á nuestra libertad, volviendo á enlazarnos con los europeos por no aguardar un poco de tiempo hasta lograrla á nuestra satisfaccion? Estando para espirar España, ¿no deberemos cooperar á que dé la última boqueada, sustrayéndole todo auxilio de vida con solo mantener la guerra, puesto que sobre sus ruinas se ha de erigir nuestra verdadera felicidad? Teniendo un apoyo vigoroso en la alianza con los anglo-americanos, ¿será prudencia desaprovecharlo?

Por lo que toca á lo segundo, ocurren tambien infinitos problemas que resolver. Aunque los celos y rivalidades han influido en los movimientos del reino, la principal causa ha sido el conocer que desde el trastorno del trono todas las autoridades son arbitrarias é ilegítimas, y por tanto, mientras exista este conocimiento, es inútil el plan para borrar celos y disensiones: lo es tambien para hacer concebir á la nacion la mas íntima confianza de un solo gachupin que permanezca con la menor intervencion en el gobierno, y para calmar las agitaciones del pueblo, que formando la idea que debe de los principales jefes americanos, lejos de suponerlos poseidos

tros intereses, mas que á vuestra fortuna, mas que á vuestros placeres, mas que á vuestras inclinaciones? ¿quereis antes perderlo todo que desagradarle? ¿os negais continuamente á vosotros mismos? ¿vivís de la fe sin hacer caso de todo lo que es percedero? ¿mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿llorais los desórdenes de vuestras pasadas costumbres? ¿teneis un corazon penitente, humillado y deshecho bajo de ese exterior mundano? ¿teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿huís de las ocasiones? ¿buscáis los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais; ¿sois fieles en él? No, católicos, solamente las almas entregadas al mundo y á sus placeres, nos están continuamente diciendo que basta entregar el corazon á Dios, y que este es el punto esencial; y consiste en que, como se ve claramente que no dan á Su Majestad el exterior, procuran persuadirse para vivir tranquilos, que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazon, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos y acerca del cual podemos muy fácilmente engañarnos.

Pero católicos, el que ya tiene su corazon arreglado y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades y la manifestacion de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazon; y así cuando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es fácil; no teniendo ya las aficiones exteriores raíz alguna en el corazon, se deshacen por sí mismas y no pueden subsistir: todos los dias estamos viendo en el mundo algunas personas que con un corazon aún mundano y desarreglado, hacen obras exteriores de piedad, cumplen con las obligaciones públicas de misericordia y se ejercitan

en algunas obras santas; aun las almas mas mundanas y mas engolfadas en las pasiones, mezclan regularmente con sus placeres y con sus infames flaquezas, algunas obras exteriores de religion y de misericordia para estar tranquilas con una vida absolutamente pecaminosa, ó para minorarse á sí mismas su horror y su infamia; pero no se ve alma alguna que despues de haber entregado sinceramente su corazón á Dios, despues de haber roto los lazos de las pasiones y apartádose de todas las ocasiones de pecado, deje de dar alguna exterior señal de su mudanza, que persevere en las mismas amistades, en las mismas diversiones, en las mismas inutilidades y en el mismo olvido de las cosas santas; que no se advierta en ella alguna distincion en las obligaciones exteriores de la piedad, y que limite toda su conversion á una mudanza quimérica que no se manifiesta, mientras conserva el mismo exterior que antes. ¡Ah! la costaria mucho trabajo el no dar algunas señales exteriores de respeto al Dios que ama y adora; la reprenderia su conciencia de que no sentia en sí fervorosas ansias de honrarle con sus demostraciones; apenas tiene la religion medios y ejercicios suficientes para satisfacer al amor de un corazón fiel. En una palabra, no es difícil el cumplir con algunas obligaciones exteriores de devocion con un corazón aún mundano; pero el corazón que ya es cristiano no puede privarse de estos ejercicios exteriores.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazón, nos manda confesar con la boca y dar señales públicas y patentes de nuestra fe y de nuestra piedad; lo primero, para dar gloria al Señor que es nuestro Dios, y confesar en presencia de todos los hombres que él solo merece nuestras adoraciones y respetos; lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitud los secretos favores que

nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras; lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor á quien servimos é injuriosa á la bondad del Dios que nos ha iluminado; lo cuarto, para edificar á nuestros prójimos y animarlos á la virtud con nuestro ejemplo; lo quinto, para animar á los flacos y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud; lo sexto, para reparar nuestros escándalos y ser olor de vida, así como antes habiamos sido olor de muerte; lo sétimo, para consolar á los justos y darlos motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la divina misericordia. ¿Qué mas diré? Para confundir á los impíos y á los enemigos de la religion y obligarlos á que confiesen en su interior que aun hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud distinguiéndose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos, huyendo de las diversiones públicas, ejercitándose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis no obstante que se hallen en los siervos de Dios, y luego que los veis imitar las costumbres y proceder del mundo, y que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion; decís que los canonizan á poca costa, que á ese precio es fácil servir á Dios y ganar el cielo, y que vosotros seriais muy presto

grandes santos si para eso no se necesitara mas, y de este modo os contradecís á vosotros mismos y os confundís por vuestra propia boca.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion y halla en ella simplicidad y flaqueza; la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la Iglesia, la oracion comun y doméstica, la visita de los lugares de misericordia, el celo por las obras de piedad, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los santos misterios, la santificacion de las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia, la exactitud en la observancia de algunos santos ejercicios; todo se tiene por religion popular y no se mira como ejercicios dignos del espíritu; quisiéramos una religion que no formase fieles, sino filósofos; solemos decir que estas menudas devociones son buenas para éste ó aquel cuyo talento no alcanza mas, y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion.

Pero, amados oyentes míos, ¿os parece á los que habláis de este modo que el desorden de vuestras costumbres y la bajeza de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espíritu que os hace mirar los ejercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto sí que debiérais preciaros de talento, de elevacion, de valor y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas mas indignas y viles; os veo soberbios con escándalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con bajeza y sensuales con disolucion; veo en vosotros una alma de vil barro que se deja arrastrar de un deleite, abatir de una aficion, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guia el instinto de los senti-

dos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y así, está muy mal en vosotros el decirnos que las menudencias de la devocion exterior se deben dejar para los espíritus débiles y para las almas vulgares.

La verdadera fuerza y la única elevacion del espíritu y del corazon, consiste, católicos, en dominar las pasiones, en no ser esclavos de los sentidos ni de los deseos, en no dejarse gobernar por los antojos del génio y por las inconstancias de la imaginacion, en ahogar un pesar y una secreta envidia, en ser superior á los acontecimientos y á las desgracias; en esto consiste el tener una alma grande y un talento superior y elevado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciais, teniéndolos por espíritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas que perdonan las mas sensibles injurias, que ruegan por los que los calumnian y persiguen, que no sienten los movimientos de las pasiones sino para tener mas mérito en reprimirlas, que no se dejan corromper de un vil interés, que no saben sacrificar la obligacion, la verdad ni la conciencia á la fortuna, que rompen con valor los mas tiernos y amorosos lazos luego que la fe los manifiesta el peligro, que se privan de los mas inocentes placeres, que se portan como héroes contra todo lo que tiene apariencia de mal; pero en punto de religion son sencillos, humildes, dóciles y se precian de su docilidad y de la simpleza que se les atribuye; son prudentes en el mal y sencillos en el bien: vosotros, al contrario, cuando se trata de moderar vuestras pasiones sois mas cobardes que las almas mas viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espíritu, vuestra filosofía tan ponderada,

todo os abandona; sois un niño, juguete de las mas indignas y pueriles pasiones; sois una débil caña á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto, mirais las santas costumbres tan respetables por la fe de todos los siglos, por la piedad de todos los justos y por las reglas de la religion, como ejercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. ¿Pero qué se halla en vuestras mas grandes y mas serias ocupaciones segun el mundo, que sea mas digno del hombre y del cristiano, que los mas populares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fe y de religion? ¿acaso los cuidados de la fortuna? ¿aquellas ruindades que haceis para conseguir lo que deseais, á pesar de vuestra soberbia, que interiormente se avergüenza? ¿aquellas vilezas para destruir al competidor y elevaros sobre sus ruinas? ¿aquel continuo arte de fingir, sin ser jamás lo que pareceis? ¿aquel pueril teatro donde teneis precision de representar un personaje fingido? ¿aquellas condescendencias y aquellas adulaciones indignas á unos jefes y á unos protectores á quienes teneis por merecedores del mayor desprecio? Esto es lo mas excelente de la vida de la corte. Ahora bien: en este estado ¿vivís satisfechos de vosotros mismos, de vuestro talento, de la fuerza y falsa superioridad de vuestro espíritu? ¿os parece esto mas grande y mas sério que los mas familiares ejercicios de una devocion tímida y sencilla? ¡Gran Dios! ¿podrán los amadores del mundo echar en cara á vuestros siervos la bajeza y simplicidad de sus ocupaciones, no siendo su vida mas que una continua sucesion de puerilidades, de ficciones, de flaque-

zas, de perfidias y de indignos ardidés á los que han querido poner nombres honoríficos? ¿qué son en vuestra presencia las mas ruidosas empresas de los príncipes y conquistadores, sino las fatigas de una araña, como dice vuestro profeta, que se desvanecen con el mas leve soplo? Las obras mas vulgares de la religion que se dirigen á honraros, ¿no tienen en sí alguna cosa mayor, mas real y mas gloriosa para la criatura, que los reinos del mundo y toda su gloria? Un David danzando delante de vuestra arca santa para solemnizar el feliz dia de su traslacion y confundido entre su pueblo, tributándoos los mas sencillos y vulgares respetos de la piedad, ¿no era mas grande á vuestros ojos que cuando volvia de sus victorias y conquistas? Y la soberbia Michol, que trató su devocion de simplicidad y flaqueza, ¿no quedó cubierta con el oprobio de una perpetua esterilidad? ¿la fe no da estimacion á todo? ¿no es grande todo cuanto se hace por vos, pues es digno de la inmortalidad?

Lo que nos engaña, católicos, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades, de sus pompas, de sus honores y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion. Pero una alma fiel, é quien la fe coloca en un punto de elevacion desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen mas que un átomo, mira todo lo que pasa en la tierra, los grandes sucesos que parece trastornan el mundo, aquellas revoluciones que excitar tan diferentes pasiones entre los hombres, aquellas victorias celebradas por tantas bocas y que mudan la suerte de tantos pueblos, todo esto lo mira como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos espectadores ociosos y engañados, porque no ven la flaqueza del artificio y la pueril y oculta fuerza que las hace mover, escondiendo el despreciable misterio: mira á los

príncipes y soberanos, aquellas almas ilustres en cuyas manos está la suerte de los pueblos y reinos, y á las que no obstante tributa el respeto y obediencia debidos al sagrado carácter de que están revestidos; los mira, cuando se olvidan de Dios, de quien tienen el poder y la autoridad, como á aquellos reyes que levantan los niños entre sí, cuyos cetros y coronas y cuya majestad é imperio imaginarios nada tienen de real y verdadero, mas que la puerilidad de la niñez. Ved ahí cómo el espíritu de Dios y el espíritu del mundo juzgan distintamente, cómo á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso, y cómo vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece únicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Y cuando hablo de los justos, no os parezca, católicos, que hablo precisamente de los que viven entre nosotros, cuya fidelidad exterior tanto despreciais, como si fuera efecto de una capacidad corta y limitada; hablo de los justos de todos los siglos, de los mayores hombres que ha habido en la religion, de los primeros discípulos de la fe, de aquellos héroes de la gracia á quienes los mismos paganos se veian precisados á respetar, y cuya grandeza de alma, cuya elevacion y verdadera sabiduría excedió á toda la filosofía de Roma y de Atenas.

Sí, católicos, aquellos hombres tan generosos en medio de los tormentos, tan intrépidos en presencia de los tiranos, tan insensibles en la pérdida de los bienes, de los honores y de la vida, eran hombres sencillos, religiosos y fervorosos. Entre ellos el doctor y el profeta respondian á las bendiciones comunes como el mas idiota; un Pablo y un Bernabé, aquellos hombres que fueron tenidos por dioses, asistian al templo á orar, del mismo modo que el pueblo sim-

ple. Los mismos apóstoles, llenos de aquel espíritu que es el Señor de las ciencias y fuente de las luces, iban á la hora acostumbrada á adorar con todos los judíos, y entonces para hacer una vida espiritual no se necesitaba de otra fe distinta de la del pueblo.

No, católicos, cuanto mas me acerco al principio, mas sencillez hallo en el culto. En aquellos primeros tiempos, vereis una devocion tierna, fervorosa, unánime, que procuraba manifestarse con ejercicios sensibles y consolarse con estas mútuas señales de fe y de religion. Los fieles congregados ofrecian todos juntos al Señor un sacrificio de alabanzas con himnos y cánticos espirituales; celebraban con un santo fervor aquellos comunes banquetes de caridad que precedian á los santos misterios, y en los cuales con la sencillez de la fe, cada uno comia con acción de gracias; se daban el beso de paz, suspirando por aquella paz inalterable que no pedian esperar del mundo, y por aquella eterna union que ha de consumir la caridad en el cielo; lavaban los piés de los que evangelizaban los bienes verdaderos, y los bañaban con sus lágrimas; atravesaban los reinos y provincias para tener el consuelo de tratar á un discípulo que hubiese visto á Jesucristo; recibian en sus casas á los hombres apostólicos como á ángeles de Dios, y los sinceros afectos de su caridad; sus familias eran iglesias domésticas, en las que los ejercicios de la religion eran las funciones mas comunes; las oraciones puras y sencillas, aunque llenas de fe, las costumbres inocentes, el instruir á los hijos en que conociesen y adorasen al Dios del cielo y de la tierra, en que esperasen en Jesucristo y le confesasen generosamente en presencia de los tiranos, el candor, la fidelidad y el temor del Señor, eran los caminos mas sublimes y lo mas superior de su piedad. Con todo eso, aquellos hom-

bres sencillos fueron los fundadores de la fe, la mayor parte de ellos testigos de la resurreccion de Jesucristo, los primeros mártires de la Iglesia, unos hombres á quienes parece que no se les habia dado el Espíritu Santo con medida, y que además de la caridad habian tambien recibido la plenitud de los dones milagrosos.

Los siglos siguientes nada mudaron de este espíritu; en ellos se juntaban los fieles sobre los sepuleros de los mártires, y llevaban allí con sencillez sus votos y sus ofrendas. ¿Qué respeto no tenian á los lugares teñidos con sangre, en donde aquellos generosos confesores de la fe habian consumado su sacrificio? ¿qué piadosas ansias por conservar las preciosas reliquias de sus cuerpos que se habian libertado del furor de los tiranos? ¿Pues qué diré del celo y de la piedad de nuestros padres en los siglos posteriores? ¿Qué suntuosos templos no levantó en nuestras ciudades la devocion á María Santísima? ¿qué dones y riquezas no consagraron á la majestad del culto? ¿cuántas piadosas fundaciones no dejaron para mantener la fe de los cristianos? ¿qué viajes no emprendian para ir á honrar los santos lugares y venerar los vestigios que aun permanecian de los misterios y milagros del Salvador? Puede ser que en algo se excediesen, porque mi intento no es justificarlo todo; ¿pero qué sé yo, ¡oh Dios mi! si aquellos piadosos excesos de celo y de sencillez, os honraban mas que las vanas cavilaciones de nuestro siglo? A lo menos, si habia abusos no despedazaban vuestra Iglesia como el funesto cisma que ha querido reformarlos, que con pretexto de darnos una religion mas pura, ha establecido errores en lugar de los abusos que se habian introducido, que ha trastornado el fundamento de la fe por querer quitar las superfluas decoraciones del edificio, que ha sustituido al exceso

de credulidad un espíritu de rebelion y de independencia, que ya no conoce el yugo y que no teniendo mas regla que la vanidad de sus propias luces, ha visto multiplicarse sus desórdenes con sus discípulos, y ha producido casi tantos inventores de nuevas sectas, como ha tenido doctores de la mentira.

Pero me direis que no me canse, pues por mas que diga es ciertísimo que aun hay el dia de hoy una infinidad de gentes que abusan de todas estas exterioridades de la devocion; que este es un velo de que se sirven para ocultar con mas seguridad lo que tienen interés en que no vea el público; que hay muchas personas á quienes no quisiérais pareceros en la rectitud, en la sinceridad en la equidad, en el desinterés, en la humanidad y aun acaso tampoco en la regularidad de sus costumbres, y que con todo eso, concurren á todos los ejercicios de devocion, frecuentan los sacramentos, se imponen muchos ejercicios pladosos y asisten á casi todas las buenas obras.

A esto os respondo en una palabra que esto es lo que se debe evitar, como diré mas adelante; que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion; que el mal uso que algunos hacen de ella prueba, solamente que la corrupcion de los hombres abusa aún de las cosas mas santas, y que así, debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones mas puras y con motivos mas cristianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irrepreensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, seria caer en una ilusion mas peligrosa que la que se reprehende, y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el ejemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos.

No, católicos, no pretendo aprobar ahora lo que he de reprobar despues; pero no quisiera que el celo contra los abusos de la virtud fuese una continua sátira de la misma virtud. Quisiera que dejando á Dios el juicio de los corazones, representásemos unas exterioridades con que se le honra. ¡Ah! el mundo está ya lleno de tantos incrédulos y libertinos, hay tantos impíos que impugnan con blasfemos discursos, no solamente los piadosos ejercicios del culto exterior, sino también la doctrina de la fe y la verdad de nuestros mas respetables misterios, que nos conviene respetar lo que pudiera tenerse por exceso de piedad en los ejercicios exteriores de la religion, con tal que esto no sea en ofensa de la misma religion. Estas son reliquias de las costumbres antiguas y de aquella inocente sencillez que es muy conveniente el conservar. Debemos considerarlo como una especie de pública satisfaccion que da la religion de los pueblos á la grandeza de la fe contra las blasfemias de los impíos que la deshonoran, y debemos ser muy mirados en condenar los abusos, por no autorizar el libertinaje.

Es verdad que la diferencia de los respetos exteriores no distingue en la presencia de Dios á los buenos de los malos. Las vírgenes necias y las prudentes todas tenían un mismo adorno; todas llevaban en las manos unas mismas lámparas, todas iban al mismo festin; el aceite de la caridad era el que las distinguía, y este es el excelente camino que voy á manifestaros. Despues de haber explicado la utilidad de los ejercicios exteriores contra los que los desprecian, es necesario impugnar sus abusos contra los que fundan toda la piedad cristiana en estas exterioridades.

SEGUNDA PARTE.

Lo que San Pablo decia en otro tiempo de las observancias de la ley de Moisés, lo podemos también decir hoy nosotros de los exteriores ejercicios de la devocion; son útiles, son santos y son justos: *Mandatum quidem bonum, sanctum, et justum.*¹ Pero el abuso que de ellos hacemos, muda en ocasiones de pecado lo que en el principio solamente se estableció para facilitar la salvacion. Son útiles: *Mandatum, quidem bonum;* y se hacen vanos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor, sin el cual la carne de nada sirve. Son santos: *Mandatum, quidem Sanctum;* y los convertimos en obstáculos para la salvacion, por la soberbia y vana confianza que nos inspiran. Finalmente, son justos: *Mandatum quidem justum;* y ofendemos á la justicia, porque muchas veces los preferimos á las mas esenciales obligaciones.

En primer lugar, los ejercicios exteriores de la devocion son útiles: *Mandatum quidem bonum;* y los hacemos infructuosos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor sin el cual la carne de nada sirve.

A la verdad, católicos, todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á su fin principal: cualquiera accion de piedad que no se ordena á establecer el reino de Dios dentro de nosotros, es vana; cualquiera ejercicio santo, que subsiste siempre con nuestras pasiones, que deja siempre en nuestro corazon el amor al mundo y á los culpables deleites, que no corrige nuestros reñcores, nues-

¹ Rom. 7. v. 12.

tras envidias, nuestra ambición, nuestros afectos, nuestra pereza, mas es burla de la virtud que virtud. En la presencia de Dios no somos mas de lo que somos por nuestro amor y por nuestras inclinaciones. El Señor quiere ser el objeto de todos nuestros deseos, el fin de nuestras acciones, el principio de todos nuestros afectos y la inclinación dominante de nuestra alma; lo que no nace de estas disposiciones, lo que no nos confirma y guía á este fin, por mas grande que parezca á la vista de los hombres, es nada delante del Señor; no es mas que un metal que suena y una campana vacía que hace ruido.

En este sentido toda la religion estriba en el corazón; el haberse Dios manifestado á los hombres, el haber formado una Iglesia visible en la tierra, el haber establecido en ella la majestad de las ceremonias, la virtud de sus sacramentos, la magnificencia de sus altares, la variedad de sus ejercicios y todo el aparato de su culto, no ha sido mas que para guiar á los hombres á las obligaciones interiores del amor y de la acción de gracias, y para formarse un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificarle en todos los siglos.

Este es el fin de todo el culto que Dios ha establecido, y de todas las ideas de su sabiduría para con los hombres. Cualquiera religion que se cifese á puras exterioridades, sin arreglar el corazón y los afectos, sería indigna del Ser Supremo, no le tributaria la principal gloria y el único respeto que él desea, y debería confundirse con aquellas vanas religiones del paganismo que inventaron los hombres, las que no mandaban á la superstición de los pueblos mas que respetos públicos y ceremonias pomposas, que no arreglaban el interior y dejaban en los corazones toda su corrupción, porque no podían curarla ni aun conocerla.

No obstante esto, católicos, podemos decir que este es el abuso mas universal y la llaga mas deplorable de la Iglesia. ¡Ah! toda la gloria de la hija del rey se halla, por decirlo así, en el exterior; jamas ha habido mayores exterioridades que al presente; nunca han sido éstas tan solemnes como ahora, nunca fueron los templos tan magníficos, tan frecuentados los Sacramentos, tan comunes los sacrificios ni tan apetecidas las obras de misericordia. Nunca ha habido tanta devoción exterior, ni acaso tampoco menos piedad, y nunca han sido mas raros los verdaderos cristianos.

Bien conocéis que no intento justificar los vanos discursos del mundo y las preocupaciones del libertinaje contra la virtud, las que ya dejo impugnadas en la primera parte de este discurso. El impío dice que bajo las exterioridades de devoción se oculta un corazón doble y corrompido, y que toda virtud es una ficción y una hipocresía; porque el impío juzga de todos los hombres por sí mismo, y no puede persuadirse que aun haya rectitud, inocencia y verdad en la tierra. Dejémosle que goce de este funesto consuelo, y que se asegure con él contra el horror que le inspira el monstruoso estado de su alma, si no se persuadiera á que en todas partes ve monstruos semejantes á él.

Hagamos mas justicia á los hombres, católicos, y juzguemos de ellos ahora por nuestro corazón: la hipocresía y el engaño no es la mayor herida de la religion; este vicio es demasiado infame y aborrecible para poder ser el vicio del mayor número de los hombres, y nos serviría de consuelo el podernos persuadir á que no habia tantos impíos como hipócritas en la tierra.

Y así, no intento impugnar hoy aquel indigno fingimiento, que se vale de los ejercicios exteriores de virtud para

ocultar sus delitos; sino al contrario, el error de la buena fe en la excesiva confianza que pone la mayor parte de las almas mundanas en estas obligaciones exteriores, y que sin hacer caso de la conversion del corazon y de la mudanza de vida, viviendo siempre en los mismos desórdenes, se hallan tranquilos en este estado, porque en él se ejercitan en algunas obras de piedad, y se lisonjean de que hacen una compensacion que afrenta á la misma piedad, y que haciéndolas perder todo el mérito de estas obras, las deja siempre la misma impenitencia y toda la enormidad de sus delitos. Esta, pues, es una ilusion generalmente recibida en el mundo.

De este modo hay algunos que socorren á los desgraciados, que se compadecen de su infidelidad, que tienen arregladas ciertas limosnas en las que nunca faltan. Cierto que no hay cosa mas digna de alabanza ni mas recomendada en los libros santos, que la misericordia; pero se persuaden á que cumpliendo con esta obligacion, cumplen con todas; y fiados en esto viven con menos escrúpulo en sus pecaminosas costumbres, en las conexiones profanas y en los ódios inveterados; viven entregados al mundo y á las distracciones. ¡Ah! Dios no tiene necesidad de vuestros bienes, lo que pide es vuestro corazon; vuestro dinero perecerá con vosotros. Otros sostienen las empresas piadosas, favorecen á los justos, se declaran protectores de las casas de religion, adornan los templos y los altares; pero su ambicion siempre es sin medida y la envidia sigue royéndoles el corazon; mantienen los mismos deseos de agradar, y en la libertad de sus conversaciones nada se halla que sea mas inocente ni modesto: con adornar los templos juzgan que están dispensados de adornar sus almas, que son los templos de Dios vivo, con dones de gracia y santidad.

¡Ah! el Señor desprecia vuestras ofrendas, vuestros dones profanan sus altares, y no haceis mas que si adornárais un templo de ídolos. Algunos asisten con frecuencia á los santos misterios, no faltan por ningun acontecimiento á las fiestas, no hay solemnidad en que no se acerquen al altar para participar de las cosas santas; pero nunca vemos que se acaben sus infames pasiones, su método de vida siempre es el mismo, no por eso cumplen mejor con sus obligaciones domésticas, no se privan de diversion alguna, siguen las mismas ideas de los adornos, de la fortuna y de los placeres.

¡Ah! los que así vivís, participais de la mesa de Satanás y no de la de Jesucristo, y solo os aventajais al impío que vive separado del altar, en que profanais las cosas santas. Luego que el Señor descarga su brazo sobre nuestros hijos, sobre nuestros protectores ó sobre nuestros parientes, y que parece amenazarlos la muerte, recurrimos á las oraciones de los justos, se hacen votos á todos aquellos lugares que son célebres por los prodigios que Dios ha obrado en ellos por la intercesion de sus santos; casi no hay templo ni altar donde no se ofrezcan sacrificios para conseguir una salud tan deseada; multiplicamos las intercesiones, y no pensamos en aplacar al Señor con una mudanza de vida, que es lo que el Señor intenta cuando nos aflige. De este modo le ofrecemos víctimas extrañas y no los gemidos de un corazon contrito; no dejamos cosa que no hagamos para aplacarle, menos la mudanza de nuestras costumbres y una vida mas cristiana, que era lo único que desarmaria su ira. ¡Ah! el Señor mira con desprecio los votos que se le ofrecen por vosotros, y se irrita su bondad de que hagais que le pidan gracias para otros, reservándoos vosotros mismos el privilegio de poder ultrajarle todavía. ¿Qué mas

diré por último? Algunos se precian de llevar sobre sí algunas piadosas señales de respeto á María Santísima, tienen una tierna devoción á todo lo que se dirige á su culto, rezan todos los días con una escrupulosa exactitud algunas santas oraciones que la ha consagrado la Iglesia, y bajo estas religiosas exterioridades mantienen con mas seguridad un corazón siempre profano y corrompido: van á los templos donde se honra á la Señora, y al salir de allí se persuaden á que tienen autoridad para volver á los lugares donde se la ofende. ¡Ahl vosotros deshonrais sus altares, pues los mirais como asilos de vuestra impenitencia y de vuestras culpas; profanais esas exteriores señales que llevais sobre vuestros cuerpos de la devoción que la profesais, pues os persuadís á que con ellas quedarán sin castigos vuestros delitos; y la señora podrá decir de vosotros aquella terrible sentencia con que Dios amenazaba en otro tiempo por su profeta á los sacerdotes, que bajo la santidad de sus vestiduras y de las augustas señales del sacerdocio, ocultaban un corazón profano y manchado. Me levantaré, dice, en el día de mis venganzas, contra aquellos infieles ministros de mis altares, los arrancaré aquellas inútiles señales de mi culto con las que ocultan un corazón lleno de iniquidad y de hediondez, y libraré á mi lino y á mi lana con la que cubren su ignominia: *Convertar, et liberabo lanam meam, et linum, quæ operiebant ignominiam ejus.*¹

Es decir, sois una fantasma de cristiano; teneis la apariencia de devoción sin tener la realidad de la virtud; sois un sepulcro blanqueado y suntuoso, en cuyo exterior se ven los adornos santos, las figuras de la fe, de la religión, de la justicia y de la misericordia, las que le sirven de vana de-

¹ Oss. 2. v. 9.

coración, pero interiormente está lleno de infección y podredumbre; os pareceis á aquel altar del tabernáculo, de que habla la Escritura, que estaba cubierto de oro puro y tenia resplandeciente el exterior, pero interiormente estaba vacío y sin solidez: *Non erat solidum, sed, intus vacuum.*¹ En vano sacrificais sobre él víctimas; estos son unos sacrificios de cabritos y de toros, dones, ofrendas y víctimas extrañas de que no necesita el Señor; nunca sacrificais vuestras pasiones en la presencia de la santidad de vuestro Dios, y el Señor no ve en vosotros sino vanas apariencias, y el interior vacío de fe y de piedad: *Non erat solidum, sed intus vacuum.*

Pero, católicos, ¿qué caso hacemos nosotros de las apariencias de amistad que desmiente el corazón? ¿qué impresión hacen en nosotros las falsas espresiones de aquellos que no nos aman y que conocemos ser nuestros enemigos? ¿No es cierto que nos sirven de molestia? Nosotros no estimamos en los hombres sino el afecto íntimo y real que nos profesan; aun los disimulamos la irregularidad de algunas acciones, con tal que estemos seguros de la verdad de su afecto; aun la misma vida de la corte nos acostumbra á no hacer mucho caso de las exteriores y públicas demostraciones de amistad, á desconfiar siempre de todos aquellos semblantes tan comunes y tan poco sinceros, y á no contar á todos aquellos que nos hablan en un mismo idioma, en el corto número de amigos verdaderos, cuyo corazón sabemos que corresponde á sus espresiones. Nosotros, católicos, queremos ser amados de veras, niagun caso hacemos de las exterioridades, solamente nos pagamos del corazón, no perdonamos ni aun el mas leve defecto de sin-

¹ Exod. 38. v. 7.

ceridad; y hemos de creer que Dios, que se llama Dios celoso, ha de ser en este punto menos sensible y menos delicado que el hombre? ¿Hemos de creer que un Dios que se llama el Dios del corazón, se ha de pagar de un vano exterior y de unos simples respetos? ¿Hemos de creer que un Dios á quien no se puede honrar sino amándole, se ha de contentar con unos respetos que le tributa la boca y le niega el corazón? ¿Hemos de creer que Dios ha de ser de peor condicion que el hombre, y que ó no merece ser amado, ó que no ha de sentir la falsedad de nuestras adoraciones y respetos?

¡Dícs mi! ¿Es posible que los hombres hayan de ser tan reales y verdaderos en sus placeres, en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas y en sus envidias, y que conservando en estos asuntos dentro del corazón aun mas de lo que exteriormente manifiestan, solamente han de ser falsos en los asuntos de la religion? Esto es, á la figura del mundo tributan la verdad y realidad de sus afectos, y á la verdad de vuestra ley y á la realidad de vuestras promesas no ofrecen mas que la apariencia.

Y no obstante, la vana confianza es la propiedad característica de estas almas de que hablo, y este es el segundo abuso de los ejercicios exteriores de devoción: son santos: *Man latum quidem sanctum*, y con todo eso, sirven de obstáculos para la salvacion por la falsa seguridad que nos inspiran.

El desorden, católicos, puede conducir para el arrepentimiento; el libertinaje de las costumbres solamente se mantiene con una embriaguez que no es durable, porque el clamor de la conciencia no tarda en darla á conocer; los que viven abandonados no hallan en sí mismos cosa alguna

que los pueda asegurar, sino la injusticia ó la infamia del desorden, ó aquellas monstruosas máximas que prometen al impío una aniquilacion eterna, y esta es una reflexion aun mas molesta que la misma culpa de que intenta consolarnos. Pero los ejercicios exteriores de la religion sosiegan la conciencia y dan motivo al pecador de que halle algun consuelo fuera de sí mismo; las limosnas, los sacramentos, las obras de misericordia, la devoción de María Santísima, y el culto de los santos forman una especie de nube que oscurece su alma; se perdona mas fácilmente las fragilidades y caidas, porque le parece que las recompensa con obras santas; no teme aquella obstinacion y aquel abandono de Dios, en que caen regularmente los pecadores inveterados, porque aun siente consuelo en ciertas obligaciones exteriores de la religion; no conoce que este consuelo es artificio del demonio que conduce á la impenitencia del mismo modo que la obstinacion: si la gracia nos despierta y avisa algunas veces de la infamia de nuestros desórdenes, oponemos á estos primeros remordimientos un gran número de obras muertas ó inútiles; nos sirven de señales de paz que disipan inmediatamente nuestros sustos; nos aquietamos con estas tristes reliquias de religion, como si con ellas pudiéramos libertarnos del naufragio, y de las exterioridades de la devoción formamos un muro contra la misma piedad.

Por eso algunos destinan parte de las ganancias del juego y su diversion para los pobres; los meten en compañía de sus ganancias, y el furor del juego, tan opuesto á la seriedad y dignidad de la vida cristiana, nada tiene de peccaminoso á nuestra vista despues que hemos hallado el secreto de hacer participantes á los pobres del lucro que resulta de esta desenfrenada pasión: algunos franquean la

casa á los siervos de Dios, frecuentan su amistad, conservan con ellos conexiones de estimacion y confianza, los interesan en que pidan á Dios su conversion, y así viven con mas tranquilidad en sus delitos, despues que han encargado á los justos que los alcancen la gracia de la penitencia; finalmente, consagran algunos dias al retiro, se encierran en una casa religiosa, mas por entregarse con mas satisfaccion á la pereza, que por huir de los placeres; favorecen todo lo que puede ser útil para lo bueno, escogen un director docto y famoso, se presentan mas frecuentemente en el tribunal de la penitencia, asisten á todas las concurrencias de devocion, y se abstienen de ciertos abusos públicos, de que en otro tiempo no formaban escrúpulo; ya juzga el mundo que han tomado el partido de la virtud, y no obstante esto, á excepcion de haber salido de los demás enormes delitos, en todo lo demás aun perseveran los mismos; conservan el corazon siempre lleno de envidias, de antipatías, de deseos de elevacion y de favor, las conversaciones igualmente sazonadas con la murmuracion, con la sátira y con la malicia contra los prójimos, la vida igualmente tibia, sensual, ociosa, inútil, los cuidados del cuerpo y del adorno con la misma ansia y viveza, el génio igualmente áspero y altivo con los domésticos, é igualmente excesivo el resentimiento al mas leve desprecio ó al mas ligero olvido. No obstante todo esto, viven tranquilos, porque se ven rodeados de todas las señales de la devocion, porque se valen de todos los medios exteriores de asegurar su eterna salud, sin haberse olvidado de ninguno, menos del de mudarse á sí mismos.

No, católicos, la confianza que nace de las obras exteriores de devocion pone al corazon en una falsa tranquilidad, de la que rara vez nos desengañamos. De este mo-

do el pueblo judío, fiel observador de los ejercicios exteriores, perseverará hasta el fin en su ceguera. Los profetas que suscitaba el Señor de siglo en siglo empleaban casi todo su ministerio en desengañarlos de este peligroso error. No conteis, les decian, con las víctimas y ofrendas que presentais en el altar, no confieis en la multitud de vuestras obras y de vuestras observancias legales; lo que el Señor os pide es un corazon puro, una penitencia sincera, la enmienda de vuestras culpas, un amor verdadero á sus Mandamientos, una vida santa é inocente, que desgareis vuestros corazones y no vuestros vestidos, y que separeis el mal que reina en vosotros. No obstante, su injusta confianza continuaba manteniéndose en estas exterioridades religiosas. Cuando caian abiertamente en la idolatría, y olvidándose absolutamente del Dios de sus padres levantaban altares extraños, entonces con facilidad les sacaban los profetas de sus desórdenes, los hacian derramar lágrimas de compuncion y penitencia, y Jerusalem se cubria de ceniza y de cilicio. En una palabra, cuando se hacian idólatras y enemigos declarados del Señor, no era imposible el hacerlos penitentes; pero mientras perseveraban en la fidelidad exterior á las observancias de la ley, ¡ah! por mas que los profetas les reprendiesen sus injusticias, sus fornicaciones y sus iniquidades, el templo del Señor les servia siempre de seguridad; los sacrificios, las ofrendas, las observancias con que tan escrupulosamente cumplian, quitaban á las terribles verdades que los anunciaban de parte de Dios toda su fuerza y terror; los grandes pecadores, los impíos, los publicanos, se convierten, los fariseos, los medio cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la devocion con los placeres, con las máximas, pasiones y

abusos del mundo, nunca se mudan, y mueren sin compuncion así como han vivido sin desconfianza; semejantes á aquellos soldados de que se habla en la historia de los Macabeos, que bajo los estandartes de Judas peleaban al parecer por la causa del Señor, y en la apariencia tomaban las armas por su gloria; pero habiendo sido derrotados y muertos, se halló que debajo de sus túnicas tenian escondidas las señales de su idolatría, y se vió claramente que aparentando fidelidad á la religion de sus padres, habian llevado siempre consigo las abominaciones de las naciones infieles: *Invenerunt sub tunicis interfectorum de donariis idolorum, a quibus lex prohibebat judæos.*¹

Pues esta misma es la suerte de las almas de que yo hablo. Combaten bajo los estandartes de la piedad, su exterior religioso no los distingue de los verdaderamente celosos de la ley, se persuaden á que pueden juntar la práctica exterior de sus observancias con las reliquias de su idolatría, y viviendo en esta falsa seguridad desafían á la muerte con confianza; pero acabado el combate y llegado el dia decisivo, desaparecerán todas estas vanas obras, y bajo unas exterioridades religiosas se hallarán ídolos ocultos, esto es, mil injustas pasiones, que siempre los habian confundido en la estimacion de Dios con las almas infieles y mundanas: *Invenerunt sub tunicis interfectorum de donariis idolorum, a quibus lex prohibebat Judæos.*

¡Ah! católicos, un enemigo de los cristianos los argüia en otro tiempo de que aunque era verdad que los preceptos del Evangelio eran admirables y que nada igualaba la perfeccion y grandeza de las máximas de Jesucristo, eran tan poco conformes á la flaqueza humana, que no creia que hu-

¹ Machab. 12. v. 4.

biera quien pudiese cumplirlos: *Vestra in Evangelio præcepta, ita mirabilia, magna que scio, ut eis parere putem posse neminem.* Pero católicos, ¿qué podría haber en las máximas de Jesucristo tan impracticable para la humana flaqueza, segun la expresion ponderativa de este pagano, si éstas no arreglasen mas que las exterioridades? ¿qué trabajo costaria el ser fiel en ciertos ejercicios, como son el honrar á María Santísima, el ser liberal con los pobres, el proteger la piedad, el adornar los templos y los altares, el invocar la proteccion de algun santo, el tener particular devocion á los lugares que le están consagrados? Lo que cuesta es el mortificar un deseo, el vencer una pasion, el desarraigir una costumbre, el contener un natural demasiado inclinado á los placeres; lo que cuesta es el separarse de una ocasion á que nuestro corazon nos inclina, el aborrecer al mundo que nos agrada y nos busca, el amar á los que nos aborrecen, el ocultar los defectos del prójimo y hablar bien de los que nos calumnian; el vivir desprendidos de todo, aun cuando todo se posea; esta es propiamente la vida cristiana y lo que cuesta trabajo; este era el motivo de que tanto admirasen los paganos la santidad, la elevacion y la prudencia de la moral de Jesucristo; esto es lo que tanto les hacia temer, dice San Leon, la santa severidad. Pero las obras exteriores muchas veces son fruto del amor propio, lejos de debilitarle y combatirle. Y por eso, no solamente ceñimos á ellas toda la piedad, sino que las preferimos á las mas esenciales obligaciones.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: son justos: *Mandatum quidem justum*, y ofendemos con ellos á la justicia, por preferirlos á las mas indispensables obligaciones: abuso bastante frecuente en la virtud, pues vemos muchas personas celosas por las obras de supererogacion, y tranquilas

en orden al perpetuo olvido de sus mas esenciales obligaciones.

Y así hay muchas que practican todas las buenas obras, menos aquellas que Dios las pide; dejan las funciones de su cargo, las obligaciones principales de su estado, aquellas obligaciones menudas y domésticas en que no halla satisfacción el amor propio, y aquellas para cuyo cumplimiento solo el amor á la obligación puede estimularnos. Hay algunos que imponen por regla el hacer ciertas limosnas que lisonjean á la vanidad, y viven tranquilos en orden á infinitas restituciones á que les obliga la ley de Dios; son liberales con las casas religiosas y no se atreven á resolverse á pagar sus deudas; rezan cuando debieran asistir á otros negocios, y cuidan de ellos cuando sus necesidades les obligan á que oren; cuidan de la viuda y del huérfano, dejando arruinar sus propios intereses, preparando de este modo para sus desgraciados hijos, ó para los engañados acreedores, los amargos frutos de su injusta caridad; toman á su cargo el cuidado de las casas que ha erigido la caridad, y no cuidan de la educación de sus hijos ni de la conducta de sus criados; reconcilian á los que están enemistados, ponen en paz á algunas familias, y fomentan al mismo tiempo la discordia en la suya con su mal génio; y por no ceder en cosa alguna de su altivez y extravagancia, enajenan de sí el corazón y el alma de un esposo, y le precipitan en extraños amores; ejercitan con los miembros de Jesucristo los mas humildes ministerios, y no tienen valor para dar un leve paso de reconciliación con su enemigo, adelantándose á su flaqueza y ganándole para Dios; se imponen una multitud de santas oraciones, y con la misma boca con que acaban de bendecir al Señor, despedazan á sus prójimos, como dice San Cayetano. De este modo damos á conocer,

segun la expresión de un apóstol, que nuestra religion es vana y que nos engañamos á nosotros mismos.¹

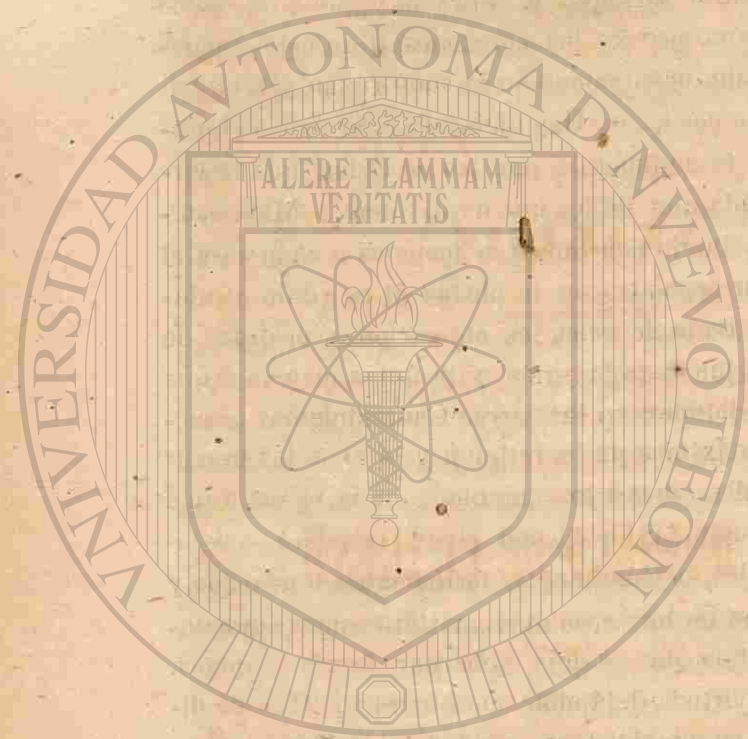
¿Qué he de decir por último? Acaso tambien concurren á todas las congregaciones devotas y dejan de asistir á oír la voz de su pastor, á quien la Iglesia les manda seguir y escuchar. Sí, católicos, la voz del propio pastor tiene una particular gracia y virtud para sus ovejas; habla con autoridad y amor de padre; en su boca las mas sencillas verdades adquieren con la gracia de su ministerio una bendición que no podemos nosotros dar á las nuestras: nosotros somos extraños, él es pastor; nosotros le ayudamos en sus fatigas, pero la viña es suya; la asistencia á vuestra propia parroquia es una obligación confirmada con la práctica de todos siglos, con las leyes de la Iglesia, con la doctrina de los dos santos, con los ejemplos de los justos, y con la unidad del ministerio. Allí es donde propiamente existe la congregación de los fieles; es el cuerpo al rededor del cual se deben congregar las águilas; allí está la fuente de los Sacramentos, la autoridad de la doctrina, la regla del culto y el lazo comun de la fe. Vuestra parroquia es la casa de oración á donde debéis ir á confesar la fe que en ella recibisteis en el sagrado bautismo, y á suspirar por la inmortalidad que han de esperar en ella vuestras cenizas. El no concurrir á ella es una especie de cisma, de desobediencia y de separación del cuerpo de los fieles. ¿Y es posible que haya de haber quien tenga gusto para retirarse á una casa religiosa, en donde la singularidad y la distinción lisonjea y agrada, y no le haya de tener para esta obligación tan esencial, sin mas motivo que haberla hecho despreciable ó incómoda la confusión con los demás fieles, que es lo que debiera hacerla mas solemne y servir de mas consuelo?

¹ Jac. 1. v. 26.

Católicos, esta es una regla indefectible; todo lo que se opone á la obligacion esencial no puede ser obra de fe ni de devocion. Jesucristo no está dividido contra sí mismo. La caridad no destruye lo que edifica la justicia. Empezad por la obligacion; lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas, de obras muertas y de paja destinada al fuego; Dios no estima unas obras que no nos pide; la sincera y verdadera piedad consiste solamente en ser cada uno fiel á las obligaciones de su estado; despues de haber cumplido con estas obligaciones, haced en hora buena obras de supererogacion; pero no antepongais lo accesorio á lo principal, vuestros antojos á la ley de Dios, y la quimérica perfeccion de la devocion á la devocion misma. Pero me canso en vano; este es el gusto extravagante de los hombres; el yugo de la obligacion nada tiene que lisonjee nuestra vanidad; es un yugo forzado y extraño que no nos imponemos nosotros mismos, que solamente nos presenta la obligacion, y ésta siempre es triste y enfadosa, y el amor propio siente mucho rendirse á ella; pero las obras que nosotros escogemos las practicamos con gusto, son un yugo á nuestro modo que nunca nos molesta, y que si algo pudiera haber penoso en él, siempre se suaviza ó por el gusto con que le llevamos, ó por el interior deleite que sentimos en haberle escogido nosotros mismos.

Evitad pues igualmente, católicos, los dos escollos que acabo de señalar en este discurso. Este es el fruto que habeis de sacar de él. La virtud prudente y sólida siempre estriba en un medio justo y equitativo; solamente nuestro génio es quien apetece los extremos: no añadimos nosotros por nuestra parte cosa alguna á la religion. Esta está llena de una razon sublime si la dejamos como en sí es; pero

luego que intentamos mezclar con ella nuestros gustos y nuestras ideas, ya no es mas que una filosofía árida y soberbia, que todo lo atribuye á la razon y que no produce efecto alguno amoroso en los corazones; ó un celo supersticioso y ridículo, despreciado en la sana razon y reprobado y condenado por la fe. Hagamos con el arreglo de nuestra vida y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aun de los que no la aman. Manifiestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad ni es génio ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el orden de la sociedad, el juicio de la razon y la única ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud á que confiesen que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas, y que no hay cosa mas pueril ni mas despreciable que una alma que se deja gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dejándola cuanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés y su elevacion; el mundo, en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud si viera que nosotros abandonáramos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aun los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANÁLISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE CUARTO TOMO.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS PROSPERIDADES TEMPORALES.

DIVISION.—I. *Porque en el estado de prosperidad son casi inevitables las caídas.*—II. *Porque en este estado es casi imposible la penitencia.*

Primera parte. *En el estado de prosperidad son casi inevitables las caídas.*

1. Por la impresión que ésta hace en el corazón para corromperle. Una alma cristiana debe vivir como extranjera en la tierra, y si se halla contenta en su destierro, no es digna de la patria. Esta disposición, tan esencial para la fe, se borra por la primera impresión que la prosperidad hace en el corazón, que es una impresión de apego á la tierra. El que una alma afligida viva como extranjera en el

mundo es cosa fácil, porque la cuesta poco trabajo el retirar sus afectos de un mundo que ha retirado de ella sus favores; pero estos pensamientos que inspira el estado de aflicción, los borra el de la prosperidad. ¿Cómo es posible que nos desagrade lo que siempre nos está lisonjeando? La culpa de esta disposición consiste en que, como dice San Agustín, luego que os halleis en este estado, si vuestro destino se hubiera de arreglar por vuestros deseos, os inmortalizaríais en la tierra y tendríais por especial gracia el poder vivir eternamente separados de Dios gozando de los bienes y deleites sensibles: esto es, tendríais al mundo por vuestro Dios. Esta disposición está oculta en lo íntimo del corazón, que apenas se conoce; no obstante, es el impulso que da movimiento á todas vuestras obras y consiguientemente pone á vuestro corazón en un estado de pecado, que regularmente nunca es conocido, jamás se expía, y por consiguiente tampoco se perdona. A esta primera impresión que hace la prosperidad en nuestros corazones, se sigue la segunda, y es el excesivo amor á nosotros mismos. La fe nos enseña que debemos aborrecernos á nosotros mismos, porque si no somos injustos. En el estado de prosperidad toda la vida es un continuado amor á sí mismo y por eso cuanto agrada, cuanto lisonjea, cuanto mantiene la vida de los sentidos, nos viene á hacer tan necesario, que no podemos pasarnos sin ello; por eso no hacemos caso de las leyes de la Iglesia, si ha de costarnos algún trabajo su observancia. Parece que todas las cosas se hicieron para los que se hallan en este estado de prosperidad, y que cuanto los rodea solo atiende á acomodarse con sus deseos y á justificarnos: finalmente, la tercera impresión que hace la prosperidad en el corazón es la soberbia: no hablo de aquella bárbara soberbia que hacía decir á un príncipe de Babilonia:

levantaré mi trono y seré semejante al Altísimo; hablo de un modo de pensar que se conforma mas con el corazón humano y que es casi inseparable de la grandeza; esto es, un cierto modo de pensar con demasiada estimación de sí mismo, que acostumbra al alma á que se mire como superior á todos aquellos que son inferiores á su clase y á su grandeza, y este secreto error de la vanidad hace que no distingan su fortuna de sí mismas, y les aumenta la idea que tienen formada de sí, añadiendo á ella la de la humana grandeza: todo confirma á los grandes en este pensamiento; sus vicios son aplaudidos y todo quiere darlos á entender que han sido formados de distinta masa que los demás hombres; hasta los ministros de la verdad se persuaden á que están obligados á dar á las virtudes de los grandes unos elogios que desaprueba la religión.

2. Las facilidades que proporciona la prosperidad á las pasiones cuando ya está corrompido el corazón, son todavía mas temibles. Porque 1.º Del apego á las cosas de la tierra nacen aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla el apóstol: luego que amais á la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en ocupar en ella mayor lugar, y quisiérais poseerla toda entera; teneis por convenientes todas las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia, y os persuadís á que las dignidades de la Iglesia no deben servir mas que para la fortuna de vuestros hijos. 2.º Del amor al propio cuerpo, que es la segunda impresión de la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonoran al templo de Dios en nosotros. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este infame vicio? ¿dónde se fomentan las execrables pasiones sino en los palacios de los grandes? Leed las Escrituras; de esto provino la caída de David y los insensatos

desórdenes de Salomón; además una virtud regular es suficiente para apartarnos de ir á buscar las ocasiones de desorden; pero ni aun la virtud de los santos basta para defendernos de las ocasiones que nos buscan: estas ocasiones, pues, se presentan continuamente á los grandes y poderosos del mundo. 3.º De la soberbia, última impresion de la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, pasiones todas que favorece la prosperidad.

¿Qué fruto se debe sacar de estas verdades? El conocer que aunque poseamos todo lo que puede servir á la felicidad de nuestros sentidos, no por eso es permitido el satisfacerlos. El pensar frecuentemente que lo que solamente nos ensalza á vista de los hombres, nada añade en la realidad á lo que somos en la presencia de Dios. El conocer que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar el corazón por un instante, nunca podrá llenarle; que hemos nacido para el cielo, y que la verdadera felicidad del hombre en la tierra no consiste en la grandeza, sino en la inocencia del corazón.

Segunda parte. *La penitencia es casi imposible en el estado de la prosperidad.*

1. Porque las gracias especiales son mas raras en este estado: leed las Escrituras, y en todas partes hallareis que el Señor gusta de conversar con los simples y pequeñuelos, y no con aquellos á quienes su nacimiento y vanidad ensalza sobre los demás: no quiero decir que en Dios haya acepción de personas; la gracia cristiana abraza todos los estados, y la santidad de tantos reyes prueba el que podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia que en bienes temporales. Pero 1.º El orden de la Providencia parece que pide que haya una especie de compensacion en

esta desigualdad de fortunas y de condiciones repartidas entre los hombres. El secreto, pues, de la divina compensacion, consiste en que las riquezas de la gracia son herencia del pobre y del afligido, y los felices del mundo gozan de las riquezas de la tierra como de su recompensa y herencia. 2.º En la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque los favores temporales son unas recompensas, como dice San Agustin, que concede la divina justicia á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Finalmente, las gracias no son tan abundantes en el estado de prosperidad, porque muchas veces este estado no es el que Dios os habia preparado en su misericordia, y solamente ha permitido que seais colocado en él, para castigar el desorden de vuestros deseos: por eso Dios os entrega á todos los peligros de un estado en que él no os habia colocado, para castigo de la ansia con que le deseais.

2. La prosperidad sirve de obstáculo á la penitencia porque pone en el corazón infinitas oposiciones á las gracias de conversion que pudiera Dios conceder á los grandes y felices del mundo. 1.º Porque el mas eficaz medio de que Dios se vale para atraer á sí á un pecador, es la instruccion y el celo de los ministros de la penitencia, que le hablan con toda la sinceridad que Dios les inspira; por una parte es muy difícil que la presencia de los grandes no acobarde la verdad en la boca de los mismos ministros, y por otra la docilidad y la sumision son muy raras entre los grandes.

3. La gracia de la penitencia tambien halla mas invencibles obstáculos en las exterioridades y efectos de la prosperidad. Un corazón feliz con la abundancia, nada busca fuera de sí ni nada aviva su amor al verdadero bien;

la gracia tiene necesidad de pérdidas, de disgustos y de aflicciones, y casi no tiene fuerza alguna para los que son felices; además, ¿cómo podrán los grandes hacer penitencia sin hacer antes infinitas reparaciones? ¿qué multitud de delitos no han autorizado ó no han impedido pudiendo? Finalmente, ¿cuántos obstáculos exteriores se oponen á que abracen las virtudes inseparables de la penitencia, como son el retiro, la oración, la mortificación de los sentidos, la humildad y el desprecio de todas las cosas del mundo? La prosperidad los allana todos los caminos para la culpa y los cierra todos los de la penitencia; por eso regularmente la penitencia de los grandes es muy imperfecta. Luego que hacen los primeros esfuerzos para salir de su desorden, reciben los aplausos debidos á una virtud consumada; pero en la presencia de Dios, en donde los títulos nada añaden á nuestras obras, ¿qué mérito podrá añadir la grandeza á las obras de penitencia? Ninguno, sino que teniendo la grandeza mas culpas que expiar, su penitencia debe ser mas severa, mas exterior y mas pública.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE LA IMPENITENCIA FINAL.

DIVISION.—Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestra pecado.—I. Porque no os hallareis en estado de buscar á Dios y de volveros á Su Majestad.—II. Porque aun supuesto que os halleis en estado de buscarle y que hagais esfuerzos para volveros á él, estos esfuerzos serán inútiles y no le hallareis.

Primera parte. No os hallareis en estado de buscar á Dios.

1. Os faltará tiempo. Dios no os ha prometido este tiempo y continuamente le está negando á pecadores menos culpados que vosotros. ¿Quién os ha dicho que vuestra muerte vendrá con lentitud y que no caerá repentinamente sobre vosotros? ¿Cuántos ejemplares teneis de esto? ¿No os proporciona Dios estos terribles espectáculos, para avisaros de que acaso será semejante vuestro fin? ¿pues qué ceguedad es la vuestra en hacer que vuestra eterna salud

la gracia tiene necesidad de pérdidas, de disgustos y de aflicciones, y casi no tiene fuerza alguna para los que son felices; además, ¿cómo podrán los grandes hacer penitencia sin hacer antes infinitas reparaciones? ¿qué multitud de delitos no han autorizado ó no han impedido pudiendo? Finalmente, ¿cuántos obstáculos exteriores se oponen á que abracen las virtudes inseparables de la penitencia, como son el retiro, la oración, la mortificación de los sentidos, la humildad y el desprecio de todas las cosas del mundo? La prosperidad los allana todos los caminos para la culpa y los cierra todos los de la penitencia; por eso regularmente la penitencia de los grandes es muy imperfecta. Luego que hacen los primeros esfuerzos para salir de su desorden, reciben los aplausos debidos á una virtud consumada; pero en la presencia de Dios, en donde los títulos nada añaden á nuestras obras, ¿qué mérito podrá añadir la grandeza á las obras de penitencia? Ninguno, sino que teniendo la grandeza mas culpas que expiar, su penitencia debe ser mas severa, mas exterior y mas pública.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE LA IMPENITENCIA FINAL.

DIVISION.—Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestro pecado.—I. Porque no os hallareis en estado de buscar á Dios y de volveros á Su Majestad.—II. Porque aun supuesto que os halleis en estado de buscarle y que hagais esfuerzos para volveros á él, estos esfuerzos serán inútiles y no le hallareis.

Primera parte. No os hallareis en estado de buscar á Dios.

1. Os faltará tiempo. Dios no os ha prometido este tiempo y continuamente le está negando á pecadores menos culpados que vosotros. ¿Quién os ha dicho que vuestra muerte vendrá con lentitud y que no caerá repentinamente sobre vosotros? ¿Cuántos ejemplares teneis de esto? ¿No os proporciona Dios estos terribles espectáculos, para avisaros de que acaso será semejante vuestro fin? ¿pues qué ceguedad es la vuestra en hacer que vuestra eterna salud

dependa de la cosa mas incierta del mundo? Y aun cuando estuviérais libres de estos terribles accidentes y no fueran tan frecuentes como son en la realidad, ¿no acomete de este modo la muerte á la mayor parte de los hombres? ¿no sucede regularmente que el último instante que pone fin á nuestra vida, no era el último á nuestro parecer?

2. Quiero convenir en que os conceda tiempo, y que tengan lugar los ministros del Señor para deciros como un profeta al rey de Judá: *Areglad vuestra casa porque morireis.* ¿Os hallareis por eso en estado de buscar á Jesucristo? ¿quereis que un pecador, con una razon que ya se oscurece, con una memoria que ya se confunde, con un corazon que se deshace, pueda sondear y aclarar los abismos de su conciencia? ¡Gran Dios! Un pecador en este estado podrá, ¿no digo aplacaros, pero ni aun conoceros y adoraros? Juzgado vosotros mismos, vosotros á quienes la mano del Señor ha llevado ya hasta las puertas del sepulcro. ¿Qué uso hacíais entonces de vuestra razon? ¿Y qué fruto habeis sacado del beneficio que dilató vuestros dias?

3. Quiero convenir en que la misericordia de Dios conceda entonces algunos intervalos libres al pecador moribundo. ¿Pero cómo se usa de ellos? Se ocupan en los negocios y últimas disposiciones, y los cuidados de la conciencia se dejan para otros intervalos menos felices. Entonces se llama al sacerdote, y aun se procura que el enfermo no esté en estado de conocerle, para que no se asuste con su venida.

4. Quiero convenir en que hasta el último suspiro conserveis tan entera la razon como la teneis hoy; ¿pero os parece que no os impedirán los obstáculos que entonces hallareis en vuestro propio corazon? ¿os parece que toda una vida llena de desórdenes, unas pasiones que os han acompa-

ñado desde la infancia y que casi se han naturalizado con vosotros, han de ceder y se han de desaparecer en un instante? ¿os parece que un hombre que en toda su vida no ha pensado en mas que en adquirir riquezas por todos caminos, ha de confesar en un instante que todas sus ganancias han sido pecaminosas? ¿que un impío que mil veces ha profanado la santidad de la religion con sacrílegas burlas, se ha de hacer fiel y religioso cuando está para morir? etc. Vos, Señor, nos decís en los libros santos: Su fin será semejante á sus obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum.* Si habeis vivido impúdicos, morireis impúdicos; si habeis vivido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazon el amor del mundo y de sus vanos honores. En una palabra, *morireis en vuestro pecado.* Y así, obrad bien mientras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia.

Segunda parte. Es eterna verdad que el Señor tiene puestos límites á su paciencia, y que así como tiene tiempo señalado para acordarse del pecador, le tiene tambien para olvidarse de él. Bien sé que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de propiciacion, y que en cualquiera hora que el pecador se convierta á Dios, Dios se convierte á él; pero tambien sé que cada auxilio de la gracia de que abusais, puede ser el último de vuestra vida.

Supuesta esta verdad tan terrible, saquemos una consecuencia que no es de poco peso. 1.º Si la Escritura nos anuncia en todas partes que Dios se retira algunas veces de una alma infiel, ¿qué podreis esperar vosotros para el último instante? Vosotros, agitados continuamente de crueles remordimientos, habeis llegado con vuestra ingratitud é impenitencia hasta el dia de su ira; ¿dónde estará enton-

ces aquella justicia que insulta á las lágrimas del impío que está para morir?

2. La naturaleza de la gracia que os prometeis para entonces, no os permite el que la esperéis; la gracia que consuma la santificación de una alma, la gracia de la perseverancia final, es la gracia de los escogidos y la última prueba del amor que Dios tiene á una alma. Dios, rigurosamente hablando, á nadie debe este favor inestimable, y aun muchas veces suele no concederle á aquellos mismos que han seguido mucho tiempo las sendas de la justicia; ¿y os persuadís vosotros á que el mayor de todos los beneficios ha de ser premio de una vida llena de ingratitudes? ¿Es posible que casi todos los hombres se hayan de engañar con una esperanza tan necia?

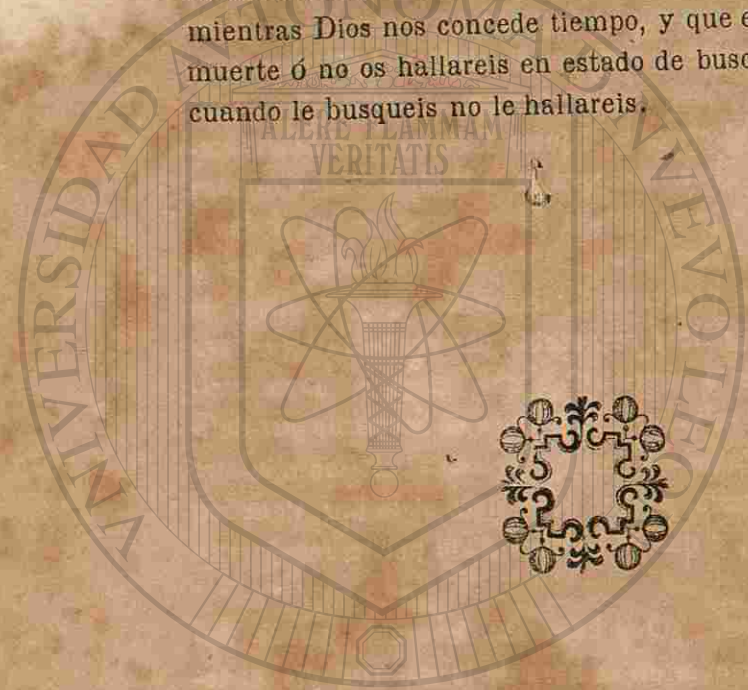
3. Aun cuando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia á una alma que hubiera dilatado su conversión hasta la muerte, os vuelvo á decir que nunca os la concederá á vosotros que dilatais vuestra conversión fiados en ella. No os engañe, pues, la falsa esperanza de que Dios usará entonces con vosotros de una particular conducta. Esa misma esperanza que habeis tenido en su misericordia y que ha servido de manteneros en vuestros desórdenes, será entonces el mayor de vuestros delitos: los hombres se consuelan en la muerte de sus parientes y amigos con los proyectos de conversión que muchas veces los han visto formar, y este es justamente el mayor motivo que yo tengo para temblar de su fin.

4. No quiero decir que no baste un solo instante de verdadera penitencia para borrar en un momento los delitos de toda la vida; pero Dios desprecia la penitencia del pecador en la hora de la muerte porque es falsa. Porque 1.º no es libre; regularmente mas es efecto de la necesidad á

que se ve reducido, que fruto de la gracia y de un verdadero arrepentimiento; y si no, si Dios dilatara sus días, ¿no dilataria él tambien sus culpas? 2.º Su dolor nace de un temor puramente natural; él mismo es el único objeto de su dolor, el fin de sus súplicas y el motivo de su penitencia; sus lágrimas son lágrimas de Esaú y de Antioco; lágrimas estériles y reprobadas; por eso el pecador levantará entonces su voz al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores; llorará, y Dios insultará á sus lágrimas: entonces será inútil que despues de no haber buscado en todo el tiempo de su vida sino unos ministros condescendientes ó el primero que se presentaba, llame á algun hombre de Dios, el mas ilustrado y respetable por sus talentos; en vano la exhortará este ministro á que ponga toda su confianza en Dios y minorará á su vista el horror de sus delitos para que no caiga en desesperacion; el mismo ministro le hablará temblando, porque sabe que el Señor tiene su peso y su medida, y que el hombre nada puede rebajar de ella.

Ultima reflexion. ¿Qué cosa mas favorable puede desear para sí el pecador en la hora de la muerte, que el tener tiempo y hallarse en estado de buscar á Jesucristo y el burcarlo en efecto? Y con todo eso, ¿qué es lo que Jesucristo le permite que espere con estas diligencias si las dilata hasta la muerte? *Me buscareis y morireis en vuestro pecado.* ¿Despues de esta sentencia podeis vivir tranquilos en vuestros desórdenes durante el tiempo de vuestra vida? Yo no intento poner límites á la misericordia de Dios; pero lo cierto es que los saludables sacramentos, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion, y muchas veces la última de las gracias de la Iglesia es el último de sus sacrilegios. Es verdad de fe que es corto el nú-

mero de los que se salvan, y con todo eso, si bastaran para salvarse las señales de arrepentimiento que dan los pecadores en la hora de la muerte, casi no habría pecador que no se salvase. Lo cierto es que debemos hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo, y que en la hora de la muerte ó no os hallareis en estado de buscar á Dios, ó aun cuando le busqueis no le hallareis.



MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA.

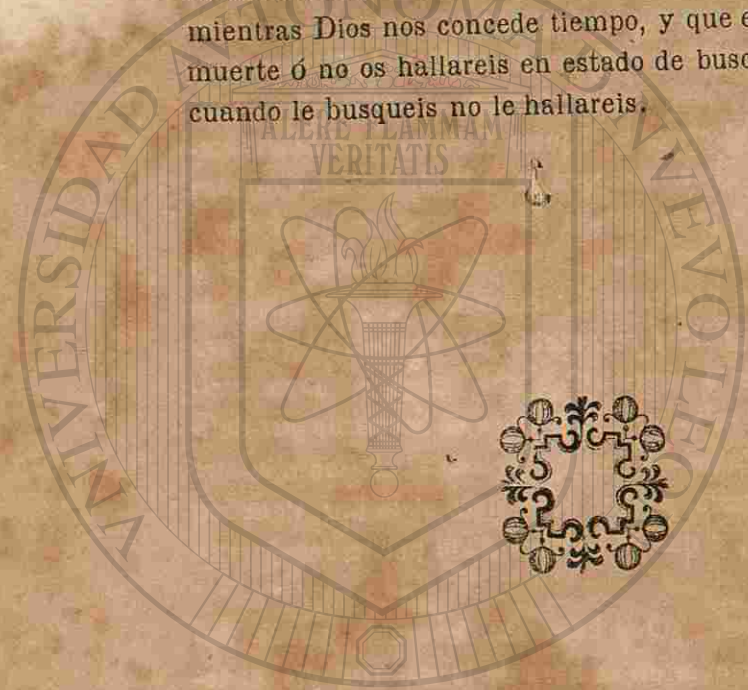
SOBRE EL RESPETO HUMANO.

DIVISION.—I. *El delito del respeto humano.*—II. *Su locura.*—III. *Su injusticia.*

Primera parte. El enemigo de la eterna salud pone dos lazos á la flaqueza del hombre. El uno de engaño, atrayéndole con falsas esperanzas; el otro de cobardía, desanimándole con temores insensatos. El conocimiento, pues, del mundo, casi por sí solo basta para librarnos de la primera ilusión, que nos promete en él una felicidad imaginaria; pero el largo uso del mundo, en vez de curar el temor de sus juicios, solo sirve de hacernos mas tímidos. Para impugnar este temor, digo que ultraja á Dios.

1. En su grandeza: á la verdad, la grandeza de Dios pide que no lo comparemos con un mundo despreciable; pero vosotros, movidos por una parte de la voz de Dios y por otra del temor de los hombres, le decís con las disposiciones de vuestro corazón: Yo, Señor, os serviría desde ahora,

mero de los que se salvan, y con todo eso, si bastaran para salvarse las señales de arrepentimiento que dan los pecadores en la hora de la muerte, casi no habría pecador que no se salvase. Lo cierto es que debemos hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo, y que en la hora de la muerte ó no os hallareis en estado de buscar á Dios, ó aun cuando le busqueis no le hallareis.



MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

DIVISION.—I. *El delito del respeto humano.*—II. *Su locura.*—III. *Su injusticia.*

Primera parte. El enemigo de la eterna salud pone dos lazos á la flaqueza del hombre. El uno de engaño, atrayéndole con falsas esperanzas; el otro de cobardía, desanimándole con temores insensatos. El conocimiento, pues, del mundo, casi por sí solo basta para librarnos de la primera ilusión, que nos promete en él una felicidad imaginaria; pero el largo uso del mundo, en vez de curar el temor de sus juicios, solo sirve de hacernos mas tímidos. Para impugnar este temor, digo que ultraja á Dios.

1. En su grandeza: á la verdad, la grandeza de Dios pide que no lo comparemos con un mundo despreciable; pero vosotros, movidos por una parte de la voz de Dios y por otra del temor de los hombres, le decís con las disposiciones de vuestro corazón: Yo, Señor, os serviría desde ahora,

si el mundo que no os ama ni os sirve, me permitiera servirlos y amarlos. Esta impiedad horroriza, pero con todo eso, no dejais de ser impíos.

2. El respeto humano es injurioso á la verdad de las divinas promesas, porque ¿os parece que cuando os háyais declarado por Jesucristo no sabrá confortar vuestro corazón contra las invectivas y caprichos de las censuras humanas? ¿Os parece que hallándoos entonces ilustrados con las nuevas luces de la gracia, no escuchareis con una santa firmeza unos discursos en los que no vereis mas que los tristes desórdenes de un entendimiento abandonado de Dios? Entonces, mas compadecidos de la locura de los hombres que irritados con sus desprecios, pedireis á Dios que se compadezca de su ceguera y que los manifieste las eternas verdades de su justicia. Aun no digo bastante. ¿Os parece que en aquellos primeros instantes de gracia y de una verdadera mudanza de corazón, el alma, que se halla en extremo compungida y penetrada de los atractivos de una gracia divina, podrá hacer caso de nada que no sea su Dios y de la felicidad de servirle? Responded, almas justas que me oís, y confundid la flaqueza del pecador tímido que no puede comprender cómo Dios se puede hacer amar mas de lo que el mundo se puede hacer temer.

Pero es imposible, dicen algunos, el empezar una nueva vida sin hacerse reparable en el mundo con el ruido de la mudanza. De este modo, como refiere San Agustín, se engañaba el célebre Victorino, tan conocido en Roma por su sabiduría y elocuencia. Se persuadía á que Dios solamente mira el corazón sin pedir otra cosa. Pero dejando aparte el que esto es ultrajar la grandeza de Dios, al que afectais no conocer en presencia de los hombres, que es ser ingratos á la gracia que os mueve y os inspira el disgusto del

mundo y de las pasiones; que es cosa indigna de un corazón noble y generoso el hacer traición de ese modo á vuestros interiores dictámenes; digo que cualquiera ardid que se dirige á persuadir al mundo que aun aprobais sus abusos y máximas y á ocultar en vosotros la reputación de siervos de Jesucristo, es un disimulo culpable y menos digno de excusa que el desorden declarado y manifiesto. Estadme atentos. La vida licenciosa de un pecador le granjea mas ensores de su conducta, que imitadores de sus excesos; pero los abusos del mundo, autorizados con una vida por otra parte regular y mezclada de acciones piadosas, forman un engaño casi inevitable; cuanto mas os permitis esos abusos absteniéndoos por otra parte de los grandes desórdenes, mas persuadís á vuestros prójimos que el mundo no es incompatible con la salvación; dais motivo á que nuestros oyentes no nos crean cuando les predicamos que es imposible servir á dos señores; multiplicais en la Iglesia los falsos penitentes, sirviendo de modelo á muchos pecadores arrepentidos que juzgan que no hay mas que hacer para ser virtuosos, que lo que os ven hacer á vosotros. ¿No os basta el que vuestros desórdenes hayan servido en otro tiempo de escándalo á vuestros prójimos, sino que tambien hoy les ha de ser funesta vuestra falsa virtud?

Primera parte. Todo pecador es insensato, porque todo pecador prefiere un deleite momentáneo á unas promesas eternas. No obstante, nuestras pasiones forman algunas veces unos errores que aunque opuestos á las reglas, pueden á lo menos excusarse con las apariencias de equidad y de prudencia. Pero el respeto humano no es de este número; la extravagancia es en él tan manifiesta, que no da lugar al engaño.

1. Consideradle en sí mismo. Poneos en las circuns-

tancias que quisiérais, de hombre justo ó de mundano; elegid la corte ó el retiro, vivid como filósofo ó como libertino, nunca podreis conseguir el que todos los hombres alaben vuestra conducta. Pues ahora bien, si en ninguna circunstancia de la vida podreis evitar el capricho de los juicios humanos, ¿por qué los habeis de temer solamente en la virtud? si este inconveniente no os detiene en los negocios de la vida, ¿por qué os ha de servir de estorbo en el gran negocio de la salvacion? Mas: aun cuando por seguir el partido de la virtud hubiérais de tener á todo el mundo por censor de vuestra conducta, ¿qué importan los juicios de los hombres para el que solamente tiene interés en servir á su Dios? ¿qué conexion puede tener su estimacion ó su desprecio con vuestra suerte eterna?

Pero no, señores, yo me engaño. Las censuras de los hombres siempre son recompensa de la virtud y el mas seguro pronóstico de la salvacion. Una virtud que fuese del gusto de los pecadores, me seria sospechosa. Los ojos de la carne no pueden ver en este mundo la grandeza del justo, porque estando oculta bajo unas viles apariencias, nada ve en ella la humana soberbia que no sea despreciable. Pero este hombre que hoy se halla abatido y despreciado, será algun dia separado de los demás, y rodeado de gloria y de inmortalidad, presentará á los amadores del mundo un espectáculo tanto mas espantoso, cuanto añadirá á su admiracion la funesta desesperacion de una suerte muy diversa.

2. El respeto humano, que es insensato en sí mismo, lo es aun mucho mas en las circunstancias que le acompañan. 1.º Si están desengañados del mundo, ¿por qué haceis caso de sus juicios? 2.º Hasta ahora habeis gozado injustamente de la estimacion de los hombres. Vosotros

solo sabeis hasta qué punto ha llegado la medida de vuestras flaquezas y de vuestras culpas en la presencia de Dios, y aun flaquezas que si se hubieran hecho públicas os hubieran cubierto de una perpetua ignominia. Con todo eso, el mundo os ha alabado, ha visto en vosotros mil virtudes, y estas virtudes sin piedad no eran mas que títulos vanos, bien lo sabeis. ¿Pues no es preciso que Dios se vengue y que el mundo hoy niegue, aunque injustamente, á una virtud que es verdadera? las alabanzas que habia dado tambien injustamente á vuestros vicios y á vuestras falsas virtudes? 3.º ¿Por qué temeis en los caminos de la salvacion lo que no habeis temido en otro tiempo en los de la culpa? Cuando vivíais entregado á los infames excesos, no hacíais caso de los discursos de los hombres; ¿y solamente habeis de empezar á temerlos cuando debeis aprender á despreciarlos? ¿solamente para servir al Señor hemos de ser cobardes? ¿el pecado ha de caminar á cara descubierta, y la virtud se ha de avergonzar y ocultarse? Además de que ¿qué quede decir el mundo? ¿Que sois inconstantes, que sois locos, que no perseverais mucho tiempo en este estado, que solamente dejais al mundo porque el mundo os deja, y que ya habeis dado suficientemente á conocer que no sois buenos para nada? ¿Y en qué pueden venir á parar estos discursos? En daros mejor á conocer el mundo, en hacérosle mas despreciable y en servir de instruccion, que os debe traer mas vigilantes, mas ocupados en vuestras obligaciones y mas agradecidos á la gracia que habeis recibido. Finalmente, os pregunto: ¿quiénes hablan de este modo? ¿quiénes son los que os censuran? No son ciertamente ni los justos, ni los mas prudentes entre los mundanos, para con los cuales la virtud siempre tiene su estimacion; no son mas que un corto número de hombres

libertinos y de poco talento, que se glorían vanamente de oponerse á la virtud, al mismo tiempo que en su interior le están respetando.

Tercera parte. El respeto humano es injusto, porque 1.º este mundo que no conoce á Dios, este mundo que llama bien al mal y mal al bien; este mundo en medio de ser tan perverso, respeta á la virtud, envidia algunas veces su felicidad, suele buscar asilo y consuelo en los que la profesan, y aun la tributa públicos respetos. ¿Pues por qué habéis de temer el parecer siervos de Jesucristo delante de los pecadores, que quisieran ser semejantes á vosotros?

2. Acaso hacéis gala delante del mundo de ciertos talentos ó ventajas humanas, con las que os parece que os granjeáis su estimacion: pues sabed que os engañáis, y que acaso se está burlando de esas mismas cosas con que juzgáis agradarle: sed justos; la piedad no tiene envidiosos, y el mundo, que no aspira á esta especie de mérito, no os disputará vuestra reputacion: acaso hará mas estimacion de vosotros, y en vez de censuraros, tendreis vosotros que llorar interiormente el exceso é injusticia de sus alabanzas.

3. Y lo que más honra á la virtud, es que el mundo regularmente busca y halla consuelo en la fidelidad y rectitud de los que la practican.

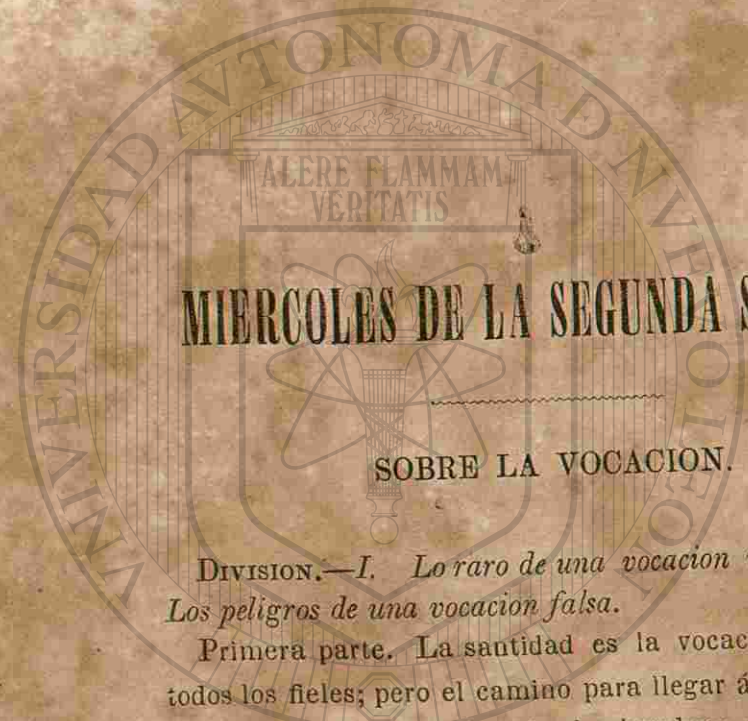
4. De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud. Todos los dias estamos viendo personas de baja esfera, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, que se merecen los honores y distinciones que no dan ni las dignidades ni el nacimiento; tened cuidado de no mezclar con la piedad ninguna flaqueza humana; no junteis con la virtud las reliquias del génio, de las pasiones y de las humanas flaquezas, porque esto es lo que regularmente se granjea las burlas y censuras del mundo:

si despues de esto teneis algo que temer, temed el que se den á unos débiles principios de conversion los elogios debidos á una perfecta penitencia; temed el que esas alabanzas os hagan olvidar de vuestras miserias; temed el que la injusta estimacion de los hombres sea para vosotros castigo de Dios, que acaso concede esta recompensa á algunas virtudes naturales que teneis, para castigar á su tiempo la interior vanidad que los corrompe.

Para evitar esta desgracia mirad á los hombres como si no existieran en el mundo; haced vuestras obras como que obráis solamente en la presencia de Dios, y poned en sus manos los intereses de la virtud.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MIERCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE LA VOCACION.

DIVISION.—I. *Lo raro de una vocacion verdadera.*—II. *Los peligros de una vocacion falsa.*

Primera parte. La santidad es la vocacion general de todos los fieles; pero el camino para llegar á la santidad no es el mismo respecto de todos los hombres, y solamente caminamos con seguridad por este camino cuando nos ha puesto en él la mano de Dios; la razon y la fe nos prohíben igualmente el pensar que despues de habernos llamado el Señor á la luz del Evangelio, no se ha querido mezclar, por decirlo así, en nuestra suerte; y ojalá no fuera tan cierto que el camino que escoge la mayor parte de nosotros no es el que Dios nos habia señalado en el principio.

1. Muchas veces engañan las preocupaciones y las pasiones; muchas veces la eleccion de estado se hace por una impresion que se ha conservado en nosotros desde la niñez; y antes de saber lo que somos, determinamos lo que hemos

de ser para siempre: tampoco es mas sério el cuidado que se pone en la eleccion de estado, aunque se espere á hacerla en una edad mas madura: basta el esperar alguna dignidad en la Iglesia, para entregarse á este ministerio. Con la muerte de un hermano mayor se abandona el estado eclesiástico. Un enfado ó una amistad deciden de nuestra suerte: ¿pues cómo no nos hemos de engañar usando de tan pocas precauciones? En este punto no tendrán excusa los padres de familia en la presencia de Dios, pues están obligados á instruir á sus hijos sobre la importancia de la eleccion de estado.

2. Segunda causa de que nos engañemos: el orden de la naturaleza es quien por lo comun decide solamente de esta eleccion, cuando únicamente debiera depender de los fines de Dios para con nosotros. No se atiende á mas señal de vocacion que al orden del nacimiento ó al estado de la fortuna. Confieso que Dios algunas veces se vale de señales humanas para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina; pero esta regla no es segura ni universal. Cada estado pide particulares talentos, y estos talentos no siempre están anexos en las familias al orden del nacimiento.

3. Tercera causa de que nos engañemos en la eleccion de estado; no examinamos cuál es el camino que la religion y la razon quieren que sigamos, y que atendidas las circunstancias de nuestras inclinaciones y flaquezas, nos facilitará mas medios para nuestra salvacion: no quiero decir que todos los hombres se hayan de retirar á los desiertos y renunciar los empleos y públicas profesiones que constituyen el orden y armonía de la sociedad; el silencio, el retiro y aun la austeridad de los claustros no es el estado

mas seguro para todos los hombres; nuestra seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion de Dios á él; lo que quiero decir es, que siendo nuestro principal negocio el llegar al feliz término, seria locura dar la preferencia al camino que se escoge, por hallarse en él mas exterioridades, y no porque en él hallaremos mas socorros para poder consumir feliz y santamente la carrera; pues siendo, como es cierto este principio, ¡cuántas vocaciones hay defectuosas! ¿Cuáles son los motivos que mueven á unos á que sigan el partido de las armas, á otros el de la toga y á otros el de la Iglesia? Solamente la codicia, pues ésta es la que decide de nuestros destinos, y Dios, á quien no hemos consultado en nuestra eleccion, acaso castigará el desórden, abandonándonos en este estado á las pasiones que nos le inspiraron.

4. No debiendo, pues, decidir de esta eleccion un gusto desornado, tampoco debe decidir de ella el respeto humano, que violenta al gusto y á las mas innatas inclinaciones, las que dimanar del Autor de la naturaleza. Ultima raiz de nuestros engaños. Como de esta eleccion depende toda la quietud y felicidad de nuestra vida, las elecciones en que tiene mas parte el respeto y el temor de aquellos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones traen siempre consigo la amargura y el arrepentimiento; y con todo eso, este respeto humano casi siempre preside en la decision de nuestra suerte, y casi no hay quien dé lugar á su propio corazon á que elija el estado que desea. De esto provienen tantos disgustos en todos los estados, tantas disensiones en las familias, tantos ruidos, tantos enfados y tantas amarguras en los claustros; cada uno se queja de su suerte y tiene envidia á la ajena, y ninguno hay feliz en

el mundo porque casi ninguno está colocado en su propio lugar.

Segunda parte. Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion, de estado es en la que mas debe temerse el engaño, ya se considere:

1. De parte de Dios, cuyos derechos usurpa. A la verdad, aunque Dios nos dió la libertad, no por eso cedió los derechos que tiene sobre nosotros, y él solo es quien debe disponer de nuestro destino segun los fines que se propuso cuando nos formó. Pero aun cuando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, su sabiduría debiera hacerle árbitro de nuestra suerte; ¿por qué? porque solamente Dios nos conoce; él solo puede juzgar de las diversas relaciones de vicio y de virtud que tienen las cualidades de nuestra alma con los diversos estados en que puede colocarnos, y consiguientemente si no nos ponemos en manos de su sabiduría y hacemos la eleccion de estado segun nuestro antojo, es preciso que nos extraviemos, pues no tenemos suficiente conocimiento de nosotros mismos para poder determinar lo que nos conviene.

2. El engaño en la eleccion de estado es muy de temer por razon de los auxilios y gracias de que nos priva. Como en todos los estados hay sus peligros y sus particulares dificultades, en todos hay necesidad de socorros para vencer estos obstáculos y evitar estos peligros: para participar, pues, estas gracias particulares, es necesario que el mismo Dios nos llame al estado que elegimos, porque si no, nos mirará como á un siervo temerario á quien no debe obligacion alguna y que no tiene ningun derecho á sus beneficios. ¡Ah! si todos los días vemos perecer tantas almas, no obstante las gracias anexas á su estado; si la flaqueza del hombre

muchas veces no puede mantenerse en los caminos por donde Dios le guía, ¿serán menos sus caídas cuando camine solo?

Algunas veces nos admiramos de que hayan degenerado tanto las costumbres de los cristianos; pero es muy fácil hallar la razón. Todo está corrompido porque casi ninguno ocupa el lugar que le corresponde. La raíz de la depravación de los estados es la falta de vocación; ¿y qué irreparables consecuencias no tiene esta falta?

3. La tercera razón porque es tan temible el engaño en la elección de estado, es porque son irremediables sus consecuencias. Paso en silencio que no hallándoos en el camino que debe guiarnos á la salvación, cuanto más camineis por él más os extraviareis, y acerca de este efecto casi nunca se forman remordimientos; pero reparad en las consecuencias de una vocación ilegítima: si sois hombres de república, se sigue el uso injusto que hacéis de vuestra autoridad, el bien que dejáis de hacer y el mal que autorizáis; si os entrometisteis en el lugar santo, se sigue la pérdida de tantas almas que en el celo y piedad de un ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvación; si habéis profesado la vida de los claustros, se sigue la relajación que introducís en ellos con vuestro mal ejemplo. Vosotros los que inspiráis á vuestros hijos vocaciones injustas, ved aquí las funestas consecuencias y los infinitos delitos de que os hace responsables en el tribunal de Dios una sola culpa.

Pero si las consecuencias de este engaño son irreparables respecto de los padres ambiciosos que os le inspiran, no lo son menos para vosotros los que habéis tenido la desgracia de engañaros. Supongo que estais arrepentidos, ¿pues qué

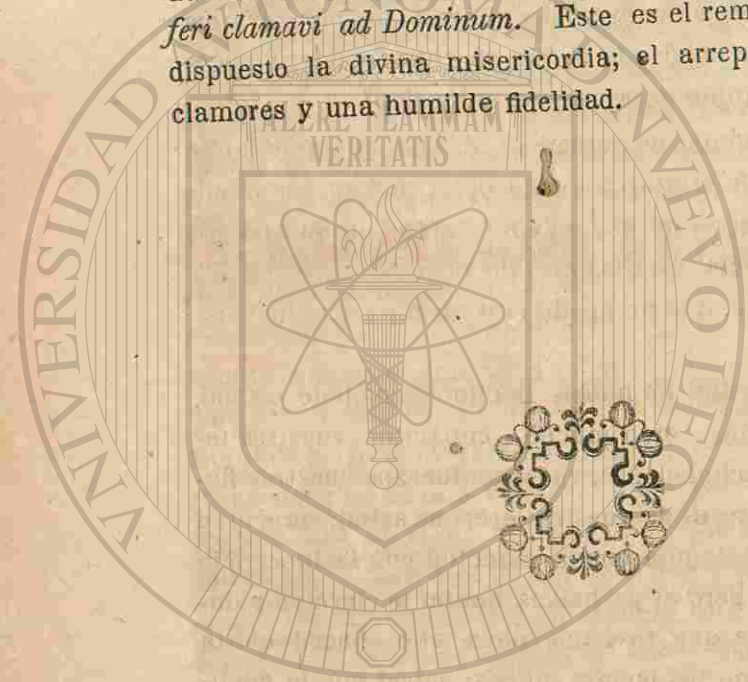
remedios podré señalaros? ¿qué medida podreis tomar? Puede ser que háyais hecho la elección de vuestro estado contra el orden de Dios, y que ya no esté en vuestra mano el abandonarle ó mudarle; por otra parte, no estais obligados á lo imposible para salvaros; pues ahora bien: ¿os salvareis en un estado, que no siendo el que os corresponde, no puede servir de camino para vuestra salvación?

Sí, católicos, porque es verdad de fe que cualquiera que sea el estado de la criatura, nunca debe desesperar mientras vive en la tierra, ni hay estado alguno en que no sea posible la penitencia, ni Dios está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda con su misericordia templar su rigor.

Y así, los que aun no habéis hecho elección de estado, huid de estos escollos, orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas vuestras flaquezas y los intereses de vuestra eterna salud; procurad alcanzar la gracia de una buena elección con la inocencia de vuestra vida. Pero si ya habéis hecho la elección y dudais de los motivos que tuvisteis para ello, haced cierta vuestra vocación con las buenas obras; sabed que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es el camino más seguro para vosotros; remediad esa falta en cuanto pudiérais; formaos unos saludables escrúpulos, examinando con exactitud todos los pasos de vuestra vida.

Pero si fuese absolutamente indubitable que el Señor no tuvo parte en vuestra elección de estado, es digna de compasión vuestra suerte; estais distantes del reino de los cielos, pero aun podeis aspirar á él, porque mientras podemos arrepentirnos podemos esperar: no estais exteriormente colocados según el orden de Dios, pero siempre que el corazón se convierte á Su Majestad, entra en este orden: os expu-

sísteis, como Jonás, á un mar borrascoso contra el orden de Dios; caísteis, como él, en lo profundo del abismo, pero aun teneis remedio; clamad como él al Señor: *De ventre inferi clamavi ad Dominum.* Este es el remedio que os ha dispuesto la divina misericordia; el arrepentimiento, los clamores y una humilde fidelidad.



JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA.

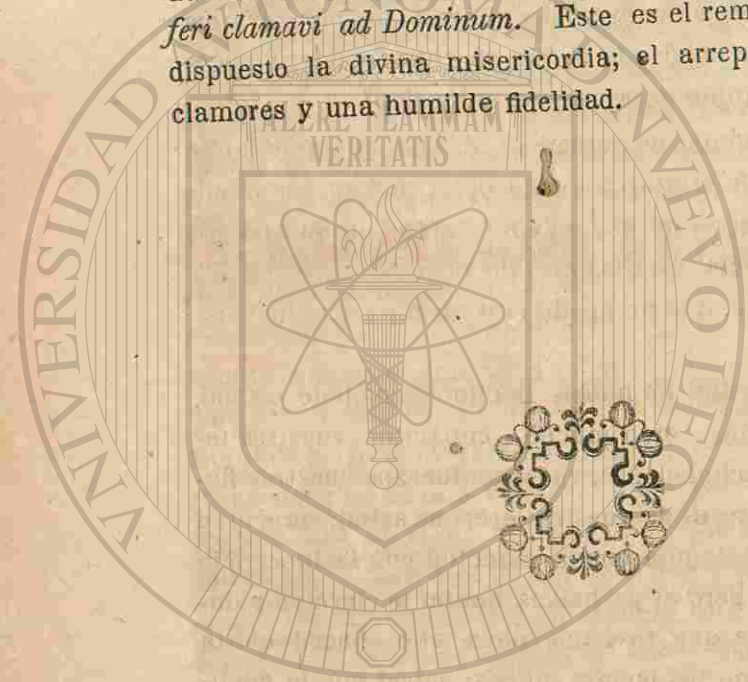
SOBRE EL RICO AVARIENTO.

DIVISION.—I. *En el retrato que nos presenta Jesucristo del rico avariento, vereis la pintura de una vida ociosa y mundana, que parece no está acompañada de vicios ni virtudes.*—II. *En la relacion de sus tormentos, vereis su condenacion y deplorable destino. Este es todo el asunto de esta homilia.*

Primera parte. Habia en Jerusalem, dice Jesucristo, un hombre rico; éste parece que era su primer delito; nació feliz: Jesucristo nada añade á esta circunstancia: no nos dice que se hubiese elevado él mismo á aquel punto de prosperidad ni que gozase con insolencia de unos bienes adquiridos por indignos medios. No obstante, el primer grado de su reprobacion es, que era rico.

2. Estaba vestido de púrpura y de finísimo lino: la púrpura era una tela preciosa; pero no se nos dice que en esto excediese los límites que señalaba la costumbre á los de su

sísteis, como Jonás, á un mar borrascoso contra el orden de Dios; caísteis, como él, en lo profundo del abismo, pero aun teneis remedio; clamad como él al Señor: *De ventre inferi clamavi ad Dominum.* Este es el remedio que os ha dispuesto la divina misericordia; el arrepentimiento, los clamores y una humilde fidelidad.



JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL RICO AVARIENTO.

DIVISION.—I. *En el retrato que nos presenta Jesucristo del rico avariento, vereis la pintura de una vida ociosa y mundana, que parece no está acompañada de vicios ni virtudes.*—II. *En la relacion de sus tormentos, vereis su condenacion y deplorable destino. Este es todo el asunto de esta homilia.*

Primera parte. Habia en Jerusalem, dice Jesucristo, un hombre rico; éste parece que era su primer delito; nació feliz: Jesucristo nada añade á esta circunstancia: no nos dice que se hubiese elevado él mismo á aquel punto de prosperidad ni que gozase con insolencia de unos bienes adquiridos por indignos medios. No obstante, el primer grado de su reprobacion es, que era rico.

2. Estaba vestido de púrpura y de finísimo lino: la púrpura era una tela preciosa; pero no se nos dice que en esto excediese los límites que señalaba la costumbre á los de su

clase, ni que no alcanzasen sus rentas á sus gastos: tampoco se nos dice que en esto tuviese fines pecaminosos, ni que intentase fomentar sus pasiones con su adorno. Vestía soberbiamente, y esto es lo que le reprende Jesucristo.

3. Tenía una mesa magnífica. Pero la ley de Moisés solamente prohibía los excesos y parece que tenía algun motivo para disfrutar las dulzuras de una abundancia que se la habia propuesto como recompensa de la fidelidad. Por otra parte, á este rico no se le acusa de haber usado de las viandas prohibidas por la ley ó de haber violado las abstinencias y ayunos que ella ordenaba. Es verdad que todos los dias comia espléndidamente; pero no se nos dice que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes: no se le arguye ni de disoluto en sus conversaciones, ni de jugador, ni de que concurriese á las asambleas profanas: en nada se le reprende en orden á la fe y religion de sus padres; no se habla de su probidad, ni se le echa en cara ninguno de aquellos defectos que interesan y ofenden á la sociedad.

¿Os parece, pues, muy culpado este rico del modo que le pinta Jesucristo? ¿Qué pecados son los suyos? Era rico, vestía bien y comía espléndidamente. Si he de juzgar de él por vuestras costumbres y máximas, no solamente no me parece culpable, sino que se me representa virtuoso. ¿Qué decís vosotros todos los dias de los que se parecen á él? N. vive doblemente, come sus rentas con honor, etc.

4. Acaso me opondreis la dureza de corazon de este rico, y direis que en esto no os parecis á él. Pero yo pudiera deciros con San Pablo, que en vano repartís todos vuestros bienes entre los pobres, si no teneis en vuestro corazon aquella caridad que todo lo cree, que todo lo espera y que todo lo sufre. Por otra parte, ¿cuál es el delito del rico avariento? Juntad todas las circunstancias y vereis

que Jesucristo no tanto quiso representarnos á este rico como un mónstruo de inhumanidad, cuanto como un hombre ocioso y demasadamente entregado á sus placeres.

Por eso cuando Abraham da á entender á este rico el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesucristo á los réprobos en el dia del juicio: Lázaro estaba desnudo y no le vestiste; tenía hambre y no le diste de comer; sino que le dice: Hijo mio, acuérdate de que fuiste feliz en el tiempo de tu vida; nada padeciste en la tierra, y no se llega de este modo al descanso prometido á mi posteridad; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios; las lágrimas de Lázaro están ya enjugadas; pero tus alegrías y tus consuelos se han mudado en tormentos que nunca se han de acabar.

¿Os admirais de esto, católicos? ¿ignorais acaso que es delito en un cristiano el no tener virtudes? Un discípulo de Moisés que vivía bajo una ley aún imperfecta, es condenado por haber vivido en la ociosidad y en las delicias; ¿y un discípulo del Evangelio, un miembro de Jesucristo crucificado, ha de ser tratado mas favorablemente, no negando nada á los sentidos y sin abstenerse mas que de los placeres injustos é infames?

Es una verdad eterna que no podeis ser predestinados si no sois conformes en la tierra á la imágen de Jesucristo. ¿Bastará, pues, para parecerse á Jesucristo el no ser fornicario, impío ni injusto? ¿el gran modelo de todas las virtudes reconocerá por discípulo suyo al que no tiene ninguna? Y con todo eso, vivís sin temor en orden á vuestro destino, porque haceis una vida regular, aprobada del mundo; y es tan cierto que en este estado vivís tranquilos en orden á vuestra salvacion, que cuando os proponemos los ejercicios de las virtudes cristianas, nos respondeis que no

quereis pasar tan adelante, y que os parece cosa prudente el evitar estos excesos.

San Agustin se quejaba de que ciertos paganos de su tiempo no querian convertirse á la fe porque hacian una vida arreglada segun el mundo, y esta es justamente la respuesta de los cristianos sensuales y ociosos y de aquellos virtuosos del siglo, cuando los exhortamos á una vida mas conforme á las máximas del Evangelio. Pero oid la respuesta de este santo padre: Su conducta es irreprochable segun el mundo, pero no son cristianos. ¿Por qué? Porque no crucifican su carne con sus deseos; porque los cristianos son espirituales y estos mundanos aun son carnales.

Si para ser cristianos bastara el no caer en los grandes excesos, en el paganismo ha habido muchos hombres sábios, dedicados á la obligacion, sin mas motivo que el honor y la fama, y así lo que constituye al cristiano no es el abstenerse de los desórdenes, sino el practicar las virtudes del Evangelio y el espíritu de Jesucristo crucificado.

Segunda parte. Muere Lázaro y es llevado al seno de Abraham; muere tambien el rico y es sepultado en el infierno. ¿Qué nuevo orden de destinos es este? Reparad en que dice que el rico fué sepultado, y el cuerpo de Lázaro abandonado apenas halla un poco de tierra que le cubra: Lázaro muere y aun se ignora en Jerusalem que haya vivido; muere el rico y le acompaña la pompa y magnificencia hasta el sepulcro. ¿Pero de qué sirve todo aquel aparato? Su alma precipitada con el peso de sus iniquidades, ha penetrado ya hasta lo mas profundo del eterno abismo: *Sepultus est in inferno*. Pero registremos las circunstancias de las penas que padece aquel infeliz en el lugar de los tormentos.

Apenas llega el rico al lugar de su suplicio, cuando le-

vanta los ojos. ¡Qué susto para un hombre que nunca sospechó que la senda por donde caminaba, segura segun el mundo, pudiese conducir á la perdicion! Levanta los ojos y ve de lejos á Lázaro revestido de gloria y de inmortalidad; primera circunstancia de su suplicio. ¡Qué contraposicion esta! ¡qué deseos de haberle sido semejante! ¡qué rabia de no parecerse á él! Católicos, lo que continuamente estará atormentando al pecador en lo profundo de aquel abismo, es la vista de las almas bienaventuradas, y el pensar en que él habia nacido para la misma felicidad.

2. La presencia de un bien á que nunca se ha tenido derecho, no mueve tanto á los infelices que están privados de él; pero aquí un movimiento rápido llevará el corazón del hombre hácia el Dios para quien solamente fué criado, y una mano invisible le apartará de él. El mismo Dios de la gloria, para aumentar la desesperacion de estos infelices, se les manifestará con toda su grandeza, clemencia y bondad, y esta vista los atormentará aun mas cruelmente que la ira y la justicia de Dios.

Es muy corto el conocimiento que tenemos acá en la tierra del natural amor que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes que nos rodean nos ocupan y distraen; pero despues de separada el alma del cuerpo, se desvanecerán todas estas fantasmas de bien; toda la disposicion que en nosotros hoy para amar se dirigirá hácia Dios, y al mismo tiempo el peso de iniquidad que en sí tiene el pecador, le oprimirá y le impelerá hácia el abismo, en donde sin poder dejar de amar, se verá eternamente objeto del aborrecimiento de su Dios. ¡Qué terrible suerte el ser eternamente infeliz por tener eternamente presente la imágen de la felicidad que se ha perdido!

3. Es desgraciado el rico en el infierno, porque se acuer-

da de los bienes que recibió en su vida, y esta es otra circunstancia de su suplicio. ¡Qué triste comparacion para esta alma, el considerar lo que fué con lo que entonces es! Los días que han pasado ya no existen, y solamente sirven de hacer mas funesta la amargura de su condicion presente. Añadid á esta memoria la de los bienes de la gracia de que ha abusado: entonces acordándose el alma réproba de todos los medios que la pronorcionó la bondad de Dios para la salvacion, se enfurece contra sí misma.

4. Otra desgracia del rico réprobo; las penas que padece al presente: *Padezco, dice, crueles tormentos en estas llamas.* Pide una gota de agua, no para apagar la sed, sino para mitigar aquel fuego vengador que le abrasa, y se le niega este alivio. Nosotros no sabemos qué es lo que padece, pero sabemos que padece todo cuanto puede hacer padecer un Dios irritado á un pecador á quien quiere castigar.

Continuamente nos estais diciendo, con un tono de lastimosa seguridad, que quisiérais ver alguno que volviese de la otra vida á decirnos lo que allá pasa. Pues bien, decia en otro tiempo San Juan Crisóstomo á los grandes de Constantinopla; contentad hoy vuestra curiosidad, oid á este infeliz que os propone Jesucristo y que os hace una triste relacion de sus desgracias.

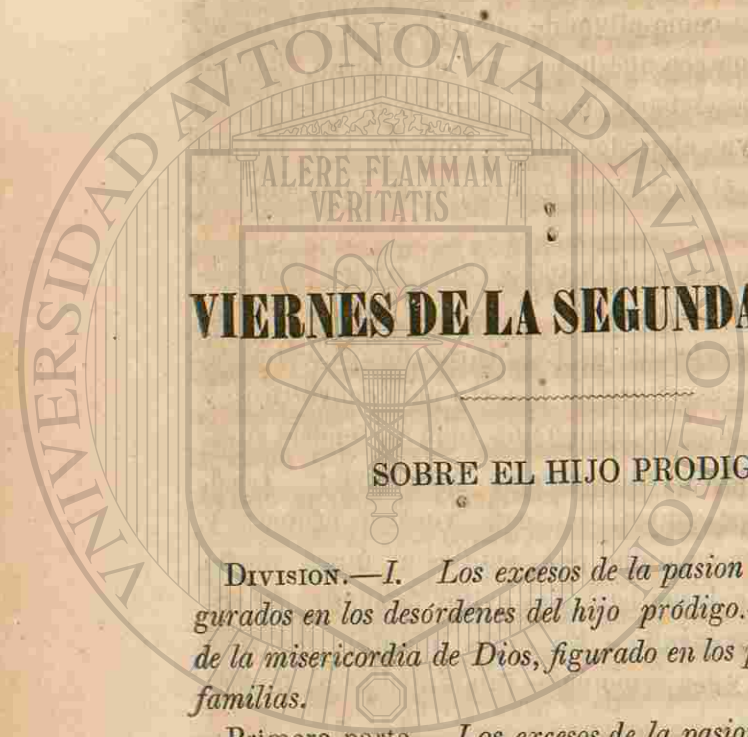
5. Aun mas: sus penas son mucho mas terribles porque conoce que nunca se han de acabar; el alma condenada extiende su vista á la duracion de todos los siglos, y lo futuro es el mas terrible de todos sus pensamientos, y sola la eternidad es la medida de sus penas.

Finalmente, los desórdenes de sus hermanos, que aun vivian y á los que el ejemplo de su vida ociosa y sensual habia servido de ocasion de escándalo, es la última cir-

cunstancia de sus penas; padece por los pecados ajenos, todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque aun duran sus escándalos, y pide su conversion como alivio de sus penas. ¡Cuántas almas réprobas os parece que habrá en el infierno, con las que en otro tiempo vivisteis, cuyas conversaciones oísteis por desgracia, cuyos ejemplos habeis imitado, y á las que habeis seguido en el depravado gusto que os inspiraban al deleite?

¿Pero qué respuesta se da á todas estas almas reprobadas desde el seno de Abraham? Teneis á Moisés y á los profetas; si las verdades de las Escrituras no os corrigen, seria inútil el que resucitara un muerto para convertiros; y aunque viérais un muerto resucitado, todavía tendria vuestro corrompido corazon mil razones para dudar. Leed, pues, las Escrituras santas; sea esta vuestra primera y vuestra última obra cada dia, pues este es el único medio que hoy os propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. En ellas hallareis las mas sencillas verdades y los principales fundamentos de la doctrina de salvacion.





VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL HIJO PRODIGO.

DIVISION.—I. Los excesos de la pasión de la lascivia, figurados en los desórdenes del hijo pródigo.—II. El exceso de la misericordia de Dios, figurado en los pasos del padre de familias.

Primera parte. Los excesos de la pasión en los desórdenes del hijo pródigo.

1. No hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; pone como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no deja esperanza de conversión al pecador. Por eso se dice en el Evangelio que el pródigo se fué desde luego á un país muy remoto. A la verdad, parece que en los demás vicios el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos muy débiles; pero esta infame pasión de que voy hablando deshonor al cuerpo, apaga la razón y hace insípidas todas las cosas del cielo.

2. Tampoco hay vicio que deje menos esperanza de

convertirse á Dios, cuando el pecador se ha apartado ya de Su Majestad. El pródigo disipó toda su hacienda en desórdenes; los bienes de la gracia y de la naturaleza, la pérdida de la gracia, es fruto ordinario de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante y ofende á los dones del Espíritu Santo hasta la raíz, y la fe, que es el fundamento de todos los dones, tarda muy poco en ser destruida en el corazón del pecador impúdico, porque hay muy poca distancia desde la disolución á la impiedad: tambien se disipan los bienes de la naturaleza; en vuestra formación recibísteis una alma púdica; nacísteis con un génio suave, tranquilo y agradable, con unos talentos felices; pero despues que entró en vuestra alma este impuro fuego, nadie os conoce y todos os buscan en vos mismo sin poderos hallar: no quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo.

3. Tercer carácter de este infame vicio de que hablamos; llega á ser el suplico del pecador impúdico. Despues que el hijo pródigo disipó todos sus bienes, sobrevino una grande hambre en aquel país y empezó á padecer necesidad. Este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo. 1.º Por la grande inquietud que deja en la conciencia impura, la que es causa de que el pecador continuamente se esté reprendiendo su propia flaqueza y que se avergüence interiormente de no poder sacudir el yugo que le oprime. 2.º Por los disgustos, las envidias, los furoros, las violencias, los temores y los tristes sucesos inseparables de esta pasión. 3.º Por los nuevos deseos que continuamente enciende este vicio en el corazón. 4.º Por las funestas consecuencias del desorden, las que casi siempre hacen expiar en un cuerpo cargado de dolores, la infamia de las pasiones de la juventud.

4. Ultimo carácter de este vicio; no hay vicio que haga

al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres. El hijo pródigo cayó en una ruindad que no se puede leer sin horror; por mas que el mundo procure dar nombres especiosos á esta pasion infame, en la realidad es una vileza que afrenta al hombre y al cristiano; es una mancha que oscurece las mas heróicas pasiones; es una ruindad que lejos de hacernos semejantes á los héroes, nos confunde con las béstias, y el mundo, en medio de estar tan corrompido, respeta el pudor, cubre de una eterna ignominia á los que viven en el desórden, y los toma por asunto de sus burlas y censuras.

Segunda parte. *Veamos en la conversion del hijo pródigo el modelo y los consuelos de su penitencia.*

1. El primer carácter de su pasion habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia, con las tinieblas que habia derramado sobre su espíritu, con el fatal disgusto para las cosas del cielo y con la esclavitud de sus sentidos al imperio de su sensualidad. El primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos. 1.º Le abre los ojos para que vea el infeliz estado á que le habian reducido sus pasiones: *Le hace entrar de sí mismo*, dice el Evangelio. 2.º Su fatal disgusto para las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia. *¡Cuántos siervos, dice, tienen pan con abundancia en la casa de mi padre y yo aquí me muero de hambre!* En otro tiempo temblaba solamente al acordarse de la ley y de la virtud; no podia sufrir ni aun la vista de la casa del padre de familias, y ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados y de aquellas almas fieles que le sirven. 3.º No se contenta con simples deseos de imitarle, no los dilata para mas adelante, no alaba la virtud con la esperanza de seguir algun dia sus reglas; el verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en ejecutar. *Me levantaré*, dice, *surgam.*

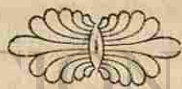
Tengo un padre amoroso y compasivo, que no quiere mas que la conversion de su hijo; iré, pues, á su santa casa: *Ibo ad Patrem.* Iré, derramaré en su presencia toda la amargura de mi alma, y le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo y delante de vos.*

2. ¡Qué mudanza y qué ejemplo tan lleno de consuelo para los peccadores! Parece que Dios quiere con particularidad ser Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores y consuelo de los penitentes. A la verdad, á los primeros pasos de la penitencia del hijo pródigo siguen mil consuelos, cuando por otra parte, los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el ajeno.

Primeramente halla consuelo en las felicidades que encuentra para la santa empresa de su conversion. El padre de familias ve desde lejos á su hijo y corre hácia él. Un pecador necesita de poco para detenerse en los principios de su carrera. El mismo demonio, mas atento entonces que nunca á no dejarse quitar la presa, presenta á el alma, medio movida al arrepentimiento, unas dificultades invencibles en su nueva empresa. ¡Pero qué hace entonces el amor siempre vigilante del Padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se da prisa á socorrerle, le anima contra sus temores, junta mil circunstancias que le aseguran todos los pasos, aparta todas las ocasiones en que puede tropezar su flaqueza, y trastorna los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros. 2.º Halla consuelo por parte de las interiores suavidades que experimenta en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el padre de familias con correr á él; se le arroja al cuello, le abraza y le besa: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Esta es una tierna imágen, y de mucho

consuelo, de la alegría que causa en el cielo la conversión de un solo pecador, y de los interiores consuelos con que Dios favorece á una alma desde los primeros pasos de su conversión. 3.º Halla consuelo por parte de la participación de los santos misterios, de los que por sus desórdenes habia vivido privada tanto tiempo. El padre de familias manda matar un gordo cabrito, convida á este celestial banquete al hijo que acaba de hallar. *Adducite vitulum saginatum, manducemus, et epulemur.* ¡Qué consuelo! Después de haber vivido tantos años separado del altar y de los sacrificios, hallarse al pié de él con sus hermanos, ser sustentado con el mismo pan, confortado con la misma vianda, esperando las mismas promesas, etc.: ¿echará menos entonces el alma los infames deleites de que acaba de disgustarla la gracia?

3. Finalmente. El hijo pródigo habia llegado al mayor abatimiento y desprecio, y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia: vuelve á entrar en posesión de todos los derechos de que estaba privado; se le pone un vestido de dignidad é inocencia, y aun es preferido á su hermano mayor. Es decir, que la piedad nos hace olvidar la locura y vileza de nuestras pasiones, y que solamente nos acordemos de ellas para hacer mas estimación de las virtudes que las han sucedido.



TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

PROPOSICION.—*La inconstancia en los caminos de la salvacion es entre todas las cualidades de una alma, la que deja en ella menos esperanza de salvacion, porque todos los remedios que son útiles para la conversión de otros pecadores, son inútiles para el alma inconstante y mudable, que tan presto se convierte á Dios, movida de sus miserias, como se olvida de Dios, dejándose arrastrar de ellas.*

1. El primer remedio útil para sacar á una alma de sus desórdenes es el conocimiento de la verdad, pues el primer medio de que se vale la gracia para la conversión de una alma mundana, es manifestarla el mundo y la eternidad como realmente son en sí y como nunca los habia considerado; entonces cae de repente el velo que tenia sobre los ojos, se admira de haber ignorado tanto tiempo las únicas verdades que le importaba conocer, y añadiendo

la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber por último abierto los ojos; pero este remedio de salvación, tan inefable para otros pecadores, tiene poca fuerza para el alma inconstante y variable; las verdades de la fe ya no hacen impresion en ella, porque no son para ella luces nuevas; ha visto claramente, tanto la vanidad de las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad; estas verdades han perdido ya para ella la admiracion y el atractivo de la novedad, que es tan feliz para otros pecadores. ¿Pues qué remedio podrá hallar esta alma en el conocimiento de la verdad? ¿qué podrá saber de nuevo? ¿que el mundo es un engaño? ¿que es cosa terrible el sacrificar toda una eternidad á un instante de embriaguez y de deleite? ¿que es preciso darse prisa á vivir bien, porque la muerte es semejante á la vida? Esto ya se lo ha dicho mil veces á sí misma en los instantes que ha tenido de penitencia; los intervalos de arrepentimiento de que ha estado llena su vida, todos han provenido de la impresion que en ella han hecho estas verdades. ¿Pues qué cosa nueva podrá enseñarla, ni aun el mismo Dios? Es verdad que el Señor aun puede iluminarla; pero esto solamente la servirá de nueva ocasion para resistir á la verdad, y no de nuevo atractivo para seguirla; está ya familiarizada con la verdad y con sus pasiones, está acostumbrada á sufrir la vista de las santas máximas; y de las injustas flaquezas. ¡Ah! ¡Ojalá, como dice un apóstol, se mantuviera aún en las tinieblas de su primera ignorancia, y nunca hubiera conocido la verdad!

2. El segundo medio de salvacion favorable para otros pecadores, es un nuevo gusto que acompaña siempre en los principios de la justificacion; una suavidad que se experi-

menta en tener el corazon libre de las pasiones y de los remordimientos: no hay cosa de mas consuelo que aquellos primeros momentos, en que habiéndose roto nuestras cadenas, empezamos á respirar y á gozar de una suave y santa libertad.

Pero vosotros que tantas veces habeis experimentado la suavidad de estas divinas impresiones; vosotros que continuamente estais pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los placeres; almas inconstantes y mudables, ¿qué dulzura ni qué consuelo os podrá ofrecer una nueva y santa vida, que no háyais experimentado ya muchas veces? Si tuviérais un corazon de piedra, como los pecadores insensibles, un golpe de la gracia podria herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazon fácil de moverse, difícil de fijarse, vivo en un instante de gracia, y mas vivo en otro instante de deleite; que tan presto le parece que solamente Dios es digno de ser amado, como que solo el mundo merece su amor. Pues os repito temblando, católicos, que son muy raras las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. En este punto es decisivo y terrible al decreto de Jesucristo; dice que una alma como la vuestra no es á propósito para el reino de los cielos; esto es, que sus inclinaciones, su interior disposicion, el carácter propio de su espíritu y de su corazon la hacen inhábil para la eterna salud: ¿de qué proviene esto? De que la piedad cristiana supone un espíritu maduro, capaz de resolverse, que habiendo conocido una vez el camino derecho, entra en él sin apartarse fácilmente; supone una alma fuerte y prudente que no se deja gobernar de los sentidos, sino de las reglas de la fe y de la prudencia: aun en el mismo mundo una alma mudable é inconstante no es capaz de nada, y basta el verla empezar cualquier ne-

gocio, para que se haga juicio de que no le ha de perfeccionar: la desigualdad, pues, de la conducta proviene en vosotros de una natural inconstancia, para la que la novedad tiene unos atractivos muy poderosos, y que se enfada muy presuro de una misma cosa; proviene de una incertidumbre y de una inconstancia del corazón, que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente, que en ninguna cosa consulta, ni sigue mas que á su gusto; y así no sois á propósito para el reino de los cielos.

3. El tercer remedio útil para otros pecadores, es el de los sacramentos; pero este remedio sirve de escollo para el alma inconstante y mudable. 1º Por el inútil uso que siempre hace de estos divinos remedios: en un pecador que ha envejecido en la culpa y que por último viene á postrarse á los piés de un sacerdote, la majestad del lugar, la santa severidad del juez, la importancia del remedio, la vergüenza y confusión de sus delitos, todo esto hace en su corazón unas impresiones tan nuevas y profundas, que no es fácil el borrarlas; pero el pecador de quien yo hablo, va al tribunal de la penitencia con una alma familiarizada con su confusión; vive en seguridad contra sí mismo y no se avergüenza de lo que confiesa. 2º La sirve de escollo, por el fingimiento que es inseparable de las recaídas. 3º Por el inevitable sacrilegio que en ellas comete, pues estar continuamente arrepintiéndose y recayendo, es profanar las cosas santas y burlarse de ellas. No quiero decir que la gracia de los sacramentos ponga al hombre en un estado constante é invariable de justicia; pero en el que se levanta de los piés del sacerdote verdaderamente justificado, no son tan frecuentes las recaídas; no se pasa en un instante del estado de justificación al de la culpa, porque la conversión no es obra de un instante, sino una obra

difícil; y no se pierde en un momento lo que se ha adquirido á costa de infinitas penas y trabajos: es una obra sólida, y lo que en un instante se arruina, no puede estar fundado sino sobre arena movediza; es una obra seria, acerca de la cual se delibera mucho tiempo, y una empresa por mucho tiempo meditada, no se abandona casi en el mismo día que acaba de perfeccionarse; por eso todos los santos han mirado la penitencia de estas almas mudables é inconstantes, como públicas burlas de los sacramentos, y como ultrajes hechos á la santidad de nuestros misterios, y así las separaban para siempre del sagrado altar. Bien sé que no se debe agravar el yugo, y que no afrenta menos á la religión un exceso de severidad, que una culpable cobardía; pero no se debe entregar inmediatamente la sangre de Jesucristo á unos profanos que le han pisado mil veces; no se debe dar crédito á unas promesas tantas veces quebrantadas; ¡y ojalá, alma infiel que me oyes, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales á tus infames inconstancias no se te viera aún la misma despues de tantos sacramentos y de tan inútiles pasos de penitencia! ¡Pero qué digo la misma! aun eres peor, pues has añadido á unos desórdenes que nunca han sido perdonados, la funesta circunstancia de un gran número de sacrilegios.

Luego con razón decía yo que entre todas las cualidades de una alma, la inconstancia en los caminos de la salvación es la menos á propósito para el reino de Dios, porque para otros pecadores hay remedios, pero para el inconstante no le hay; á lo menos yo no le hallo.



LUNES DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS ESCOGIDOS.

PROPOSICION Y DIVISION.—*¿Cuáles son las causas de que sea tan corto el número de los escogidos? Tres son las principales, que serán todo el asunto de este discurso.*

Primera parte. *La primera causa de ser tan corto el número de los escogidos, es que el cielo solamente está abierto para los inocentes ó para los penitentes; no hay mas que estos dos caminos para la salvacion; ¿por cuál de ellos caminais?*

1. *¿Sois inocente? En aquellos felices tiempos en que la Iglesia no era mas que la congregacion de santos, era cosa muy rara el hallar fieles que despues de haber sido reengendrados en el sacramento del bautismo, recayesen en el desórden de sus primeras costumbres; pero despues que el mundo se hizo cristiano, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, y casi todos nos apartamos del camino desde el seno de nuestras madres; la tierra, como dice un profeta, está inficionada con la corrupcion de*

los que la habitan. La ciudad es una Nínive pecadora. La corte el centro de todas las pasiones humanas, y hasta la misma sal de la tierra se ha puesto insípida. Pues ved aquí ya cerrado un camino de salvacion á casi todos los hombres; todos se han extraviado; en algunos puede suceder que la edad los haya hecho calmar las pasiones, que un auxilio de la gracia haya mudado su corazon; ¿pero cómo ha sido su juventud? No les queda, pues, mas que un remedio, y es la penitencia; ahora bien:

2. *¿Sois penitente? ¿Pero en dónde se hallan los penitentes? ¿Componen éstos en la Iglesia un pueblo numeroso? Terrible es en este asunto la sentencia de San Ambrosio, que dice que todavía son mas los inocentes que los penitentes. Para conocer bien lo raros que son los verdaderos penitentes, examinemos lo que es un penitente; un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida está sintiendo la desgracia que tuvo en perder y haber olvidado á su Dios; que tiene continuamente presente su pecado, y que está persuadido á que solamente debe vivir para castigarse, etc. Esto es en compendio un verdadero penitente. Ahora bien, ¿dónde están entre nosotros penitentes semejantes? En los siglos de nuestros padres se veian aún algunos á las puertas de nuestros templos, que aunque menos culpados que nosotros, pasaban no obstante los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las maceraciones, de la oracion, y en unos ejercicios tan penosos, que hoy no querrian sufrirlos ni un solo dia aun los mas escandalosos pecadores, y así se veian algunos pecadores en aquellos felices tiempos, que mucho mas edificaba á la congregacion de los fieles el espectáculo de su penitencia, que la habian escandalizado sus caídas; pero hoy mirad á todas partes; no digo que juzgueis á*

ROM. IV.—P. 47.

vuestros prójimos; pero examinad cuáles son las costumbres de todos los que veis al rededor de vosotros; son pecadores y no lo negarán; vosotros no sois inocentes y tambien lo confesais; pues ahora bien, ¿son ellos penitentes? ¿lo sois vosotros? La edad, los empleos, etc., os han disgustado de las criaturas, pero no por eso amais mas á vuestro Dios; cumplís mas exactamente con vuestras obligaciones públicas y particulares, pero no sois penitentes; habeis cesado en vuestros desórdenes, pero no los habeis expiado; y si no, manifestadme en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia. No hay ninguna; con todo eso, nada os asusta en este tan peligroso estado. Los pecadores que nunca han sido purificados con una sincera penitencia y por consiguiente ni perdonados en la presencia de Dios, son á vuestra vista como si no fuesen, y morireis tranquilos en vuestra impenitencia. ¿Después de esto podreis aspirar á la salvacion? ¿Pero con qué título? Si decís que sois inocentes en la presencia de Dios, vuestra conciencia dará testimonio contra vosotros mismos; y si quisierais persuadirnos que sois penitentes, no os atreveríais y os condenaríais por vuestra propia boca, y así se infiere que no sois del corto número de los escogidos.

Segunda parte. *La segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos, es que las leyes con que se gobiernan los hombres, y las máximas que sirven de regla para la mayor parte, son máximas incompatibles para la salvacion.*

V. gr. En materia de gasto y profusion nada hay excesivo ni reprehensible segun el mundo, sino lo que puede arruinar la fortuna y alterar los negocios; y con todo eso, ¿qué cosa hay mas opuesta á las reglas de la moderacion cristiana? En el mundo es costumbre recibida que el orden del nacimiento ó los intereses de la fortuna decidan

siempre de nuestra suerte y arreglen la eleccion del siglo ú de la Iglesia. Es costumbre recibida que las señoras mujeres desde su tierna edad se instruyan en las artes de lucir y agradar. El que es de un distinguido nacimiento se ha de adelantar á fuerza de ardides, de ruindades y de gastos, y ha de tener á la fortuna por su ídolo. Si sois jóven, esa es la estacion de los deleites, etc. Esta es la doctrina del mundo. ¿Quién autoriza estas máximas tan poco cristianas? ¿Acaso el Evangelio de Jesucristo? ¿es esta por ventura la doctrina de los santos? ¿son estas las leyes de la Iglesia? No por cierto. La costumbre es quien lo autoriza; esto es lo mas que podeis respondernos, como si pudiera prevalecer la costumbre contra las reglas que nos ha dejado Jesucristo, y las que nunca podrán mudar los tiempos ni los siglos; pero no os haceis cargo de que lo que hoy llamais costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los cristianos. Que nosotros hemos de ser juzgados por el Evangelio y no por la costumbre, por el ejemplo de los santos y no por las opiniones de los hombres.

A esto respondereis que haceis lo que veis ejecutar á los demás, y yo os respondo que esa será justamente la causa de vuestra condenacion. El camino por donde va la multitud es el que guia á la muerte. No os conformeis con el siglo corrompido, os dice la Escritura. El siglo corrompido no es el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís. Haceis lo que hacen los demás, pues tendreis la misma suerte que ellos. Y el salvarse tan pocos consiste en que casi todos los hombres siguen las costumbres del mundo. En vez, pues, de vivir seguros de nuestras obras por las que vemos hacer á los demás, debiéramos, por el contrario, decirnos á nosotros

mismos: En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho por donde pasa casi todo el mundo y que va á parar á la muerte, y otro estrecho por donde caminan pocos y que conduce á la vida. ¿En qué camino me hallo? ¿Sigo á la multitud? Luego no voy por buen camino. Mirad si Loth se conformaba con las costumbres de Sodoma, si Abraham vivía como los de su siglo. Si Esthér en la corte de Asuero se portaba como las demás mujeres de este príncipe. Finalmente, mirad si en todos los siglos se han parecido los santos á los demás hombres.

Decís que estas son singularidades y excepciones, y no reglas que deba seguir todo el mundo. ¿Pero tenemos acaso otro Evangelio por donde gobernarnos, otras obligaciones con que cumplir, ni otras promesas que esperar, distintas de las de los santos? Si fuera cierto que para llegar al cielo había otro camino mas cómodo que el que han seguido los santos, éstos nos hubieran dejado unos ejemplos peligrosos é inútiles; ¿pero qué hombre prudente podrá pensar de este modo? No confíemos, pues, en la multitud que hace lo mismo que nosotros; lo que debemos inferir es, que los cómplices de nuestras transgresiones serán compañeros de nuestras desgracias.

Tercera parte. *La tercera causa de ser tan corto el número de los escogidos es, que las máximas y obligaciones mas universalmente ignoradas ó despreciadas, son las mas indispensables para la salvacion.*

1. Renunciásteis al mundo en el bautismo, y el mundo á quien habeis renunciado es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías y pesares se reducen solamente á los bienes y males de esta vida. Este es el mundo que debeis evitar, aborrecer é impugnar con

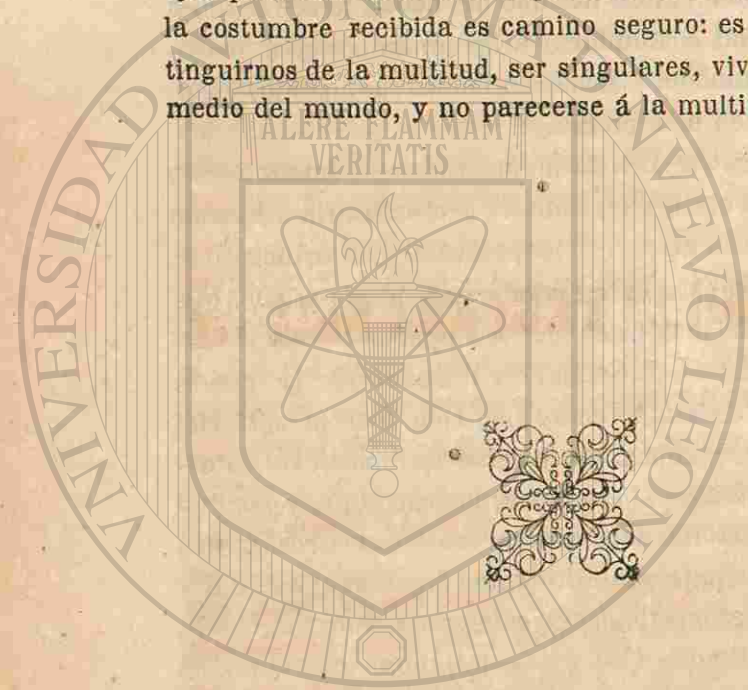
vuestros ejemplos; debeis alegraros de que tambien él os aborrezca y que se oponga á vuestras costumbres con las suyas. ¿Pero os hallais en estas circunstancias respecto del mundo? ¿dónde están los que de buena fe se niegan á los placeres, á las costumbres, á las máximas y á las esperanzas del mundo? Todos lo hemos prometido; ¿pero quién cumple con esta promesa?

2. Renunciásteis á la carne en vuestro bautismo; esto es, prometísteis castigarla, domarla y crucificarla. Esto no es puramente obra de perfeccion; es voto y la principal de vuestras obligaciones. ¿Y en dónde están los cristianos que en este punto son mas fieles que vosotros?

3. Renunciásteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la série de vuestra vida: las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, la vanidad, las envidias y las disputas. Todo cristiano debe abstenerse de estas cosas, y si participa de ellas, quebranta los votos de su bautismo. Estas son sus mas esenciales obligaciones, y si no las observais no sois cristianos. Con todo eso, ¿quién las observa? ¿quién las conoce? ¿quién cuida de acusarse en la confesion de haber faltado á ellas?

Pues si esto es así, direis, ¿quién podrá salvarse? Pocos, amados oyentes míos; á lo menos no sereis vosotros si no mudais de vida: tampoco serán los que se parecen á vosotros: por último, no se salvará la multitud. ¿Quién podrá salvarse? Los que viven en el mundo, los que no tienen por ley á las necias costumbres del mundo, sino que corrigen las suyas por la ley de Dios: vosotros mismos os salvareis si quereis imitar su ejemplo; estos son los que se salvarán. Pero es indefectible que estas personas no componen en el mundo el mayor número. ¿Y qué debemos inferir de estas

verdades? ¿acaso que debemos desesperar de nuestra salvación? no lo permita Dios. El fruto de este discurso debe ser, desengañarnos de este error tan universal, á saber: Que podemos hacer todo lo que vemos en los demás, y que la costumbre recibida es camino seguro: es necesario distinguirnos de la multitud, ser singulares, vivir separados en medio del mundo, y no parecerse á la multitud.



MARTES DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE LA
CONFUSION DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

DIVISION.—La confusion de los buenos con los malos, que tan injuriosa parece á la gloria de Dios, tiene, no obstante, sus razones y sus usos en el orden de la Providencia.—I. Los buenos, en los fines de Dios, deben servir, ó para la salvacion ó para la condenacion de los malos.—II. Sufre Dios á los malos para la instruccion ó para el mérito de los justos.

Primera parte. Los justos sirven para la salvacion de los malos proporcionándolos mil medios de eterna salud, como son los socorros de las instrucciones, de los ejemplos y de las oraciones, esto es, los medios mas eficaces para su conversion.

1. Los socorros de las instrucciones los que hacen grande efecto aun en las almas mas mundanas, porque la verdad, la autoridad y la caridad son sus caracteres propios. La verdad acompaña á las instrucciones de los justos, porque tienen la vista muy sencilla y los lábios muy inocen-

tes para poder alabar en el pecador los deseos de su corazón; llaman con sencillez al bien bien y al mal mal, y nunca halla en ellos el vicio, ni aquellas indignas adulaciones que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias que le justifican. *La autoridad*, las palabras de los justos tienen en sí cierta autoridad á la que da la virtud un peso y una fuerza que no se halla en los discursos de los hombres comunes. El pecador, por mas ensalzado que se halle, pierde con sus desórdenes el derecho para reprender á otros y sus costumbres quitan el crédito y la autoridad á sus palabras; pero el justo puede condenar en otros, con confianza, lo que ha empezado á prohibirse á sí mismo. A la verdad y á la autoridad añaden los justos en sus instrucciones los santos artificios, y las prudentes circunspecciones de una caridad sabia y prudente, que lejos de condenar sin misericordia y de corregir sin discernimiento, sabe buscar las ocasiones, proporcionar los consejos y hacerse útil sin ser molesta; tales son las instrucciones de los justos.

2. Sirven con su ejemplo para la salvacion de los malos, viviendo mezclados con ellos. Si los pecadores no tuvieran mas compañía que la de unos hombres parecidos á ellos, siempre estaria tranquila la culpa, porque su oposicion á la verdad nunca turbaria sus falsos contentos, y tendria por imposible la vida cristiana, porque no veria ejemplo alguno de ella; pero en el estado en que les ha puesto la Providencia, ven justos de su edad y de su clase, que observan la ley del Señor; solamente su ejemplo es una voz poderosa que llama al pecador, á pesar suyo, á la verdad y á la justicia, que continuamente le está hablando en lo íntimo de su corazón; nosotros le predicamos la piedad desde estos cristianos púlpitos, pero los justos se la persuaden con su ejemplo.

3. Los justos, viviendo confundidos con los pecadores, sirven tambien para su eterna salud con sus oraciones; si Dios mira aún con ojos de misericordia á la tierra, es por las oraciones é interiores gemidos de los justos; por respeto á ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia, porque son aquella paloma que continuamente gime y que nunca gime en vano.

En segundo lugar, los justos sirven tambien para la condenacion de los malos; por mas que se nos quiera persuadir que la virtud es rara, aun hay en la tierra almas puras y fieles; vosotros, pecadores que me oís, vosotros conocéis algunas de vuestra clase y de vuestro estado á las que no podeis negar el respetable título de la virtud; unas almas de esta clase dejan sin excusa alguna á la iniquidad, porque ¿qué podeis responder en el tribunal de Dios que no se confunda con su ejemplo? Poneos en el estado que quisiéreis; cada estado tiene sus santos, que son otros tantos testigos que deponen contra vosotros.

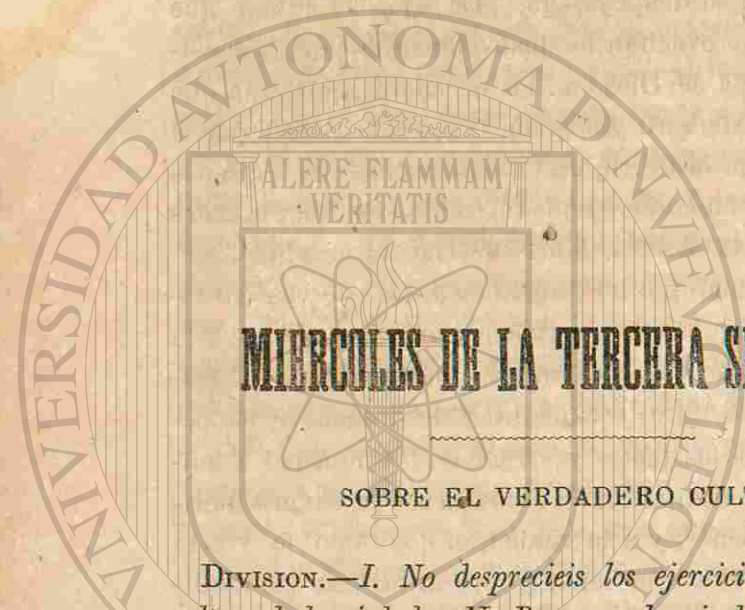
Segunda parte. *Sufre á los malos para instruccion ó mérito de los justos.*

1. Sirven para su instruccion, porque como la negligencia, el disgusto y olvido de las gracias son los escollos mas comunes para la virtud de los justos, el ejemplo de los malos los da continuas lecciones. 1.º De *vigilancia*; si son tentados de flaqueza, están continuamente viendo en las caidas de sus prójimos los motivos que tienen para estar vigilantes; aprenden en la historia de las desgracias ajenas cuáles son los grados que conducen insensiblemente á la culpa; que los principios siempre son leves, y que no hay otra seguridad para la virtud mas que la vigilancia, porque hay muy poca distancia entre la relajacion y la caida. 2.º De *fidelidad contra la tentacion del disgusto*, porque si los

justos vivieran separados de los pecadores, acaso en aquellos momentos en que no se mantiene la virtud con gusto alguno sensible, podrán prometerse en el mundo consuelos mas suaves que los de la piedad; pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; aun cuando el justo no se valiera de la fe, le bastaria abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo y no los halla; en todas partes ve inquietudes, á quien llaman placeres, y no ve en parte alguna la felicidad. 3.º De *agradecimiento contra la tentacion del olvido de las gracias*: los justos ven perecer en el mundo á una infinidad de pecadores menos culpados que ellos, que tienen inclinacion á la virtud, que gimen con el peso de sus cadenas y que desean su libertad; se acuerdan de que el Señor se les presentó por sí mismo para sacarlos del desórden, estando ellos como estaban manchados con monstruosos excesos, que no podian dimanar sino de un corazon extremadamente malo y corrompido, y que en vez de esperarle y llamarle, huian de su presencia: estos objetos y estas reflexiones que tienen siempre presentes, dan cada instante á conocer á los justos el inestimable precio del beneficio que mudó su corazon, y los inspiran unos pensamientos de tolerancia, de suavidad y de caridad para con los prójimos que viven en el desórden, en vez de censurarlos ó huir de ellos como de objetos peligrosos.

2. Sufre á los malos por el mérito de los justos. 1.º Con el engaño de sus ejemplos dan nuevo valor á la fidelidad de los justos, que necesita de fuerza para libertarse de ellos, porque tienen continuamente presentes estos malos ejemplos, y por otra parte, favorecen á las corrompidas inclinaciones de la naturaleza. 2.º La malicia de los pecadores proporciona tambien á la virtud de los justos mil pruebas gloriosas: cuando los oprimen, resplandece su pacien-

cia; cuando los cargan de burlas y oprobios proporcionan nuevos triunfos á su caridad; cuando los despojan de sus bienes purifican su despego, etc. De aquí se infiere que no siempre se aprovechan los justos de su fe cuando consideran la conducta de Dios con los pecadores; quisieran que la piedad fuese siempre protegida, favorecida y preferida al vicio, aun acá en la tierra, en la distribucion de las gracias y honores; pero no conocen que el ser oidos sus injustos deseos seria quitar á la sabiduría de Dios el principal medio de eterna salud que ha preparado á sus siervos en todos los siglos, y que por proporcionar un vano triunfo á la virtud, se la quitaría la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias. 3.º Los escándalos y desórdenes de los pecadores afligen á los justos y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasion, que los sirven de nuevo mérito para con el Señor; y á la verdad, el que tiene fe y celo de la gloria del Dios que ama, ¿podrá mirar con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo, la destruccion de las máximas de Jesucristo, la deshonor de sus misterios, el desprecio de los que le sirven y el olvido de sus promesas?



MIERCOLES DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

DIVISION.—I. *No despreciéis los ejercicios exteriores del culto y de la piedad.*—II. *Pero no abuseis de ellos.*

Primera parte. *No despreciéis los ejercicios exteriores del culto y de la piedad.* El verdadero culto si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al estado presente del hombre, es puramente interior, y todo se perfecciona en el corazón. Esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia; pero despues de nuestra caída, estando nuestra alma cercada de los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio. De esto proviene haberse multiplicado tantas prácticas en la ley antigua. La Iglesia por ser mas espiritual, no tuvo tantos ejercicios exteriores, pero no careció de ellos. Habiendo Dios encarnado, se hizo visible para introducirse en nuestros corazones por medio de los sentidos; no obstante, como confesamos que la verdadera piedad existe en el corazón, la sabiduría del mun-

do alega tres pretextos para autorizar el desprecio que hace de los ejercicios exteriores de la religion.

1. La inutilidad de las obras exteriores. Desde luego se podria preguntar á los sábios del mundo, si dejando aparte este exterior que ellos tienen por tan inútil, son fieles á lo menos en aquel punto que ellos tienen por esencial; si dan á lo menos su corazón á Dios, mientras tienen entregado todo el exterior al mundo. Si esto fuera así, no pondrian tanto cuidado en disputar á Dios las exterioridades: lo que cuesta trabajo es el sacrificio del corazón y de las pasiones, y conseguido esto, lo demás cuesta muy poco. Todos los dias estamos viendo algunas personas que con un corazón mundano hacen obras exteriores de piedad; pero ninguna vemos que despues de haber dado sinceramente su corazón á Dios, persevere en el mismo desvío de las obligaciones exteriores de la piedad.

Pero además de que la misma ley que nos obliga á creer con el corazón, nos manda tambien que confesemos nuestra fe con la boca y que demos públicas señales de ella para dar gloria al Señor, para publicar los interiores favores que nos dispensa, para edificar á nuestros prójimos, para alentar á los flacos en los ejercicios de la virtud, para reparar nuestros escándalos, para consolar á los justos con el espectáculo de nuestra mudanza, para confundir á los impíos y obligarlos á que interiormente confiesen que aun hay virtud en la tierra. De esto sirven los ejercicios exteriores que teneis por tan inútiles para la piedad. Además, ¿cómo podeis tener por inútiles unos ejercicios que vosotros mismos pedís en los siervos de Dios? Y luego que los veis imitar las costumbres del mundo, sois los primeros que murmurais de su piedad.

2. La falsa sabiduría del mundo tacha los exteriores

ejercicios de la devoción de simplicidad y flaqueza: dice que estos ejercicios exteriores son la religión del pueblo, y que no hallan en ellos la grandeza y elevación de ánimo necesaria; pero regularmente las personas que ponen esta nota al culto exterior, tienen en sí todos los defectos de las almas más infames, siendo así que en el arreglo de las costumbres era en lo que debían preciarse de grandeza y elevación, porque la verdadera grandeza y la verdadera elevación del corazón y del espíritu, consiste en dominar las pasiones: esto es lo que constituye á las almas grandes, y esto es precisamente lo que hacen los justos, á los que el mundo tanto desprecia y á los que mira como almas flacas y vulgares.

Por otra parte, mirais las santas costumbres de la religión, autorizada con la fe y con la piedad de todos los siglos y de todos los justos, como ejercicios populares y poco serios para los hombres de ciertas circunstancias; pero vuestras ocupaciones, más serias y más brillantes según el mundo, son acaso más dignas de un hombre y de un cristiano, que los más vulgares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fe y de religión? Vuestro engaño consiste en que teneis formada una grande idea del mundo y de sus vanidades, y no mirais con los mismos ojos las obligaciones de la religión: por eso los justos tienen por vano y pueril lo que á vosotros os parece grande y maravilloso; del mismo modo que vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece únicamente digno de la grandeza y excelencia del hombre.

3. El mundo opone á los ejercicios exteriores de la religión el abuso que de ellos se hace, y á esto os respondo en una palabra, que si hay abuso debemos evitarle; pero que no debemos atribuir los abusos de la piedad á la misma

piedad. No obstante, como realmente hay abusos en los ejercicios exteriores de la religión, es muy del caso el impugnarlos, y esto es lo que voy á ejecutar.

Segunda parte. *No abuseis de los ejercicios exteriores de la piedad.*

1. Estos ejercicios son útiles, pero es estando acompañados de aquel espíritu de fe y de amor, sin el cual la carne de nada sirve. Como todo el culto exterior se ordena á la renovación del corazón como á fin principal, cualquiera ejercicio que no se dirija á establecer el reino de Dios dentro de nosotros, es vano. Toda religión que se limitase á puras exterioridades, sería indigna del Ser Supremo. No obstante, este es el abuso más universal en esta materia, y la herida más deplorable de la Iglesia; nunca ha habido tanta devoción exterior como al presente, ni acaso tampoco menos piedad real y verdadera: no quiero decir, como el impío, que todas las exterioridades de la piedad no son más que ficción é hipocresía; antes al contrario, lo que engaña en ellas es el error de la buena fe y la excesiva confianza que la mayor parte de las almas mundanas ponen en estas obras exteriores. Las parece que cuando han cumplido con estas obligaciones, aunque vivan siempre en los mismos desórdenes, no hay más que hacer; pero si nosotros solamente estimamos en los hombres los íntimos y verdaderos afectos que nos profesan, sin hacer caso de las exterioridades, ¿por qué hemos de creer que Dios, que se llama Dios del corazón, se ha de pagar de un vano exterior y de puros cumplimientos? No obstante, ponen en esto su confianza con pretexto de que....

2. Estos ejercicios exteriores son santos, pero suelen servir de obstáculo para su salvación, por causa de la falsa confianza que nos inspiran; y este es el segundo modo de

abusar de los ejercicios exteriores. Aseguran la conciencia, y el pecador piensa que en ellos halla el remedio para sus desórdenes; se perdonan con mas facilidad las flaquezas y caídas que parece se compensan con las obras santas; no teme el caer en la obstinacion porque aun se halla dócil á ciertas obligaciones exteriores de la religion; es semejante al pueblo judío, que aunque fiel observador de los ejercicios exteriores, perseverará, no obstante, hasta el fin en su ceguera, porque las obras exteriores están siempre manteniendo su falsa confianza. Tambien vemos en el Evangelio que los grandes pecadores, los impíos y los publicanos se convierten; pero los fariseos, los medios cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la piedad con las máximas del mundo, nunca se convierten.

3. Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: son justos, pero se abusa de ellos, y se ofende á la justicia, prefiriéndolos á las mas indispensables obligaciones. Por eso muchas veces asistimos á todas las buenas obras y faltamos á las que Dios nos pide; la regla segura en este punto es, todo lo que se opone á una obligacion esencial no puede ser obra de la fe ni de la piedad; la caridad no destruye lo que edifica la justicia. Empezad por la obligacion; lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas: Dios no hace caso de unas obras que no nos pide; la piedad sincera y verdadera en cada uno es la fidelidad á las obligaciones de su estado.

FIN DEL CUARTO TOMO.

INDICE DE ESTE CUARTO TOMO.

Sermon para el segundo domingo de Cuaresma.—Sobre el peligro de las prosperidades temporales.....	3
Sermon para el lunes de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre la impenitencia final.....	37
Sermon para el martes de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre el respeto humano.....	69
Sermon para el miércoles de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre la vocacion.....	99
Sermon para el jueves de la segunda semana de Cuaresma.—El rico avariento.....	129
Sermon para el viernes de la segunda semana de Cuaresma.—El hijo pródigo.....	161
Sermon para el tercer domingo de Cuaresma.—Sobre la inconstancia en los caminos de la salvacion.....	193
Sermon para el lunes de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre el corto número de los escogidos.....	223
Sermon para el martes de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre la confusion de los buenos con los malos.....	253
Sermon para el miércoles de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre el verdadero culto.....	289

TOM. IV.—P. 49.

abusar de los ejercicios exteriores. Aseguran la conciencia, y el pecador piensa que en ellos halla el remedio para sus desórdenes; se perdonan con mas facilidad las flaquezas y caídas que parece se compensan con las obras santas; no teme el caer en la obstinacion porque aun se halla dócil á ciertas obligaciones exteriores de la religion; es semejante al pueblo judío, que aunque fiel observador de los ejercicios exteriores, perseverará, no obstante, hasta el fin en su ceguera, porque las obras exteriores están siempre manteniendo su falsa confianza. Tambien vemos en el Evangelio que los grandes pecadores, los impíos y los publicanos se convierten; pero los fariseos, los medios cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la piedad con las máximas del mundo, nunca se convierten.

3. Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: son justos, pero se abusa de ellos, y se ofende á la justicia, prefiriéndolos á las mas indispensables obligaciones. Por eso muchas veces asistimos á todas las buenas obras y faltamos á las que Dios nos pide; la regla segura en este punto es, todo lo que se opone á una obligacion esencial no puede ser obra de la fe ni de la piedad; la caridad no destruye lo que edifica la justicia. Empezad por la obligacion; lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas: Dios no hace caso de unas obras que no nos pide; la piedad sincera y verdadera en cada uno es la fidelidad á las obligaciones de su estado.

FIN DEL CUARTO TOMO.

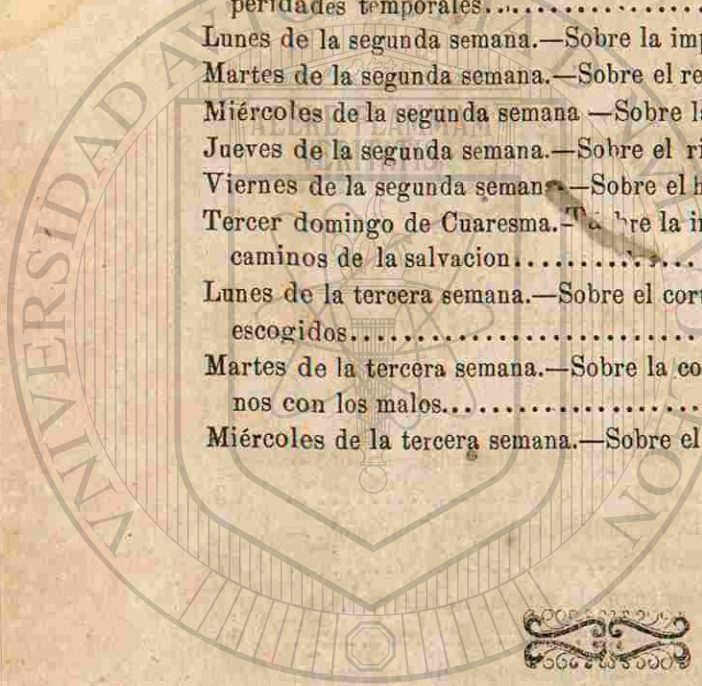
INDICE DE ESTE CUARTO TOMO.

Sermon para el segundo domingo de Cuaresma.—Sobre el peligro de las prosperidades temporales.....	3
Sermon para el lunes de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre la impenitencia final.....	37
Sermon para el martes de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre el respeto humano.....	69
Sermon para el miércoles de la segunda semana de Cuaresma.—Sobre la vocacion.....	99
Sermon para el jueves de la segunda semana de Cuaresma.—El rico avariento.....	129
Sermon para el viernes de la segunda semana de Cuaresma.—El hijo pródigo.....	161
Sermon para el tercer domingo de Cuaresma.—Sobre la inconstancia en los caminos de la salvacion.....	193
Sermon para el lunes de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre el corto número de los escogidos.....	223
Sermon para el martes de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre la confusion de los buenos con los malos.....	253
Sermon para el miércoles de la tercera semana de Cuaresma.—Sobre el verdadero culto.....	289

TOM. IV.—P. 49.

ANALISIS DE LOS SERMONES CONTENIDOS
EN ESTE CUARTO TOMO.

Segundo domingo de Cuaresma.—Sobre el peligro de las prosperidades temporales.....	329
Lunes de la segunda semana.—Sobre la impenitencia final...	331
Martes de la segunda semana.—Sobre el respeto humano....	337
Miércoles de la segunda semana.—Sobre la vocacion.....	344
Jueves de la segunda semana.—Sobre el rico avariento.....	351
Viernes de la segunda semana.—Sobre el hijo pródigo.....	358
Tercer domingo de Cuaresma.—Sobre la inconstancia en los caminos de la salvacion.....	363
Lunes de la tercera semana.—Sobre el corto número de los escogidos.....	368
Martes de la tercera semana.—Sobre la confusion de los buenos con los malos.....	375
Miércoles de la tercera semana.—Sobre el verdadero culto..	380



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

